

BRITTAINY C. CHERRY

se
EL FUEGO
— QUE —
NOS UNE

SERIE DE LOS ELEMENTOS 2

Lectulandia

«Había una vez un chico, y yo le quise. Y creo que él también llegó a quererme.»

Alyssa y Logan lo son todo el uno para el otro, pero un trágico suceso los separa durante años.

Cuando finalmente estas dos almas rotas se reencuentran, deberán enfrentarse al pasado.

¿Podrá el amor resurgir de sus cenizas y volver a arder?

Brittainy C. Cherry

El fuego que nos une

Los Elementos - 2

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2020

Título original: *The Fire Between High & Lo*
Brittainy C. Cherry, 2016
Traducción: Vicky Vázquez
Diseño de cubierta: Franggy Yanez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El fuego que nos une

Dedicatoria

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Mensaje 1

Mensaje 5

Mensaje 45

Mensaje 93

Mensaje 112

Mensaje 270

Mensaje 435

Mensaje 756

Mensaje 1090

Mensaje 1123

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Respuesta 1
Respuesta 2
Respuesta 232
Respuesta 435
Respuesta 1090
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Para aquellos que llevan un fuego dentro,
y que desean unos mañanas mejores.
Para aquellos que necesitan saber
que los errores del pasado no los definen.
Este es para vosotros.*

Prólogo

Alyssa



El chico de la sudadera roja no dejaba de mirarme en la cola para pagar.

Lo había visto antes, muchas veces, como aquel mismo lunes por la mañana temprano. Cada día rondaba con sus amigos el callejón trasero del supermercado en el que yo trabajaba. Lo veía cuando mi jefe me hacía romper cajas y dejarlas fuera.

El chico de la sudadera roja aparecía allí con sus amigos todos los días. Hacían mucho ruido, fumaban cigarrillos y decían todo tipo de groserías. Él destacaba, porque los otros chicos reían y sonreían. Él, en cambio, parecía mudo, como si su mente estuviera muy lejos del entorno que lo rodeaba. Rara vez alzaba los labios; me pregunté si sabría lo que era sonreír. Tal vez se trataba de una persona que se limitaba a existir en lugar de vivir.

A veces cruzábamos la mirada, y yo siempre la apartaba.

Me resultaba difícil mirar sus ojos color caramelo, porque parecían más tristes de lo que deberían serlo unos ojos a su edad. Tenía las ojeras marcadas y purpúreas y algunas arrugas, pero a pesar de eso era guapo. Un tipo cansado y guapo. Ningún chico debería parecer tan agotado, o tan hermoso, todo a la vez. Estaba casi segura de que había vivido cien años de dificultades en su juventud. Su postura daba a entender que había librado batallas privadas peores que la mayoría de seres humanos: con los hombros hacia delante y sin enderezar nunca la espalda.

Pero en él no todo parecía tan roto.

Su melena castaña siempre lucía perfecta. Siempre. A veces sacaba un peine pequeño y se lo pasaba por el pelo, como si fuera uno de esos moteros

de los años cincuenta. Y siempre llevaba el mismo tipo de ropa: una camiseta blanca o negra, y a veces la sudadera roja. Los pantalones vaqueros siempre eran negros, al igual que los zapatos que llevaba atados con cordones blancos. No sabía por qué, pero aunque su atuendo era sencillo, me daba escalofríos.

También me fijé en sus manos. Siempre llevaba un mechero que encendía y apagaba sin parar. Me pregunté si era consciente de que lo hacía. Parecía como si la llama que surgía del mechero fuera parte de su existencia.

Una expresión mundana, ojos cansados, pelo perfecto y un mechero en la mano.

¿Qué clase de nombre le pegaría a un chico así?

Hunter, quizá. Sonaba un poco a chico malo, y supuse que lo era. O Gus. Gus el motero. El motero Gus. O Mikey, porque sonaba dulce, lo cual era lo opuesto a lo que parecía ser, y a mí me gustaban esas cosas.

Pero su nombre no importaba en ese momento.

Lo importante era que estaba delante de mí. Parecía más expresivo de lo que solía estarlo en el callejón. Tenía la cara roja como un tomate, y movía los dedos con nerviosismo mientras esperaba delante de mi caja registradora en el supermercado. Sus ojos reflejaban una vergüenza conmovedora al pasar su tarjeta una y otra vez. Denegada. Fondos insuficientes. Su aspecto era cada vez más sombrío. Fondos insuficientes. Se mordió el labio inferior.

—Eso no tiene sentido —murmuró para sí.

—Puedo probar en mi caja, si quieres. A veces estas máquinas no funcionan muy bien. —Le dirigí una sonrisa, pero no me la devolvió. Había adoptado una expresión de frialdad. Tenía el ceño fruncido de manera agresiva, pero me tendió la tarjeta. La deslicé por la máquina e hice un mohín. Fondos insuficientes—. Dice que no hay suficiente dinero en la tarjeta.

—Gracias, Capitana Obviedad —murmuró.

Grosero.

—Esto es una mierda. —Resopló. Su pecho subía y bajaba—. La recargamos ayer.

¿Quiénes? No es asunto tuyo, Alyssa.

—¿Tienes otra tarjeta que podamos probar?

—Si tuviera otra tarjeta, ¿no crees que ya lo habría intentado? —rugió, estremeciéndome un poco.

Hunter. Tenía que llamarse Hunter. Un chico malo y grosero llamado Hunter. O tal vez Travis. Una vez leí un libro sobre un Travis que era un chico muy malo. Travis era tan malo que tuve que cerrar el libro para evitar sonrojarme y gritar.

Inspiró hondo, observó la fila de personas que se estaba formando detrás de él, y luego me miró a los ojos.

—Perdona. No quería gritar.

—No pasa nada —respondí.

—Sí que pasa. Lo siento. ¿Puedo dejar esta mierda aquí un segundo? Tengo que llamar a mi madre.

—Sí, claro. Cancelaré la cuenta por ahora, y cuando solucionemos el problema podremos pasar las cosas. No te preocupes.

Casi sonrió, y yo casi pierdo el control. No sabía que supiera casi hacerlo. Puede que solo fuera un leve gesto en sus labios, pero cuando se curvaban ligeramente, estaba muy guapo. Era evidente que no sonreía muy a menudo.

Cuando se apartó a un lado y marcó el número de su madre, hice lo posible por no escuchar la conversación. Atendí a los siguientes clientes, pero a pesar de eso, mis oídos y ojos curiosos seguían volviendo a él.

—Ma, en serio. Me siento como un puto idiota. He pasado la tarjeta y sale denegada. Me sé el número pin. He puesto el número pin. ¿Usaste la tarjeta ayer? —preguntó—. ¿Para qué? ¿Qué compraste?

Alejó el teléfono de la cara mientras su madre hablaba y puso los ojos en blanco antes de volver a llevarse el aparato a la oreja.

—¿Cómo que compraste treinta y dos cajas de Coca-Cola?! —exclamó—. ¿Qué diantres vamos a hacer con treinta y dos cajas de Coca-Cola? —Toda la gente que se encontraba en el supermercado se giró hacia él. Sus ojos se cruzaron con los míos y volvió a avergonzarse. Sonreí. Él frunció el ceño. Era dolorosamente guapo. Se giró lentamente hasta darme la espalda y volvió a centrarse en la llamada—. ¿Cómo vamos a comer durante el próximo mes? Sí, me pagan mañana, pero eso no va a ser suficiente para... no. No quiero volver a pedirle dinero a Kellan... Ma, no me interrumpas. Escucha. Tengo que pagar el alquiler. No tengo forma de... —Pausa—. ¡Ma, cierra la boca, ¿vale?! ¡Te has gastado el dinero de la comida en Coca-Cola!

Una breve pausa. Gestos alocados de enfado.

—¡No! ¡No, no me importa si era Coca-Cola Light o Coca-Cola Zero! —Suspiró y se pasó los dedos por el pelo. Dejó el teléfono en el suelo un momento, cerró los ojos y respiró hondo unas cuantas veces. Entonces volvió a cogerlo—. Da igual. Lo arreglaré. No te preocupes, ¿vale? Lo arreglaré. Voy a colgar. No, no estoy enfadado, Ma. Sí, estoy seguro. Solo voy a colgar. Sí, lo sé. Está bien. No estoy enfadado, ¿vale? Siento haber gritado. Lo siento. No estoy enfadado. —Bajó la voz lo máximo posible, pero yo no podía dejar de escuchar—. Lo siento.

Cuando se volvió hacia mí, ya había acabado de atender al último cliente de la cola. Hizo un gesto con el hombro izquierdo y se acercó frotándose la nuca.

—Creo que no podré llevarme esas cosas hoy. Lo siento. Puedo volver a colocarlas en los estantes. Lo siento. Lo siento.

No dejaba de disculparse. Se me hizo un nudo en el estómago.

—No pasa nada, de verdad. Yo me encargo. De todos modos acabo ahora mi turno. Lo pondré todo en su sitio.

Volvió a fruncir el ceño. Deseé que dejara de hacer eso.

—Vale. Lo siento.

También deseaba que dejara de disculparse.

Cuando se fue, eché un vistazo al interior de las bolsas. Analizar el contenido me partió el corazón. Todo sumaba un total de once dólares, y ni siquiera podía permitirse eso. Fideos instantáneos, cereales, leche, mantequilla de cacahuete y una barra de pan: artículos que yo nunca había tenido que pensar dos veces si comprarlos o no.

Nunca sabes lo afortunada que eres hasta que ves lo mal que está otra persona.

—¡Eh! —grité siguiéndole hasta el aparcamiento—. ¡Eh! ¡Te has dejado esto!

Se volvió lentamente y entrecerró los ojos, confundido.

—Tus bolsas —expliqué tendiéndoselas—. Te has dejado tus bolsas.

—Podrían despedirte.

—¿Qué?

—Por robar comida —dijo.

Titubeé un instante, algo confundida al pensar por qué había deducido que había robado la comida.

—No la he robado. La he pagado.

Me miró sorprendido.

—¿Por qué harías algo así? Ni siquiera me conoces.

—Sé que estás intentando cuidar de tu madre.

Se pellizcó la nariz y negó con la cabeza.

—Te devolveré el dinero.

—No, no te preocupes. —Sacudí la cabeza—. No es para tanto.

Se mordió el labio inferior y se pasó la mano por los ojos.

—Te devolveré el dinero. Pero... gracias. Gracias... eh... —Su mirada descendió hasta mi pecho, y por un segundo me sentí algo incómoda, hasta

que me di cuenta de que estaba buscando mi nombre en mi identificador—. Gracias Alyssa.

—De nada. —Se giró para marcharse—. ¡¿Y tú?! —grité en su dirección hipando una o dos veces, o tal vez cincuenta.

—¿Yo qué? —preguntó sin darse la vuelta y sin dejar de caminar.

—¿Cómo te llamas?

¿Hunter?

¿Gus?

¿Travis?

¡¿Mikey?!

Podría ser un Mikey.

—Logan —dijo.

Siguió caminando sin mirar atrás una sola vez. Me llevé el cuello de la camiseta a la boca y lo mordí; era una mala costumbre y mi madre siempre me reñía, pero ella no estaba allí, y unas mariposas diminutas empezaban a invadir mi estómago.

Logan.

Tenía pinta de Logan, ahora que lo pensaba.



Volvió unos días después para devolverme el dinero. A partir de entonces, aparecía cada semana para comprar una barra de pan, o más fideos, o un paquete de chicles. Siempre venía a mi caja. En algún momento, Logan y yo empezamos a hablar durante las transacciones. Descubrimos que su hermanastro estaba saliendo con mi hermana, y que habían estado juntos durante lo que parecía una eternidad. En algún momento determinado, casi sonrió. Y una vez juraría que incluso rio. Nos hicimos amigos o algo así; empezamos intercambiando algunas palabras hasta entablar conversaciones más largas.

Cuando salía del trabajo, él estaba sentado en el bordillo del aparcamiento, esperándome, y hablábamos aún más.

Nuestra piel se bronceó bajo el sol abrasador. Nos despedíamos cada noche bajo las estrellas llameantes.

Conocí a mi mejor amigo en la cola de un supermercado.

Y mi vida ya nunca volvió a ser la misma.

Primera parte

Su alma estaba en llamas,
y abrasaba a todo aquel que se acercaba demasiado.

Ella se acercó más,
sin temer las cenizas en las que
estaban destinados a convertirse.

Capítulo 1

Logan



Dos años, siete novias, dos novios, nueve rupturas y una amistad más sólida después.

Había visto un documental sobre pasteles.

Había pasado dos horas de mi vida sentado delante de un televisor diminuto, viendo un DVD de la biblioteca sobre la historia del pastel. Resultaba que el pastel existía desde los antiguos egipcios. El primer pastel documentado lo hicieron los romanos: se trataba de un pastel de miel y queso de cabra recubierto de centeno. Sonaba realmente asqueroso, pero de alguna forma, al acabar el documental, solo me apetecía ese maldito pastel.

No era muy fan de los pasteles, me gustaban más las tartas, pero en ese momento, por mi mente solo pasaba la imagen de una corteza hojaldrada.

Además, tenía todo lo necesario para subir a nuestro apartamento y hacer el pastel. Lo único que se interponía en mi camino era Shay, mi actual exnovia. Me había pasado las últimas horas enviando señales contradictorias.

Se me daba fatal romper con las chicas. La mayoría de las veces les mandaba un simple mensaje diciendo: «No funciona, lo siento», o hacía una llamada de cinco segundos para dejarlo, pero no podía hacerlo con esta, porque Alyssa me dijo que romper con alguien por teléfono era lo peor que podía hacer alguien.

Así que había quedado con Shay en persona. Una idea horrible.

Shay, Shay, Shay. Deseé no haber tenido la necesidad de acostarme con ella aquella noche, pero lo hicimos. Tres veces. *Después* de romper con ella.

Y ahora era más de la una de la madrugada y...

No. Se. Iba.

Y no dejaba de hablar.

La lluvia fría silbaba mientras esperaba delante de mi edificio. Solo quería irme a mi habitación y relajarme un poco. ¿Era mucho pedir? Fumar un poco de hierba, empezar un documental nuevo y hacer un pastel, o cinco.

Quería estar solo. A nadie le gustaba estar solo más que a mí. Sonó el teléfono y vi el nombre de Alyssa en la pantalla con un mensaje de texto.

Alyssa: ¿Ya has hecho la buena acción?

Sonreí para mis adentros. Se refería a romper con Shay.

Yo: Sí.

Vi las tres elipses en la pantalla y esperé la respuesta de Alyssa.

Alyssa: Pero no te has acostado con ella, ¿verdad?

Más elipses.

Alyssa: Dios, te has acostado con ella, ¿verdad?

Más elipses.

Alyssa: ¡SEÑALES CONTRADICTORIAS!

No pude evitar reírme, porque me conocía mejor que nadie. Alyssa y yo habíamos sido mejores amigos durante los últimos dos años, y éramos completamente opuestos. Su hermana mayor estaba saliendo con mi hermano Kellan, y al principio Alyssa y yo estábamos convencidos de que no teníamos nada en común. Ella se sentaba en la iglesia felizmente, mientras que yo fumaba hierba en una esquina. Ella creía en Dios mientras que yo bailaba con demonios. Ella tenía un futuro, y de alguna forma yo parecía estar atrapado en el pasado.

Pero teníamos ciertas cosas en común que, de algún modo, tenían sentido. Su madre apenas la aguantaba; mi madre me odiaba. Su padre era un capullo; mi padre era Satanás.

Cuando descubrimos las pequeñas cosas que sí teníamos en común, pasamos más tiempo juntos, y cada día nos acercamos más el uno al otro.

Era mi mejor amiga, el momento culminante de mis días de mierda.

Yo: Lo hicimos una vez.

Alyssa: Dos.

Yo: Sí, dos.

Alyssa: ¡¿TRES VECES, LOGAN?! ¡POR DIOS!

—¿Con quién estás hablando? —protestó Shay, haciendo que apartase la mirada de la pantalla—. ¿Quién puede ser más importante que esta conversación ahora mismo?

—Alyssa —dijo secamente.

—Por Dios. ¿En serio? Nunca tiene suficiente de ti, ¿eh? —protestó. No era algo nuevo; todas las chicas con las que había salido durante los últimos dos años habían sentido muchos celos de mi relación con Alyssa—. Seguro que te la estás tirando.

—Sí —dijo.

Esa fue la primera mentira. Alyssa no era fácil, y si lo fuera, no lo sería conmigo. Tenía ciertos estándares, y yo no los cumplía. Yo también tenía estándares para las relaciones de Alyssa, unos que ningún tío podría cumplir. Merecía tenerlo todo, y la mayoría de la gente de True Falls, Wisconsin, solo ofrecía migajas.

—Seguro que ella es la razón por la que estás cortando conmigo.

—Sí, lo es.

Esa fue la segunda mentira. Yo tomaba mis propias decisiones, pero Alyssa siempre me apoyaba, sin excepción. Aunque siempre me daba su opinión, y me decía cuándo me estaba equivocando en todas mis relaciones. A veces era dolorosamente directa.

—Pero nunca se llevaría bien contigo. Es una buena chica, y tú... ¡tú eres un mierda! —gritó Shay.

—Tienes razón.

Esa era la primera verdad.

Alyssa era una buena chica, y yo era el chico que nunca tendría oportunidad de llamarla «mía». Aunque a veces miraba sus rizos rubios alborotados y mi mente pensaba cómo sería abrazarla y probar sus labios lentamente. Tal vez en un mundo diferente, habría sido lo suficientemente bueno para ella. Tal vez no habría estado tan jodido desde niño y habría llevado una vida decente. Habría ido a la universidad y labrado una trayectoria profesional, algo de lo que enorgullecerme. Entonces podría haberle pedido una cita y la habría llevado a un restaurante bonito, y le habría dicho que pidiera lo que quisiera del menú porque el dinero no sería un problema.

Podría haberle hablado de cómo sonreían sus ojos azules, incluso cuando fruncía el ceño, y que me encantaba cómo mordía el cuello de todas sus camisetas cuando estaba aburrida o ansiosa.

Podría haber sido alguien digno de querer, y ella también me habría permitido que la quisiera.

Tal vez en un mundo diferente. Pero lo único que tenía era el aquí y el ahora, donde Alyssa era mi mejor amiga.

Era afortunado de tenerla así.

—¡Dijiste que me querías! —sollozó Shay, dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

¿Cuánto tiempo llevaba llorando? Era una llorona profesional.

Observé su rostro y me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Joder. Estaba hecha un desastre. Todavía estaba colocada, y se le había corrido el maquillaje por toda la cara.

—Yo no dije eso, Shay.

—¡Sí, lo dijiste! ¡Lo dijiste más de una vez! —juró.

—Te estás inventando cosas.

Habría rebuscado en mi memoria para ver si se me habían escapado esas palabras en algún momento, pero sabía que no era el caso. Yo no quería. Apenas apreciaba. Me masajeeé la sien con los dedos. Shay tenía que meterse en su coche e irse muy lejos.

—¡No soy estúpida, Logan! ¡Sé lo que dijiste! —Sus palabras sonaban como si estuviera completamente convencida de que yo la quería. Lo cual era bastante triste—. ¡Lo dijiste esta misma noche! ¿Te acuerdas? Dijiste: «Te quiero, joder».

¿Esta noche?

Oh, mierda.

—Shay, dije «te quiero joder». No «te quiero, joder».

—Es lo mismo.

—Créeme, no lo es.

Balanceó el bolso en mi dirección y dejé que me golpeará. La verdad es que me lo merecía. Volvió a balancearlo, y dejé que me golpeará una vez más. Cuando fue a hacerlo una tercera vez, agarré el bolso y tiré de él —y de ella— hacia mí. Coloqué la mano en la parte inferior de su espalda y ella la arqueó al sentir el tacto. Apreté mi cuerpo contra el suyo. Respiraba pesadamente y le caían lágrimas por las mejillas.

—No llores —susurré, utilizando mi encanto para intentar hacer que se marchara—. Eres demasiado bonita para llorar.

—Eres un capullo, Logan.

—Y por eso no deberías estar conmigo.

—Hemos roto hace tres horas, y te has convertido en una persona completamente diferente.

—Tiene gracia —murmuré—, porque hasta donde yo sé, fuiste tú quien cambió cuando te enrollaste con Nick.

—Ay, supéralo. Eso fue un error. Ni siquiera nos acostamos. Tú eres el único chico con el que me he acostado en los últimos seis meses.

—Eh, llevamos saliendo ocho meses.

—¿Qué eres, un gurú de las matemáticas? Eso no importa.

Shay había sido mi relación más larga en los últimos dos años. La mayoría de las veces duraban solo un mes, pero con Shay conseguí durar un total de ocho meses y dos días. No sabía exactamente por qué, salvo quizá que su vida era casi un calco de la mía. Su madre era de todo menos estable, y su padre estaba en la cárcel. No tenía a nadie a quien pudiera admirar, y su madre había echado a su hermana de casa porque un imbécil la dejó embarazada.

Tal vez la oscuridad en mí vio y mostró respeto por la oscuridad que había en ella durante un tiempo. Tenía sentido estar juntos, pero con el paso del tiempo, comprendí que nuestras similitudes nos hacían incompatibles. Estar con Shay era como mirarte al espejo y ver todas tus cicatrices reflejadas en él.

—Shay, no hagamos esto. Estoy cansado.

—Vale, lo olvidaba. Eres el señor Perfecto. La gente se equivoca en esta vida —sentenció.

—Te enrollaste con mi amigo, Shay.

—¡Solo fue eso, un rollo! Y lo hice porque tú me engañaste.

—No estoy seguro de cómo responder a eso, porque nunca te he engañado.

—Tal vez no con sexo, pero emocionalmente sí, Logan. Nunca estabas del todo presente, nunca te comprometías. Todo esto es culpa de Alyssa. Ella es la razón por la que nunca te comprometiste conmigo. Es una maldita estúpida...

Le puse la mano en la boca para detener sus palabras.

—Antes de que digas lo que estás a punto de decir, para. —Bajé la mano y ella guardó silencio—. Te dije desde el primer día quién era yo. Si pensaste que podrías cambiarme, la culpa es tuya.

—Nunca serás feliz con nadie, ¿verdad? Porque estás colgado por una chica que nunca tendrás. Vas a acabar triste, solo y amargado. ¡Y entonces verás lo que tenías cuando estabas conmigo!

—¿Puedes irte ya? —suspiré frotándome la cara.

Culpé a Alyssa por esto. «Rompe con ella en persona, Lo. Es así como lo haría un hombre de verdad. No puedes romper con alguien por teléfono».

A veces tenía unas ideas horribles.

Shay seguía llorando.

Dios, esas lágrimas.

No podía con las lágrimas.

Después de sorberse los mocos unas cuantas veces, miró al suelo antes de levantar bien alto la cabeza, invadida por un destello de confianza.

—Creo que deberíamos romper.

Me quedé alucinado.

—¿Romper? ¡Ya lo hemos hecho!

—Creo que vamos en dos direcciones opuestas.

—Vale —dije.

Posó los dedos sobre mis labios y me mandó callar, aunque no estaba hablando.

—No te lo tomes tan a pecho. Lo siento, Logan. Pero esto no va a funcionar.

Me reí por dentro por actuar como si la ruptura fuera idea suya. Di un paso atrás y me llevé las manos al cuello.

—Tienes razón. Eres demasiado buena para mí.

¿Por qué sigues aquí?

Se acercó y me acarició los labios con los dedos.

—Encontrarás a alguien buena. Estoy segura. Bueno, doy por hecho que se parecerá a un mono, pero la encontrarás.

Se alejó al trote hacia su coche, abrió la puerta y se metió en el interior. Al arrancar, se me hizo un nudo en el estómago y me invadió una sensación de arrepentimiento. Empecé a correr en dirección al coche bajo la lluvia, gritando su nombre.

—¡Shay! ¡Shay! —Agité las manos en la oscuridad y recorrí al menos cinco manzanas hasta que se detuvo en un semáforo. Golpeé la ventanilla del conductor y ella gritó del susto.

—¡Logan! ¡¿Qué demonios haces?! —gritó mientras bajaba la ventanilla. Su expresión confusa se transformó en una sonrisita de orgullo, y me miró entrecerrando los ojos—. Quieres que volvamos, ¿verdad? Lo sabía.

—Nece... —resoplé. No era nada atlético, eso se le daba mejor a mi hermano. Intenté tomar aire y me agarré al filo de la ventanilla—. Nece... necesito...

—¿Qué necesitas? ¿Qué es, cariño? ¿Qué necesitas? —preguntó, frotándose la mejilla con suavidad.

—Pastel.

Se reclinó en el asiento, confundida.

—¿Qué?

—Pastel. Los ingredientes que compramos antes. Están en la parte trasera de tu coche.

—¡Estás de coña?! —chilló—. ¡¿Me has perseguido calle abajo solo para que te dé unos ingredientes para hacer un pastel?! ¿En serio?

Arqueeé una ceja.

—Esto... ¿sí?

Alargó el brazo hacia el asiento trasero del coche, cogió la bolsa y me golpeó el pecho con ella.

—¡Eres de lo que no hay! ¡Aquí tienes tu mierda!

Sonreí.

—Gracias.

Arrancó y no pude evitar reír cuando la oí gritar:

—¡Me debes veinte pavos por ese queso de cabra!

En cuanto entré en el apartamento, saqué el móvil y envié un mensaje.

Yo: La próxima vez que rompa con una chica, lo haré por mensaje.

Alyssa: ¿Tan mal ha ido?

Yo: Horrible.

Alyssa: Me sabe mal por ella. Le gustabas mucho.

Yo: ¡Me puso los cuernos!

Alyssa: Y aun así te las arreglaste para acostarte con ella tres veces.

Yo: ¿De qué lado estás?

Elipses.

Alyssa: ¡Es un monstruo! Me alegra tanto que se haya marchado de tu vida. Nadie se merece salir con una persona tan psicótica. Es asquerosa. Espero que pise piezas de Lego sin querer durante el resto de su vida.

Ahí estaba la respuesta que necesitaba.

Alyssa: Te quiero, mejor amigo.

Leí sus palabras e intenté ignorar la sensación que tenía en el pecho. *Te quiero*. Yo nunca decía esas cosas a la gente, ni siquiera a Ma o a Kellan. Pero a veces, cuando Alyssa Marie Walters decía que me quería, deseaba decírselo yo también.

Pero yo no quería.

A duras penas me gustaba nadie.

Al menos esa era la mentira que me repetía cada día para evitar que me hicieran daño. La mayoría de la gente pensaba que el amor era una recompensa, pero yo no me tragaba eso. Había visto a mi madre querer a mi padre durante años, y de ahí no había salido nada bueno. El amor no era una bendición, era una maldición, y una vez lo invitabas a pasar a tu corazón, solo dejaba cicatrices de quemaduras.

Capítulo 2

Alyssa



Yo: Hola papá. Solo quería saber si vendrás al recital de piano.

Yo: ¡Hola! ¿Has visto mi último mensaje?

Yo: Hola, soy yo otra vez. Solo te escribo para saber si estás bien. Erika y yo estamos preocupadas.

Yo: ¿Papá?

Yo: ¿¿??

Yo: ¿Sigues despierto, Lo?

Miré la pantalla del móvil. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras enviaba el mensaje a Logan. Miré la hora y suspiré.

Las 2:33 de la madrugada.

Debería estar durmiendo, pero estaba pensando en papá otra vez. Le había enviado un total de quince mensajes en los últimos dos días, y le había dejado dos mensajes en el contestador, pero seguía sin saber nada de él.

Me llevé el teléfono al pecho, inhalando y exhalando profundamente. Cuando empezó a vibrar, descolgué rápidamente.

—Deberías estar durmiendo —susurré al teléfono, secretamente feliz por el hecho de que hubiera respondido—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—¿Qué te pasa? —preguntó Logan, ignorando mi pregunta.

Una leve risita escapó de mis labios.

—¿Qué te hace pensar que me pasa algo?

—Alyssa —dijo con seriedad.

—Capullo no me ha devuelto la llamada. Lo he llamado veinte veces esta semana, y él no me ha llamado.

Capullo era el nombre con el que habíamos bautizado a mi padre después de que abandonara a mi familia. Estábamos muy unidos, y cuando se marchó, una parte de mí se fue volando con él. No hablaba mucho de mi padre, pero aunque nunca lo decía, Logan sabía que me molestaba.

—Olvidalo. Es un mierda.

—Tengo el recital estival de piano más importante de mi carrera y no sé si puedo hacerlo sin que él esté presente.

Hice lo posible por controlar mis emociones. Intenté no llorar, pero esa noche estaba perdiendo la batalla. Me preocupaba por él más que mamá y Erika. Tal vez porque ellas nunca entendieron realmente quién era, como artista, como intérprete. Las dos tenían mentes muy realistas que traían consigo mucha estabilidad, mientras que papá y yo éramos una especie de espíritus flotantes que bailábamos entre llamas.

Pero últimamente no llamaba. Y estaba muy, muy preocupada.

—Alyssa —empezó a decir Logan.

—Lo —susurré. La voz me temblaba un poco. Oyó mis sollozos a través del teléfono y me incorporé—. Cuando era pequeña, las tormentas me daban mucho miedo. Y corría al dormitorio de mis padres y les suplicaba que me dejaran dormir con ellos. Mamá nunca lo permitía porque decía que tenía que aprender que las tormentas no me harán daño. Capullo siempre le daba la razón. Así que volvía a mi habitación, me acurrucaba debajo de las mantas, escuchando los truenos, y hacía lo posible por no ver los rayos. Un minuto después, se abría la puerta de mi habitación y aparecía mi padre con el teclado en las manos, y lo tocaba junto a mi cama hasta que me quedaba dormida. La mayoría de los días soy fuerte. Estoy bien. Pero esta noche con la tormenta, y todas las llamadas ignoradas... Esta noche me está destrozando.

—No le dejes, Alyssa. No le dejes ganar.

—Es solo que... —Rompí a llorar—. Es solo que estoy teniendo un momento triste, eso es todo.

—Voy para allá.

—¿Qué? No, es tarde.

—Voy.

—Los autobuses dejan de circular a las dos, Logan. Además, mi madre ha cerrado la verja de la parcela. No podrías entrar. No pasa nada.

Mamá era una abogada de prestigio y tenía dinero, mucho dinero. Vivíamos en lo alto de la colina, y una verja enorme rodeaba la parcela. Era prácticamente imposible entrar después de que cerrara por la noche.

—Estoy bien —prometí—. Solo necesitaba oír tu voz, y que me recordases que estoy mejor sin él.

—Porque es cierto —explicó.

—Sí.

—No, Alyssa. En serio. Eres mejor que Capullo.

Empecé a sollozar más fuerte, y tuve que taparme la boca con una mano para que él no oyera lo mucho que estaba llorando. Me temblaba el cuerpo, y acabé desmoronándome. Las lágrimas caían en la funda de la almohada y mis pensamientos incrementaban la ansiedad.

¿Y si le había pasado algo? ¿Y si estaba bebiendo otra vez? ¿Y si...?

—Voy para allá.

—No.

—Alyssa, por favor. —Sonaba como si estuviera suplicando.

—¿Estás colocado? —pregunté.

Logan titubeó, lo cual era suficiente respuesta para mí. Siempre sabía cuándo estaba colocado, sobre todo porque casi siempre estaba colocado. Él sabía que me molestaba, pero decía que era como un hámster en una rueda, incapaz de cambiar sus costumbres.

Éramos muy diferentes en muchos sentidos. Yo no había hecho muchas cosas. Básicamente iba a trabajar, tocaba el piano y quedaba con Logan. Él tenía mucha más experiencia en cosas que yo no podría imaginar. Consumía drogas que yo no podía ni nombrar. Se perdía prácticamente cada semana, normalmente después de encontrarse con su padre o de lidiar con su madre, pero de alguna forma siempre encontraba el camino de vuelta hasta mí.

Intentaba fingir que no me molestaba, pero a veces lo hacía.

—Buenas noches, mejor amigo —dije susurrando.

—Buenas noches, mejor amiga —respondió con un suspiro.



Tenía las manos detrás de la espalda y estaba empapado de pies a cabeza. Su pelo castaño, que normalmente era ondulado, estaba pegado a la cabeza, y varios mechones le tapaban los ojos. Llevaba su sudadera roja favorita y unos vaqueros negros con más roturas de lo normal. Tenía una sonrisa bobalicona en la cara.

—Logan, son las tres y media de la mañana —susurré, esperando no despertar a mi madre.

—Estabas llorando —dijo. Había aparecido en la entrada de mi casa—. Y la tormenta no paraba.

—¿Has venido andando? —pregunté.

Él estornudó.

—No está tan lejos.

—¿Trepaste por la verja?

Se giró un poco para enseñarme un desgarrón en sus vaqueros.

—Trepé por la verja, y además... —Sacó las manos de detrás de la espalda y me enseñó una base pastelera envuelta en papel de aluminio—. Te he hecho un pastel.

—¿Has hecho un pastel?

—Hoy he visto un documental sobre pasteles. ¿Sabías que los pasteles existen desde los antiguos egipcios? El primer pastel documentado lo crearon los romanos, y era un pastel de...

—¿Queso de cabra y miel recubierto de centeno? —interrumpí.

Me miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?!

—Me lo dijiste ayer.

Se sonrojó un poco.

—Ah, claro.

Me eché a reír.

—Estás colocado.

Él rio y asintió.

—Estoy colocado.

Sonreí.

—Tardas cuarenta y cinco minutos en llegar de tu casa a la mía, Logan. No deberías haber venido tan lejos. Y estás temblando. Entra. —Agarré la manga de su sudadera empapada y tiré de él en dirección al baño que estaba conectado con mi habitación. Cerré la puerta tras de mí y lo senté en la tapa del retrete—. Quítate la sudadera y la camiseta —ordené.

Él sonrió con malicia.

—¿No vas a ofrecerme algo de beber primero?

—Logan Francis Silverstone —gruñí—. No te pongas raro.

—Alyssa Marie Walters. Yo siempre soy raro. Por eso te gusto.

No se equivocaba.

Se quitó la sudadera y la camiseta y tiró ambas prendas a la bañera. Echó un vistazo rápido a su torso e hice lo posible por ignorar las mariposas que sentí en el estómago cuando envolví su cuerpo con tres toallas.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Sus ojos color caramelo tenían una expresión dulce, y se acercó a mí mirándome a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Pasé los dedos por su pelo, que estaba frío y suave. Observaba todos mis movimientos. Tomé una toalla pequeña, me arrodillé frente a él y sacudí la cabeza mientras le secaba el pelo—. Deberías haberte quedado en casa.

—Tienes los ojos rojos.

Me eché a reír.

—Tú también. —Se oyó un trueno y me sobresalté. Logan colocó una mano sobre mi brazo para consolarme, y se me escapó un gemido. Observé sus dedos y su mirada se dirigió al mismo punto. Me aclaré la garganta y me aparté—. ¿Vamos a comer pastel?

—Vamos a comer pastel.

Nos dirigimos hacia la cocina en silencio, con la esperanza de no despertar a mi madre, pero estaba casi segura de que no se despertaría gracias a la cantidad de somníferos que tomaba cada noche. Logan se sentó en la encimera, sin camiseta y con los vaqueros empapados, sosteniendo el pastel.

—¿Platos? —sugerí.

—Solo un tenedor —respondió.

Busqué un tenedor y me senté en la encimera junto a él. Tomó el tenedor, cortó un trozo grande de pastel y me lo ofreció. Di un mordisco, cerré los ojos y me enamoré.

Dios.

Era el mejor cocinero del mundo. No estaba segura, pero dudaba que mucha gente pudiera hacer un pastel de queso de cabra y miel. Logan no solo lo había logrado, sino que además le había dado vida. Era cremoso, fresco, absolutamente delicioso. Cerré los ojos y abrí la boca, esperando otro trozo, y él me lo dio.

—Mmm —murmuré encantada.

—¿Mi pastel te está haciendo gemir?

—Tu pastel me está haciendo gemir, sin duda.

—Abre la boca. Quiero oírte hacer eso otra vez.

Arqueé una ceja.

—Estás raro otra vez. —Él sonrió. Adoraba esa sonrisa. En su vida casi todo eran ceños fruncidos, y cuando sonreía, había aprendido a atesorar ese momento. Preparó otro trozo de pastel y lo sostuvo delante de mis labios. Empezó a hacer sonidos de avión, moviendo la cuchara como si estuviera volando en el aire. Intenté no reírme, pero lo hice. Entonces abrí la boca y el avión aterrizó—. Mmm —gemí de nuevo.

—Eres muy buena gimiendo.

—Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso —lo parodié.

Él entrecerró los ojos.

—Tendrías cero dólares y cero centavos —se burló.

—Eres un idiota.

—Solo para que quede claro: si otros tíos te dicen que eres muy buena gimiendo aparte de mí, *en broma*, los mataré.

Siempre decía que mataría a cualquier chico que me mirase, y probablemente una de las mayores razones por las que mis relaciones nunca funcionaban tuviera algo que ver con el hecho de que a todos les aterrizzaba Logan Francis Silverstone. Pero yo no entendía a qué venía tanto miedo. Para mí era solo un osito de peluche grande.

—Esto es lo mejor que he comido en todo el día. Está tan bueno que quiero enmarcar el tenedor.

—¿Tan bueno está? —sonrió, henchido de orgullo.

—*Tan bueno* —confirmé—. Deberías pensar seriamente lo de ir a la escuela gastronómica. Serías increíble.

Soltó un bufido y frunció el ceño.

—La universidad no es para mí.

—Podría serlo.

—Cambiemos de tema —dijo arrugando la nariz.

No seguí presionándolo. Sabía que era un tema delicado para él. No creía que fuese lo suficientemente listo para entrar en la universidad, pero no era cierto. Logan era una de las personas más inteligentes que conocía. Si tan solo se viera a sí mismo como yo lo veía, su vida cambiaría para siempre.

Le arrebaté el tenedor y me metí más pastel en la boca, gimiendo sonoramente, para quitarle peso a la conversación. Volvió a sonreír. *Bien*.

—Me alegro tanto de que hayas traído esto, Lo. Casi no he comido en todo el día. Mi madre me ha dicho que tengo que perder nueve kilos antes de empezar la universidad en otoño, porque corro peligro de ganar los catorce kilos del primer año.

—Pensaba que eran siete kilos.^[1]

—Mamá dice que como ya tengo sobrepeso, acabaría pesando más que el promedio de los estudiantes. Ya sabes cuánto me quiere.

Puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Qué encanto.

—No puedo comer después de las ocho de la tarde.

—¡Afortunadamente, son más de las cuatro de la madrugada, así que es un nuevo día! ¡Tenemos que comernos todo el pastel antes de las ocho!

Me eché a reír y le tapé la boca con las manos rápidamente para que dejase de gritar. Sentí que besaba suavemente las palmas de mis manos y el corazón me dio un vuelco. Aparté las manos lentamente, sintiendo cómo se formaban las mariposas, y me aclaré la garganta.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Y lo hicimos: nos comimos el pastel entero. Cuando fui a limpiar el tenedor en el fregadero, me agarró la mano.

—No, no podemos limpiarlo. Tenemos que enmarcarlo, ¿recuerdas? —El corazón volvió a darme un vuelco cuando sus manos sostuvieron la mía. Nos miramos y él se acercó—. Y para que lo sepas, eres hermosa tal y como eres, Aly. A la mierda lo que opine tu madre. Creo que eres hermosa. No solo de esa manera superficial que desaparece con el tiempo, sino de todas las maneras posibles. Eres una persona hermosa, joder, así que a la mierda lo que piensen los demás. Ya sabes lo que opino de la gente.

Asentí. Me sabía su lema de memoria.

—A la mierda la gente, hazte con una mascota.

—Eso es —sonrió soltándome la mano.

Eché de menos su tacto incluso antes de que se alejase. Empezó a bostezar, y eso me distrajo de mis latidos erráticos.

—¿Cansado? —pregunté.

—Podría dormir.

—Tendrás que irte antes de que mi madre se levante.

—¿No lo hago siempre?

Fuimos a mi cuarto. Le di unos pantalones de chándal y una camiseta que le había robado hacía unas semanas. Una vez se hubo cambiado, nos metimos en la cama y nos tumbamos el uno al lado del otro. Nunca había dormido con un chico en la misma cama salvo con Logan. A veces, mientras dormíamos, me despertaba con la cabeza en su pecho, y antes de apartarme, escuchaba sus latidos. Respiraba fuerte, e inhalaba y exhalaba por la boca. La primera vez que se quedó a dormir no pegué ojo. Pero con el paso del tiempo, sus sonidos empezaron a resultarme familiares. A fin de cuentas tu hogar no está en un

sitio concreto, sino en una sensación que te proporcionan las personas que más te importan, una sensación que calma las llamas de tu alma.

—¿Sigues cansado? —pregunté en medio de la oscuridad. Mi mente aún estaba bien despierta.

—Sí, pero podemos hablar.

—Estaba pensando. Nunca me has explicado por qué te gustan tanto los documentales.

Se pasó las manos por el pelo antes de colocarlas detrás de la cabeza y miró al techo.

—Un verano me quedé con mi abuelo antes de que muriera. Tenía un documental sobre la galaxia que me dio ganas de saber de todo sobre... cualquier cosa. Ojalá recordase el nombre del documental, porque lo compraría enseguida. Era algo como agujero negro... o estrella negra... —Frunció el ceño—. No lo sé. Total, que empezamos a ver más documentales juntos; se convirtió en nuestra costumbre. Fue el mejor verano de mi vida. —Una oleada de tristeza bañó su rostro y bajó la mirada—. Después de que muriera, continué con la tradición. Seguramente sea una de las únicas tradiciones que he tenido nunca.

—¿Sabes mucho de estrellas?

—Sé *mucho* de estrellas. Si hubiera algún sitio lo suficientemente bueno en este pueblo, te enseñaría las estrellas sin toda la contaminación lumínica, y te señalaría algunas de las constelaciones. Pero, por desgracia, no lo hay.

—Qué pena. Me gustaría mucho. Pero he estado pensando... Deberías hacer un documental sobre tu vida.

Se echó a reír.

—Nadie querría ver eso.

Incliné la cabeza en su dirección.

—Yo lo haría.

Me dirigió una media sonrisa y me rodeó con el brazo, atrayéndome hacia él. Su calor siempre desencadenaba chispas en mi cuerpo.

—¿Lo? —susurré, medio despierta, medio dormida, y enamorándome en secreto de mi mejor amigo.

—¿Sí?

Abrí la boca para hablar, pero en lugar de palabras solo salió un débil suspiro. Dejé caer la cabeza en su pecho, y escuché el sonido de sus latidos. Empecé a contarlos. *Uno... Dos... Cuarenta y cinco...*

En pocos minutos, mi mente se relajó. En pocos minutos, olvidé por qué estaba tan triste. En pocos minutos, ya estaba dormida.

Capítulo 3

Logan



Ma y yo no teníamos televisión por cable, pero no me importaba demasiado. Cuando era niño sí tuvimos, pero no la disfrutaba por culpa de mi padre. Él pagaba la factura, y cuando me sentaba a ver los dibujos siempre se quejaba. Era como si odiase que yo fuera feliz por un instante. Entonces, un día, vino a casa, cogió el televisor y canceló la suscripción.

Ese día se mudó del apartamento.

Pero también fue uno de los mejores días de mi vida.

Al cabo de un tiempo, encontré un televisor en un vertedero. Era un televisor pequeño, de diecinueve pulgadas, con un reproductor de DVD, así que empecé a coger un montón de documentales en la biblioteca y los veía en casa. Me convertí en el tipo de persona que sabía demasiado de todo: béisbol, pájaros tropicales y el Área 51, todo gracias a los documentales. Pero al mismo tiempo, no sabía nada en absoluto.

A veces Ma los veía conmigo, pero la mayor parte del tiempo era una actividad solitaria.

Ma me quería, pero no le gustaba mucho.

Bueno, eso no era del todo cierto.

Ma sobria me quería como si fuera su mejor amigo.

Ma drogada era un monstruo, y esa era la única que vivía en casa últimamente.

Algunos días echaba de menos a la Ma sobria. A veces, cuando cerraba los ojos, recordaba el sonido de su risa y la curva de sus labios cuando estaba contenta.

Para, Logan.

Odiaba mi mente, odiaba cómo recordaba. Los recuerdos eran dagas para mi alma, y apenas tenía recuerdos positivos a los que aferrarme.

Pero no me importaba, porque mantenía mi mente lo suficientemente drogada para casi olvidar la vida de mierda que vivía. Si me quedaba encerrado en mi habitación y me abastecía de documentales, con buena mierda para fumar, prácticamente conseguía olvidar que, hacía unas semanas, mi madre estaba en una esquina intentando vender su cuerpo por unas pocas rayas de cocaína.

Esa era una llamada que nunca habría querido recibir de mi amigo Jacob.

—*Tío, acabo de ver a tu madre en la esquina de la calle Jefferson y la calle Wells. Creo que está... eh...* —Jacob hizo una pausa—. *Creo que deberías venir.*

El martes por la mañana, estaba sentado en mi cama, mirando el techo, con un documental sobre artefactos chinos puesto de fondo, cuando la oí gritar mi nombre.

—¡Logan! ¡Logan! ¡Logan, ven aquí!

Me quedé tan quieto como pude, esperando que dejase de llamarme, pero no lo hizo. Me levanté de la cama, salí de la habitación y me encontré a Ma sentada en la mesa del comedor. Nuestro apartamento era diminuto, pero de todas formas no teníamos muchas cosas con que llenarlo. Un sofá roto, una mesita con manchas y una mesa de comedor con tres sillas diferentes.

—¿Qué necesitas?

—Necesito que limpies las ventanas por fuera, Logan —dijo Ma mientras se servía un cuenco de leche y añadía cinco cereales Cheerios dentro del cuenco agrietado.

Decía que había empezado una nueva dieta, y no quería engordar. Era imposible que pesara más de cincuenta y cinco kilos, y medía 1,75. A mí me parecía casi esquelética.

Tenía aspecto de estar agotada. ¿Habría dormido algo la noche anterior?

Esa mañana su pelo era un desastre, pero no era más desastroso que toda su existencia. Ma siempre parecía rota, y por más que me esforzara, no lograba recordar una época en que no lo pareciera. Siempre se pintaba las uñas los domingos por la mañana, y para cuando llegaba la noche ya había descascarillado el esmalte, y solo quedaban unos pocos puntos de color en las uñas que duraban hasta el siguiente domingo por la mañana, cuando repetía la tarea. Siempre llevaba la ropa sucia, pero le echaba Febreze a las cuatro de la

mañana, antes de plancharla. Pensaba que este eliminador de olores era un sustituto decente de hacer la colada en la lavandería.

Yo no estaba de acuerdo con su técnica, y sacaba su ropa a hurtadillas siempre que podía para lavarla. La mayoría de la gente probablemente no se inmutaba al ver una moneda en el suelo, pero para mí podía significar llevar los pantalones limpios esa semana.

—Hoy va a llover. Mañana los limpio —respondí.

Pero no lo haría. Ella se olvidaría pronto. Además, limpiar las ventanas de nuestro apartamento en un tercer piso sin balcón era un poco ridículo. Sobre todo si se acercaba una tormenta.

Abrí la puerta del frigorífico y miré los estantes vacíos. Llevaban así varios días.

Mantuve los dedos alrededor del tirador del frigorífico. Lo abrí y lo cerré, un poco como si la comida fuera a aparecer por arte de magia para llenar mi ruidoso estómago. Entonces, como el mago que era, se abrió la puerta principal y apareció mi hermano Kellan con unas bolsas del supermercado en las manos, y sacudiendo las gotas de lluvia de su chaqueta.

—¿Tienes hambre? —preguntó, dándome un golpecito en el brazo.

Quizá Ma estaba comiendo Cheerios porque eso era lo único que teníamos en casa.

Kellan era la única persona en la que había confiado nunca, además de Alyssa. Parecíamos casi gemelos, salvo por el hecho de que él era más fuerte, más guapo y más estable. Llevaba el pelo rapado y ropa de diseño, y no tenía ojeras. Los pocos moretones que le aparecían en la piel eran consecuencia de algún placaje durante un partido de fútbol de la universidad, algo que no ocurría muy a menudo.

Había tenido la suerte de tener una vida mejor, simplemente porque tenía un padre mejor. Su padre era cirujano. Mi padre era más bien un farmacéutico de la calle que vendía drogas a los chavales del barrio, y a mi madre.

ADN: A veces ganas, a veces pierdes.

—Por Dios —dijo mirando la nevera—. Necesitaréis más cosas de las que he comprado.

—¿Cómo sabías que necesitábamos comida? —pregunté mientras lo ayudaba a vaciar las bolsas.

—Lo he llamado yo —dijo Ma comiéndose uno de sus Cheerios y sorbiendo la leche—. Si dependiera de ti, no comeríamos.

Cerré las manos en un puño, pero traté de contener la ira que había desatado su comentario. Odiaba que Kellan tuviera que intervenir y salvarnos

de nosotros mismos tan a menudo. Se merecía estar lejos, muy lejos de aquel estilo de vida.

—Cogeré más cosas y las traeré después de mi clase nocturna.

—Vives a una hora. No hace falta que vuelvas hasta aquí.

Él me ignoró.

—¿Alguna petición? —preguntó.

—Comida estaría bien —gruñí al unísono con mi estómago.

Cogió la mochila y sacó dos bolsas de papel marrones.

—Comida.

—¿También has cocinado para nosotros?

—Bueno, algo así. —Puso las bolsas en la encimera. Eran varios alimentos, sin cocinar—. Recuerdo que cuando te quedaste conmigo vimos mucho ese programa de cocina en que te dan alimentos aleatorios y tú tienes que preparar una comida. Alyssa me ha dicho que estabas dándole vueltas a la idea de convertirte en chef.

—Alyssa habla demasiado.

—Está loca por ti.

No lo rebatí.

—Bueno —sonrió y me tendió una patata—, tengo un poco de tiempo antes de ir a trabajar. ¡Haz algo, chef!

Y lo hice. Nos sentamos los dos a comer mi sofisticado sándwich tostado de queso con jamón, tres clases de queso y una salsa alioli con ajo. Para acompañar hice rösti con un ketchup picante con sabor a beicon.

—¿Cómo está? —pregunté con los ojos fijos en Kellan—. ¿Te gusta?

Sin pararme a pensar, puse medio sándwich delante de Ma. Ella negó con la cabeza.

—Dieta —murmuró comiéndose el último Cheerio.

—Ostras, Logan. —Kellan suspiró, desconectando del comentario de Ma. Ojalá yo también pudiera hacer eso—. Esto está increíble.

Sonreí con cierto orgullo.

—¿De verdad?

—He dado un mordisco al sándwich y casi muero literalmente de lo bueno que está. Si creyera en el Cielo, sería solo gracias a este sándwich.

Mi sonrisa se hizo más amplia.

—¡¿Verdad?! Me he superado a mí mismo.

—Es una puta pasada.

Me encogí de hombros y puse cara de engreído.

—Soy un poco increíble. —No podía estarle más agradecido. No lo había pasado tan bien en mucho tiempo. Tal vez algún día podría ir a la universidad... Tal vez Alyssa tenía razón.

—Pero tengo que irme. ¿Estás seguro de que no quieres que te lleve a ningún sitio? —preguntó Kellan.

Quería salir del apartamento, eso por supuesto. Pero no estaba seguro de si mi padre se pasaría por casa, y no quería que estuviera a solas con Ma. Cada vez que se quedaba a solas con ella, su piel se volvía más morada que cuando la había dejado.

Había que ser un demonio para ponerle la mano encima a una mujer.

—No, estoy bien. De todas formas, hoy trabajo en la gasolinera.

—¿Eso no está a una hora caminando desde aquí?

—No. Un poco menos, a tres cuartos. Pero no pasa nada.

—¿Quieres un billete de autobús?

—Puedo ir caminando.

Abrió su cartera y puso dinero en la mesa.

—Oye. —Se acercó y me susurró—: Si alguna vez quieres quedarte en casa de mi padre, está cerca de tu trabajo...

—Tu padre me odia —repliqué.

—No es verdad.

Le dirigí una mirada de estás-de-coña.

—Vale, puede que no seas su persona favorita, pero para ser justos, le robaste trescientos dólares de su cartera.

—Tenía que pagar el alquiler.

—Sí, pero Logan, tu primer pensamiento no debería haber sido robar.

—¿Y cuál debería haber sido? —pregunté, un poco molesto, sobre todo porque sabía que tenía razón.

—No lo sé. ¿Quizá pedir ayuda?

—No necesito ayuda de nadie. Nunca la he necesitado y nunca la necesitaré.

Ese orgullo mío era muy severo. Entendía por qué algunos lo consideraban el pecado más mortal.

Kellan frunció el ceño. Sabía que necesitaba escapar. Permanecer en aquel apartamento durante tanto tiempo te volvía loco.

—Bueno, vale. —Se acercó a Ma y presionó los labios contra su frente—. Te quiero, Ma.

Ella sonrió un poco.

—Adiós, Kellan.

Se acercó a mí por detrás, me colocó las manos en los hombros y susurró:
—Está todavía más delgada que la última vez que la vi.
—Sí.
—Me da miedo.
—Sí, a mí también. —Vi cómo la preocupación se apoderaba de su mente
—. Pero no te preocupes. Me encargaré de que coma algo.
Su preocupación no disminuyó.
—Tú también pareces algo más delgado.
—Eso es porque tengo un metabolismo muy rápido —bromeé. No se rio.
Le di unos golpecitos en la espalda—. En serio, Kel. Estoy bien. E intentaré
hacer que coma. Prometo intentarlo, ¿vale?
Dejó escapar un pesado suspiro.
—Vale. Te veo luego. Si no has vuelto del trabajo cuando me pase esta
noche, te veré la semana que viene.
Kellan se despidió con la mano, y antes de que saliera del apartamento, lo
llamé.
—¿Sí? —preguntó.
Encogí el hombro izquierdo. Él encogió el derecho. Era nuestra manera de
decirnos que nos queríamos. Significaba mucho para mí. Era la persona en la
que soñaba convertirme algún día. Pero éramos hombres. Y los hombres no
decían «te quiero». La verdad es que no le decía esas dos palabras a nadie.
Me aclaré la garganta y asentí una vez.
—Gracias otra vez. Por... —Encogí el hombro izquierdo—. Todo.
Me sonrió y encogió el derecho.
—Siempre.
Y con eso, se marchó. Miré a Ma, que estaba hablando a su cuenco de
leche. No era de extrañar.
—Kellan es el hijo perfecto —murmuró a la leche antes de inclinar la
cabeza hacia mí—. Es mucho mejor que tú.
¿Dónde está la Ma sobria?
—Sí —dije levantándome para llevar la comida a mi habitación—. Vale,
Ma.
—Es verdad. Es guapo y listo y me cuida. Tú no haces una mierda.
—Tienes razón. No hago una mierda por ti —murmuré alejándome. Esa
mañana no quería lidiar con sus locuras.
Mientras me dirigía a mi cuarto, me sobresalté cuando un cuenco pasó
volando junto a mi oreja izquierda y se estrelló contra la pared que tenía

delante. La leche me salpicó y me cayeron cristales encima. Me giré para mirar a Ma, que tenía una sonrisa astuta en los labios.

—Necesito que limpies esas ventanas hoy, Logan. Ahora mismo. ¡Tengo una cita, vendrán a buscarme esta noche y esta casa *da asco*! —gritó—. Y limpia ese estropicio.

Empezó a hervirme la sangre, porque era un desastre. ¿Cómo podía alguien perderse tanto en su vida? Y una vez perdidos, ¿había alguna posibilidad de que volvieran? *Te echo tanto de menos, Ma...*

—No voy a limpiar eso.

—Lo harás.

—¿Con quién vas a salir, Ma?

Se colocó muy erguida, como si fuera de la realeza.

—No es asunto tuyo.

—¿De veras? Porque estoy bastante seguro de que la última persona con la que saliste era un patán que te recogió en una esquina. Y antes de eso fue el vago de mi padre, y volviste con dos costillas rotas.

—No te atrevas a hablar así de él. Es bueno con nosotros. ¿Quién crees que paga la mayor parte de nuestro alquiler? Porque está claro que no eres tú.

Un chico de casi dieciocho años, que acababa de graduarse en el instituto y no podía permitirse pagar un alquiler. Era un perdedor.

—Pago la mitad, que es más de lo que puedes decir tú, y él no es más que un mierda.

Dio un golpe en la mesa, irritada al oír mis palabras. Estaba temblando un poco, y empezaba a ponerse nerviosa.

—¡Es más hombre de lo que podrás serlo tú jamás!

—¿Ah sí? —pregunté abalanzándome sobre ella. Empecé a rebuscar en sus bolsillos, seguro de lo que iba a encontrar—. ¿Es más hombre? ¿Y eso por qué? —Hallé la pequeña bolsita de cocaína en su bolsillo trasero. La hice oscilar delante de su cara y vi cómo el pánico se apoderaba de ella.

—¡Para! —gritó intentando quitármela.

—No, ya lo entiendo. Te da esto y automáticamente eso le hace mejor hombre de lo que yo podré serlo jamás. Te pega porque es mejor hombre. Te escupe en la cara y te llama de todo porque es mejor hombre que yo. ¿Verdad?

Empezó a llorar. No por mis palabras, porque estaba seguro de que ni siquiera me escuchaba, sino porque temía que su amiga blanca pulverizada estuviera en peligro.

—¡Dámela, Lo! ¡Para!

Tenía los ojos hundidos, y era como si estuviera luchando con un fantasma. Suspiré profundamente y dejé caer la bolsita en la mesa. Entonces vi que se limpiaba la nariz, la abría, cogía la cuchilla y preparaba dos rayas de coca en la mesita del comedor.

—Eres un desastre. Eres un maldito desastre, y nunca mejorarás —afirmé mientras esnifaba el polvo.

—Dice el chico que va a meterse en su habitación, a cerrar la puerta y a esnifar su propio regalo, el que le dio su papi. Él es el lobo malo y grande, pero caperucito rojo sigue llamándolo para conseguir su chute. ¿Te crees mejor que yo o él?

—Lo soy —dije.

Me drogaba, pero no mucho. Me controlaba. No perdía la cabeza.

Era mejor que mis padres.

Tenía que serlo.

—No lo eres. Tienes lo peor de cada uno en tu alma. Kellan es bueno, él siempre estará bien. ¿Pero tú? —Preparó otras dos rayas de coca—. Apuesto a que estarás muerto antes de los veinticinco.

Mi corazón.

Dejó de latir.

Me quedé helado al oír aquellas palabras de sus labios. Ni siquiera se inmutó al decirlas, y sentí como si una parte de mí muriera. Quería hacer exactamente lo contrario de lo que pensaba que haría. Quería ser fuerte, estable, merecedor de mi existencia.

Pero aun así, era aquel hámster en la rueda.

Dando vueltas y vueltas, y sin llegar a ninguna parte.

Entré en mi cuarto, di un portazo y me perdí en el mundo de mis propios demonios. Me pregunté qué habría pasado si nunca hubiera saludado a mi padre durante todos aquellos años. Me pregunté qué habría pasado si nuestros caminos no se hubieran cruzado nunca.



Logan, siete años



Conocí a mi padre en el porche delantero de un desconocido. Ma me llevó a una casa esa noche y me pidió que esperase fuera. Me dijo que entraría rápido y luego nos iríamos a casa, pero supuse que ella y sus amigos se estaban divirtiendo mucho más de lo que habían imaginado.

El porche estaba lleno de basura, y mi sudadera roja no era la mejor opción para el frío invernal, pero no me quejé. Ma odiaba cuando me quejaba; decía que me hacía parecer débil.

Había un banco de metal roto en el porche en el que me senté con las piernas dobladas contra el pecho y esperé a que el tiempo pasara. La barandilla del porche tenía pintura gris descascarillada y unos listones de madera agrietados, y estaba cubierta de nieve congelada que nunca quitaban.

Venga, Ma.

Hacía tanto frío aquella noche. Veía el vapor de mi propia respiración, y para entretenerme, empecé a soplar aire caliente por la boca.

La gente entraba y salía de la casa durante la noche, y apenas me veían sentado en el banco. Me llevé la mano al bolsillo trasero y saqué un bloc de notas y un bolígrafo que siempre llevaba conmigo. Empecé a hacer garabatos. Cuando Ma no estaba cerca, me entretenía dibujando.

Dibujé mucho aquella noche, hasta que empecé a bostezar. Al final me quedé dormido, tumbado en el banco con las piernas metidas dentro de mi sudadera roja. Mientras dormía, no tenía tanto frío, lo cual estaba bien.

—¡Eh! —me despertó una voz severa. En cuanto abrí un poco los ojos, recordé el frío. Empecé a temblar, pero no me incorporé—. ¡Oye, niño! ¿Qué coño haces aquí? —preguntó la voz—. Levántate.

Me incorporé y me froté los ojos, bostezando.

—Mi ma está dentro. Estoy esperándola.

Miré al tipo que me hablaba, y los nervios me hicieron abrir mucho los ojos. Parecía malvado, y tenía una cicatriz grande en la mejilla izquierda. Tenía el pelo alborotado, salpicado de canas, y sus ojos se parecían a los míos. Marrones y aburridos.

—¿Sí? ¿Cuánto llevas esperando aquí? —siseó. Una especie de cigarrillo le colgaba de los labios.

Miré el cielo ennegrecido. Era de día cuando Ma y yo habíamos llegado. No respondí al hombre. Gruñó y se sentó a mi lado. Me deslicé hacia el borde del banco, alejándome de él tanto como me fue posible.

—Joder, niño, relájate. No voy a hacerte daño. ¿Tu madre es una yonqui? —preguntó. No sabía lo que significaba eso, así que me encogí de

hombros. Él se rio—. Si está en esta casa, es que es una yonqui. ¿Cómo se llama?

—Julie —susurré.

—¿Julie qué más?

—Julie Silverstone.

Abrió un poco la boca y ladeó la cabeza, mirándome.

—¿Tu madre es Julie Silverstone?

Asentí.

—¿Y te ha dejado aquí fuera?

Volví a asentir.

—Esa puta —murmuró levantándose del banco con las manos en forma de puños. Se dirigió a la puerta principal, y al abrir la puerta con tela metálica, se detuvo. Cogió el cigarrillo que tenía entre los labios y me lo ofreció—. ¿Fumas hierba? —preguntó.

No era un cigarrillo. Debería haberlo sabido por el olor.

—No.

Frunció el ceño.

—Has dicho Julie Silverstone, ¿verdad? —Asentí por tercera vez. Me puso el porro en las manos—. Entonces fuma hierba. Te mantendrá en calor. Ahora vuelvo con la puta de tu madre.

—No es una... —la puerta se cerró antes de que me oyera terminar la frase— puta.

Sostuve el porro entre los dedos y temblé de frío.

Te mantendrá en calor.

Estaba congelado.

Así que di una calada, y me ahogué en mi propia tos.

Tosí con fuerza durante un buen rato y pisoteé el porro. No entendía cómo alguien podía hacer eso, por qué motivo se les ocurría fumar. Ese fue el momento en que prometí no volver a fumar nunca.

Cuando el hombre regresó, trajo arrastrando consigo a Ma. Apenas estaba despierta, y estaba sudorosa.

—¡Deja de tirar de mí, Ricky! —gritó al hombre.

—Cierra la boca, Julie. Has dejado al maldito crío fuera toda la noche, puta drogata.

Cerré las manos en un puño e inflé el pecho. ¡Cómo se atrevía a hablar así a Ma! No la conocía. Era mi mejor amiga, además de mi hermano Kellan. Y aquel tipo no tenía ningún derecho a hablar así a Ma. Kellan se habría enfadado mucho si hubiera oído a aquel hombre. Menos mal que no se

encontraba allí y estaba con su padre haciendo una especie de viaje para pescar en hielo.

No sabía que la gente podía pescar cuando había hielo, pero Kellan me lo había explicado la semana anterior. Ma decía que la pesca en hielo era para raritos y pringados.

—¡Te lo dije, Ricky! Ya no consumo. Lo... lo prometo —tartamudeó—. Solo he venido a ver a Becky.

—Y una mierda —respondió bajando los escalones con ella—. Vamos, niño.

—¿A dónde vamos, Ma? —pregunté, siguiendo a mi madre y preguntándome qué iba a pasar a continuación.

—Os voy a llevar a casa —replicó el hombre. Colocó a Ma en el asiento del conductor, y ella cerró los ojos y se desplomó en él. Entonces abrió la puerta trasera para mí, y una vez hube entrado, la cerró con fuerza—. ¿Dónde vivís? —preguntó cuando se sentó en el asiento del conductor. Puso el coche en marcha y lo alejó de la acera.

Su coche era brillante y bonito, más bonito que ningún coche que hubiera visto. Ma y yo íbamos en autobús a todas partes, así que estar en ese coche me hizo sentir en parte como si perteneciera a la realeza.

Ma empezó a toser e intentó aclararse la garganta.

—Ves, por eso tenía que ver a Becky. ¡Mi casero es un imbécil y me ha dicho que no he pagado los últimos dos meses! ¡Pero lo he hecho, Ricky! Pagué a ese capullo, y se comporta como si no lo hubiera hecho. Así que he venido a ver a Becky para que me preste algo de dinero.

—¿Desde cuándo tiene dinero Becky? —preguntó.

—No lo tenía. No tenía dinero, supongo. Pero tenía que intentarlo. Porque el casero dice que no puedo volver si no traigo el dinero. Así que no estoy segura de dónde tendríamos que ir. Deberías dejarme que vaya a ver a Becky rápido —murmuró abriendo la puerta del pasajero con el coche en marcha.

—¡Ma!

—¡Julie!

Ricky y yo gritamos al mismo tiempo. La agarré de la camiseta desde el asiento trasero, y él le cogió la manga para tirar de ella en su dirección, cerrando la puerta con ella.

—¡¿Estás loca?! —rugió. Se le ensancharon las fosas nasales—. Maldita sea. Mañana pagaré tu factura, pero esta noche os quedáis en mi casa.

—¿Harías eso, Ricky? Dios, te lo agradeceríamos muchísimo. ¿Verdad, Lo? Te devolveré el dinero, te pagaré cada centavo.

Yo asentí, sintiendo por fin el calor del coche.

Calor.

—Cogeré comida para el niño también. Dudo que lo hayas alimentado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos y un mechero que tenía forma de bailarina de hula-hop. Al encenderlo, la bailarina se movía de un lado al otro. El movimiento me hipnotizaba, y era incapaz de apartar la vista. Incluso cuando hubo terminado de prender el cigarrillo, siguió encendiéndolo y apagándolo sin parar.

Cuando llegamos al apartamento de Ricky, me sorprendió la cantidad de cosas que tenía. Dos sofás y un sillón enorme, cuadros, un televisor con cable enorme, y una nevera con comida suficiente para alimentar el mundo entero. Después de comer, Ricky me colocó en uno de los sofás y empezó a entrarme sueño mientras los escuchaba hablar entre susurros en el pasillo.

—Tiene tus ojos —murmuró.

—Sí, lo sé. —Tenía la voz cargada de resentimiento, pero no estaba seguro de por qué. Oí que sus pasos se acercaban, y cuando abrí los ojos me lo encontré agachándose junto a mí. Juntó las manos y entrecerró los ojos—. Eres hijo mío, ¿eh?

No respondí.

Porque, ¿qué se suponía que iba a decir?

Una sonrisa astuta asomó a sus labios, y tras encender un cigarrillo, me echó el humo en la cara.

—No te preocupes, Logan. Voy a cuidar de ti y de tu madre. Te lo prometo.



A las cuatro de la mañana, cuando por fin se me pasó el colocón, me tendí en mi cama y miré al techo.

Yo: ¿Estás despierta?

Miré el teléfono, esperando a que aparecieran las elipses, pero no lo hicieron. Cuando sonó el teléfono, tomé aire.

—Te he despertado —susurré al aparato.

—Solo un poco —respondió Alyssa—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —mentí—. Estoy bien.

Estarás muerto antes de los veinticinco.

—¿Ha sido tu madre o tu padre?
Ella siempre lo sabía.
—Mi madre.
—¿Estaba colocada o sobria?
—Colocada.
—¿Te has creído lo que te ha dicho o no?
Titubeé, y empecé a encender y apagar el encendedor.
—Ay, Lo.
—Siento haberte despertado. Puedo colgar. Vuelve a dormirte.
—No estoy tan cansada. —Bostezó—. Quédate al teléfono conmigo hasta que te duermas, ¿vale?
—Vale.
—Estás bien, Logan Francis Silverstone.
—Estoy bien, Alyssa Marie Walters.
Aunque me daba la sensación de que era mentira, era una mentira que su voz casi siempre me hacía creer.

Capítulo 4

Logan



Nunca había celebrado realmente mi cumpleaños hasta hace dos años, cuando conocí a Alyssa. Kellan siempre me invitaba a cenar, y me encantaba. Se le daba genial recordarme que no estaba solo en el mundo, pero Alyssa se superaba cada año por mi cumpleaños. Hace dos años, fuimos a Chicago a ver un especial sobre Charlie Chaplin en un teatro antiguo, y luego me llevó a un restaurante elegante para el que no llevaba la ropa adecuada. Ella procedía de un estilo de vida donde las cenas elegantes eran normales, mientras que yo venía de un mundo en el que no siempre había una cena disponible. Cuando se dio cuenta de que me sentía incómodo, acabamos caminando por las calles de Chicago, comiéndonos un perrito caliente y metiéndonos debajo de la escultura de la alubia gigante.

Ese fue el primer mejor día de mi vida.

Hace un año hubo un festival de cine en la zona alta de Wisconsin, y Alyssa alquiló una cabaña para que pudiéramos quedarnos. Vimos juntos todas las películas durante el fin de semana. Nos acostamos tarde hablando de las películas que nos habían inspirado, y de las películas en las que probablemente el equipo estaba puesto hasta arriba de LSD.

Ese fue el segundo mejor día de mi vida.

Pero hoy era diferente. Hoy era mi decimoctavo cumpleaños, eran más de las once de la noche, y Alyssa no me había llamado en todo el día.

Me senté en mi habitación para ver un DVD sobre Jackie Robinson mientras oía a Ma trasteando por el apartamento. Había una pila de facturas junto a mi cama, y sentí un nudo en el estómago por el temor a no poder

pagar el alquiler. Si no lo hacíamos, papá nunca nos permitiría superar la vergüenza. Y si le pedía ayuda, estaba seguro de que Ma pagaría el precio.

Saqué de debajo del colchón un sobre y conté el dinero que tenía ahorrado. Las palabras del sobre me ponían enfermo.

Fondos para la universidad.

Menudo chiste.

Conté el dinero. *Quinientos cincuenta y dos dólares.* Había estado ahorrando durante dos años, desde que Alyssa me hizo creer que era algo que podría hacer algún día. Pasé mucho tiempo pensando que un día tendría el dinero suficiente ahorrado para ir a la universidad, conseguir un buen trabajo, y comprar una casa en la que pudiéramos vivir Ma y yo.

Nunca tendríamos que depender de papá para nada: la casa sería nuestra y solo nuestra. Y nos desintoxicaríamos. No más drogas, solo felicidad. Ma lloraría de felicidad, no porque él le pegara.

La Ma sobria volvería, la que solía arroparme cuando era pequeño. La que solía cantar y bailar. La que solía sonreír.

Había pasado mucho tiempo desde que había visto esa versión de ella, pero una parte de mí esperaba que volviera algún día. *Tiene que volver a mí.*

Suspiré y separé algo de dinero de los fondos para la universidad para pagar la factura de la luz.

Quedaban trescientos treinta y tres dólares.

Y con eso, el sueño pareció alejarse un poco más.

Saqué un lápiz y empecé a garabatear en la factura de la luz. Dibujar y mirar embobado documentales era mi principal vía de escape de la realidad. Además, una chica extraña de pelo rizado que sonreía y hablaba demasiado había estado apareciendo en mi mente. Alyssa invadía mis pensamientos más de lo que debería. Lo cual era extraño, porque a mí no me importaba una mierda la gente ni lo que pensarán de mí.

Si me importara la gente, eso facilitaría que se metieran en mi cabeza, y mi mente ya estaba bastante destruida por mi amor hacia mi retorcida madre.

—¡No! —Oí gritos en la sala de estar—. No, Ricky, no era mi intención —gritó.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Papá estaba aquí.

Me levanté de la cama a toda prisa. Papá era musculoso, y tenía más pelo blanco que negro, más ceños fruncidos que sonrisas, y más odio que amor. Y siempre llevaba trajes. Unos trajes muy caros, con corbatas y zapatos de piel de cocodrilo. Todo el vecindario sabía que tenía que mantener la cabeza

gacha al pasar junto a él, porque incluso mirarle a los ojos podía ser peligroso. Era el mayor matón de las calles, y yo le odiaba con todas mis fuerzas. Todo en él me daba asco, pero lo que más detestaba era tener sus ojos.

Siempre que lo miraba veía algo de mí.

Ma estaba temblando en una esquina. Se cubría la mejilla con la mano, que tenía la marca de la mano de él. Vi que se disponía a pegarle otra vez y me interpose entre ellos, recibiendo el golpe en su lugar.

—Déjala —dije, intentando actuar como si la bofetada no me quemase.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Logan —dijo—. Quítate de en medio. Tu madre me debe dinero.

—Lo... lo tendré, lo juro. Solo necesito tiempo. Esta semana tengo una entrevista en un supermercado que está más abajo en esta calle —mintió.

Ma no había solicitado un empleo en años, pero de alguna forma siempre tenía esas entrevistas misteriosas que nunca derivaban en nada.

—Pensaba que ya te había pagado ese dinero —dije—. Te dio doscientos el fin de semana pasado.

—Y se llevó trescientos hace dos días.

—¿Por qué le das el dinero? Sabes que no puede devolverlo.

Me agarró del brazo y me clavó los dedos en la piel, haciendo que me estremeciera. Tiró de mi brazo hacia el otro lado de la habitación y se alzó sobre mí.

—¿Quién coño te crees que eres, hablándome de esa forma, eh?

—Solo pensé...

Me dio una colleja.

—No has pensado. Esta conversación es entre tu madre y yo. No interrumpas. —Volvió a pegarme, esta vez más fuerte. Cerró el puño y cuando me alcanzó el ojo, gemí de dolor. Mi padre se dirigió a mi madre otra vez y, como un idiota, volví a ponerme delante de ella—. ¿Tienes inclinaciones suicidas, Logan?

—Yo lo pagaré —dije intentando mantenerme erguido, aunque él me hacía sentir diminuto cuando estaba cerca—. Un segundo.

Entré en mi habitación a toda prisa, metí la mano debajo del colchón y saqué mis fondos para la universidad. Sentía que se me hinchaba el ojo mientras contaba el dinero.

Quedaban veintitrés dólares.

—Toma —dije poniéndole el dinero en las manos.

Él me miró entrecerrando los ojos y lo contó. Murmuró algo para sí, pero no me importaba. Que se marchase sería suficiente.

Se metió el dinero en el bolsillo.

—Deberíais saber lo afortunados que sois de tenerme. Pero creo que voy a dejar de pagaros el alquiler como he estado haciendo hasta ahora.

Quería decir: *no te necesitamos*. Soñaba con gritar: *vete y no vuelvas nunca*. Pero mantuve la boca cerrada.

Se acercó a Ma y vi cómo ella se encogía al sentir la caricia de su mano contra la mejilla.

—Sabes que te quiero, ¿verdad Julie? —preguntó.

Ella asintió lentamente.

—Lo sé.

—Y que solo quiero que seamos felices. ¿Lo sabes?

Ella asintió más despacio.

—Sí.

Se agachó y la besó en los labios, y yo sentí deseos de prenderle fuego. Cuando se separaron, ella lo miró como si fuera su Dios, cuando en realidad solo era Satanás vestido con un traje caro.

—Logan —dijo mientras se dirigía a la puerta principal para salir—. Si alguna vez necesitas un trabajo de verdad, un trabajo para hombres de verdad, estoy seguro de que podré hacerte un hueco en los negocios familiares. Este dinero cutre que estás ganando no te llevará a ninguna parte.

—No me interesa.

Sus labios esbozaron una sonrisa siniestra. Era la misma respuesta que le daba siempre, pero cada una de las veces sonreía como si conociera un secreto que no iba a compartir conmigo. Cuando salió del apartamento, dejó escapar un suspiro pesado.

—¿Qué problema tienes?! —gritó Ma golpeándome en el pecho. Agarré sus diminutas muñecas, confundido. Ella siguió gritando—. ¿Es que quieres arruinarme la vida?

—¡Acabo de impedir que te dé una paliza!

—No sabes de lo que hablas. No iba a hacerme daño.

—Estás flipando. *Te estaba* haciendo daño.

—Suéltame —protestó intentando liberarse de mi mano. La solté y, en un segundo, su mano se alzó y me dio un bofetón, *fuerte*—. No vuelvas a meterte en mi vida, ¿me oyes?

—Sí —murmuré.

Me señaló con el dedo con una expresión severa en los ojos.

—¿Me. Oyes? —volvió a preguntar.

—¡Sí! —grité—. Te oigo.

Pero mentía, porque si alguna vez veía las manos de mi padre cerca de ella, la defendería. Lucharía por ella. Sería su voz, aunque eso implicase perder la mía. Porque sus propios sonidos habían enmudecido por culpa de él. Porque el fuego de su interior se había apagado por culpa de él.

Ma, vuelve conmigo.

¿Cuándo la perdí? ¿Se habría perdido para siempre?

Si tuviera una máquina del tiempo, volvería atrás y arreglaría el error que la había convertido en la persona que era. La guiaría hacia la izquierda en vez de la derecha. Le suplicaría que no fumase la pipa por primera vez. Le recordaría que era hermosa a pesar de lo que dijera cualquier hombre. Arreglaría ese corazón que estaba tan dolorosamente dañado.

Me dirigí a mi cuarto e intenté borrar los recuerdos de mi padre, pero siempre que venía, volvían todos de golpe. Todo mi odio, toda mi ira, todo mi dolor. Inundaron mi mente, llenándola de tanto ruido que necesitaba callarla.

Estarás muerto antes de los veinticinco.

Mi corazón había entrado en pánico. El ojo me palpitaba de dolor, y estaba a unos pocos segundos de permitir que los demonios volvieran. Se burlaban de mí, me hacían daño, envenenaban mi mente poco a poco. Miré la mesilla junto a la cama, donde dejaba la aguja cada noche. Sentía cómo susurraba mi nombre, cómo me pedía que alimentase a los demonios hasta que se fueran.

Esa noche quería ganar. Quería ser fuerte, pero no lo era. Nunca he sido lo suficientemente fuerte, y nunca lo seré.

Ríndete.

Estarás muerto antes de los veinticinco.

Tomé aire. Me temblaban las manos. Tomé aire. Mi corazón se estaba rompiendo. Tomé aire, e hice lo único que sabía hacer.

Abrí el cajón. Estaba a unos segundos de permitir que entrase la oscuridad, a unos segundos de alejarme de la luz, pero entonces sonó el teléfono.

Alyssa: ¿Qué haces?

Alyssa me escribía exactamente cuando lo necesitaba, aunque me ofendía que hubiera esperado hasta las once de la noche para escribirme. La única persona que había contactado conmigo por mi cumpleaños era Kellan, que me había llevado a cenar. Papá solo me había regalado un ojo negro, y lo único que me ofrecía Ma era decepción.

Pero contaba con Alyssa. Era mi mejor amiga, y no había dicho una palabra en todo el día.

Yo: Tumbado en la cama.

Alyssa: Vale.

Elipses.

Alyssa: Ven abajo.

Me incorporé un poco y releí sus mensajes. Me apresuré a ponerme los zapatos, unas gafas de sol y mi sudadera roja, y salí del apartamento. Alyssa había aparcado delante del edificio y estaba sonriéndome. Eché un vistazo a la gente que estaba bebiendo y fumando en las calles.

Dios. Odio que vengas aquí. Sobre todo de noche.

Me subí al asiento del pasajero de su coche y puse el seguro nada más cerrar la puerta.

—¿Qué haces, Alyssa?

—¿Por qué llevas gafas de sol? —preguntó.

—Por nada.

Se acercó a mí y me las quitó.

—Ay, Logan... —susurró, tocando ligeramente mi ojo amoratado. Solté una risita y me aparté—. ¿Te parece grave? Deberías ver al otro tipo.

Ella no rio.

—¿Tu padre?

—Sí. Pero no pasa nada.

—Sí pasa. Nunca he odiado con tantas fuerzas a nadie en toda mi vida. ¿Está bien tu madre?

—Para nada, pero está bien. —Vi que a Alyssa se le humedecían los ojos, pero la detuve enseguida—. Todo va bien. Te lo prometo. Vamos a donde sea que vayamos para que pueda olvidar todo esto al menos un rato.

—Vale.

—Y, Alyssa.

—¿Sí, Logan?

Enjuagué sus lágrimas y dejé que mis dedos se detuvieran un instante en su mejilla.

—Sonríe.

Me dirigió una sonrisa falsa grande y exagerada. En ese momento me bastaba.

Puso el coche en marcha y condujo durante un buen rato. No hablamos en todo el trayecto, y no estaba seguro de qué tramaba. Cuando detuvo el coche en una carretera abandonada, me quedé todavía más confundido.

—En serio, ¿qué se supone que hacemos aquí?

—Vamos —dijo mientras salía a toda prisa del coche y bajaba la carretera. Esta chica me iba a matar, y por matar me refiero a dar vida. Porque cuando irrumpió en mi vida, de alguna forma me liberé de las restricciones de mi vida.

La seguí, porque cada vez que se ponía en marcha, me preguntaba a dónde se dirigía.

Se detuvo delante de una escalera que conducía a una valla publicitaria.

—¡Tachán! —exclamó, bailando de alegría.

—¿Eh?

—¡Es tu regalo de cumpleaños, tonto!

—¿Mi regalo es... una escalera de una valla publicitaria?

Puso los ojos en blanco y suspiró dramáticamente.

—Sígueme —dijo subiendo la escalera.

Obedecí.

Subimos la escalera más alta que había visto jamás. La enorme valla publicitaria decía: «2 x 5 Hamburguesas de Hungry Harry's Diner». Se notaba que a Alyssa le daban un poco de miedo las alturas, porque hacía lo posible por no mirar abajo. Había una baranda alrededor de la valla publicitaria que nos impedía caer, pero aun así parecía demasiado alto para ella.

—¿Tienes un poco de miedo? —pregunté.

Había aprendido algo nuevo.

—Eh... ¿quizá? Creo que las alturas es una de esas cosas que no sabes que te aterran hasta que estás... en lo alto. En cualquier caso... —Rodeó la valla publicitaria y sacó una cesta de pícnic y regalos envueltos—. Toma. Abre los regalos primero.

Hice lo que me pedía, y casi rompo a llorar cuando vi los regalos.

—No estaba segura de cuál era el que habías visto con tu abuelo, así que compré todos los DVD que encontré —explicó.

Me percaté de que había más de doce DVD sobre la galaxia, y el documental que había visto con mi abuelo estaba entre ellos.

—Madre mía —murmuré, pellizcándome la nariz.

—Y... —Señaló el cielo—. Esta es la mejor vista que he logrado encontrar para ver las estrellas por la noche. He recorrido el pueblo en coche durante varios días para localizar el mejor sitio. Sé que es una tontería, pero pensé que te gustarían las vistas. —Frunció el ceño—. Es una tontería, ¿verdad? Debería haber hecho algo mejor. Los dos años anteriores lo hice tan bien, y pensé que esto sería...

La tomé de la mano.

Ella guardó silencio.

—Gracias —murmuré frotándome los ojos. Se me escapó un sollozo y asentí—. Gracias.

—¿Te encanta?

—Me encanta.

Me estoy enamorando de ti...

Sacudí la cabeza e intenté ahuyentar ese pensamiento.

No podía quererla. El amor implicaba dolor. Y ella era una de las dos únicas cosas en mi vida.

Volví a mirar al cielo.

—Si miras allí, verás la constelación de Escorpio. Cada mes hay unas constelaciones que se ven mejor que otras. Empieza con esa estrella que está abajo, se curva hacia arriba y luego se divide en cinco puntos, un poco como si fuera un diente de león. Antares es la estrella más brillante de la constelación. Mi abuelo me decía que era el corazón del escorpión. ¿Lo ves? —pregunté, señalando. Ella asintió—. El mito que hay detrás es que Orión, el cazador, se estaba jactando un día de que sería capaz de matar a todos los animales del planeta. Un escorpión lo venció, y Zeus observó la batalla. Así que colocó al escorpión en el cielo nocturno para que brillara toda la eternidad.

—Es bonito.

—Sí —susurré observando cómo miraba hacia arriba—. Lo es.

—Eso también es bonito —dijo.

—¿El qué?

Sus labios se curvaron hacia arriba, pero siguió mirando las estrellas.

—La forma como me miras cuando crees que no estoy mirando.

El corazón me dio un vuelco.

¿Notaba que la miraba?

—¿Alguna vez me miras tú?

Ella asintió lentamente.

—Y cuando no estamos juntos, cierro los ojos y te veo en mi mente. En esos momentos, nunca me siento sola.

Me estoy enamorando de ti.

Quería abrir la boca y decirle esas palabras. Quería dejar que entrase en mi alma y contarle las historias sobre cómo soñaba despierto con ella. Entonces recordé quién era, y quién era yo y por qué no podía pronunciar esas palabras.

El silencio incómodo se mantuvo hasta que Alyssa finalmente lo rompió.

—¡Oh! También he hecho una cena de ultimísima hora para nosotros — exclamó y cogió la cesta de pícnic—. No quiero que te sientas ofendido por lo increíble que es mi comida. Sé que estás acostumbrado a ser el mejor chef del pueblo, pero creo que con esto te he superado.

Sacó de la cesta un envase que contenía sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Me eché a reír.

—¡Venga ya! ¿Esto lo has hecho tú?

—Todo desde cero. Excepto la mantequilla de cacahuete, la mermelada y el pan. Todo eso es del supermercado.

Y esa era mi mejor amiga.

Mordí el sándwich.

—¿Mermelada de frutas del bosque?

—Mermelada de frutas del bosque.

—Sí que eres sofisticada.

Sonrió, y yo morí un poco.

—De postre tengo una bandeja de frambuesas y esto. —Sacó un paquete de Oreos—. He ido a por todas, ¿eh? Toma. —Cogió una galleta, la abrió, colocó una frambuesa dentro y volvió a cerrarla. Luego procedió a hacerla volar como un avión hacia mi boca. La abrí mucho, di un mordisco y solté un gemido. Ella arqueó una ceja, satisfecha.

—¿Estás gimiendo por mis galletas?

—Estoy gimiendo por tus galletas, sin duda.

Alyssa se contoneó y suspiró de forma dramática.

—Si me dieran un dólar por cada vez que un chico me ha dicho eso...

—Tendrías un dólar y cero centavos.

Me hizo un corte de mangas, y me enamoré más de ella. No sabía qué deseaba más: sus labios contra los míos, o sus palabras. Ambas cosas me atraían más de lo que jamás había pensado. *Habla. Di algo.*

—¿Cuál es tu mayor sueño? —pregunté. Me metí unas cuantas frambuesas en la boca y le tiré unas cuantas a ella.

—¿Mi mayor sueño?

—Sí. ¿Qué quieres ser o hacer en el futuro?

Se mordió el labio inferior.

—Quiero tocar el piano y hacer sonreír a la gente. Hacerlos felices. Sé que suena a poco para mucha gente, como mi madre. Y sé que parece un objetivo estúpido, pero es lo que quiero. Quiero que mi música inspire a la gente.

—Puedes hacerlo, Alyssa. Ya lo estás haciendo. —Creía en su sueño más de lo que podría expresar nunca. Cuando la oía tocar el piano, era como si todas las partes horribles de la vida se desvanecieran. Sus sonidos me hacían encontrar unos pocos momentos de paz.

—¿Y tú? —preguntó mientras colocaba una frambuesa entre mis labios. Ahora mismo no estaba en una situación en mi vida en la que pudiera fantasear, pero cuando estaba con Alyssa, todo eso parecía un poco más posible.

—Quiero ser chef. Quiero que la gente venga gruñona y se marche contenta por lo que les ponga en su plato. Quiero que se sientan bien comiendo mi comida y olvidando toda la mierda que hay en su vida por unos minutos.

—Me encanta. Deberíamos abrir un restaurante, meter un piano dentro, y llamarlo AlyLo.

—O LoAly. —Sonreí.

—AlyLo suena mucho, mucho mejor. Además, ha sido idea mía.

—Bueno, hagámoslo. Abramos AlyLo y preparemos una comida increíble y toquemos una música increíble, y vivamos felices para siempre.

—¿Fin?

—Fin.

—¿Promesa de meñiques? —preguntó extendiendo el dedo hacia mí. Rodeé su meñique con el mío.

—Promesa de meñiques.

Acabamos cogidos de la mano.

—¿Qué otro sueño tienes? —preguntó.

Me planteé si debía contárselo, porque parecía un poco tonto, pero si había alguien en quien confiaba porque no me juzgaría, era ella.

—Quiero ser padre. Sé que suena estúpido, pero quiero serlo de verdad. Crecí con unos padres que no sabían lo que era querer. Pero si yo fuera padre, querría a mis hijos más de lo que pueden expresarlo las palabras. Iría a sus partidos de béisbol, a sus recitales de baile, y los querría sin importarme que quisieran ser abogados o basureros. Sería mejor que mis padres.

—Estoy segura de que lo serías, Lo. Serías un gran padre.

No sé por qué, pero oírla decir eso hizo que se me humedecieran los ojos.

Nos quedamos allí un rato, sin decir palabra, simplemente mirando al cielo.

Se estaba tan tranquilo allí arriba. No podía imaginar ningún otro sitio en el que quisiera estar. Seguíamos con las manos entrelazadas. ¿Le gustaba

cogerme de la mano? ¿Daría saltos su corazón cada pocos segundos? ¿Estaría enamorándose también ella de mí? Apreté su mano más fuerte. No estaba seguro de si podría soltarla.

—¿Cuál es tu mayor miedo? —murmuró.

Saqué el mechero y empecé a encenderlo y apagarlo con la mano que tenía libre.

—¿Mi mayor miedo? No sé. Que le pase algo a la poca gente que me importa. Kellan. Tú. Mi madre. ¿Y el tuyo?

—Perder a mi padre. Sé que suena estúpido, pero cada día, cuando llaman al timbre, me pregunto si será él. Cada vez que suena el teléfono, se me para el corazón, porque espero que sea él. Sé que estos últimos meses ha estado un poco desaparecido en combate, pero también sé que volverá. Siempre lo hace. Pero la idea de perderlo para siempre me rompe un poco el corazón.

Escuchamos la oscuridad de cada uno y nos mostramos nuestra luz.

—Cuéntame un recuerdo bonito de tu madre —sugirió.

—Mmm... —Me mordí el labio inferior—. Cuando tenía siete años, iba y volvía caminando al colegio todos los días. Una vez llegué a casa y oí música a todo trapo en el porche delantero de nuestra antigua casa. Ma tenía un radiocasete donde ponía música antigua: The Temptations, Journey, Michael Jackson, todos los clásicos. Ma decía que un vecino le había dado el CD, y que le entraron ganas de bailar. Así que había estado bailando en la calle, y solo subía a la acera cuando venía un coche. Estaba tan bonita aquel día, y me hizo bailar con ella toda la noche hasta que la luna estuvo bien alta. Kellan también vino. Se acercó en bici para traer sobras de su cena a Ma y a mí. Cuando vino, bailamos los tres. A ver, reflexionando al cabo del tiempo, estoy seguro de que estaba colocada, pero yo no lo noté. Solo recuerdo que me reía y daba vueltas y bailaba con ella y Kellan. El sonido de su risa era mi parte favorita, porque sonaba fuerte y salvaje. Ese es mi recuerdo familiar preferido. Ese es el recuerdo al que recurro cuando la veo tan perdida.

—Es un buen recuerdo al que aferrarse, Lo.

—Sí. —Le dirigí una sonrisa forzada. Nunca dejaba que nadie supiera lo mucho que echaba de menos a mi madre, pero sabía que Alyssa me entendía, porque ella también echaba de menos a su padre—. ¿Me cuentas un recuerdo bonito de tu padre?

—¿Sabes el reproductor de vinilos de mi habitación?

—Sí.

—Me lo regaló por Navidad, y empezamos una tradición: cada noche escuchábamos y cantábamos una canción antes de irme a dormir. Luego, por

la mañana, nos levantábamos y cantábamos otra canción. Música moderna, clásicos, lo que fuera. Era lo que hacíamos. A veces mi hermana Erika venía y cantaba con nosotros; a veces mamá nos gritaba para que bajáramos el volumen, pero siempre nos reíamos y sonreíamos.

—¿Por eso siempre tienes música puesta por la noche cuando vengo a verte?

—Sí. Tiene gracia que siempre pongo las mismas canciones que escuchábamos juntos, pero ahora las letras parecen totalmente diferentes.

Seguimos conversando toda la noche.

Yo le daba frambuesas y ella me daba sus sueños.

Ella me daba frambuesas y yo le daba mis miedos.

Contemplamos el cielo nocturno, sintiéndonos a salvo y libres por un rato.

—¿Alguna vez te paras a pensar en lo loca que está la gente? —pregunté —. Hay más de trescientos mil millones de estrellas solo en la Vía Láctea. Trescientos mil millones de motas de luz que nos recuerdan todo lo que hay ahí fuera en el universo. Trescientos mil millones de llamas que parecen tan pequeñas. Y, sin embargo, son más grandes de lo que podrías imaginar jamás. Hay todo tipo de galaxias diferentes, todo tipo de mundos que nunca hemos descubierto y nunca descubriremos. Hay tantas maravillas en el mundo, pero en lugar de pensar en esto y darnos cuenta de que todos somos muy, muy pequeños y que estamos en un lugar muy, muy diminuto, nos gusta fingir que somos los alfas del universo entero. Nos gusta sentirnos grandes. Y a todos nos gusta actuar como si nuestra manera de hacer las cosas fuese la única, y nuestro dolor parece el dolor más grande de todos, cuando en realidad, no somos más que un puntito en llamas que forma parte de un cielo inmenso. Un puntito que, si desapareciera, nadie se daría cuenta. Un puntito que pronto será reemplazado por otra mota que se cree más importante de lo que es realmente. Me gustaría que la gente dejase de luchar a veces por cosas mundanas y absurdas como la raza, la orientación sexual y los *realities*. Me gustaría que recordasen lo pequeños que son y se tomaran cinco minutos al día para mirar al cielo y respirar.

—¿Logan?

—¿Sí?

—Me encanta tu mente.

—¿Alyssa?

—¿Sí?

Me estoy enamorando de ti...

—Gracias por esta noche. No tienes ni idea de lo mucho que necesitaba esto. No tienes ni idea de lo mucho que te necesitaba. —Le apreté un poco la mano—. Eres mi mejor subidón.

Capítulo 5

Logan



—¡Lo! ¡Lo! ¡Lo! —gritaba Alyssa una semana más tarde, corriendo hacia mí bajo la lluvia.

Yo estaba en el peldaño más alto de la escalera, limpiando las ventanas del tercer piso desde fuera. Por supuesto, Ma solo me pedía que las limpiara cuando diluviaba. La voz de Alyssa me sobresaltó y me hizo tirar el cubo de agua (que era sobre todo agua de lluvia) al suelo.

—¡Dios, Alyssa! —grité.

Me miró con el ceño fruncido. Llevaba un paraguas amarillo de lunares sobre la cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Limpiar las ventanas.

—Pero está lloviendo.

No me digas, Sherlock, pensé para mis adentros. Pero entonces recordé que Alyssa no tenía la culpa de que estuviera limpiando las ventanas, y no se merecía mi mala actitud. Bajé la escalera y miré a mi amiga. Ella dio un paso largo hacia mí y sostuvo el paraguas para que nos cubriera a los dos.

—¿Tu madre te ha mandado hacer eso? —preguntó con los ojos más tristes que había visto nunca.

No respondí.

—¿Qué haces aquí? —repliqué, algo enfadado. No vivía en un vecindario como el de Alyssa. Vivía en un barrio de mierda, y no era el sitio más seguro del mundo para nadie, y menos para alguien como Alyssa. Estaba la cancha de baloncesto al final de la calle, donde había más tráfico de drogas que

partidos. Estaban los individuos que se pasaban día y noche en las esquinas, trapicheando entre ellos, intentando ganar un poco más. Estaban las prostitutas que iban arriba y abajo, puestas hasta arriba de droga. Y estaban los disparos que se oían siempre, pero por suerte nunca los había visto alcanzar a nadie.

Odiaba aquel lugar. Odiaba esas calles. Esa gente.

Y odiaba que Alyssa apareciera por allí de vez en cuando.

Parpadeó unas pocas veces, como si hubiera olvidado el motivo por el que había venido.

—¡Ah, sí! —dijo, y su ceño fruncido se transformó en una amplia sonrisa—. ¡Capullo me ha llamado! Quería que viniera a mi recital de piano esta noche, pero no me devolvió la llamada, ¿te acuerdas? ¡Hasta ahora! ¡Acaba de llamarme y me ha dicho que puede venir! —Soltó un gritito.

Me quedé indiferente.

Capullo era famoso por hacer ese tipo de promesas a Alyssa, y siempre se las arreglaba para echarse atrás en el último momento.

—No hagas eso —dijo señalándome con el dedo.

—¿Que no haga qué?

—No me mires así como diciendo «no te hagas ilusiones, Alyssa». No es que lo haya llamado yo, Logan. Él me ha llamado a mí. Quiere estar allí.

No podía dejar de sonreír. Me puse un poco triste por ella. Nunca había visto a nadie que necesitara con tanta intensidad sentirse querida.

Alguien te quiere, Alyssa Marie Walters. Te lo prometo.

—No te estaba mirando así —mentí.

Desde luego que lo estaba haciendo.

—Vale. Analicemos los pros y los contras de la situación —sugirió. Antes de que Alyssa y yo termináramos el instituto en junio, íbamos a una clase de historia en la que el profesor nos hacía hacer listas de pros y contras de todas las guerras. Era un verdadero fastidio. Además, nuestro profesor tenía la voz más monótona del mundo. Desde entonces, Alyssa y yo hacíamos listas de pros y contras para absolutamente todo, poniendo voces monótonas, por supuesto.

—Pro número uno —dijo, adoptando un tono aburrido—. Vendrá.

—Contra número uno, no lo hará —respondí.

Ella arrugó la nariz, molesta.

—Pro número dos, vendrá con flores. Cuando me ha llamado me ha preguntado cuál era mi flor favorita. ¡Nadie hace eso si no tiene intención de traer flores!

Margaritas. Capullo debería saber cuál es su flor favorita.

—Contra número dos, llama y cancela a última hora.

—Pro número tres —dijo colocándose la mano en la cadera—. Viene y me dice lo increíble que soy, y lo orgulloso que está de mí. Y lo mucho que me echaba de menos y cuánto me quiere. —Abro la boca para decir algo, pero ella me hace callar y abandona el tono monótono.

—Oye, Lo. No más contras. Necesito que me mires y te alegres por mí, ¿vale? ¡Aunque sea una felicidad falsa! —Siguió sonriendo y hablando en tono alto de la emoción, pero sus ojos y sus hipidos delataban cómo se sentía realmente. Estaba nerviosa; temía que fuera a decepcionarla otra vez.

Así que sonreí por ella, porque no quería que estuviera nerviosa ni que tuviese miedo. Quería que se sintiera tan feliz como fingía serlo.

—Esto es algo bueno, Alyssa —dije dándole un toque en el brazo—. ¡Va a venir!

Exhaló profundamente y asintió.

—Desde luego, estará allí.

—Claro que sí —dije con una confianza fingida—. ¡Porque si hay alguien en el mundo que merezca que otra persona se presente, esa es la jodida Alyssa Walters!

Se sonrojó y asintió.

—¡Esa soy yo! ¡La jodida Alyssa Walters! —Se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó una entrada que estaba guardada en una bolsita con cierre de cremallera—. Vale, necesito tu ayuda. Estoy paranoica con que mi madre descubra que he estado intentando hablar con mi padre. No quiero que se acerque a nuestra casa. Así que le he dicho a mi padre que puede venir a buscarla aquí, que tú se la darías.

Alyssa me miró esperando que no hubiera ningún problema con su plan. Percibí que lo llamaba «mi padre» en lugar de Capullo. Eso me puso más triste.

Realmente esperaba que apareciera.

—Lo haré —dije.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me ofreció el paraguas para que lo sostuviera mientras se las enjugaba.

—Eres el mejor amigo que podría tener una chica.

Se acercó y me besó en la mejilla un total de seis veces.

Yo fingí no notar cómo el corazón me daba un vuelco un total de seis veces.

Ella no lo había notado, ¿verdad? No había notado cómo alteraba mi corazón cada vez que se acercaba a mí.

Capítulo 6

Alyssa



—¿Cómo te ha ido el ensayo? —preguntó mamá cuando volví de la casa de Logan. En vez de ir a ensayar, había ido en coche hasta su casa y le había pedido que le diera una entrada a mi padre. Pero no podía contarle eso a mi madre, no lo entendería. Estaba sentada en su despacho, tecleando en su ordenador, haciendo lo que mejor se le daba: trabajar. Tenía una copa de vino al lado, y junto a esta, la botella entera. No levantó la vista hacia mí, y antes de que pudiera responder, añadió—: Mete la ropa sucia que tengas en la cesta de la colada del baño. Y si puedes, lávala y métela en la secadora.

—Vale —dije.

—Y he hecho lasaña. Si quieres puedes meterla en el horno a 230° durante una hora.

—Vale.

—Y por favor, Alyssa. —Dejó de teclear y se volvió hacia mí, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Puedes dejar de soltar tus zapatillas en el recibidor? Solo tienes que dar dos pasos a la izquierda para meterlas en el armario.

Miré el vestíbulo al otro lado del pasillo y vi mis Converse tiradas en el suelo.

—Las he metido en el armario.

Me miró con el ceño fruncido sin creermelo.

—Mételas en el armario, por favor.

Las metí en el armario.

Cuando llegó la hora de cenar, mamá y yo nos sentamos a la mesa del comedor. Ella estaba enfrascada en su teléfono, respondiendo correos, y yo en el mío, comentando publicaciones en Facebook.

—La lasaña sabe diferente —dije, dándole toquecitos con el tenedor.

—He usado tortillas de clara de huevo en lugar de pasta.

—¿Pero no se llama lasaña por la pasta? El nombre de la pasta es lasaña. Sin ella, solo estamos comiendo huevos, salsa y queso.

—Así tiene menos carbohidratos, y ya sabes que tienes que vigilar los carbohidratos antes de ir a la universidad. Los siete kilos que se ganan el primer año son una realidad, y además, leí un artículo sobre cómo las personas que ya tienen algo de sobrepeso tienden a ganar más peso que la gente normal.

—¿Que la gente normal? ¿Me estás diciendo que no soy normal? —Sentí que el pecho se me encogía un poco. Mamá puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Eres demasiado sensible, Alyssa. Me gustaría que fueras más estable como tu hermana Erika. Además, sus hábitos alimenticios son diez veces mejores que los tuyos. Solo estoy diciendo las cosas como son. Tienes que vigilar más lo que comes, eso es todo. —Cambió de tema rápidamente—. No me has dicho cómo te ha ido el ensayo —dijo, dando un mordisco a su cena.

—Ha ido bien —respondí—. Ya sabes, yo y el piano, lo de siempre.

Resopló.

—Sí, lo sé. Siento no poder ir al recital esta noche. Tengo mucho trabajo.

Puse los ojos en blanco dramática y exageradamente, pero no se dio cuenta. Nunca iba a mis recitales, porque siempre había pensado que la música era una afición, no una elección de vida. Cuando descubrió que iba a estudiar terapia musical en la universidad, casi se negó a ayudar a pagar mis estudios, hasta que mi hermana Erika la convenció. Aunque mi hermana era como mi madre cuando se trataba de ser realista, creía en mi música. Tal vez porque su novio Kellan era músico, y ella lo quería y apreciaba la profundidad de un artista.

A veces cerraba los ojos e intentaba recordar una época en la que mamá no hubiera sido tan estricta, tan inflexible. En mis recuerdos, la recordaba sonriendo alguna vez. Pero quizá esos momentos eran solo mi imaginación, deseando aferrarme a algo bonito. ¿Se había vuelto fría cuando papá se marchó? ¿O es que su calidez tan solo ocultó su alma helada por un tiempo?

—Creo que voy a ir tirando para el auditorio para prepararme para esta noche. Gracias por la cena, mamá —dije mientras se servía más vino.

—Ajá.

Me puse una chaqueta fina, mis Converse y un bolso hecho a mano que me había comprado papá cuando viajó a América del Sur por un concierto. Mamá volvió a llamarme.

—¡Alyssa!

—¿Sí, mamá?

—Pon en marcha el lavaplatos antes de irte. Y pon a secar esa pila de ropa. Y cómprame una tarrina de helado en Bally's Cream Shop. Pero no compres para ti. Ya sabes, los siete kilos del primer año.



Me sentía como si el pecho estuviera en llamas.

El asiento 4A todavía estaba vacío cuando me asomé desde detrás del escenario. Vendrá, me prometí a mí misma. Me llamó, me dijo que estaría aquí, pensé. Con margaritas.

Me encantaban las margaritas. Eran mi flor favorita, y papá lo sabía y me las traería. Porque me había prometido que lo haría.

—Eres la siguiente, Alyssa —dijo mi profesor.

Sentía el corazón martillar contra la caja torácica. Me sentía como si estuviera a punto de desmoronarme a cada paso que daba hacia el piano. Me estaba ahogando al saber que no estaba allí sentado; me mareaba al darme cuenta de que todo lo que había salido de su boca no eran más que mentiras. Mentiras. Mentiras dolorosas e inútiles.

Y entonces levanté la vista.

Pro.

El asiento 4A estaba ocupado.

Había venido.

Me relajé en la banqueta del piano y me permití a mí misma perderme en las notas. Mis dedos conectaron con el piano e hicieron su magia. Logré que los sonidos de mi alma llenaran el espacio. No quería llorar, pero derramé algunas lágrimas mientras tocaba. Cuando acabé, me levanté e hice una reverencia. El público no tenía que aplaudir hasta que tocara todo el mundo, para que los pianistas que no eran muy buenos no se sintieran fatal cuando no recibiesen una ovación de la sala. Pero el chico del asiento 4A estaba de pie con una única margarita en sus manos, aplaudiendo como un loco y voceando.

Sonreí al chico que llevaba un traje que le quedaba demasiado grande. Rápidamente, sin pensarlo, corrí hacia el público y lo abracé.

—La entrada era para ti de todas formas —mentí sobre su hombro.

Entonces me abrazó más fuerte.

¿Quién necesitaba a Capullo? Tenía a Logan Francis Silverstone.

Eso era suficiente para mí.

Capítulo 7

Logan



—Tu traje es demasiado grande —dijo tirando de las mangas, que me sobrepasaban los dedos. Llevaba la margarita que le había dado detrás de la oreja izquierda desde que salimos del recital.

—Es de Kellan —expliqué—. Vino en coche a traérmelo cuando comprendí que Capullo no iba a venir.

—Estás nadando en él —bromeó Alyssa—. Pero estás guapo. Nunca te había visto vestido elegante. ¿Te ha gustado el recital? No ha sido mi mejor actuación.

—Ha sido perfecto.

—Gracias, Lo. Creo que deberíamos hacer algo divertido esta noche, ¿no te parece? Creo que deberíamos, no sé... ¡hacer algo salvaje! —Hablaban y hablaban, algo que se le daba muy bien. Al caminar, daba vueltas en círculos, sonriendo y hablando, hablando y sonriendo.

Pero no estaba escuchándola del todo, porque mi mente se encontraba en otra parte.

Quería decirle a Alyssa lo increíble que había estado en el recital de piano, y que era mejor que todos los demás que habían actuado. Que me hacía sentir vivo solo por cómo sus dedos tocaban las notas. Que hacía que me fuera imposible apartar la mirada de ella. Que cuando me abrazó, no quise soltarla nunca. Que a veces pensaba en ella cuando hacía cosas aleatorias como cepillarme los dientes o peinarme, o buscar calcetines limpios. Quería decirle todo lo que se me pasaba por la cabeza, porque todos mis pensamientos eran *ella*.

Quería decirle lo que sentía por ella. Quería decirle que me estaba enamorando de ella. Quería decirle que me encantaba su pelo alocado, y me encantaba esa boca que siempre estaba charlando sobre algo.

Quería...

—Logan —susurró. Se había quedado inmóvil. De alguna manera, mis manos aterrizaron en la parte inferior de su espalda y la atraje hacia mí. Mi aliento abandonaba mis labios al cernirse sobre su boca. Sus exhalaciones cálidas se mezclaban con mis inhalaciones pesadas mientras nuestros cuerpos temblaban en brazos del otro—. ¿Qué haces?

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaban tan cerca nuestros labios? ¿Por qué estaban nuestros cuerpos pegados? ¿Por qué no podía apartar la mirada? ¿Por qué me estaba enamorando de mi mejor amiga?

—¿Verdad o mentira? —pregunté.

—Mentira —susurró.

—Estoy arreglando la flor de tu pelo —dije colocando sus rizos detrás de la oreja—. Pregúntame otra vez.

—¿Qué haces? —preguntó cuando me acerqué todavía más. Sentí que sus palabras acariciaban mis labios.

—¿Verdad o mentira?

—Verdad.

—No puedo dejar de pensar en ti —dije—. Y no me refiero a ahora, sino a todo el tiempo. Estás en mi mente por la mañana, por la tarde, por la noche. Tampoco puedo dejar de pensar en besarte. No puedo dejar de pensar en besarte despacio. *Tiene* que ser despacio, porque cuanto más despacio se haga, más durará. Y quiero que dure.

—¿Esa es la verdad? —murmuró mirando mis labios. Se le escapó un hipo.

—Esa es la verdad. Pero si no quieres que te bese, no lo haré. Si quieres que mienta, mentiré.

Me miró directamente a los ojos y colocó las manos sobre mi pecho. Mi corazón martilleaba contra sus dedos al acercarse más a mí. Se mordió el labio inferior y esbozó una pequeña sonrisa.

—Eres mi mejor amigo —susurró, tirando de su vestido de lunares—. Eres la primera persona en la que pienso cuando me despierto. Eres la persona que echo de menos cuando no estás junto a mí en mi cama. Eres lo único que me hace sentir bien, Lo. Y si te soy sincera, diría que he querido que me besaras. No solo una vez, sino muchas veces.

Unimos nuestros cuerpos, y sentí como los nervios invadían su cuerpo mientras seguía hipando.

—¿Nerviosa? —pregunté.

—Nerviosa —respondió.

Era embarazoso, pero al mismo tiempo sentía que era como siempre lo había deseado. Como si estuviéramos predestinados.

Me encogí de hombros.

Ella se encogió de hombros.

Me reí.

Ella se rio.

Separé los labios.

Ella separó los suyos.

Me incliné.

Ella se inclinó.

Y mi vida cambió para siempre.

Mis manos apretaron todavía más su espalda cuando me besó. Me besaba con más ganas a cada segundo que pasaba, casi como si intentara decidir si aquello era real o no.

¿Era real?

Tal vez mi mente retorcida se estaba imaginando fantasías mientras permanecíamos el uno junto al otro. Tal vez en la realidad solo estaba soñando. Tal vez Alyssa Walters nunca había existido; tal vez solo era alguien que había inventado para sobrellevar mis días de mierda.

Pero si eso era cierto, ¿por qué parecía tan real?

Separamos los labios por un segundo.

Cruzamos la mirada y nos contemplamos como si nos preguntáramos si podríamos mantener el sueño vivo, o si deberíamos abandonarlo antes de arruinar el pequeño refugio de nuestra amistad.

Su cara se acercó más a la mía y pasó sus manos temblorosas por mi pelo.

—Por favor —me susurró.

Mis labios rozaron los suyos, y cerró los ojos antes de que nuestras bocas chocaran. Las manos de Alyssa me atrajeron hacia ella. Se inclinó más y deslizó la lengua entre mis labios. La besé con más fuerza incluso de la que había empleado ella. Nos dejamos caer contra el edificio más cercano, y la sostuve en alto contra los fríos ladrillos. La deseaba más de lo que podría haberme deseado ella. Nuestros besos se hicieron más intensos, nuestras lenguas se encontraron mientras mi mente me hacía falsas promesas de permitirme sentir a Alyssa contra mi cuerpo para siempre.

No me estaba inventando esto: sus labios, los mismos labios que siempre formaban las sonrisas que iluminaban mis días, estaban besándome.

Besé a mi mejor amiga y ella me devolvió el beso.

Me besó como si realmente lo sintiera, y yo la besé como si ella lo fuera todo para mí.

Lo es.

Lo es todo para mí.

Cuando dejamos de besarnos, teníamos la respiración entrecortada. La bajé al suelo.

Dio un paso atrás.

Yo hice lo mismo. Nuestros cuerpos temblaban, y no estábamos seguros de qué hacer a continuación.

Me encogí de hombros.

Ella se encogió de hombros.

Me reí.

Ella se rio.

Separé los labios.

Ella separó los labios.

Me incliné.

Ella se inclinó.

Y volvimos a empezar de nuevo.

Capítulo 8

Alyssa



Estábamos en silencio.

Decidí prestar atención a solo unos pocos sonidos en mi habitación. El sonido del ventilador del techo dando vueltas y más vueltas mientras permanecíamos tumbados en la cama. El sonido del vinilo que estaba en marcha encima de la cómoda, un vinilo que saltaba cada pocos segundos como si estuviera dañado, pero que de algún modo sonaba como si estuviera completo. Un ambientador automático que expulsaba un aroma a rosa cada pocos minutos, y el olor bailaba hasta nuestra nariz. Y por último, estaban nuestras pequeñas inhalaciones y exhalaciones.

Mi corazón estaba asustado y por eso latía de forma violenta, estaba segura de eso. Cada día que pasábamos juntos, me enamoraba más de él. Esa noche nos habíamos besado. Nos habíamos besado durante lo que pareció una eternidad, pero aun así no había durado lo suficiente.

Y ahora tenía miedo.

Su corazón tenía tanto miedo como el mío, pensé. *Debe de tenerlo.*

—¿Lo? —dije. Tenía la garganta seca, y mi voz sonó entrecortada.

—¿Sí, Subidón? —Había empezado a llamarme Subidón cuando bajamos de la valla publicitaria, después de que me dijese que era su mejor subidón.

Me gustaba más de lo que él podría llegar a imaginar.

Me acurruqué en la curva del lateral de su cuerpo. Me hacía sentir como si fuera mi arrullo, el lugar que me envolvía cuando la vida se tornaba un poco fría. Siempre me había sostenido, incluso cuando él mismo se sentía perdido.

—Vas a romperme el corazón, ¿verdad? —le susurré al oído.

Él asintió con los ojos llenos de culpa.

—Es posible.

—¿Y entonces qué pasará?

No respondió, pero lo veía en sus ojos: el miedo a que pudiera hacerme daño. Me quería. No decía las palabras, pero el amor estaba ahí.

Había que reconocer algo de la forma en que Logan quería a una persona. Era silenciosa, casi reservada.

Tenía miedo de permitir que alguien supiera que estaba enamorado, porque si la vida le había enseñado algo, era que el amor no era un premio, sino un arma. Y estaba muy cansado de sufrir.

Si supiera que su amor era lo único que hacía que mi corazón siguiera latiendo... Oh, deseaba que me quisiera a todo volumen.

Volvimos a guardar silencio.

—¿Subidón? —susurró, acercándose a mí un poco más.

—¿Sí?

—Me estoy enamorando de ti —murmuró. Sus palabras eran un espejo de mi mente.

El corazón me dio un vuelco.

Noté el miedo y la emoción en el tono de su voz. El miedo era mucho más fuerte, pero el trasfondo de felicidad también estaba vivo.

Asentí lentamente y le cogí la mano. Él me dejó hacer. La agarré con fuerza, porque sabía que había llegado. Ese era el momento que lo cambiaba todo. El momento que nos impedía volver atrás. Hacía varios meses que estábamos así, con estos sentimientos que sentíamos pero que no entendíamos. Querer a tu mejor amigo era extraño, pero de algún modo, tenía sentido. Antes de aquella noche, nunca había dicho nada parecido a la palabra querer. No sabía con seguridad si había un hueco en el corazón de Logan para un sentimiento semejante. En su vida solo existía el reino de la oscuridad. Y que él pronunciara esas palabras significaba más de lo que nadie podría entender jamás.

—Te asusta —dije.

Él me apretó la mano.

—Me asusta mucho.

Solía preguntarme cómo alguien podía saber que se estaba enamorando. ¿Cuáles eran los signos? ¿Las pistas? ¿Llevaba tiempo o era algo que sucedía de golpe? ¿Te levantabas una mañana, te tomabas el café, y entonces mirabas a la persona que tenías delante y te entregabas por completo a la caída libre?

Pero ahora lo sabía. No te enamoras. Te disuelves en el amor. Un día eres hielo, y al día siguiente un charco.

Quería que la conversación acabase ahí. Quería acurrucarme, envolverlo en mis brazos, tumbarme y quedarme dormida en la cama. Recostaría la cabeza en su pecho y él pondría las manos en mi corazón para sentir los latidos que fabricaba su amor. Me besaría suavemente la mejilla y me diría que soy perfecta tal y como soy. Diría que mis rarezas me hacían hermosa. Me abrazaría como si se estuviera abrazando a sí mismo, y su tacto estaría lleno de cariño y protección. Quería despertarme sintiendo la calidez de aquel chico dañado junto a mí, del chico en el que me estaba disolviendo.

Pero lo que uno quiere no es siempre lo que recibe.

—No sé si esto es buena idea —dijo. Sus palabras me hicieron daño, pero no lo dejé entrever—. Eres mi mejor amiga, Subidón.

—Y tú eres mi mejor amigo, Lo —respondí.

—Y no puedo perder eso. No tengo a mucha gente... Solo confío en dos personas en mi vida: tú y mi hermano. Y lo estropearía. Sé que lo haría. No puedo permitirme hacer eso. Te haré daño. Hago daño y lo arruino todo. —Se giró hacia mí, y presionamos una frente contra la otra. Tenía los ojos dilatados, y al posar la mano en su pecho, sentí como le dolían sus propias palabras. Abrió la boca y se acercó, susurrando contra mis labios—: No soy lo suficientemente bueno para ti, Subidón.

Mentiroso.

Era todo lo bueno de mi vida.

—Podemos hacerlo, Logan.

—Pero... te haré daño. No es mi intención, pero de algún modo lo haré.

—Bésame una vez —dije, y él me hizo caso. Su boca encontró la mía, me besó lentamente y se alejó aún más despacio. Sentí un cosquilleo cuando pasó los dedos por mis rizos—. Bésame dos veces. —Volvió a obedecer. Se incorporó un poco para inclinarse sobre mi cuerpo. Nuestras miradas se cruzaron, y él me miró como si intentara prometerme la eternidad, aunque solo teníamos el ahora. El segundo beso fue más intenso, más excitante, más real—. Bésame tres veces.

Sus labios bajaron hasta mi cuello, donde me masajearon con la lengua, lamiéndolo lentamente, haciéndome alzar las caderas en su dirección.

—Logan, yo... —Me temblaba la voz mientras permanecíamos tumbados en aquella habitación oscura—. Nunca he... —Me sonrojé, y no pude decir las palabras en voz alta. Pero él ya lo sabía.

—Lo sé.

Mi estómago se agitó y me mordí el labio.

—Quiero que seas el primero.

—¿Estás nerviosa?

—Estoy nerviosa.

Hizo una pequeña mueca.

—Si no quieres...

—Sí que quiero.

—Eres preciosa. —Sus dedos me colocaron el pelo detrás de la oreja.

—Sigo un poco nerviosa.

—¿Confías en mí? —preguntó. Yo asentí—. Vale. Cierra los ojos. —Hice lo que me pedía.

Mi corazón latía más fuerte a cada segundo que pasaba. ¿Qué ocurriría primero? ¿Dolería? ¿Lo odiaría Logan? ¿Lloraría?

Las lágrimas ya se estaban formando detrás de mis ojos.

Lloraría.

Besó la comisura de mis labios.

—Estás a salvo, Subidón —me prometió. Sus manos empezaron a levantar lentamente la enorme camiseta de mi pijama, y mi cuerpo se tensó—. Estás a salvo —susurró contra el lóbulo de mi oreja, y lo succionó con suavidad—. ¿Confías en mí? —volvió a preguntar.

Mi cuerpo se relajó y empecé a llorar, no porque siguiera nerviosa, sino porque nunca me había sentido más a salvo.

—Sí. Confío en ti.

Cada vez que caía una lágrima, él la enjugaba con un beso.

Me levantó la camiseta centímetro a centímetro y la dejó caer al suelo. Su boca empezó por arriba, y fue bajando poco a poco. Me lamió el cuello, me chupó el pecho; trazó la curva de mi sujetador con la lengua, besando cada centímetro de mi piel desnuda.

—Alyssa —susurró antes de llegar al filo de mis braguitas.

Mi respiración se aceleró y arqueé las caderas hacia arriba. Necesitaba que siguiera tocándome. Dejé caer las manos sobre mi pecho, sintiendo el modo en que controlaba mis latidos.

Su voz se llenó de preocupación.

—Dime que pare, ¿vale? Si necesitas que pare...

—No... Por favor...

Me bajó las braguitas, y cuanto más las bajaba, más rápido latía mi corazón.

—Alyssa —volvió a decir.

Me miró a los ojos un segundo antes de abrirme las piernas y bajar la cabeza. Cuando su lengua me encontró, solté un grito ahogado de felicidad. Retorcí las sábanas entre las palmas de mis manos, y su lengua se deslizó dentro y fuera de mí. Me daba vueltas la cabeza. De alguna forma, mi corazón encontró la manera de acelerar y dejar de latir al mismo tiempo. Era como si muriese cada pocos segundos, y sus labios, su lengua y su alma me resucitaran. No sabía que algo tan sencillo podría hacerme sentir tan...

Logan...

—Por favor... —Jadeé, revolviéndome cuando deslizó dos dedos dentro de mí, empujando lentamente y sacándolos aún más despacio. Entonces empezó a meterlos con más fuerza, más rápido, más profundamente...

Lo...

Estaba a unos segundos de estallar. Retorcí las manos entre las sábanas. Estaba a unos segundos de suplicarle que me llevase al límite, y que me dejase saltar en picado.

—Te deseo, Logan. Por favor. —Respiraba entrecortadamente. Mi cuerpo se estaba acostumbrando al placer que me proporcionaba.

—Aún no —dijo. Retrocedió y sacó los dedos.

Nuestras miradas se cruzaron, y el modo en que me miraba me hizo sentir como si nunca fuera a estar sola.

—Alyssa —dijo—. Te quiero. —Le temblaba la voz, y los ojos se le humedecieron, pero las lágrimas que cayeron fueron las mías.

Eres mi mejor amigo, Lo, pensé.

Estábamos en una intimidad que nunca nadie podría alcanzar. Era parte de mí en todos los sentidos; nuestras vidas se entrelazaban como si fuéramos una única llama ardiendo en la oscuridad de la noche.

Cuando él tenía ganas de llorar, las lágrimas siempre venían de mis ojos primero.

Cuando su corazón quería romperse, el mío se hacía añicos.

Eres mi mejor amigo.

Se inclinó para besarme. Me besó con promesas que nunca nos habíamos hecho. Me besó con disculpas por cosas que nunca había hecho. Me besó con todo lo que era, y yo lo besé con todo lo que existía dentro de mí.

Se levantó y se quitó los pantalones y los calzoncillos, y aunque sentía que estaba segura, se me formaron mariposas en el estómago.

—Puedes cambiar de idea, Subidón —me prometió—. Siempre puedes cambiar de idea.

Extendí las manos hacia él y él las agarró. Volvió hacia mí y se colocó encima, abriéndome las piernas. Cuando sus caderas rozaron mis muslos, dejé escapar un leve gemido. Las piernas me hormigueaban de deseo, de miedo, de pasión, de amor.

—Te quiero —susurré. Él se detuvo. Abrió la boca, pero no articuló ningún sonido. Parecía sorprendido por el hecho de que alguien pudiera quererle—. Te quiero —repetí. Vi que sus ojos se suavizaban—. Te quiero.

—Te quiero —susurró presionando sus labios sobre los míos.

Derramó unas lágrimas que se mezclaron con las mías. Sabía lo difícil que le resultaba decir esas palabras. Sabía lo mucho que temía exponerse de esa forma. Pero también sabía cuánto lo quería.

—Dime que pare si te hago daño —dijo. Pero no me hizo falta. El dolor estaba ahí, pero el deseo podía más. Era mi arrullo, mi refugio, mi hermoso Lo. Sacudió sus caderas contra las mías, deslizándose dentro de mí.

—Te quiero —susurró.

Empujó una vez.

—Te quiero... —volvió a decir.

Dos.

—Te quiero... —murmuró.

Tres veces.

—Logan... Voy... voy a...

Una, dos, tres veces, cuatro...

Arriba.

Abajo.

Cielo.

Infierno.

Él.

Yo.

Nosotros.

Nos soltamos, temblando, desmoronándonos y, de alguna forma, sintiéndonos más completos. Perdiéndonos, pero encontrándonos el uno al otro.

Lo quería.

Lo quería con toda mi alma, y él me quería a mí.

Mantuvo su promesa. Me hizo sentir segura todo el tiempo. Era la persona a la que recurría cada vez que algo me hacía daño o cuando tenía miedo.

Como si fuera mi hogar.

Logan era mi hogar.

—Alyssa, ha sido... —murmuró tumbándose junto a mí, sin aliento—. Increíble.

Sonreí y aparté la mirada. Me sequé las lágrimas que aún seguían cayendo, e intenté reírme para ahuyentar la sensación de felicidad que traía consigo una pizca de inquietud. ¿Qué iba a pasar ahora?

—Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso.

Me miró entrecerrando los ojos. Sabía que al bromear intentaba ocultar mis nervios. Entonces me atrajo más hacia sí.

—¿Estás bien, Subidón?

—Estoy bien —asentí mirándolo a los ojos. Se inclinó y besó mis lágrimas—. Estoy mejor que bien.

—Quiero que seamos esto. Para siempre, quiero esto.

—Yo también. Yo también.

—¿Para siempre, Subidón? —susurró.

—Para siempre, Lo.

Inhaló profundamente, y sus ojos y sus labios sonrieron.

—Soy tan feliz ahora mismo. —Esas fueron las últimas palabras que pronunció esa noche, y pensé que describían perfectamente todo mi ser en ese momento.

El ventilador del techo daba vueltas y más vueltas mientras permanecíamos tumbados en la cama. El disco de vinilo seguía sonando encima de la cómoda, saltando cada pocos segundos, pero de alguna forma sonaba completo. El aroma a rosa refrescaba cada pocos minutos, e inhalábamos y exhalábamos.

Estábamos en silencio.

Capítulo 9

Alyssa



Logan y yo llevábamos oficialmente dos meses enamorados desde que lo confesamos. No sabía que nuestra amistad podía hacerse más fuerte por el hecho de habernos enamorado, pero de algún modo fue así. Me hacía reír los días tristes, lo cual significaba mucho para mí.

Cuando encuentras a alguien que puede hacerte reír cuando tu corazón quiere llorar, tienes que aferrarte a esa persona. Cambiará tu vida a mejor.

Había estado planeando muchas cosas. En tres semanas me iría a vivir al campus de la universidad, pero ya había pensado en las visitas de Logan. Estaríamos tan cerca como lo estábamos ahora, y nos enamoraríamos todavía más. Me dijo que le encantaba la idea, lo cual era genial, porque lo quería con todo mi corazón.

Llevaba semanas flotando en una nube, y cuando volvía a casa mamá estaba allí, lista para traerme de vuelta a la tierra firme.

—¡Alyssa! —Me llamó nada más entrar en casa.

Dejé mis zapatillas en el vestíbulo, pero tras pensarlo mejor, las recogí y las metí en el armario.

—¡Ya las he guardado! —exclamé en su dirección.

—Eso no es lo que iba a decir —respondió desde su despacho. Seguí el sonido de su voz y me asomé. Tenía los ojos pegados al ordenador, y una copa de vino en la mano—. He hecho un pastel de carne sin carne utilizando proteína en polvo y tofu. Mételo en el horno.

Eso no es pastel de carne, mamá.

—Vale.

—Y tu padre te ha escrito una carta.

Abrí mucho los ojos y me inundó una intensa emoción.

—¿Qué?

—Te ha escrito una carta. Está en la encimera de la cocina.

Papá me ha escrito una carta.

¡Papá me ha escrito una carta!

La emoción fue en aumento al correr a la cocina, agarrar el sobre, que no estaba cerrado, y sacar la hoja de papel.

Mi dulce Aly.

Ya suena prometedor.

Mis ojos bailaron por encima de las páginas, de izquierda a derecha, asimilando cada palabra, cada punto, sin desear más que una línea que mencionase lo mucho que me echaba de menos, lo mucho que me quería, lo mucho que le importaba. Había tantas palabras, tantas páginas. Páginas escritas por detrás y por delante, páginas llenas de palabras largas y otras muy cortas. Había puntos, interrogantes y exclamaciones.

Tenía una letra maravillosa que a veces era difícil de leer.

Me ardía el pecho a cada letra que me encontraba, letras que construían palabras, palabras que construían frases, frases que construían disculpas, disculpas que sonaban falsas, porque ¿quién podría hacer algo así?

No estaré mucho por allí.

Tomé aliento al llegar al último párrafo.

Mi música empieza a tener éxito. Soy el líder de un nuevo grupo.

Volví a tomar aliento.

Centrado en mi carrera...

Me llevé el pulgar a los labios. Cuando llegué a la última página de la carta, la dejé en la encimera y me quedé mirando aquellas cinco hojas de papel totalmente llenas de palabras por delante y por detrás.

No estaré mucho por allí, mi dulce Aly. Espero que lo entiendas. Mantén viva la música.

Mi padre *había roto* conmigo a través de cinco hojas de papel, y esa noche cuando llegó el pastel de carne sin carne, mamá me soltó: «Te lo dije».

No podía comer. Me pasé la mayor parte de la noche en el baño, vomitando mis entrañas. No podía creer que alguien pudiera hacer algo tan cruel. Y había escrito aquello como si las palabras tuvieran sentido para él, lo cual me ponía aún más enferma.

Me pasé el resto de la noche en el suelo del baño, debatiendo qué había hecho mal, y preguntándome por qué mi padre ya no me quería.



—¿Ha roto contigo a través de una carta de cinco páginas? —preguntó Logan, estupefacto.

Había pasado los últimos cinco días alejada de él, avergonzada por la carta. Apenas era capaz de mantener nada en el estómago sin que volviera a salir. Lo que más me molestaba era lo satisfecha que parecía mamá de que papá me hubiera decepcionado. De algún modo, siempre parecía alegrarse cuando yo sufría.

Me senté con Logan en la valla publicitaria. Me sabía la carta de cinco páginas de memoria.

—Técnicamente ha roto conmigo a través de diez páginas, porque las ha escrito por delante y por detrás.

—Dame el sobre —ordenó. Se le habían ensanchado las fosas nasales, y tenía la cara roja de rabia. No sabía que se enfadaría tanto por la carta, pero parecía estar a punto de estallar.

—¿Por qué?

—La dirección desde donde envió la carta, seguramente vive ahí. Podemos ir. Podemos enfrentarnos a él. Podemos...

—No había dirección en el sobre. La dejó en casa, creo, en el buzón.

Se pasó las manos por la cara. Dejó escapar un suspiro pesado y empezó a ojear las páginas una vez más.

—¿Y el nombre del grupo en el que está? ¿Lo ha mencionado?

—No.

—Esto es una mierda.

—No pasa nada. —Me encogí de hombros. Todavía no lo había asimilado. Gran parte de mí aún pensaba que volvería. La esperanza era peligrosa cuando confiabas en gente poco fiable—. Lo he superado. —Pero no era verdad. Estaba lejos de superarlo.

—¡Pues yo no! —gritó. Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro—. No es justo. ¿Qué le hemos hecho nosotros a esta gente? Tus padres. Mis padres. ¿Qué hemos hecho mal?

No tenía ninguna respuesta. Seguramente muchas personas no podían entender por qué Logan y yo conectábamos. Éramos diferentes en muchos aspectos, salvo por el único que constituía el mayor fuego que ardía en nuestro interior: los dos ansiábamos que nuestros padres nos quisieran.

—Eres algo bueno, Alyssa. Has hecho de todo para ser una buena hija para él. Te has desvivido por ese imbécil, ¿y encima no tiene las pelotas de

romper contigo en persona? Venga ya. ¡¿Quién rompe con su hija con una carta?! —rugió—. ¿Qué clase de padre rompe con su hija a secas?

—¿Comprendes por qué te dije que rompieras con Shay en persona y no por mensaje? —intenté bromear. No se rio—. Logan, vamos. No pasa nada.

—¿Sabes qué? Que le jodan, Subidón. Vas a hacer grandes cosas. Vas a cambiar el mundo sin él. Vas a tener un éxito que superará todas sus expectativas. No lo necesitas.

—¿Por qué estás tan enfadado?

—Porque no entiendo cómo ha podido hacer eso. ¿Cómo ha podido darte la espalda? A ti, Subidón. Eres la persona más bonita, auténtica y amable que he conocido jamás. Y te ha dejado. ¿Por qué? ¿Por la música? ¿Por el dinero? ¿Fama? Es una gilipollez, porque nada de eso compensa. —Volvió a sentarse a mi lado, con la respiración aún entrecortada por el enfado—. Solo intento entenderlo, eso es todo —dijo dejando caer las piernas por el borde de la valla mientras mirábamos el horizonte.

—¿Entender qué?

—Que alguien pueda abandonarte.



Aquella noche me di cuenta por fin. Papá no volvería. No quería ser parte de mi vida. Había renunciado a mí por la música, lo cual era irónico, porque para mí, él era mi música. Me pasé toda la tarde sintiéndome mal, enferma, deseando únicamente que la sensación de vacío dentro de mí desapareciera.

Yo: ¿Puedes venir?

Logan llegó a mi casa cerca de las once de la noche. Lo recibí con una sonrisa forzada, y él me envolvió en un abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Entrecerró los ojos.

—¿Mentira?

—Mentira.

—¿Verdad?

Me encogí de hombros y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Puedes abrazarme sin más?

Se mostró muy preocupado. Retrocedió un poco para observarme bien.

—Subidón... ¿Qué pasa?

—Me ha dejado de verdad. —Tragué saliva con dificultad—. No me quería.

Me llevó a mi habitación y cerró la puerta. Al meterme en la cama, se acercó a mi colección de vinilos y echó un vistazo. Cuando encontró uno, lo puso, haciendo que los ojos se me llenaran todavía con más lágrimas.

Cuando empezó a sonar «Life Support» de Sam Smith, Logan apagó la luz, se metió en la cama y me envolvió en sus brazos. Me atrajo hacia sí, haciéndome doblar el cuerpo hacia él, y empecé a temblar cuando comenzó a canturrearme la letra al oído.

Me eché a llorar. Él siguió cantando, y mi cuerpo continuó temblando contra el suyo. Me atrajo aún más hacia sí y me abrazó con más fuerza. La canción sonaba en bucle, una y otra vez. Siguió cantándome, cantando a mi alma, domando el fuego salvaje, provocándome dolor.

Su voz me adormecía, y sus brazos me mantenían a salvo.

Cuando me desperté en mitad de la noche, llorando por una pesadilla, Logan estaba dormido. Los brazos le caían a los lados, y respiraba por la boca. Lo contemplé con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Lo —susurré.

Él se removió.

—¿Sí?

—He tenido una pesadilla. ¿Puedes abrazarme?

No lo dudó. Me abrazó una vez más, permitiendo que apoyara la cabeza en su pecho. Sentí sus latidos.

—Estás bien, Alyssa Marie Walters —susurró contra mi piel.

Lloré más y lo atraje todavía más hacia mí.

—Estoy bien, Logan Francis Silverstone.

Capítulo 10

Alyssa



Las desgracias nunca venían solas.

Mi madre siempre decía esas palabras cuando estaba en medio de un proceso judicial y no había más que malas noticias. Cuando pasaba algo malo, se acercaba algo peor. Nunca creí de verdad en esa expresión, porque era la optimista de la familia, la chica del vaso medio lleno. Pero últimamente parecía verdad. Solo había pasado una semana desde que mi padre había roto conmigo, y no había tenido tiempo de procesar aquello antes de que el mundo se desmoronase sobre mí otra vez. Oía las palabras de mi madre una y otra vez en mi cabeza.

«Las desgracias nunca vienen solas, Alyssa. Esa es la verdad sobre el mundo».

—Bueno. —Erika suspiró detrás de mí en el pasillo del supermercado—. ¿Cuántos deberíamos comprar?

Llevaba dos semanas vomitando cada día. Lo que al principio achaqué a los nervios se había convertido en un miedo mayor. Estábamos delante de los test de embarazo. No sabía a qué otra persona llamar, y cuando mi hermana oyó cómo me temblaba la voz, aparcó delante de casa cuarenta y cinco minutos después. Aunque Erika era realista y determinada como mi madre, no era tan insensible. Me quería por mi creatividad y mi personalidad extravagante, y haría cualquier cosa por ayudarme.

—¿Tal vez dos? —susurré, temblorosa.

Me puso la mano en el hombro para consolarme.

—Nos llevaremos cinco, por si acaso. —Fuimos a la caja y nos miraron como si estuviéramos locas por llevarnos tantos test. También cogió una botella de agua. Estaba a punto de salir corriendo de la tienda humillada, al sentir cómo me juzgaba la cajera con la mirada, pero entonces Erika resopló.

—¿Es que nunca te han dicho que es de mala educación mirar fijamente?

Pasó nuestra compra y no volvió a mirarnos.

Cuando salíamos de la tienda, me sonó el teléfono.

Logan: ¿Dónde estás? Necesito verte.

No podía responder. Volvió a escribirme otras cuatro veces antes de llegar a casa. Apagué el teléfono.

Nos sentamos en mi baño con la puerta cerrada. Mi madre aún no había llegado a casa, y habíamos sacado los cinco test de embarazo y los habíamos puesto en el lavabo, esperando a que hiciera pis sobre cada uno de ellos. Me había bebido una botella entera de agua, y cuando empecé a sentir la necesidad de ir al baño, Erika me aconsejó sobre el proceso.

—Tienes que hacer un poco de pis encima de uno de los palitos, esperar, luego encima de otro, esperar, luego otro...

—Ya lo pilló —dije de forma brusca.

Estaba molesta, no con ella, sino conmigo misma por encontrarme en aquella situación. El fin de semana siguiente tenía que empezar la universidad, y no debería estar haciendo pis encima de cinco palitos.

Una vez completada la tarea, esperamos diez minutos. El envase decía que solo tardaría dos, pero me pareció que diez minutos serían más fiables.

—¿Qué significa la raya rosa en este? —pregunté cogiendo el primer palito.

—Embarazada —susurró Erika.

Cogí el siguiente.

—¿Y un signo de más?

—Embarazada.

Se me encogió el estómago.

—¿Y dos rayas rosas?

Frunció el ceño. Me entraron ganas de vomitar.

—¿Y otro signo de más?

—Alyssa... —Le temblaba la voz.

—¿Y este que pone embarazada? ¿Qué significa eso?

Las lágrimas me rodaban por las mejillas, y no sabía muy bien cómo detenerlas. Tenía la respiración entrecortada, y mis latidos eran erráticos. No

sabía en qué pensar primero. ¿Logan? ¿La universidad? ¿Mamá? ¿Mis lágrimas?

—Aly, tranquila. Lo solucionaremos. No entres en pánico.

La mano de Erika en mi pierna era lo único que impedía que me cayera al suelo y me quedara en una esquina balanceándome de atrás hacia delante.

—Empiezo la universidad el fin de semana que viene.

—Y lo harás. Solo tenemos que averiguar...

—¡Alyssa! —rugió mi madre al entrar en casa—. ¡Qué te he dicho sobre dejar las zapatillas en el vestíbulo! ¡Ven a por ellas!

Empezaron a temblarme las manos de forma incontrolable. Erika me ayudó a levantarme y metió todos los test de embarazo en una bolsa para guardarlos en su enorme bolso.

—Vamos —dijo. Se lavó las manos y me obligó a lavármelas yo también, y luego señaló la puerta con la cabeza—. Venga.

—No —medio susurré, medio grité—. No puedo. No puedo verla ahora mismo. No puedo salir.

—No puedes esconderte aquí —dijo secándome los ojos—. No te preocupes. No le diremos nada. Tú solo respira.

Ella salió del baño primero, y yo la seguí.

—¿Erika? ¿Qué haces aquí? —preguntó mi madre con voz aguda.

—Se me ocurrió que podría pasar a veros, y quizá cenar con vosotras.

—Es de mala educación presentarse a cenar sin avisar. ¿Y si no tuviera suficiente comida para ti? Además, esta noche iba a pedir algo. Alyssa tiene que terminar de preparar sus cosas, aunque ya le he dicho que debería haberlo hecho el fin de semana pasado. Y...

—Estoy embarazada.

Mamá me miró de inmediato y Erika se quedó con la boca abierta.

—¿Qué has dicho?

En cuanto lo repetí, empezaron los gritos. Me dijo que era una decepción. Expresó su repulsión a gritos. También dijo que sabía que metería la pata, y llamó holgazán a Logan.

—Abortarás —dijo sin atisbo de duda—. Es lo que hay. Iremos a una clínica esta semana, nos encargaremos de este contratiempo, y entonces te irás a la universidad.

Mi mente ni siquiera había asimilado aún el embarazo, y mi madre ya estaba ordenándome que lo hiciera desaparecer.

—Venga, mamá. No seamos irracionales —dijo Erika defendiéndome, porque yo tenía la garganta cerrada y no podía articular palabra.

—¿Irracionales? —Mamá se cruzó de brazos y arqueó una ceja, mirándome con frialdad—. No, lo que es irracional es quedarse embarazada cinco días antes de que empiece la universidad. Lo que es irracional es salir con un perdedor sin planes de vida. Lo que es irracional es que Alyssa tenga un hijo cuando ni siquiera ha madurado todavía.

—No es un perdedor —aseguré defendiendo a Logan. Estaba muy lejos de ser un perdedor.

Mamá puso los ojos en blanco y se dirigió a su despacho.

—Mañana tengo un caso, pero después, por la tarde, iremos a la clínica. De lo contrario, ya puedes pensar una forma de pagar la universidad tú misma. No voy a poner dinero para que estudies una carrera de mentira cuando vas a acabar dejándola y convirtiéndote en nada —ordenó—. Eres igual que tu padre.

Inhalé profundamente, y el cuchillo que tenía en mi corazón se clavó aún más hondo.

Erika se quedó en casa aquella noche. Empezó a mover los muebles de la sala de estar. Siempre recolocaba cosas para lidiar con su frustración. Otras veces rompía platos y vasos.

—No está siendo razonable, Aly. No tienes que escucharla, ¿sabes? Y si te amenaza, no te lo tomes a pecho. Te ayudaré a salir de esta.

Sonreí y luego fruncí el ceño.

—Tengo que decírselo a Logan. Ha estado mandándome mensajes toda la tarde, y no le he respondido. No sé qué decirle.

Erika frunció el ceño, y luego lo frunció todavía más.

—Será una conversación difícil, pero deberías tenerla más pronto que tarde.

Tragué saliva con dificultad. Sabía que tenía que hacerlo esa noche.

—Pero estoy preocupada, Alyssa. Hace tiempo que conozco a Logan, y no siempre ha sido una persona muy estable.

Erika no era muy fan de Logan, y no la culpaba. Era el chico que casi incendió el apartamento que compartían ella y Kellan hacía un año, después de emborracharse y colocarse porque sus padres le habían pegado y menospreciado.

—Eso es solo el cinco por ciento —murmuré.

—¿Qué?

—Está ahí el noventa y cinco por ciento del tiempo, Erika. El noventa y cinco por ciento del tiempo es amable. Es dulce. Pero a veces se cuele ese cinco por ciento, y deja de ser él. Pierde la batalla entre sus verdades y las

mentiras que le cuentan sus padres. Pero no puedes juzgarlo en base a esos momentos.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque si lo juzgas solo por sus pocos momentos bajos, entonces te pierdes sus bonitos momentos altos.



Las desgracias nunca vienen solas. Vienen más, y más, y más.

Había visto los momentos bajos de Logan bastantes veces en los últimos dos años. Cuando ocurría, se convertía en una persona que no reconocía. Arrastraba las palabras, le temblaba el cuerpo, y levantaba mucho la voz. Se enfadaba y era algo mezquino cada vez que tomaba drogas que no eran marihuana. Pero sabía que ocurría sobre todo cuando sus padres le hacían daño, cuando dejaban cicatrices violentas en su corazón. Las magulladuras del corazón eran las más difíciles de curar; parecían durar mucho más. Cuando tenía esos momentos bajos, sabía que era mejor dejarlos pasar, porque siempre acababa encontrando el camino de vuelta al Logan que quería y adoraba.

Cinco por ciento abajo, noventa y cinco por ciento arriba.

Cuando por fin encendí el teléfono esa noche, tenía quince mensajes de Logan.

Logan: ¿Dónde estás, Subidón?

Logan: Te necesito.

Logan: Por favor, me estoy derrumbando. Mi padre acaba de irse y no estoy bien.

Logan: ¿Alyssa? ¿Subidón?

Logan: Da igual.

Oh no. Estaba teniendo uno de esos momentos bajos. Esos eran los que más me asustaban.

Yo: Estoy aquí.

No respondió hasta las tres de la madrugada. Cuando llamó, oí en su voz lo lejos que estaba.

—Estoy en tu porche —dijo. Cuando abrí la puerta principal, me quedé sin aliento. Tenía el ojo izquierdo hinchado y el labio partido. Estaba lleno de

morados que ocultaban su tono bronceado natural.

—Lo —murmuré, tocándole la cara. Él se encogió y dio un paso atrás—. ¿Tu padre?

No respondió. Le hice pasar.

Lo primero que noté fue el tic, seguido de su poca coordinación. Se rascaba frenéticamente y no paraba de lamerse los labios.

¿Hasta qué profundidades de las sombras has llegado esta noche, Logan?

—¿Puedo ducharme o algo? No podía ir a casa esta noche. —Se sorbió los mocos e intentó abrir el ojo izquierdo, pero no podía.

—Sí, sí, claro. Ven.

Lo conduje a mi cuarto de baño y él me siguió dando trompicones. Una vez llegamos, cerré la puerta. Fui a por un trapo pequeño y lo empapé en agua caliente mientras él se sentaba en la tapa del retrete. Cuando lo presioné contra su cara, dio un bufido.

—Estoy bien —protestó y se apartó.

—No, no lo estás. No puedes abrir el ojo.

—Pero aún puedo verte. —Abrió un poco la boca antes de volver a pasarse la lengua por los labios—. ¿Estabas ocupada antes?

Parpadeé sin mirar su ojo abierto. Volví a empapar la toalla.

—Sí.

—¿Demasiado ocupada para escribirme?

—Sí, Lo. Lo siento. —Se me aceleró la respiración y miré en dirección a la puerta. Necesitaba un momento a solas.

—Oye —susurró colocando el dedo debajo de mi mejilla para que lo mirase—. Estoy bien.

—¿Estás colocado?

Dudó un poco y se echó a reír.

—Vete a la mierda, Subidón. ¿Cómo me preguntas eso? Mira mi cara. ¿Tú qué crees?

Hice una mueca. Nunca me hablaba así, salvo cuando estaba en lo más hondo de la madriguera del conejo. Debí haber respondido sus mensajes.

—Voy a por un poco de hielo para tu ojo, ¿vale? Puedes empezar a ducharte.

Me levanté para irme, pero él me llamó.

—¿Subidón?

—¿Lo?

Tragó saliva con dificultad y le cayó una lágrima del ojo que tenía cerrado.

—Joder, lo siento mucho. No sé por qué te he dicho eso.

Le dirigí una sonrisa forzada y salí del baño de mi dormitorio rápidamente.

Me temblaban las manos cuando fui a buscar una bolsa para meter el hielo. Nunca lo había visto tan apaleado ni tan colocado. ¿Qué te ha hecho tu padre? ¿Por qué era tan monstruoso?

—¿Subidón? —Me sobresalté al oír la voz de Logan detrás de mí. Se me puso el pelo de punta cuando me giré y vi lo que llevaba en la mano—. ¿Qué es esto?

—Ay Dios, Logan. Quería hablarte de ello.

Miré el test de embarazo que tenía en la mano. Debía de habérmelo olvidado en el baño esa tarde.

—¿Qué significan dos rayas rosas? —preguntó. Apenas lograba mantenerse erguido y se tambaleaba todo el rato.

Estás demasiado ido para tener esta conversación ahora.

—Deberíamos hablarlo mañana —sugerí, acercándome a él para colocar una mano en su hombro.

Él se liberó con brusquedad.

—No, deberíamos hablar de esto ahora —dijo gritando.

—Lo, ¿puedes bajar la voz? Mi madre está durmiendo.

—Me importa una mierda. ¿Estás embarazada?

—No deberíamos hablar de esto esta noche.

—¿Qué está pasando? —oí detrás de mí. Me estremecí al ver a mi madre entrar en la cocina en bata. Cuando sus ojos cansados se cruzaron con los de Logan, se espabiló enseguida—. ¿Qué haces aquí? Tienes que irte, ahora mismo.

—Mamá, por favor —supliqué. Veía el odio en sus ojos.

—Por Dios. ¿No ves que estamos te... te... teniendo una con... con... conversación, joder? —farfulló Logan.

Eso no ayudaba mucho.

Mi madre se acercó a él a toda prisa y lo agarró del brazo.

—Esto es un allanamiento de morada. Vete antes de que llame a la policía.

Se soltó de un tirón y se tambaleó hacia atrás hasta chocar con el frigorífico.

—No me toques. Estoy hablando con tu hija.

Mi madre me miró.

—Y por eso vas a abortar. Este chico es un desastre.

Logan se irguió tanto como pudo. Tenía los ojos llenos de indignación.

—¿Abortar? ¿Vas a abortar?

Me temblaba todo el cuerpo y tenía los ojos vidriosos.

—No, espera. Mamá, para. No estás ayudando.

—¿De verdad has estado hablando de abortar? —volvió a preguntar Logan.

—Lo haremos el jueves. Ya he llamado para organizarlo todo —dijo mi madre, lo cual era mentira. Tenía dieciocho años y todo el derecho a hacer con mi cuerpo lo que quisiera, aunque no le pareciera bien a mi madre.

Logan resopló.

—Vaya. ¿Así que ibas a abortar sin hablar conmigo? ¿Es que no crees que puedo ser un buen padre o algo así?

Mi madre soltó una risa sarcástica.

No estaba ayudando nada.

—Yo no he dicho eso, Lo.

—¡Es lo que has dicho! ¡Es lo que piensas! —rugió. Tenía los ojos apagados, como si la luz que tanto adoraba en él hubiera sido arrebatada de toda su existencia.

—No me estás escuchando porque estás colocado, Logan.

—Lo cual no es nada nuevo —murmuró mi madre. Sus palabras estaban teñidas de desprecio.

—Mamá, ¿quieres parar? —supliqué.

—No, tiene razón. Siempre estoy colocado, ¿verdad? Eso es lo único que pensáis —dijo señalándonos a mi madre y a mí—. Vosotras dos con todo vuestro puto dinero en vuestra enorme casa de mierda sin problemas.

Al tambalearse, tiró sin querer el juego de cuchillos, que acabaron en el suelo. Mamá y yo nos sobresaltamos.

Ay, Lo... Vuelve...

—Tienes que irte. Ahora. —Mi madre cogió su teléfono y lo sostuvo en alto—. Voy a llamar a la policía.

—Mamá, no. Por favor.

—No, me voy. Puedes quedarte con todo esto —siseó—. Tu dinero. Tu casa. Tu vida. Tu aborto. Toda la mierda que quieras. Me voy.

Se marchó apresuradamente, y las lágrimas me bañaron las mejillas al mirar a mi madre.

—¿Qué problema tienes?!

—¿Yo? —chilló sorprendida—. Es un desastre en potencia. Sabía que eras inocente, Alyssa Marie, pero no sabía lo increíblemente estúpida que

puedes llegar a ser. Es un adicto. Está enfermo, y su estado no va a mejorar. Te arrastrará hacia las llamas antes de que tú puedas darle aire fresco. Deberías darte por vencida. Es una causa perdida. Kellan y tú sois sus auxiliares. Estás permitiendo que esto siga sucediendo, y solo irá a peor.

Inspiré profundamente y corrí detrás de Logan.

Se dirigía a la verja para saltarla.

—¡Logan, espera! —grité.

Se giró para mirarme. Su pecho subía y bajaba pesadamente.

—Me abrí a ti —dijo con voz áspera.

Mi voz sonó completamente distinta. Débil. Dolorida. Asustada.

—Lo sé.

—Me abrí a ti a pesar de que te dije que no era buena idea. No soy una persona que ame, Alyssa. Pero tú me hiciste quererte, joder.

—Lo sé.

—Me hiciste quererte. Y te quise con todas mis fuerzas, porque no sabía hacerlo de otra manera. Te quise con toda mi alma, porque hacías que la vida mereciera un poco más la pena. Y entonces, de repente, te vuelves contra mí. ¿Qué he hecho yo? ¿Por qué...? Te conté mis sueños. Te lo conté todo. —Se acercó más a mí bajando la voz, temblando. Cuando nuestras miradas se encontraron, sacudió la cabeza y dio un paso atrás—. Deja de mirarme así.

—¿Así cómo? —pregunté desconcertada.

—No soy mi madre —replicó.

—Sé que no lo eres.

—¿Entonces por qué demonios me miras como si lo fuese?

—Logan... Por favor, escúchame.

Se acercó a mí, y nuestros cuerpos se unieron como lo hacían siempre. Su frente cayó sobre la mía, sus lágrimas rozaron mi piel y mis manos aterrizaron en su pecho. Envolvimos al otro en un abrazo. Nuestros cuerpos estaban calientes por dentro, ardiendo deseosos de conocer los motivos por los que la vida era tan dura. Acercó sus labios a mi oído, y su cálido aliento me rozó la piel al decir las palabras que despreciaron mi alma.

—No quiero volver a verte.



Aquella noche desapareció.

Desapareció de mi vida en un abrir y cerrar de ojos. Las llamadas de madrugada cesaron. Su voz amable se fue. Cada noche me preguntaba dónde

estaba, si estaría a salvo. Cuando iba a su apartamento, no estaba. Cuando lo llamaba, saltaba el buzón de voz. Kellan decía que tampoco sabía nada de su hermano. No lo había visto, y estaba tan aterrorizado como yo.

Cuando le dije a mi madre que no iba a renunciar al bebé, me gritó y cumplió su amenaza: canceló su plan de pagos para la universidad. Erika y Kellan me dejaron mudarme a su pequeño apartamento mientras buscaba mi propio punto de apoyo.

Cada noche Kellan y yo íbamos al pueblo y recorriamos en coche los distintos lugares en los que podría estar Logan. Hablamos con sus amigos, pero siempre parecíamos llegar un minuto demasiado tarde.

Iba a fiestas, pero siempre parecía desvanecerse. Su amigo Jacob nos dijo que Logan había estado drogándose mucho últimamente, pero no había podido hablar con él.

—Estaré pendiente —prometió—. Si lo veo, os lo diré.

Noté un nudo en el estómago.

¿Y si Logan cruzaba la línea?

¿Y si no podía regresar del dolor que estaba sintiendo?

Todo era culpa mía.

Capítulo 11

Alyssa



Odiaba recibir llamadas de teléfono por la noche. Siempre me ponían de los nervios. A las tres o las cuatro de la madrugada, solo podían ser malas noticias. Por desgracia, había recibido muchas de esas llamadas en los últimos meses, todo por un chico que hizo que mi corazón ardiera en llamas. Cada vez que sonaba el teléfono, mi mente se imaginaba las peores situaciones posibles: una enfermedad, un accidente, la muerte. Algunas noches me quedaba despierta con los ojos cansados, esperando las llamadas. Cuando no las recibía, a veces marcaba su número solo para oír su voz, para asegurarme de que estaba bien.

«Estoy bien, Alyssa Marie Walters», diría.

«Estás bien, Logan Francis Silverstone», respondería yo antes de dormirme escuchando los sonidos de su respiración.

Pero últimamente no habíamos hablado.

Cuando me preocupaba, no podía llamarlo.

Cuando estaba asustada, su voz no estaba al otro lado de la línea.

Y aquella noche, cuando sonó el teléfono, tenía más miedo que nunca.

—¿Alyssa? —dijo una voz al otro lado. No era la de Logan, aunque el nombre que aparecía en la pantalla era el suyo.

—¿Quién es? —pregunté con los párpados aún cansados.

—Soy Jacob... el amigo de Logan. Esto... —Titubeó—. Mira, estoy en una fiesta, y he encontrado a Logan. No está muy bien. No sabía a quién llamar.

Me incorporé, espabilándome en unos segundos.

—¿Dónde está? —Jacob me dio toda la información, y yo salí en desbandada de la cama y busqué un bolígrafo y un papel para apuntarlo todo —. Gracias, Jacob. Estaré ahí enseguida.

—Vale. Oye, quizá deberías traer a Kellan también.

Corrí a la habitación de Kellan y Erika y aporreé la puerta. El corazón me latía con fuerza contra la caja torácica y me mordí la lengua para evitar llorar. No podía dejar de temblar mientras esperaba oír la voz de Kellan. Cuando abrió la puerta y habló, inhalé dolorosamente. Su voz sonaba tan parecida a la de Logan que casi me derrumbo. Habían pasado varias semanas desde que Logan dejó de hablarme. Solo quería volver a oír su voz.

—¿Alyssa? ¿Qué pasa? —preguntó Kellan con voz alarmada y alerta. Sabía tan bien como yo que una llamada de madrugada cuando Logan estaba consumiendo drogas otra vez podría ser la llamada que más temíamos los dos —. ¿Está...?

—No lo sé —respondí. Pero le conté todo lo que sabía, y en pocos minutos estábamos en la calle.

Cuando llegamos a la fiesta, Jacob estaba en el porche delantero de una casa medio derruida. Logan estaba tendido en un banco. Apenas abría los ojos, y le caía la baba por la comisura izquierda de la boca.

—Dios —murmuró Kellan al acercarse a su hermano.

—No responde.

—¿Qué ha tomado? —preguntó Kellan.

Estaba inyectándose heroína, y creo que antes se metió cocaína, pero no sé qué más.

—¡¿Por qué no has llamado a la policía?! —grité.

Corrí junto a Logan e intenté levantarlo. Él hizo una mueca al moverlo, y empezó a vomitar en el porche.

—No sé, tío. Oye, normalmente Logan sabe manejar esta mierda. Pero estas últimas semanas ha estado metido en mucha mierda. No podía llamar a la policía porque... Mira, no sabía qué hacer, así que os he llamado a vosotros.

Hacía tiempo que conocía a Jacob. Logan no tenía mucha gente a la que considerase amiga, pero Jacob era una de las pocas personas de las que hablaba bien. Sin embargo, esa noche no estuve de acuerdo. Un amigo de verdad, un amigo auténtico, no dejaría que alguien se hundiera tanto sin echarle una mano.

—Deberías haber llamado a una ambulancia —siseé, furiosa. Asustada. Furiosa y asustada.

—Ayúdame a meterlo en el coche —dijo Kellan a Jacob. Lo colocaron en el asiento trasero, y yo me senté con él—. Puede que vuelva a vomitar, Alyssa. Es mejor que te sientes delante.

—Estoy bien aquí —respondí.

Kellan le dio las gracias a Jacob y nos dirigimos al hospital para que examinaran a Logan. Nunca lo había visto así, y estaba a punto de perder la cabeza.

—Mantenlo despierto, ¿vale? —dijo Kellan.

Asentí mientras mis lágrimas aterrizaban en las mejillas de Logan.

—Tienes que estar despierto, ¿vale? Mantén los ojos abiertos, Lo.

Apoyó la cabeza en mi regazo, y tuve miedo de que si cerraba los ojos, no volviera a abrirlos. Tenía el cuerpo empapado de su propio sudor, y cada inhalación parecía hacerle daño. Cada exhalación le resultaba agotadora.

Se rio.

—Hola.

Hice un mohín.

—Hola, Logan.

Sacudió la cabeza y se apoyó en los codos para incorporarse.

—Subidón.

Odiaba cuando hablaba sobre estar colocado. Odiaba el modo en que se perdía en algo que transformaba a mi mejor amigo en mi mayor miedo. ¿Qué te ha pasado esta noche, Logan? ¿Qué había hecho que se hundiera tanto en la oscuridad?

Pero entonces supe la respuesta.

Era yo.

Yo le había hecho esto.

Le había hecho perseguir sus sombras.

Lo siento, Logan.

Las palabras de mi madre resonaban en mis oídos y en mi mente al observar sus ojos cerrados. *Es un adicto, Alyssa. Está enfermo y su estado no va a mejorar. Te arrastrará hacia las llamas antes de que tú puedas darle aire fresco. Deberías darte por vencida. Es una causa perdida. Kellan y tú sois sus auxiliares. Estás permitiendo que esto siga sucediendo, y solo irá a peor...*

—Eres lo más alto —susurró Logan, dejándose caer.

—¿Qué?

—Me llamas Lo, lo cual tiene sentido, porque estoy en lo más bajo.^[2] Estoy metido en lo más profundo del puto hoyo. ¿Pero tú? —Se rio y cerró

los ojos—. Tú eres mi alto, mi Subidón. Y, joder, me has roto el corazón.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y lo abracé.

—Mantén los ojos abiertos, Lo. ¿Vale? Tú solo mantén los ojos abiertos.

Miré la parte delantera del coche, donde Kellan se estaba secando las lágrimas. Ver a su hermano en ese estado tenía que ser realmente duro.

Sabía que el corazón de Kellan se estaba rompiendo como el mío.

—Llevadme de vuelta —murmuró intentando incorporarse.

—Tranquilo, Logan. Todo va bien —dijo Kellan.

—No, llevadme de vuelta —gritó, y de un salto, agarró el volante e hizo que Kellan hiciera un viraje—. ¡Llevadme de vuelta!

Ambos intentamos detenerle, lograr que recobrase la compostura, que se tranquilizase, pero antes de conseguirlo, Kellan perdió el control.

El coche viró bruscamente a la izquierda.

Y todo se volvió negro.

Capítulo 12

Logan



Cuando abrí los ojos, estaba en una cama de hospital, y la luz del sol brillaba a través de la ventana. Intenté girarme, pero todo me dolía.

—Mierda —murmuré.

—¿Estás bien? —dijo una voz.

Me giré y vi a Kellan sentado en una silla con unos panfletos en la mano y una venda enorme en la frente. Llevaba una sudadera y pantalones de chándal, y le faltaba la sonrisa que tenía siempre en la cara.

—No. Me siento como si me hubiera atropellado un camión.

—O más bien como si hubieras chocado con un maldito edificio —murmuró otra persona.

Me volví hacia la izquierda y vi a Erika. Tenía los brazos cruzados, y me miraba con aspereza. Junto a ella había un hombre con una pajarita que tenía una libreta en la mano, y en la esquina estaba Jacob, sentado en una encimera.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué estaba Jacob con Kellan?

—¿No lo recuerdas? —preguntó Kellan. Sonaba un poco seco conmigo.

—¿Recordar qué?

—¡Haberte estrellado contra un maldito edificio! —exclamó Erika. Le temblaba la voz.

El hombre que estaba sentado a su lado posó una mano en su hombro. Cerré los ojos para tratar de recordar lo que había pasado, pero todo parecía borroso.

—Logan —Kellan se pellizcó el puente de la nariz—. Te encontramos inconsciente en el porche de una casa. Luego intentamos traerte al hospital

para que te examinaran, pero te entró el pánico y agarraste el volante, e hiciste que chocáramos con un edificio.

—¿Qué? —Tenía la garganta seca—. ¿Estás bien?

Asintió, pero Erika no estaba de acuerdo.

—Enséñale el costado, Kellan.

—Déjalo, Erika.

—No. Tiene que verlo. Tiene que ver lo que ha hecho.

Kellan bajó la cabeza y miró al suelo.

—Erika, olvídale.

—Enséñamelo —ordené. Se frotó la nuca y se levantó la sudadera para enseñarme el lateral izquierdo de su cuerpo, que estaba negro, azul y morado de arriba abajo—. Joder. ¿Yo he hecho eso?

—No pasa nada —dijo Kellan.

—Sí que pasa —replicó Erika.

Ella tiene razón. Él no.

—Kel, lo siento mucho. No pretendía...

—¡Y eso no es lo peor! ¡Casi matas a mi hermana! —gritó.

Se me cayó el alma a los pies.

Alyssa.

Subidón.

Mi mejor subidón.

—¿Qué le ha pasado a Alyssa? ¿Dónde está? —rugí mientras intentaba incorporarme, pero el dolor que me recorrió la espalda me lo impidió.

—Logan, relájate. Los médicos están ayudando a Alyssa. Pero ahora mismo tenemos que hablar de ti. Hemos traído a alguien que puede ayudarte —dijo Kellan.

—¿Ayudarme a qué? No necesito ayuda de nadie. ¿Qué le ha pasado a Alyssa? —Sentí como si las paredes de la habitación se cerrasen a nuestro alrededor. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué me miraba todo el mundo como si fuera un producto defectuoso? ¿Por qué no me decían cómo estaba Alyssa?

—Estamos todos aquí porque te queremos —intentó explicar Kellan.

Entonces lo entendí. Comprendí por qué estaba allí el hombre de la pajarita. Leí uno de los panfletos que tenía Kellan en las manos, y cerré los ojos con fuerza. *Van a intentar convencerme de que deje las drogas. Aquí mismo, en una habitación de hospital.*

—¿Porque me queréis? —bufé. Mi voz se llenó de amargura al comprender lo que estaba pasando—. Y una mierda.

—Venga, Logan. Eso no es justo —dijo Kellan.

Me giré para mirarlo. Tenía los ojos pesados y me miraba con miedo y preocupación.

—No me vengas con esas, Kellan. ¿Y bien? —Levanté la vista de mis manos temblorosas—. ¿Vais a convencerme de que deje las drogas? ¿Pensáis todos que estoy tan jodido que habéis tenido que reuniros en una puta habitación de hospital para avergonzarme porque creéis que soy peligroso? Cometí un error anoche. —Señalé a Jacob—. Es muy hipócrita tener aquí al capullo que se drogó conmigo la semana pasada, ¿no creéis? Jacob, estoy bastante seguro de que ahora mismo estás hecho mierda.

Jacob frunció el ceño.

—Logan, venga...

—No. Y Erika, no sé siquiera por qué coño estás aquí. No me soportas —dije.

—No te odio, Logan. —Tragó saliva con dificultad—. Venga, esto es muy duro.

—Joder, me gustaría que dejarais de decir todos «venga» como si fuerais mejores que yo. No sois mejores que yo. —Solté una risa sarcástica e intenté incorporarme. Me estaba poniendo a la defensiva, porque muy en el fondo, sabía que tenían razón—. En realidad tiene gracia, porque estamos aquí hablando de lo mal que estoy de la cabeza cuando la habitación está llena de gente que está igual de mal, o peor. Kellan no es capaz de enfrentarse al capullo de su padre para decirle que quiere ser músico en vez de abogado. Jacob es adicto a un tipo de porno de lo más raro con tenedores y ese tipo de mierdas. Erika rompe un puto plato y compra cincuenta para reemplazarlo, solo por si el nuevo también se rompe. ¿Soy el único que piensa que su estilo de vida basado en romper y comprar es una locura?

—Creo que lo único que queremos es que te pongas bien, Logan —dijo Kellan. Me pregunté si el corazón le latía tan fuerte como a mí el mío—. Puedo imaginarme por lo que habrás pasado viviendo con Ma. Dudo que ella te ponga fácil mantenerte limpio.

—Debes de sentirte muy bien —dije pasando el dedo por debajo de la nariz—. Porque eres Kellan, el niño dorado. El del padre rico. El que tiene un futuro. El que tiene una beca completa para ir a una de las mejores universidades y convertirse en un abogado de prestigio. Y yo solo soy el hermano pirado que tiene una madre adicta al crack y un traficante de drogas como padre. En fin, enhorabuena, Kellan. Tú ganas. Eres el mejor hijo de

mamá, que ha hecho algo de sí mismo, y yo solo soy un hijo patético, un pedazo de mierda que seguramente acabe muerto antes de los veinticinco.

Kellan inhaló con esfuerzo.

—¿Por qué dices todas esas mierdas? —Se le ensanchaba la nariz mientras se paseaba por la habitación del hospital—. ¿Qué problema tienes, Logan? Despierta. *Despierta*. Todos estamos intentando ayudarte, y tú nos gritas como si fuéramos el enemigo, cuando en realidad el enemigo es tu propia mente. Te estás matando. Te estás matando, joder, y te da igual —gritó. Kellan nunca levantaba la voz. Nunca.

Fui a decir algo, pero la mirada de Kellan me detuvo. Me miró entrecerrando los ojos, y por un segundo me pareció ver un atisbo de odio en ellos.

Se frotó la cara con las manos varias veces para calmarse. Cuando habló, inspiró para reprimir sus propias emociones. Me lanzó los panfletos, y cuando aterrizaron en mi regazo, leí las palabras una y otra vez.

Clínica de Salud y Rehabilitación de St. Michaels.

Waterloo, Iowa.

—¿Rehabilitación? —dije—. ¿Crees que necesito rehabilitación? ¿Pensáis todos que necesito rehabilitación? Estoy bien.

—Estrellaste el coche contra un edificio —espetó Erika por enésima vez.

—¡Fue un accidente, Erika! ¡¿Es que nunca has cometido un error?!

—Sí, Logan. Pero no uno que casi mata a mi novio y a mi hermana. Eres un desastre absoluto, y si no consigues ayuda, harás daño a más personas de las que tienes ya.

¿Dónde está Subidón?

—Escucha, Logan, nos estamos desviando del tema. Mi padre pagará tu estancia en Iowa. Es una de las mejores clínicas del país. Creo que podrías conseguir la ayuda que necesitas —explicó Kellan.

Abrí la boca para volver a decir algo, pero Kellan me frenó. Entrecerró los ojos, y creo que vi un atisbo de cariño.

Un atisbo de esperanza.

Un atisbo de súplica.

—¿Puedo hablar con mi hermano a solas? —susurré cerrando los ojos. Todos los demás salieron de la habitación y cerraron la puerta—. Lo siento, Kel —dije jugueteando nerviosamente con los dedos—. No tenía intención de causar ese accidente. No tenía intención. Pero después de que Alyssa dijera que iba a abortar...

—¿Qué? —interrumpió Kellan.

—¿No lo sabes? Alyssa estaba embarazada. Pero abortó hace unas semanas. Su madre la llevó, y eso me jodió el cerebro, Kel. Sé que he estado ausente estas últimas semanas, pero mi mente es un desastre ahora mismo.

—Logan... —Kellan se acercó y colocó una silla junto a mi cama—. No abortó.

—¿Qué? —Noté que el corazón se me aceleraba, y agarré la baranda de la cama con fuerza—. Pero su madre dijo...

—Su madre la echó de casa cuando dijo que iba a tener el bebé. Quería decírtelo, pero tú te largaste y desapareciste.

Me incorporé, dolorido, pero lleno de esperanza.

—¿No lo hizo?

Bajó la mirada hasta sus manos, que estaban entrelazadas.

—No.

—Entonces... —Me ahogué en las emociones que me invadían—. ¿Voy a ser padre?

—Logan —dijo Kellan sacudiendo la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero guardó silencio por un momento. Se frotó las sienes con las manos—. Cuando tuvimos el accidente de coche, Alyssa no llevaba el cinturón de seguridad. Cuando agarraste el volante, ella te agarró a ti. Cuando se produjo la colisión, salió disparada por la ventana trasera cuando se rompió.

—No —negué con la cabeza.

—Ella está bien, pero...

—No, Kellan.

—Logan. Ha perdido al bebé.

Me apreté los ojos con los pulgares para contener las lágrimas.

—No digas eso, Kel. No lo digas. —Le di un empujón—. No me digas eso.

—Lo siento mucho, Logan.

Empecé a sollozar contra las palmas de mis manos, temblando de forma histérica. *He sido yo. Yo he provocado el accidente. Yo he hecho esto. Todo es culpa mía.* Kellan me rodeó con sus brazos al derrumbarme, incapaz de decir nada, incapaz de detener el dolor, incapaz de respirar. Cada inhalación me hacía daño; cada exhalación era rutina.

Capítulo 13

Alyssa



—Hola —susurró Logan al entrar en mi habitación del hospital para visitarme.

Llevaba ropa de calle, y los pocos morados de su cara no tenían tan mal aspecto. Esperaba que supiera lo afortunado que era de haber salido ileso de aquel accidente.

—Hola.

Durante los últimos días, había pasado el tiempo sentada en la cama del hospital debatiendo qué decirle. Mis emociones viajaban sin cesar, pasando de la aflicción a la rabia durante mucho tiempo. Quería gritarle sin parar. Quería decirle lo mucho que lo culpaba, y cuánto resentimiento tenía contra él por cuestionar mis propósitos con respecto al bebé. Conocía sus sueños, y conocía su corazón. Sabía que habríamos podido encontrar el modo de hacer que funcionara. Pero él desapareció. Quise odiarle durante un rato, pero cuando lo vi, todo cambió dentro de mí.

Solo estaba desconsolada.

Abrió la boca, pero la cerró de nuevo rápidamente. Se pasaba los dedos por el pelo, y no me miraba a los ojos. Todo parecía un sueño: lo cerca que estábamos, y lo lejos que parecíamos estar aún. Era un sueño del que no podía librarme, y quería que Logan me despertase.

Quería que me prometiera que aquello era solo un sueño que, de alguna forma, se había convertido en una vil pesadilla, pero que cuando amaneciera, me despertaría.

Quería despertarme. Por favor, Dios... despiértame.

Me senté en el lado derecho de la cama, y me llevé las rodillas al pecho. Me ahogaba con cada respiración. El aire de la habitación era cargado, tóxico, muerto. Mi necesidad de llorar iba en aumento mientras mi cuerpo temblaba. Tan solo mirar a Logan me rompía el corazón en un millón de trozos, pero no derramé ni una sola lágrima.

—Estoy bien —dije por fin, pero en cada hueso de mi cuerpo sentía que no lo estaba.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó.

—No —dije con frialdad.

—Vale —respondió.

Miré mis manos temblorosas. Tenía la mente hecha un lío.

—Sí.

—¿Sí? —preguntó con un tono más agudo.

—Sí.

Sus manos aterrizaron en mi hombro antes de subirse a la cama del hospital y envolverme en sus brazos. Me tembló el cuerpo cuando sentí sus dedos tocar mi piel por primera vez en mucho tiempo.

—Perdóname, Subidón.

Su tacto era tan cálido...

Has vuelto a mí.

Las lágrimas me rodaron por las mejillas. Empecé a temblar de forma incontrolable, y Logan me sostuvo con fuerza, negándose a soltarme. Nuestras frentes se encontraron, y sus lágrimas calientes se mezclaron con las mías.

—Joder, lo siento mucho, Subidón.

Permanecimos abrazados, sintiendo el peso del mundo sobre nuestros hombros, hasta que los dos nos quedamos dormidos.

Ha vuelto.

Cuando desperté descubrí que todavía me estaba abrazando, como si fuera su cuerda salvavidas. Me di la vuelta para mirarlo. Estaba dormido; sus inhalaciones y exhalaciones eran casi un suspiro. Le cogí las manos y entrelacé mis dedos con los suyos. Él se removió un poco, y entonces abrió los ojos.

—Alyssa, no sé qué decir. No sabía que estabas... No... —Nunca había oído tanta vulnerabilidad en su voz. El Logan que había salido de mi casa hacía semanas estaba tan desconectado de mí, de sus emociones. Pero en ese momento, oírle llorar mientras rodeaba mi cara con sus manos, hizo que el trocito de corazón que aún me latía se desmoronase—. No debería haber ido

hasta el fondo. Debería haberme quedado. Debería haberte hablado. Pero ahora, por mi culpa, por mi culpa... —Enterró la cabeza en mi hombro y se perdió—. Lo he matado —dijo, refiriéndose al bebé—. Es culpa mía.

Puse mis manos alrededor de su rostro como lo había hecho él.

—Logan, no te hagas esto. —Casi podía notar la culpa que sentía al ver cómo la emoción desbordaba sus ojos. Coloqué la cabeza contra su cuello y mi aliento caliente se derritió en su piel. Tenía los ojos cansados, y parpadeé unas cuantas veces antes de cerrarlos y murmurarle al oído—: No te hagas esto.

No podía odiarle. Pasase lo que pasase, odiar a Logan era algo que nunca podría hacer, pero ¿quererle? Ese amor siempre estaría ahí. Encontraríamos la manera de superar juntos aquel accidente trágico y horrible. Éramos nosotros contra el mundo. Permaneceríamos juntos.

—Me marcho —dijo recobrando la compostura y secándose los ojos.

Me incorporé, alarmada.

—¿Qué?

—Me voy. Voy a una clínica de rehabilitación en Iowa.

Mis ojos se iluminaron con expectación. Kellan me había hablado antes de la clínica de rehabilitación, y los dos esperábamos que Logan hiciera el curso de noventa días. No acabaría con el dolor que sentíamos, pero le ayudaría a aprender a manejarlo mejor.

—Eso es bueno, Lo. Es una buena noticia. Y cuando vuelvas, podemos empezar de nuevo. Podemos volver a ser nosotros —prometí.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No voy a volver, Subidón.

—¿Qué?

—Cuando me vaya de True Falls, no volveré. No voy a volver nunca a Wisconsin, y no voy a volver nunca aquí.

Lo aparté un poco.

—Basta.

—No voy a volver. Siempre acabo haciendo daño a la gente. Arruino vidas, Subidón. Y no puedo seguir fastidiando la tuya, ni la de Kellan. Necesito desaparecer.

—¡Cállate, Logan! —grité—. Deja de decir eso.

—He visto cómo ocurren estas cosas. Estableceríamos una rutina en una rueda para roedores que daría vueltas y vueltas, y yo no dejaría de arruinarte la vida. No puedo hacerte eso. No pienso hacerlo.

Se levantó de la cama, y luego se metió las manos en los bolsillos. Se encogió de hombros y me dirigió una sonrisa rota.

—Lo siento, Subidón.

—No hagas esto, Lo. No me dejes así —supliqué, cogiéndole las manos y tirando de él hacia mí—. No me dejes otra vez. No huyas. Por favor, te necesito.

No podía superar aquello sin él. Lo necesitaba para que me ayudase a aprender a seguir adelante. Necesitaba oír su voz por la noche, necesitaba su amor a primera hora de la mañana. Necesitaba que la única persona que había perdido lo mismo que yo me acompañara en el duelo. Necesitaba que mi punto bajo más doloroso permaneciera a mi lado.

Lo último que me dijo fueron unas palabras que se repitieron en mi cabeza una y otra vez. Unas palabras que me hicieron más daño que cualquier otra cosa.

—Habría sido pésimo —me susurró al oído, haciendo que un escalofrío me recorriera el cuerpo—. Habría sido un padre pésimo. ¿Pero tú? —Tragó saliva—. Tú habrías sido la mejor madre. Para nuestro hijo habría sido un honor que lo quisieras.

Y se marchó.

Con esas sencillas palabras, y el sonido de sus pasos alejándose, descubrí lo que era que un corazón se rompiera de verdad.

Segunda parte

De las cenizas resurgieron,
y volvieron a arder.

Él nunca olvidó su resplandor,
y ella nunca lo olvidó a él.

Mensaje 1

Hola, Logan. Soy Alyssa. Solo llamo para ver cómo estás. Es que... odio como dejamos las cosas. Odio que los últimos momentos que pasamos juntos no fueran los mejores. Odio lo mucho que te echo de menos. Odio lo mucho que me duele esto.

Voy a llamarte, cada día, aunque tú no respondas. Quiero que sepas que no estás solo en esto. No importa lo feas que se pongan las cosas. Quiero que sepas que no estás solo.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 5

*H*ola, soy yo.

Has estado en la clínica durante cinco días, y me gustaría poder oír tu voz. Kellan me ha dicho que ha hablado contigo, y que estás bien. ¿Estás bien? Eso espero, de verdad. Te echo de menos, Logan. Mucho, mucho.

Me alegra que estés trabajando en ti mismo.

Te lo mereces.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 45

Ya vas por la mitad del programa. ¿Cómo estás? ¿Estás comiendo lo suficiente? ¿Tienes la cabeza despejada? Espero que tengan documentales en DVD para que puedas verlos. Si quieres, podría ir a llevarte algunos DVD. Vi un documental nuevo sobre los Beatles y pensé que te gustaría.

¿Quieres que te lo lleve?

Porque lo haría.

Tú dímelo.

Te he dejado mensajes cada día en los últimos cuarenta y cinco días, y seguiré dejando más. Me gustaría poder oír tu voz. Me gustaría que cogieras el teléfono.

Lo...

Por favor.

Dios. Te echo de menos.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 93

*H*ola, soy Alyssa.

Has acabado el programa, y no puedo evitar tener ganas de llorar. Estoy tan, tan orgullosa de ti. Esto es bueno. Esto es lo mejor...

Kellan dice que estás bien. Que estás sano y con buen ánimo.

También me ha dicho que te ha llevado algunos DVD. ¿Por qué no me lo pediste a mí? ¿Por qué respondes a sus llamadas pero no a las mías? ¿Qué he hecho mal?

Te los habría llevado, Logan. Los DVD. Te los habría llevado.

Pero no importa.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 112

Me ha dicho que no vas a volver a True Falls. Me ha dicho que te quedas en Iowa. No te creí cuando me lo dijiste. No quería creerte.

Dice que has encontrado un estudio pequeño y un trabajo...

Eso es bueno. Si necesitas algo, muebles, comida... compañía.

Solo te echo de menos, eso es todo.

No puedo creer que no vayas a volver.

Pero esto es bueno. Esto es bueno para ti.

Te quiero.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 270

¿Sabes que este mes habría nacido el bebé? Estaría en el hospital, y tú me sostendrías la mano. Sé que suena como si estuviera llorando, pero no es así.

Solo estoy un poco borracha esta noche.

No bebo, así que no me cuesta mucho. Una amiga me dijo que saliéramos para despejarme la mente.

Oír tu voz ayudaría más.

Pero no me has llamado.

Tal vez este haya dejado de ser tu número.

Tal vez hayas pasado página.

Tal vez todo te importe una mierda ahora. ¡Me da igual que no te importe una mierda!

Da lo mismo.

Que te jodan por no llamarme, Logan. Ni una sola vez. No me has llamado.

Perdona.

Estoy un poco borracha esta noche.

Te veré pronto, Lo.

Mensaje 435

*¿Qué haces por la noche cuando llueve?
Yo me tumbo en la cama y pienso en tu voz.
Te veré pronto, Lo.*

Mensaje 756

***H**e decidido que te odio. Odio todo lo relacionado contigo.
Pero a pesar de eso, espero verte pronto, Lo.*

Mensaje 1090

Me doy por vencida, Logan. Estoy cansada, y me rindo. Voy a parar.

Cinco años.

Dejaré de enviarte mensajes.

Te quiero.

Te echo de menos.

Te deseo lo mejor.

Mensaje 1123

Logan, soy Kellan. Escucha, sé que has rehecho tu vida en Iowa, y que las cosas te van bien. Y no te pediría que volvieras a este pueblo cutre a menos que te necesitara de verdad y...

Erika y yo vamos a casarnos. Pero no puedo casarme sin mi hermano. No puedo presentarme en el altar sin la única familia que tengo a mi lado.

Sé que esto es pedir mucho.

Pero te prometo que nunca te pediré nada más.

Además, te he comprado el documental de la NASA del que hablamos hace unas semanas.

Solo te lo daré si eres mi jodido padrino.

Sí. Estoy intentando comprar tu amor y no me siento culpable.

Hablamos pronto.

Capítulo 14

Logan



Cinco años después

Cada noche encendía un cigarrillo y me sentaba en el alféizar. Mientras ardía, me permitía recordar el pasado. Me permitía sentir el dolor y lamentarme hasta que la llama alcanzaba el filtro. Entonces desconectaba y lo que me permitía era olvidar, porque el dolor era demasiado intenso para soportarlo. Cuando desconectaba, me mantenía ocupado, asegurándome de que los recuerdos no volvieran. Veía documentales, tenía trabajos basura, practicaba ejercicio: hacía todo lo posible por evitar recordar.

Pero ahora mi hermano me había llamado para que volviera al lugar del que había pasado cinco años huyendo. Cuando llegué a True Falls, me senté en la estación de tren y me pregunté si debería haber buscado una manera de reunir dinero para comprar un billete de vuelta directo a Iowa.

—¿Vienes o vas? —preguntó una mujer que estaba a dos asientos de distancia. Me giré hacia ella, algo sorprendido por la intensidad de sus ojos verdes. Me lanzó una leve sonrisa, y se mordió la uña del pulgar.

—Aún no estoy seguro —respondí—. ¿Y tú?

—Vengo. Me quedo, creo. —Siguió sonriendo, pero cuanto más alargaba la sonrisa, más triste parecía. No sabía que una sonrisa podía parecer tan dolorosamente triste—. Solo intento perder algo de tiempo antes de volver a mi vida.

Lo entendía.

Me recosté contra el asiento, intentando no recordar la vida que había dejado atrás hacía años.

—Hasta he reservado habitación en un hotel para esta noche —dijo mordiéndose el labio inferior—. Solo para tener unas pocas horas más para olvidar, ¿sabes? Antes de volver al mundo real. —Asentí una vez. Se sentó a mi lado y rozó mi pierna con la suya—. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Ladeé la cabeza hacia ella. Me lanzó de nuevo esa sonrisa triste, y se peinó su pelo largo con los dedos.

—¿Debería?

Negó con la cabeza.

—Probablemente no. Me llamo Sadie. —Pestañeó una vez, casi como si supiera que su nombre debía decirme algo. Hizo un mohín—. Bueno. Pareces un tipo al que también le gustaría olvidar durante un rato. Si quieres, puedes venir al motel conmigo.

Debí haberle dicho que no. Debí haber ignorado su invitación. Pero había algo especial en su aspecto triste, en la forma como su alma dolorida parecía arder como la mía. Así que cogí mi bolsa de viaje, me la coloqué al hombro, y seguí a Sadie a las tierras del olvido.



—Fuimos al mismo colegio durante años —dijo Sadie cuando llegamos a una habitación de motel cochambrosa.

Había estado en ese motel antes, hacía muchas lunas, inconsciente en una bañera asquerosa. Estar allí no me trajo los mejores recuerdos, pero pensé que, como había vuelto a Wisconsin después de cinco años, todo estaría cubierto de recuerdos de mierda.

Sus labios manchados de vino se movían mientras mascaba el chicle de forma estridente.

—El último año copiaste todos mis exámenes de matemáticas. Yo fui la razón por la que te graduaste. —Se incorporó apoyándose en los codos—. Escribí cuatro de tus trabajos de Lengua. ¡Hablas español gracias a mí! ¿Sadie? ¿Sadie Lincoln?

Ni idea.

—Yo no hablo español.

—Bueno, antes sí. ¿De verdad no te acuerdas de mí?

Sus ojos parecieron entristecer por ello, pero no debería haberse sentido triste. No era nada personal. Había muchas cosas que no recordaba.

Y luego estaba todo lo que desearía poder olvidar.

—Para ser justos, me pasé la mayor parte del instituto hecho mierda.

No mentía.

—O con esa Alyssa Walters —señaló.

Sentí que se me tensaban el pecho y la mandíbula. Tan solo oír su nombre hacía que la mente se me inundase de recuerdos.

—¿Sigue en el pueblo? —pregunté, tratando de sonar indiferente. Alyssa había dejado de escribirme hacía meses, y cuando me llamaba Kellan, nunca hablábamos del tema.

Sadie asintió.

—Trabaja en el Hungry Harry's. También la he visto trabajar en la tienda de muebles Sam's Furniture. Toca el piano en algunos bares. No sé. Ha estado por todas partes. Me sorprende que no lo sepas. Estabais prácticamente pegados el uno al otro, lo cual era extraño, porque no teníais nada en común.

—Teníamos mucho en común.

Soltó una risita sarcástica.

—¿En serio? ¿La niña artista que sacaba dieces y el drogata que a duras penas aprobaba —gracias a mí— y cuya madre es adicta al *crack* teníais mucho en común?

—Deja de hablar como si lo supieras todo. No sabes una mierda —bufé, cada vez más molesto.

En aquella época, Alyssa y yo teníamos más en común que cualquier otra pareja del mundo. Además, Sadie no sabía absolutamente nada sobre mi madre. Que le jodan por creer saberlo.

Debí marcharme de la habitación del motel. Debí haberle dicho que se fuera a la mierda y que buscara otra persona a la que acosar, pero odiaba estar solo. Me había pasado los últimos cinco años solo, salvo por el ratón que venía de visita de vez en cuando.

Sadie se quedó callada todo el tiempo que pudo, lo cual no era mucho. No sabía lo que era el silencio tranquilo.

—¿Entonces es verdad? ¿Que fuiste a rehabilitación?

Hablaba tanto que me hacía sentir incómodo. Odiaba que alguien sacara el tema de la rehabilitación porque la mitad del tiempo deseaba volver a la clínica, y la otra mitad, deseaba estar otra vez en el callejón, con una raya o dos sobre un cubo de basura. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me drogué, y todavía pensaba en ello casi todos los puñeteros días. La doctora Kahn me dijo que volver al mundo real sería una transición difícil, pero ella creía que podría manejarla. Le prometí que cuando tuviera ganas de

drogarme, me daría un chasquido con la goma elástica que me había dado, como si fuera un recordatorio de que mis elecciones eran reales, al igual que el escozor de mi piel.

En la goma ponía «fuerza», lo cual era extraño, porque no sentía que la tuviera en absoluto.

Había estado chasqueando la goma elástica contra mi brazo desde que Sadie empezó a hablar.

—En el pueblo la gente apostaba que estabas muerto. Creo que tu madre fue quien empezó a extender el rumor —dijo.

—¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos? —comenté, cambiando de tema.

Empecé a besarle el cuello y escuché sus gemidos.

—Solo son unos ojos verdes.

Se equivocaba. Eran de un tono singular de verdeceladón, con un poco de gris y un toque de verde.

—Hace unos años vi un documental sobre cerámica china y coreana. Tus ojos son del color del esmaltado que utilizaban para hacer las piezas.

—¿Viste un documental chino sobre la cerámica? —murmuró con una risita, e intentó recuperar el aliento cuando mis labios se desplazaron a las curvas de su clavícula. Sentí que temblaba contra mi cuerpo—. Debías de estar muy tocado.

Me reí porque no tenía ni idea.

—En Occidente lo llaman verdeceladón, pero allí es *qingci*.

Presioné mis labios contra los suyos. Ella me devolvió el beso, porque esa era la razón principal por la que estábamos en aquella habitación sucia de motel. Estábamos allí para confundir unos pocos instantes de tacto con la idea del amor. Estábamos allí para confundir besos por algún tipo de pasión. Estábamos allí para confundir soledad por totalidad. Era una locura lo que podía hacer la gente —y a quién podía tirarse— para evitar sentirse tan sola.

—¿Puedes quedarte esta noche? —susurró.

—Claro —susurré pasando la lengua por su oreja.

Quería quedarme con ella esa noche porque la soledad era una mierda. Quería quedarme con ella esa noche porque la oscuridad se estaba extendiendo. Quería quedarme esa noche con ella porque me lo había pedido. Quería quedarme esa noche con ella porque *quería quedarme esa noche*.

Deslizó mi camiseta por encima de mi cabeza y pasó los dedos por mi pecho.

—¡Dios! —gritó—. ¡Estás musculoso! —Y soltó una risita.

Joder. ¿De verdad quería pasar la noche con ella?

Sin responder, le quité los pantalones y me quité los míos. Cuando se tumbó, me coloqué sobre ella y deslicé mis labios desde su cuello hasta su pecho, por su abdomen, hasta detenerme en el filo de sus braguitas. Cuando froté el pulgar contra sus braguitas, ella gimió.

—Sí... por favor...

Dios, era mi adicción esa noche. Me sentía un poco menos solo. Incluso fantaseé con llamarla al día siguiente, volver a encontrarme con ella en el motel, y tirármela de nuevo en aquella cama cutre.

No tardé en quitarme los calzoncillos y ponerme encima de ella. Me puse un preservativo, y justo antes de meterme dentro de ella, dio un grito.

—¡No, espera! —Sus ojos *qingci* se llenaron de miedo. Se llevó las manos a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No puedo. No puedo.

Me quedé inmóvil, congelado sobre ella. La culpa me dio un puñetazo en el estómago. No quería acostarse conmigo.

—Dios. Lo siento. Pensaba...

—Estoy saliendo con alguien —dijo—. Estoy saliendo con alguien.

Un momento.

—¿Qué? —pregunté.

—Tengo novio.

¿Novio?

Mierda.

Era una mentirosa.

Era infiel.

Tiene novio.

Me hice a un lado y me senté en el borde de la cama. Me agarré al colchón mientras oía como se movía de un lado para otro. La sábana se estiraba a cada movimiento. Murmuró en voz baja:

—Lo siento. Pensaba que podría hacerlo. Pensaba que podría seguir, pero no puedo. Pensaba que sería fácil contigo, ¿sabes? Dejarme llevar y soltarme. Pensaba que podría olvidar por un rato.

Me encogí de hombros sin girarme.

—No pasa nada. —Me levanté del colchón y me dirigí al cuarto de baño—. Ahora vuelvo.

Cerré la puerta y me froté la cara. Me quité el preservativo de la polla y lo tiré a la papelera antes de apoyarme en la puerta y empezar a tocarme.

Era patético.

Soy patético.

Pensé en cocaína mientras me la machacaba. En la descarga de adrenalina que solía proporcionarme para calentarme. La sensación de paz y felicidad absoluta. Aumenté el ritmo, recordando cómo se llevaba todos los problemas, todos los miedos, todo el sufrimiento. Me sentía como si estuviera en la cima del mundo, imparable. Euforia. Júbilo. Amor. Euforia. Júbilo. Amor. Euforia. Júbilo. Amor.

Odio. Odio. Odio.

Inhalé profundamente.

Descargué.

Me sentía vacío en todos los sentidos.

Me giré hacia el lavabo, me lavé las manos y miré mis ojos profundamente en el espejo. Unos ojos marrones sin importancia. Unos ojos marrones tristes. Unos ojos marrones ensombrecidos por un cierto decaimiento.

Me sacudí de encima la sensación, me sequé las manos y volví a ella.

Se estaba vistiendo, y se limpiaba los ojos.

—¿Te marchas? —pregunté.

Asintió.

—Puedes... —Me aclaré la garganta—. Puedes quedarte esta noche —aseguré—. No soy el tipo de capullo que te echaría a las tres de la mañana. Además, es tu habitación de motel. Me iré yo.

—No es necesario. Le prometí a mi novio que iría a casa cuando llegase al pueblo —me dijo con una sonrisa forzada en los labios.

Llevaba solo el sujetador y las braguitas, y se dirigió al balcón y abrió la puerta, pero no salió. Estaba diluviando. Las gotas de lluvia golpeaban con fuerza la jaula de metal. La lluvia siempre me recordaba a Alyssa y lo mucho que odiaba dormir cuando había tormenta. Me pregunté dónde estaría su mente esa noche. Me pregunté cómo estaba lidiando con los sonidos que golpeaban el alféizar.

—*No puedo dormir, Lo. ¿Puedes venir?*

La voz de Alyssa sonaba como una grabación en mi mente. Una y otra vez, sus sonidos viajaban a mi cerebro hasta que la expulsaba.

Sadie se peinó sus largos mechones de pelo con los dedos. Su sonrisa forzada se transformó en un ceño fruncido.

—Seguramente todavía no esté en casa. Odiaba dormir sola cuando estaba soltera, y ahora que tengo una relación, sigo sintiéndome sola.

—¿Esperas que me sienta mal por ti por ser infiel? —dije.

—No me quiere.

—Y ya veo lo mucho que lo quieres tú —me burlé.

—No lo entiendes —dijo poniéndose a la defensiva—. Es controlador. Ha alejado de mí a toda la gente que me importaba. Antes estaba limpia, como tú ahora mismo. Nunca hice el tonto con las drogas hasta que lo conocí. Me atrapó, y ahora cuando venga a casa, olerá un perfume que no es mío. Se meterá en la cama y no me tocará ni una sola vez.

Se me pasaron por la cabeza ideas que sabía que eran malas.

Quédate conmigo esta noche.

Quédate conmigo por la mañana.

Quédate conmigo.

La soledad es la voz que suena en tu mente y te hace tomar malas decisiones basadas únicamente en un corazón roto.

—¿Te sientes raro? ¿Por volver aquí? —preguntó, cambiando de tema.

Buena jugada. Se giró lentamente y nos miramos a los ojos de nuevo. Sus mejillas se tiñeron de un tono carmesí y habría jurado que sentí como se me rompía el corazón ante la idea de que estuviera sola.

—Un poco.

—¿Ya has visto a Kellan?

—¿Conoces a mi hermano?

—Toca en sesiones de micrófono abierto por el pueblo. Es muy bueno. —No sabía que había vuelto a tocar. Ella arqueó una ceja con curiosidad—. ¿Estáis unidos?

—He estado en Iowa durante cinco años, y él se ha quedado aquí en Wisconsin.

Asintió de forma comprensiva. Yo me aclaré la garganta.

—Sí, estamos unidos.

—¿Mejores amigos?

—Solo amigos.

—Estoy flipando con que tu amistad con Alyssa no haya durado. Pensaba que a estas alturas ya la habrías dejado preñada o algo así.

Yo también pensaba eso hace un tiempo.

Deja de hablar de Alyssa. Deja de pensar en Alyssa.

Quizá si pasaba la noche con Sadie, no dejaría que Alyssa llenara mi mente. Quizá, si durmiese con ella entre mis brazos, no me torturaría pensando que estaba en el mismo sitio en el que residía la única chica que había querido. Me acerqué a Sadie y me froté la barbilla.

—Oye, puedes...

—No debo —susurró, interrumpiéndome. Era una chica extraña. Desvió la mirada hacia el suelo—. Nunca me ha engañado. Me... Me quiere. —Su confesión repentina hizo que la mente se me acelerara.

Era una mentirosa.

Era infiel.

Se marcha.

—Quédate —le pedí, y sonó más desesperado de lo que pretendía—. Dormiré en el sofá.

No era exactamente un sofá, sino más bien un futón roto que tenía más manchas que almohadón. Para ser sinceros, seguramente estaría más cómodo en la alfombra sucia del suelo. O podría haber llamado a Kellan y dormir en su casa.

Pero no estaba preparado para eso.

En cuanto viera a alguien de mi pasado, alguien a quien pudiera recordar de verdad, me hundiría en el viejo mundo. El mundo del que había huido. El mundo que casi me mató. No estaba preparado. ¿Cómo puedes prepararte para mirar el pasado a los ojos y fingir que todo el daño y el dolor ha desaparecido?

Se puso el vestido y miró por encima de su hombro izquierdo en mi dirección. Sus ojos estaban llenos de dolor compasivo.

—¿Me subes la cremallera?

Di tres pasos y ya estaba junto a ella, subiéndole la cremallera del vestido que abrazaba cada curva de su cuerpo. Puse las manos en su cintura y ella se dejó caer contra mí.

—¿Puedes llamarme a un taxi?

Podía y lo hice. Cuando se fue, me dio las gracias, y me dijo que podía quedarme a pasar la noche en el motel: ya había pagado la habitación, y no había que desperdiciarla. Acepté la oferta, pero no estaba seguro de por qué me daba las gracias. No había hecho nada por ella. Como mucho, la había convertido en una mujer infiel.

No.

Alguien que era infiel por primera vez seguramente sentía cierta culpa.

Ella solo se sentía vacía.

Esperaba no volver a verla, porque estar cerca de otras personas vacías era agotador.

Una vez se hubo marchado, di vueltas por la habitación del motel durante una hora. ¿Había más gente como yo ahí fuera? ¿Gente que se sentía tan sola

que preferiría pasar noches sin sentido con gente sin sentido solo para poder mirar a otra persona a los ojos durante unas horas?

Odiaba estar solo, porque cuando no estaba solo, pensaba en todas las cosas que odiaba de mí. Recordaba todos mis errores pasados que me habían conducido al punto en el que, en lugar de vivir, simplemente existía. Si viviera la vida de verdad, acabaría haciendo daño a todo aquel que se me acercara, y no podía hacer eso. Lo cual significaba que tenía que estar solo.

En el pasado, nunca estaba solo cuando tenía mis drogas: mis amigas silenciosas, letales y destructivas. Nunca estaba solo cuando tenía mi mejor subidón.

Alyssa...

Mierda.

La mente me estaba jodiendo. Me picaban las palmas de las manos. Intenté ver la televisión, pero solo había programas basura en la pantalla. Intenté dibujar un rato, pero el bolígrafo que había en la habitación no tenía tinta. Intenté desconectar mi cerebro, pero seguía pensando en el mejor subidón que había tenido nunca.

¿Cuándo la vería?

¿La vería?

Claro. Su hermana se casa con mi hermano.

¿Quería verla?

No.

No quería.

Dios.

Quería.

Quería abrazarla, y al mismo tiempo, no volver a tocarla.

Quería besarla, y al mismo tiempo, no recordar nunca sus curvas.

Quería...

Cállate, cerebro.

Cogí el móvil y apreté el número dos. Esa vez la voz era diferente, pero el saludo era el mismo. Me daban las gracias por llamar a la línea de emergencias para drogadictos y alcohólicos. Me invitaban a hablar de mis dificultades y mis necesidades en un entorno confidencial.

Colgué, como siempre.

Porque la gente como yo, con un pasado como el mío, no merecía ayuda. Merecía aislamiento.

Mis pasos se dirigieron al balcón, y encendí un cigarrillo. Lo dejé encima de una mancha seca del suelo. Escuché como la lluvia caía con fuerza sobre el

pueblo de True Falls, y cerré los ojos. Inhalé profundamente, y me permití sentir el dolor durante el breve tiempo que el cigarrillo tardó en consumirse.

Pensé en Alyssa. Pensé en Ma. Pensé en todas las drogas.

Después siempre acababa pensando en el hijo que podría haber sostenido en mis brazos de no ser por los demonios que vivían dentro de mí.

A veces el cigarrillo tardaba ocho minutos en consumirse. Otras veces, diez.

Una cosa que no cambiaba, independientemente de lo que durase el cigarrillo, era como mi corazón destrozado siempre encontraba la manera de romperse en trozos aún más pequeños.

Capítulo 15

Alyssa



Cada día compartía vehículo con mi vecina, una camarera de setenta años llamada Lori. Las dos trabajábamos en el turno de mañana en el Hungry Harry's, y odiaba cada segundo que pasaba allí. Lori llevaba veinticinco años trabajando en Hungry Harry's, y me dijo que su plan de huida era casarse con uno de esos Chris, Evans, Hemsworth o Pratt; no era exigente. Cada día íbamos juntas hasta allí, y Lori siempre se quejaba de que llegáramos con cinco minutos de antelación. Decía que el peor sitio al que podías llegar temprano era el lugar donde trabajabas. No la culpaba por pensarlo.

Yo llevaba cinco años trabajando en el Hungry Harry's. Lo peor del trabajo era que entraba oliendo a perfume de rosas y champú de melocotón, y salía oliendo a hamburguesas fritas y rösti. Todos los días. Lo único que me mantenía a flote era saber que cada hora que trabajaba me acercaba más a mi sueño de abrir un piano bar.

—Puedes hacerlo, jovencita —dijo Lori al aparcar en la cafetería—. Todavía eres guay y estás en la onda. Tienes tiempo de sobra para lograr que esa visión se haga realidad. La clave es no escuchar el ruido exterior de aquellos que te rodean. La gente siempre opina sobre las vidas que no viven; tú solo mantén la cabeza alta y evita escuchar sus gilipolleces.

—Buen consejo. —Sonreí, consciente de que solo hablaba para evitar que entráramos en el edificio un segundo antes de nuestra hora de entrada.

—¿Sabes lo que me decía mi madre cuando se metían conmigo de pequeña?

—¿Qué?

—Vive el día a día. Eso es todo lo que necesitas para superar cualquier cosa. No pienses demasiado en el futuro ni dejes que el cerebro se estanque en el pasado: permanece en el presente. Vive el ahora. Esa es la mejor manera de vivir la vida. *Día a día.*

Día a día. Día a día.

Repetía esas palabras mentalmente cuando un cliente grosero me gritaba porque los huevos estaban demasiado revueltos, o cuando un bebé tiraba un plato de comida al suelo y sus padres me echaban a mí la culpa, o cuando un borracho me vomitaba en los zapatos.

Odiaba la industria alimentaria. Pero al mismo tiempo, era bueno ver los pormenores de un lugar así, porque cuando tuviera el piano bar, una gran parte del trabajo implicaría dirigir la cocina.

Vive el día a día.

—¿Siempre meneas las caderas de esa forma cuando tomas nota a un cliente? —se burló una voz.

Sonreí al comprender quién era.

—Solo cuando sé que me dejarán una buena propina. —Sonreí y me giré para ver a Dan detrás de mí. Llevaba un montón de papeles en las manos. Estaba muy guapo con su pantalón de vestir azul marino y su camisa de color claro arremangada. Su sonrisa era amplia y radiante como siempre, e iba dirigida a mí. Me guardé la libreta y el bolígrafo en el delantal y me acerqué a él—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—He estado mirando la propiedad de la que hablamos.

—¿Sí?

—Sí. Me encanta, de verdad, pero hay un problema con las termitas. ¿Tienes un minuto para repasar algunas cosas? He traído unos cuantos planos más de otros lugares que podríamos mirar.

Fruncí el ceño y eché un vistazo a la cafetería.

—Creo que mi jefe me despediría si dejase de trabajar y me pusiese a mirar planos de piano bares.

Dan era un amigo que había conocido hacía unos años en un piano bar. Actualmente trabajaba para una de las mejores inmobiliarias del estado, y cuando le conté mi idea de abrir un piano bar, se dispuso a ayudarme a buscar locales, aunque le dije que pasaría mucho tiempo antes de que ese día se hiciera realidad.

—Ah no, claro. Es que pasaba por aquí y he pensado en parar a comer rösti y tomarme un café. De todas formas, voy de camino al trabajo.

Le dirigí una amplia sonrisa y él sonrió aún más.

—Podemos mirarlos mañana por la noche si te va bien.

—¡Sí, sí! —exclamó emocionado—. Puedo llevarlos a tu casa. Podemos pedir comida china y puedo traer vino. Hasta puedo cocinarte un filete o algo... —Guardó silencio al percatarse de que se estaba emocionando demasiado. Se pasó las manos por el pelo y se encogió de hombros—. Bueno, o como veas.

—Me parece un buen plan. Pero te aviso: mi casa todavía está en obras. Y con la lluvia ha habido goteras en el techo.

—Mi oferta de quedarte en mi casa hasta que acabes de arreglar la tuya sigue en pie. Sé que todo eso puede ser un quebradero de cabeza.

—Gracias, pero creo que me las apañaré a pesar de las complicaciones de mi casa.

—Vale. Bueno, debería irme a trabajar, pero nos vemos mañana en tu casa para echar un vistazo a esto. —Sacudió los papeles en el aire y me guiñó el ojo.

—Espera. Pensaba que habías venido a por café y rösti.

—Ah, sí. Así era, pero acabo de darme cuenta... —Estaba un poco nervioso, y no pude evitar sonreír—. Debería entrar pronto para repasar unas cosas para mi jefe.

—Pues mañana. Yo pongo el alcohol, tú pones las propiedades.

Y con eso desapareció. Dejé escapar un suspiro. Dan llevaba tres años colgado por mí, desde que nos conocimos, pero yo nunca llegué a sentir ese tipo de conexión hacia él. Aun así, era una persona importante en mi vida, y esperaba que le pareciera bien que fuéramos solo amigos.

—En serio, te trae propiedades, tiene un trabajo fijo, miente diciendo que viene a comer rösti solo para verte, tiene esa sonrisa de infarto, y se ofrece a cocinarte un filete, ¿y tú no eres capaz siquiera de estar con él un rato? —me dijo Lori cargando con una bandeja llena de huevos revueltos, rösti y salchichas. Me eché a reír.

—Mi casa está bien. Me he pasado todos estos años ahorrando para comprar la casa de mis sueños, y ahora que la tengo, no estoy dispuesta a soltarla. Solo necesita algunos parches, eso es todo.

—Cariño, tu casa necesita más que unos parches. —Sonrió y puso los platos en la mesa cinco antes de girarse hacia mí con una mano en la cadera y una sonrisa descarada en los labios—. Yo solo te digo que si Dan me ofreciera una cama, me mudaría con él y dejaría que me enseñase sus planos en cada centímetro de mi cuerpo, o en cada centímetro de la casa.

—¡Lori! —La hice callar, sonrojándome.

—Yo solo lo digo. Tienes tres trabajos para pagar una casa que tienes que arreglar de todas formas para probar que puedes ser una mujer independiente. Podrías arreglar la casa y vivir con Dan, ¿sabes?

—La casa no necesita muchas reparaciones —repliqué.

—Aly. —Soltó un gemido y se dio una palmada en la cara—. La última vez que fui para compartir una botella de vino contigo, usé tu baño y no cerré la puerta cuando lo hice. ¿Sabes por qué? *Porque no hay puerta en el baño.*

Me eché a reír.

—Vale, sí. Necesita unas reformas. Pero me gusta el reto.

—Mmm. Debes de ser un polvo muy bueno para que Dan esté rondándote así.

—¿Qué? Dan y yo no nos hemos acostado.

—¿En serio? —exclamó—. ¿O sea que está babeando por ti y nunca lo habéis hecho?

—Nunca.

—Pero... ¡esa sonrisa!

Solté una risita.

—Lo sé. Pero es un buen amigo. Sigo una regla muy estricta para mis relaciones, e incluye no salir con ninguno de mis amigos. Nunca.

Había pasado por eso antes, y no pensaba volver a hacerlo jamás. Todavía pensaba en Logan y lamentaba la pérdida de la amistad que tanto apreciaba.

Habría sido mejor que nunca nos hubiéramos enamorado.

—Sabes, Charles y yo éramos mejores amigos antes de empezar a salir. Fue el amor de mi vida, y nadie ha estado a la altura. Me hacía reír mucho antes de saber siquiera lo que era el amor. Algunas de las mejores cosas de la vida surgen a partir de las amistades más fuertes —explicó Lori. Bajó la cabeza y se agarró el medallón que le colgaba del cuello, que contenía dentro la foto de su boda—. Ay, señor, cómo echo de menos a ese hombre. —Apenas hablaba de Charles, su difunto marido. Pero cuando lo hacía, se le iluminaban los ojos como si su mente viajara al día en el que se enamoró de él.

Nuestro jefe nos dijo que nos dejáramos de cháchara y volviéramos al trabajo, y lo hicimos. Siempre estábamos ocupadas por las mañanas, sirviendo a más gente de lo que parecía humanamente posible, pero cuanto más ocupadas estábamos, menos tiempo tenía para ponerme a pensar.

—¿Quiere más café? —pregunté a una mujer que estaba sentada junto a la ventana. Llevaba la cafetera en la mano para pasar por todas mis mesas

ofreciendo más café.

—No, estoy bien. Gracias.

Sonreí ampliamente, y cuando levanté la vista hacia la ventana, se me encogió el corazón en el pecho. Mis dedos aterrizaron en el cristal, intentando atravesarlo y tocar la figura que había al otro lado. Cuando volví a pestañear, la figura que creía haber visto desapareció. Me dio un escalofrío y me erguí muy derecha. Lori me miró.

—¿Estás bien, Alyssa? Parece como si hubieras visto un...

—¿Fantasma? —dije, terminando su frase.

—Exacto. —Se acercó y miró por la ventana—. ¿Qué pasa?

Un fantasma.

—Nada. No ha sido nada —dije y me llevé la cafetera a otra mesa.

Era mi imaginación, eso era todo.

Ni más ni menos.

Capítulo 16

Logan



Tenía la vista fija en Alyssa mientras se paseaba por la cafetería, sirviendo a los clientes. Estaba sentado en una esquina del fondo, y desde allí no podía verme. *No debería estar aquí.* Mi mente conocía todas las razones por las que no debería haber entrado en esa cafetería aquel día, pero mi corazón sintió un tirón que lo conducía a ella.

Tenía la misma sonrisa de siempre. Eso me hizo feliz y triste al mismo tiempo. ¿Cuántas sonrisas me había perdido? ¿A quién le sonreía ahora?

—Aquí tienes tu tortilla —dijo mi camarera al colocar el plato delante de mí. Estaba un poco pálida, y tenía gotas de sudor en la frente. Se balanceaba de un lado a otro, intentando forzar una sonrisa—. ¿Te traigo alguna cosa más? —preguntó.

—Un zumo de naranja estaría genial —dije.

Ella asintió y se alejó.

Cogí el salero y eché un poco de sal a mi tortilla. Una risa inundó la cafetería, e inhalé profundamente. La risa de Alyssa. No había cambiado. Cerré los ojos y sentí que el pecho se me encogía. Los recuerdos me inundaron como un volcán, y me derrumbaron cuando visualicé todas las veces que me había tumbado junto a ella y había escuchado su risa extendiéndose por mi alma.

—Si querías un plato de sal con una tortilla al lado, podrías haberlo pedido —sugirió una voz sacando mi mente del pasado. Bajé la vista a la tortilla que había estado inundando en sal durante los últimos cinco minutos.

—Lo siento —murmuré dejando el salero en la mesa.

—No pasa nada. Todos tenemos nuestras preferencias —aseguró la voz—. Bueno, andamos cortos de personal. Jenny se ha ido a casa con gripe, y me han pedido que te traiga un zumo de naranja y me haga cargo de tu mesa.

Miré a la chica que me hablaba. Tenía labios carnosos de color rosado y unos ojos azules que me resultaban más que familiares; eran lo único asombroso de ese pueblo. Esos ojos tenían la habilidad de sonreír por sí solos. Tenía el pelo rubio liso, y el flequillo le caía sobre los ojos.

Ninguno de los dos dijo nada.

Ella se limitó a mirarme.

No aparté la vista.

Alyssa.

Subidón.

Mi mejor Subidón.

Estaba muy hermosa, pero eso no era de extrañar. No recordaba un solo día en que no estuviera hermosa. Incluso los días que estaba demasiado ido para abrir los ojos, recordaba la belleza de sus suaves palabras, suplicándome que volviera a ella, que continuase respirando.

—Logan —susurró colocando el zumo de naranja en la mesa.

Me levanté y ella dio un paso hacia mí. Lo primero que pensé fue que iba a abrazarme, a perdonarme por ser yo y no responder sus llamadas. Pero en realidad no iba a abrazarme. Tenía la palma de la mano abierta, y en cuanto la vi supe que iba a darme una bofetada. *Fuerte*. Cuando Alyssa hacía algo, lo hacía con todas sus fuerzas; nunca hacía nada a medias.

Levantó el brazo y lo dejó caer velozmente. Estaba listo para el escozor que me merecía. Cerré los ojos para prepararme, pero no llegué a sentir su tacto. Al abrir los ojos, vi su mano temblorosa en el aire, a pocos centímetros de mi mejilla. Cruzamos la mirada y en sus ojos vi lágrimas, confusión, dolor.

—Hola, Alyssa —susurré.

Ella se estremeció y cerró los ojos. Mantuvo la mano en el aire y yo la cogí y me llevé sus dedos a la mejilla. Un débil gemido escapó de sus labios al contacto de nuestras pieles. La abracé, y fue como antes. Tenía la piel fría, como siempre, y mi cuerpo calentó el suyo. Apartó los dedos de mi mejilla y me rodeó el cuello con los brazos, abrazándome como si me perdonase por todas las llamadas sin responder y el silencio.

Se agarró a mí con fuerza, como si escarbase mi piel, como si pensara que era un espejismo que fuera a desaparecer si me soltaba. No la culpaba. Ya había desaparecido antes.

Inhalé su pelo.

Melocotones.

Dios, odiaba los melocotones hasta ese día.

Olía como los días en que el verano se iba a dormir y se despertaba como otoño. Suave, dulce, perfecta.

Mi puto Subidón.

—Te echaba de... —me dijo al oído.

—Lo sé —respondí.

—Te fuiste... —empezó a decir.

—Lo sé —respondí.

—Cómo te atreviste... —dijo.

—Lo sé —respondí.

Se le tensó el cuerpo y se apartó de mí de golpe. La tristeza había abandonado sus ojos y solo quedaba furia.

Me parece correcto.

—¿Sabes? —bufó irguiéndose, pero seguía siendo tan pequeña. Se cruzó de brazos y se mordió el labio inferior. Las pequeñas arrugas del rabillo de sus ojos se hicieron más pronunciadas, y vi claramente que ya no era la misma chica que había dejado años atrás. Era una mujer adulta, y en su alma ardía un fuego voraz—. Te llamé.

—Lo sé.

Frunció el ceño.

—No. Te llamé, Logan. Te llamé y te dejé más de quinientos mensajes.

Mil noventa mensajes.

No quise corregirla.

—Desapareciste. Me dejaste. Nos dejaste. A Kellan. Nos dejaste a todos —dijo—. Entiendo que necesites tu espacio, pero me dejaste. Después de todo lo que hemos pasado, después de lo que ocurrió, me dejaste sola con eso.

—Estaba recuperándome. Estaba lidiando con la mierda que tenía con mi madre, contigo, y sí, era un desastre, pero solo necesitaba tiempo.

—Te di espacio y aun así no volviste.

—Me llamabas cada día, Alyssa. Eso no es darme espacio.

—Kellan y yo te salvamos la vida y pensábamos que volverías. Te llamé cada día para que supieras que estaba aquí, esperando. Pensaba que volverías por mí. Por nosotros.

—No puedes salvar la vida de la gente, y no puedes esperar que vuelvan por ti, Alyssa. Deberías saberlo después de lo que pasó con... —Me mordí la lengua y guardé silencio, pero sabía que no podía retractarme. Ella sabía lo que iba a decir.

Deberías saberlo después de lo que pasó con tu padre.

—Eso ha sido mezquino.

—No he dicho nada.

Sacudió la cabeza.

—Para no haber dicho nada, has comunicado mucho. —Se le quebró la voz—. Más de quinientos mensajes, y ni una respuesta.

Mil noventa mensajes.

Seguí sin corregirla.

—No tenía nada que decirte —mentí. Estaba construyendo el muro que debía construir al llegar al pueblo. Tenía que mantener a raya mis emociones y mi mente para evitar aterrizar de nuevo en la vida de Alyssa. La última vez que estuve en su vida, se la arruiné. No podía permitirme hacerle eso otra vez. Así que tenía que ser frío, incluso duro.

Porque merecía algo más que estar esperando junto al teléfono a que alguien como yo la llamase.

—¿Nada? —Dio un paso atrás, atónita—. ¿Absolutamente nada? ¿Ni hola?

—Siempre se me han dado mejor las despedidas.

—Vaya... —dejó escapar un suspiro.

Cada emoción que había sentido por ella todos esos años volvió con más fuerza que nunca. Estaba enfadado conmigo mismo por no llamarla, estaba triste, estaba contento, estaba confundido, estaba enamorado. Todo eso era lo que me hacía sentir Alyssa.

Mi mente estaba a punto de explotar.

—¿Sabes qué? —Se aclaró la garganta y me dirigió una sonrisa forzada—. No vamos a hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Pelear. Discutir. Porque si lo hacemos, ¿sabes qué significa? Que tú y yo tenemos algún tipo de relación, y no es así. Te convertiste en un extraño en cuanto desapareciste detrás de los maizales de Iowa.

Abrí la boca para hablar, pero antes de poder hacerlo, se giró en redondo y se fue echando chispas a atender otra mesa. Cuando habló con los clientes, tenía una sonrisa falsa en la cara. Daba golpecitos con el pie en el suelo sin parar, y se balanceaba ligeramente.

Me miró mientras hablaba con los clientes.

—Bueno, creo que pediré los huevos estrellados y... —empezó a decir un cliente, pero Alyssa lo interrumpió volviendo a mí echando humo— beicon.

—¿Acaso sabe Kellan que estás aquí?! ¿O pensabas atacarlo por sorpresa en su trabajo también? —Se llevó las manos a las caderas y alzó una ceja. Yo le devolví el gesto.

—Sí. Él es el motivo por el que estoy aquí. Por la boda.

—¿Qué? —preguntó conmovida.

—La boda... Ya sabes, mi hermano se casa con tu hermana.

—Pero... —Hizo una pausa y su irritación disminuyó un poco—. La boda es el mes que viene. ¿Has venido un mes antes solo para ayudar?

—Kellan me ha dicho que era este fin de semana.

—Bueno, eso sería una novedad para mí. Pero con todo lo que está pasando, no me sorprendería.

—¿Qué significa eso? ¿Qué está pasando?

Abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Volvió a intentarlo y se mordisqueó el labio inferior.

—¿Estás consumiendo, Logan?

—¿Qué? —pregunté poniéndome a la defensiva—. ¿Qué coño significa eso?

—Ya sabes lo que significa. Es que... —Empezó a temblar, y los nervios se apoderaron de ella—. Necesito saber si estás limpio. Si has estado consumiendo algo.

—Eso no es asunto tuyo, ya que si te dijera algo, eso significaría que tenemos algún tipo de relación, y como dijiste antes, no...

—Lo —susurró. El apodo que salió de sus labios me hizo replantear mi enfado y mi actitud defensiva.

Sus ojos.

Sus labios.

Alyssa.

Subidón.

Mi mejor Subidón.

—¿Sí? —susurré.

—¿Estás consumiendo?

—No.

—¿Ni siquiera hierba?

—Solo hierba —respondí. Un suspiro de alivio escapó de sus labios—. Venga, Alyssa, dame un respiro. La marihuana es legal en algunos estados.

—En Iowa no. —Empezaba a sonar preocupada, lo cual significaba que aún le importaba, y eso me daba esperanza. ¿Pero qué me importaba la esperanza? Ya había construido el muro que mantendría a Alyssa alejada, y

no pensaba derrumbarlo. Si la boda no se iba a celebrar, me iría de aquel lugar en el siguiente tren—. ¿Pero solo hierba?

—Solo hierba.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Dio un paso atrás antes de avanzar otros dos. Levantó el meñique en mi dirección.

—¿Prometido?

Miré su dedo meñique un instante, recordando todas las promesas que solíamos hacer cuando éramos más jóvenes, entrelazando nuestros dedos.

Rodeé su meñique con el mío, y el leve tacto me hizo sentir completo.

—Prometido.

Cuando nos soltamos, dio dos pasos atrás y luego uno hacia delante. Extendió las manos y, sin pensarlo, la abracé. Tiró de mí para levantarme de mi asiento y me rodeó con sus brazos. La manera como se agarraba a mí, tan fuerte, hizo que mi instinto me alertara de que algo iba mal.

—Subidón, ¿qué pasa?

Me abrazó más fuerte, y yo me negaba a soltarme. Apretó los labios contra mi oreja, y su aliento cálido bailaba contra mi piel.

—Nada. No es nada. —Cuando nos separamos, juntó las manos como si fuera a rezar y las presionó contra sus labios. Entonces ladeó la cabeza un poco—. Lo...

Me pasé los dedos por el pelo y asentí.

—Subidón...

—Bienvenido a casa —dijo.

—Esto no es casa. Solo estoy de paso antes de volver a marcharme.

Se encogió de hombros.

—Tu hogar siempre es tu hogar. Incluso cuando no quieres que lo sea. Y, ¿Logan? —dijo balanceándose sobre sus tacones.

—¿Sí?

No dijo nada más, pero la oía alto y claro.

Yo también te echaba de menos, Subidón.

Capítulo 17

Logan



Dejé caer mi bolsa de viaje en el porche de Kellan y Erika antes de llamar a la puerta. Tenía un nudo en el estómago. No sabía cómo sería verlos después de tantos años. El tiempo cambiaba a la gente, y me preguntaba cuánto los habría cambiado a ellos. Dejé que pasaran unos segundos más antes de reunir el valor necesario para llamar.

Cuando se abrió la puerta, dejé escapar un suspiro. Kellan me dirigió esa sonrisa de hermano mayor segundos antes de darme un abrazo fuerte.

—Se suponía que tu tren llegaba ayer. ¿Te has perdido, hermano?

Me eché a reír.

—Tomé el camino largo.

—Vale. Déjame echarte un vistazo. —Retrocedió, se cruzó de brazos y rio—. Se te ve musculoso. Eras Peter Parker cuando saliste del pueblo y has vuelto como Spiderman.

—Esas arañas radioactivas de Iowa no se andan con chiquitas, tío. ¡Y mírate tú! —Le golpeé la barriga para bromear—. Pareces un cacahuete. A lo mejor ahora soy yo quien puede patearte el culo, en vez de tú a mí.

—¡Ja! No cuentes con ello. Veo que sigues echándote acondicionador en el pelo como una mujer —dijo desordenando mi pelo perfecto.

—La envidia es uno de los siete pecados capitales, hermano.

—Lo tendré en cuenta —rio. Vaya. Me alegraba de verlo. Se veía tan bien como siempre. Nunca sabes lo mucho que puedes echar de menos a alguien hasta que lo tienes delante de ti después de mucho tiempo.

—Kellan, ¿quién es? —dijo Erika al salir del baño, secándose el pelo con una toalla. Cuando me vio, se quedó sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte, Erika.

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar.

Pasé la mirada de Kellan a Erika, y después fijé los ojos de nuevo en Kellan.

—Empiezo a preguntarme lo mismo. ¿Qué está pasando, Kel? Antes me he encontrado a Alyssa y...

—¡¿Te has encontrado a Alyssa?! —exclamó Erika. Era divertido... lo poco que echaba de menos su faceta exageradamente dramática.

—Es lo que he dicho. Y me ha asegurado que la boda no era este fin de semana.

—Es el mes que viene —corrigió Erika—. Es el mes que viene. ¿Por qué traes una bolsa de viaje?

—Eh... ¿se suponía que iba a quedarme con vosotros dos? Venía para la boda, la boda que parece que no va a celebrarse.

—¡Es el mes que viene! —volvió a repetir Erika—. Es el mes que viene. Ni siquiera sabía que ibas a venir. ¿Quedarte con nosotros? —Empezó a rascarse el cuello. Su piel pálida se estaba poniendo roja de la irritación. Se parecía mucho a su hermana, pero sus personalidades eran tan diferentes que podían haber sido desconocidas—. Cariño, ¿puedo hablar contigo un momento en la habitación?

Avancé para seguirla, lo cual hizo sonreír a Kellan mientras que Erika gruñó enfadada.

—¿Eh? Perdona. Cuando has dicho cariño he asumido que me hablabas a mí. Pero ahora veo que te referías a mi hermano. Culpa mía.

Kellan soltó una risita.

—No seas gilipollas.

—No puedo evitarlo. Tengo una polla, así que soy gilipollas.

Los dos se metieron en la habitación a toda prisa y la puerta se cerró de golpe. Me senté en el sofá y justo cuando me estaba metiendo la mano en el bolsillo, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—¿Logan? —dijo Erika.

—¿Sí?

—No toques nada.

Levanté las manos como si me estuviera rindiendo, y acto seguido Erika se volvió a meter en la habitación dando otro portazo.

—¡No *puedo* creerme que no me hayas contado que iba a venir, Kellan! —se oyó por toda la casa, y no pude evitar reírme. Aunque no tenía la menor idea de por qué había vuelto al pueblo que había creado todos mis demonios, poner a Erika de los nervios me hacía sentir como en casa.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué mi paquete de cigarrillos. Entonces encendí uno con mi mechero. Eché un vistazo a la casa y recordé la obsesión que Erika tenía con la limpieza. No lograba comprender cómo la soportaba Kellan. Estaba seguro de que refunfuñaría todos los días.

Cuando empezaron a formarse cenizas al final del cigarrillo, entré en pánico, consciente de que Erika se volvería loca si caía algo encima de su — probablemente— carísima mesita. Me incliné a toda prisa sobre la mesa de comedor, que estaba preparada como si fueran a celebrar una gran cena, y cogí un platillo, donde dejé caer la ceniza. Me llevé el platillo de vuelta al sofá y me relajé un poco.

—Kellan, es que... ya tenemos mucha presión. Tú tienes mil cosas en el trabajo. Yo estoy con el máster. Además, estamos trabajando en los preparativos de la boda. ¿Crees que tener a Logan aquí es buena idea? — preguntó mientras yo lo oía todo a través de las finas paredes.

—Es mi hermano.

—Vas a... vamos... No sé si esto es buena idea.

—Es mi hermano.

—Pero ya sabes cómo es. Te arrastrará a su vida de locura. Siempre lo hace.

—Erika, está limpio. Hace años que no consume. —Percibía la irritación en la voz de Kellan, y me invadió cierta decepción. Siempre había sido una de las pocas personas que creía de verdad que podría rehabilitarme. Él y Alyssa. Todos los demás me consideraban una causa perdida.

La voz de Erika tenía la misma carga agresiva.

—O eso dice. En serio, ¿cuántas veces te ha dicho eso? Tienes esa necesidad de actuar como progenitor de él y de tu madre. Sus vidas no están a tu cargo, cariño. Y no eres el padre de Logan. ¡Dios, ni siquiera es tu hermano del todo! Es medio hermano.

Oí un golpe fuerte y se me tensó el estómago. Me levanté del sofá. Estaba a punto de ir hacia la habitación. Sostuve el platillo lleno de cenizas y caminé hacia la puerta, pero me detuve al oír la voz de Kellan.

—Si vuelves a decir una cosa así, saldré de aquí y me lo pensaré dos veces antes de mirar atrás. Sí, Logan ha metido la pata en el pasado. Ha quemado las naves contigo y con mucha otra gente. Para muchos, es

imperdonable. Pero es mi hermano. No me vengas con esa mierda de «medio». Es mi hermano al cien por cien. Lo cuidaré, y nunca perderé la fe en él. Nunca quemaré esas naves, Erika. Y si eso te molesta, probablemente supondrá un problema.

Bajaron la voz, y tuve que acercarme mucho para oír la disculpa de Erika, seguida de intercambios de te quiero y más disculpas.

Cuando abrieron la puerta, me quedé inmóvil con el cigarrillo entre los labios. Los dos me miraron, sorprendidos por encontrarme tan cerca.

—Escuchadme, chicos —empecé a decir.

—¿Estás fumando dentro de casa? —Erika soltó un grito ahogado y me arrancó el cigarrillo de los labios—. ¡¿Y estás tirando las cenizas en mi porcelana buena?! —protestó quitándome el platillo de las manos—. Dios mío. ¡Mi madre llegará en unas horas y ahora la casa huele a tabaco!

La madre de Erika. La única persona en el mundo que era más dramática y fastidiosa que Erika. ¿Cómo podía ser Alyssa pariente de esas dos?

Se aproximó al fregadero a toda prisa, donde ahogó mi cigarrillo y lo envió al triturador de basura. Murmuraba entre dientes mientras frotaba el platillo sin parar.

Un silencio incómodo invadió la sala, y Kellan y yo observamos a su prometida, que aquel día parecía haber llegado al nivel quinientos de locura.

—Bueno... —dijo Kellan, balanceándose—. ¿Quieres ir a ver el restaurante de Jacob? —preguntó.

—Sí —respondí a la velocidad de la luz.

Jacob era un viejo amigo con el que no había hablado desde que le critiqué por su colección de porno. No estaba seguro de cómo iría el reencuentro, pero esperaba que fuese mejor que el que había tenido con Erika.

Salimos por la puerta a toda prisa antes de que Erika se enfadara más.

—¿Crees que todavía no ha superado que casi quemara su anterior apartamento? —pregunté sonriendo.

—Oh, está claro que no ha superado que casi quemaras su apartamento —rio Kellan.

—Dame un respiro. Fue un error.

—Que le costó cuatro mil dólares, sí. Un error caro. Pero lo superará, no te preocupes.

—Kellan, ¿qué hago aquí?

Antes de que pudiera responder, detrás de nosotros se abrió la puerta principal.

—Puedes quedarte en una de las habitaciones de invitados —dijo Erika asintiendo y mirando a Kellan. Nuestras miradas se cruzaron, y parecía más tranquila que antes. Tal vez la sesión de limpieza intensiva había equilibrado su encanto—. Llevaré allí tu bolsa.

—Gracias, Erika. Significa mucho para mí —respondí.

—Volveremos a tiempo para cenar —dijo Kellan antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Volveremos? —preguntó, levantando la voz con preocupación.

—Volveremos —dijo Kellan señalándonos a mí y a él. Erika hizo lo posible por no estremecerse, pero fracasó.

—Ah, maravilloso. Solo tendré que conseguir que, de algún modo, el pastel de carne sea lo suficientemente grande para cuatro personas en vez de tres. Y pondré otro salvamantel. —Percibía su irritación flotando en el aire, pero sonrió y, lentamente, volvió a entrar en casa y cerró la puerta.

—Creo que somos oficialmente mejores amigos —bromeé.

—De los mejores amigos —asintió Kellan—. Lo cual me recuerda... ¿Cómo te ha ido con Alyssa?

—Bien —mentí—. Voy a intentar evitarla lo máximo posible.

—Bien —dijo bajando del porche—. Que esos sentimientos del pasado hayan desaparecido puede ser lo mejor, ¿no? Tal vez os podéis perdonar, olvidar y pasar página.

—Sí. No sentí nada estando junto a ella. Así que, eso es bueno. —Y era la verdad. Y por «verdad» me refería a la mentira más gorda. Recordé las palabras que había dicho Alyssa en la cafetería.

«Tu hogar siempre es tu hogar. Incluso cuando no quieres que lo sea».

Después de todo el tiempo que había pasado, después de toda la distancia, Alyssa Marie Walters, de alguna forma, seguía siendo como mi hogar.

No estaba seguro de cómo lidiar con eso, y esa era la razón por la que necesitaba un billete de ida lejos de True Falls, Wisconsin.

Cuanto antes.

Capítulo 18

Alyssa



—En una escala del uno al diez, ¿cuánto hacía que sabías que Logan estaba en el pueblo antes de que se te ocurriera llamarme? Uno sería que no tenías ni idea, diez sería «odio a mi hermana en secreto» —pregunté a Erika por teléfono, haciendo malabarismos con las llaves al intentar entrar en casa. Desde que Logan y yo nos encontramos en el restaurante, estaba de los nervios. No podía pensar bien, sentía náuseas, estaba enfadada... Sentía... ¿alivio?

A veces una gran parte de mí dudaba que Logan siguiera vivo, aunque Kellan me ponía al día de vez en cuando.

—Créeme, no tenía ni idea —dijo Erika. Por fin abrí la puerta principal, y en unos segundos estaba tirada en el sofá—. Kellan le envió un mensaje, supongo. Es un desastre. Por lo visto va a quedarse con nosotros un tiempo.

—¿Un tiempo? —Me incorporé—. ¿Cuánto es un tiempo? ¿Está ahí ahora? —Me planteé ir a su casa solo para ver su cara. Solo para asegurarme de que era real.

—Aly —me riñó. Su voz sonaba muy parecida a la de mi madre cuando nos castigaba de niñas—. No.

—¿No qué?

—No vengas por aquí. Logan Silverstone ya no está en tu vida. Y creo que es mejor que siga así.

¿Cómo no va a estar en mi vida si está, literalmente, a unas pocas casas de distancia, con mi hermana?

—Solo era curiosidad, Erika. De verdad. —Hice una pausa y escuché el sonido procedente del auricular. Estaba ordenando toda la casa. Cuando Erika estaba nerviosa o enfadada, recolocaba cosas, o rompía objetos sin querer, y entonces corría a la tienda a reemplazarlos. Era una rareza suya, pero yo había enviado a un chico un mensaje diario durante casi cinco años. Cada uno tiene sus propias rarezas—. Vaya, realmente debe de haberte puesto de los nervios —dije mientras sacaba una barra de labios y me la aplicaba—. Te oigo mover cosas.

—¿Puedes culparme? Es como si el fantasma de las Navidades pasadas apareciera diciendo «¡Oh! ¿Estás estresada? Bueno, déjame joderte un poco más las cosas».

—¿Cuántos platos has roto ya?

—Solo uno, por suerte —suspiró—. Pero tenía de repuesto en el armario. —Claro que sí. Siempre estaba preparada para cualquier incidente—. ¡Estaba fumando y dejando cenizas en mi platillo, Alyssa! ¿Quién hace algo así?

Me reí.

—Mejor ahí que en tu mesita de quinientos dólares.

—¿Te parece gracioso?

Un poco.

—No, no lo es. Perdona. Mira, estoy segura de que en unos pocos días todo volverá a la normalidad. Seguramente ni siquiera notes que Logan está ahí.

—¿Crees que sigue consumiendo? —susurró al teléfono—. Kellan lo niega, pero yo no lo sé. Creo que ha sido una idea pésima. No podía haber elegido un peor momento.

—Tenía buen aspecto —dije dirigiéndome al baño. Me miré al espejo y vi que me había pintado demasiado los labios. Busqué una toallita húmeda y me quité el pintalabios, pensando en los ojos de Logan que tanto me recordaban al pasado—. La verdad es que tenía muy buen aspecto. Saludable.

—¿Pero no te preocupa? ¿Que tenga una recaída? Volver aquí, donde empezaron todos sus problemas, no puede ser bueno.

—Creo que no deberíamos darle tantas vueltas a todo. Vivamos el día a día. Un plato roto por vez, Erika.

Se rio.

—¿Estás segura de que no quieres venir a cenar con nosotros? Mamá estará aquí con Logan.

Oh no. Pobre Logan.

Mi madre estaba muy lejos de ser su mayor fan. Y la última vez que Logan la vio, la llamó monstruo denigrante.

—Aunque me encantaría formar parte de ese desastre, creo que voy a pasar. —Ver a Logan ese día había hecho que me marease. No estaba segura de poder verlo otra vez. Aunque una gran parte de mi corazón quería mirarlo y asegurarse de que era real—. En fin, diviértete esta noche, y cuando acabéis mándame un mensaje con todos los detalles desastrosos.

—Lo haré. Oye, Alyssa.

—¿Sí?

—No caigas de nuevo en la madriguera de Logan. Nada bueno sale de ahí.

—No lo haré. Oye, Erika.

—¿Sí?

—Por Dios, no rompas una lámpara.

—Hecho.



Saqué la caja.

La caja que tenía que haber destruido hacía años. La caja que Erika pensó que había tirado porque lo dejé marchar después del millón de mensajes de voz que le dejé. Pero la guardaba debajo de la cama, con todos nuestros recuerdos en el interior.

Abrí la tapa y miré nuestras fotos de cuando éramos más jóvenes. Cogí la margarita prensada de cuando me besó por primera vez. Saqué el osito de peluche que robó del parque de atracciones cuando el tipo me engañó para que no me llevara el gran premio.

Las entradas de las películas que fuimos a ver al cine.

Las tarjetas de cumpleaños que me hacía a mano.

Su mechero.

—¿Por qué has tenido que hacerme esto? —susurré, levantando la sudadera roja que me había dado la primera vez que salimos por ahí. La olí, y casi podía percibir todavía el olor a cigarrillo que se había quedado impregnado en la tela—. ¿Por qué has tenido que volver?

En el fondo de la caja había un tenedor de plata enmarcado. Cerré los ojos y lo sostuve en las manos. Me senté en medio de la pila de recuerdos hasta que llegó la hora de recogerlo todo y volver a meter la caja debajo de mi cama.

Algún día me desharía de ellos. Estaba segura.

Pero hoy no.

Capítulo 19

Logan



Me quedé impresionado cuando entramos en el restaurante de Jacob, Bro's Bistro. Era genial comprobar que Jacob le había dado un giro a su vida. Cuando éramos jóvenes, solíamos fumar hierba y bromear sobre querer convertirnos en chefs y ser propietarios de un restaurante. Era estupendo ver su sueño hecho realidad.

—¡Caramba! ¡Mira lo que ha traído el gato! —exclamó Jacob desde el otro lado de la larga barra—. Logan Silverstone. No pensaba que volvería a verte en este pueblo. —Llevaba la cabeza rapada y tenía la misma sonrisa grande y bobalicona que siempre había mostrado en el pasado. Le sonreí.

—Ha pasado mucho tiempo, tío, eso seguro.

—Tienes buen aspecto —dijo acercándose rápidamente y dándome un abrazo de oso—. Saludable.

—Lo intento, tío. Lo intento. Jacob, este sitio es alucinante.

—Sí, sí. Todavía es pronto —dijo—. La cosa se anima cerca de las siete o las ocho. Y mañana es noche de micro abierto, donde verás a tu hermano actuar.

Arqueeé una ceja.

—¿En serio? No te he oído tocar la guitarra y cantar en la hostia de tiempo, Kellan.

—Sí. Estoy tratando de retomar las cosas que me gustan, ¿sabes? La vida es demasiado corta para no hacer lo que te hace feliz.

—Es cierto. Pero este sitio es muy chulo, Jacob. No ves todos los días a gente que tiene un sueño y lo hace realidad —dije mientras me guiaba por el

restaurante, enseñándomelo todo—. Pero lo has hecho. Estás viviendo tu sueño.

—Lo intento —rio—. Resulta que dirigir tu propio restaurante es la hostia de difícil.

—Solo pensarlo es agotador.

—He oído rumores de que terminaste tus estudios de cocina cuando estabas en Iowa —dijo mientras nos conducía a Kellan y a mí a la barra.

—Así es. No pensé que podría, pero... —*Alyssa siempre lo supo*—. Pero lo hice.

Sonrió ampliamente.

—Joder, eso es genial, tío. ¿Quién habría pensado que dos colgados como nosotros acabaríamos yendo a la universidad? ¿Qué os pongo? ¿Cerveza? ¿Un Martini para nenas? —preguntó Jacob mientras limpiaba la barra.

—Yo una botella de agua —dijo Kellan.

Me eché a reír.

—Sigues siendo el mismo juerguista salvaje que conocí, hermano. Yo tomaré una cerveza Bud Light —dije a Jacob.

Kellan arqueó una ceja.

—Veo que eres tan salvaje y estás tan loco como yo.

Jacob cogió las bebidas y las puso delante de nosotros antes de apoyar los codos en el mostrador. Luego entrelazó los dedos y apoyó la cabeza en los puños.

—Así que Iowa, ¿eh? ¿Qué diantres se puede hacer en Iowa?

—Exactamente lo que te imaginas. Nada. Trabajar, dormir, mujeres, hierba. Así cada día.

Kellan hizo una mueca al oír la mención a la marihuana del mismo modo que lo había hecho Alyssa.

—Dame un respiro, Kellan. No consumo nada más. Solo un poco de maría de vez en cuando.

—No quiero que metas la pata, eso es todo.

—No lo he hecho durante años. Estoy bien. —Me aclaré la garganta—. Por cierto, gracias por ayudarme con el alquiler del mes pasado. Y el mes anterior... —Mi voz se convirtió en un susurro—. Y el mes anterior... —Aunque tenía un título, me resultaba muy difícil encontrar un trabajo de verdad.

—No hay problema. —Sonrió. Sabía que estaba cambiando de tema, pero no me lo impidió—. Pero asegurémonos de que Erika no se entera nunca de esto, ¿vale?

Jacob se rio.

—Eso debe de ser extraño, Kellan.

—¿El qué? —preguntó.

—Que una mujer te tenga agarrado por las pelotas de esa manera.

Me reí.

—Me sorprende que todavía conserve las pelotas.

—Que os jodan, tíos. Erika es un poco... —Kellan arrugó la nariz mientras buscaba la palabra correcta.

—¿Fanática del orden? —sugirió Jacob.

—¿Dominante? —dije.

—¿Dramática? —propuso de nuevo Jacob.

—¡¿Extremadamente dramática?! —repliqué.

—¿Controladora? —añadió Jacob.

—¿Despreciativa? —bromeé.

—Estable —dijo Kellan tras beber un poco de agua—. Erika es estable. Ella es quien me mantiene en la tierra. Es algo difícil de tratar, sí, pero elegiría su mano cada día de mi vida porque es fuerte. Es mi ancla.

Jacob y yo guardamos silencio, algo conmovidos.

—Vaya. —Jacob dejó escapar un suspiro—. Eso es... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Joder, eso es muy cursi.

Me eché a reír.

—El queso definitivo.^[3]

—Es como si el gouda y el brie tuvieran un bebé y saliera Kellan. —Jacob sonrió.

—Que os den. No puedo esperar que dos idiotas solteros como vosotros entendáis nada sobre relaciones —dijo Kellan—. ¿Entonces te gusta el restaurante?

—¿Que si me gusta? Es increíble. Seguro que la comida es tan buena como el sitio. Si viviera aquí, me pasaría el día metido en este sitio.

Kellan esbozó una sonrisa traviesa, y Jacob no tardó en adoptar la misma expresión.

—Tiene gracia que digas eso, porque Jacob y yo hemos estado hablando... Si te quedaras en el pueblo, tendrías trabajo. Está buscando un chef —sugirió Kellan.

—El sueldo está bien. A ver, el encargado es un capullo integral, pero es un buen trabajo —añadió Jacob.

Me reí, porque era una idea absurda. Pero dejé de reírme cuando vi sus caras serias.

—No te ofendas, Kellan, pero dado que no se va a celebrar ninguna boda pronto, voy a tomar el primer tren de vuelta a Iowa.

—¿Ah sí? ¿Puedes pagarte el billete de vuelta? —me preguntó Kellan. Levanté una ceja.

—¿Qué? Me dijiste que podías pagarme el billete.

—No es verdad. Te dije que te compraría un billete para venir. No dije nada de enviarte de vuelta.

—Vete a la mierda —resoplé. Me volví hacia mi hermano, completamente confundido—. No hablas en serio, ¿verdad? —Miré a Jacob—. Joder, está hablando en serio, ¿verdad?

—Yo solo lo digo, hermano. Este es tu hogar. Y siempre eres bienvenido aquí.

—Me tienes secuestrado —respondí, perplejo.

—Te estamos ofreciendo un trabajo —respondió—. Oye, si de verdad quieres un billete de vuelta a Iowa, te lo compraré por la mañana. Pero la oferta seguirá ahí.

Kellan me estaba presionando mucho para que me quedara, y la verdad es que no podía entender el porqué. True Falls ya no era un lugar que considerase mi hogar. Solo era los demonios de mi anterior vida.

—Aceptaré el billete de vuelta. No te ofendas, Kellan. Te quiero, de verdad. ¿Pero este pueblo? No puedo quedarme aquí y permanecer cuerdo. No puedo.

Asintió comprensivamente.

—Lo entiendo. Pero tenía que intentarlo.

Le di las gracias.

—Bueno, ¿te encontraste antes con Alyssa? ¿Cuál es tu plan de ataque si vuelve a ocurrir? —preguntó Kellan.

—Voy a ignorarla y a mantener las distancias. No podemos volver atrás. No puedo pasar por lo mismo, y ella está mucho mejor sin mí. Pero —dije cambiando de tema—, me alegra ver que estás limpio, Jacob.

Él asintió.

—Fue poco después de que te marcharas tú. Un día me desperté y ya no podía seguir haciéndolo. No fui a rehabilitación, pero fui a la iglesia un tiempo, y eso ayudó. Hace años que no voy, pero me afectó tanto que me hice pastor.

Solté una risita.

—Estás de coña.

Sonrió y se señaló el pecho con los pulgares.

—Si un día decides casarte, acuérdate de este tío guapo. —De pronto, Jacob se inclinó hacia mí con la expresión más solemne que le hubiera visto jamás—. Logan, ahora en serio, tengo que preguntarte algo muy importante...

Suspiré, consciente de que no podía evitar las preguntas que mucha gente querría hacerme. Las mismas preguntas que me había lanzado Sadie en el motel. ¿Cómo fue la rehabilitación? ¿Has recaído? ¿Sigues pensando en consumir?

—¿Sí, Jacob?

—¿Cómo coño lo haces para tener el pelo tan perfecto? Nunca he visto nada que brille más. ¡Y ese volumen! Mierda. Yo estoy perdiendo pelo, y he tenido que raparme para parecer medio decente.

—Ay Dios —exclamó Kellan, poniendo los ojos en blanco—. No le hagas hablar de su pelo.

—Ya te lo he dicho, Kel. La envidia es pecado. —Me eché a reír—. Una vez al mes, me preparo un acondicionador con claras de huevo y aguacate.

—¿En serio?

—En serio. Pero cuando te enjuagues el pelo unos cuarenta y cinco minutos después, no utilices agua caliente, porque si lo haces te pasarás una semana quitándote trozos de huevos revueltos del pelo. Además, el agua fría es buena para los folículos del pelo. Ayuda a que crezca más sano y fuerte. Si quieres, puedo hacerte una lista de todos los productos que uso.

—Venga ya. ¿Harías eso?

—Claro, ningún problema.

—No puedo creer que esta conversación esté teniendo lugar ahora mismo. —Kellan suspiró y puso los ojos en blanco de un modo que pensé que se le quedarían atrapados en la nuca. Quizá su infancia había sido mejor que la mía, pero esta vez había salido perdiendo, porque al menos mi pelo era la hostia, mientras que el suyo estaba desapareciendo.

Nos quedamos en el restaurante un rato más, sin hablar del pasado, sin hablar del futuro, tan solo disfrutando del presente.

—Odio interrumpir esta reunión, pero deberíamos volver para ayudar a Erika a preparar las cosas para la cena —dijo Kellan.

Me levanté y le tendí la mano a Jacob. Él la estrechó.

—Me alegro de verte; Jacob.

—Y yo a ti, Logan. Tienes buen aspecto, tío. Muy buen aspecto.

—Tú también. Ah y... nunca he tenido la ocasión de pedirte perdón, pero siento lo que dije hace tanto. Lo de tu adicción al porno y el comentario sobre el tenedor.

Se echó a reír.

—Te perdono, tío. Pero no era un tenedor, era una cuchara helada. ¡Y oye! ¡Que no se te olvide darme esa lista de productos para el pelo!

No sabía si lo hacía todo más normal o más extraño, pero en cualquier caso, me alegraba ver una cara conocida.

Capítulo 20

Logan



—¡Llegáis tarde! —protestó Erika cuando entramos en casa. El hogar tenía un aspecto totalmente diferente. Había movido todo: la mesa del comedor, los sofás, el televisor. Me sentí como si hubiera entrado en la dimensión desconocida—. Mi madre llegará pronto.

—Voy a darme una ducha antes de la cena —dije.

—Vale. He dejado en la habitación de invitados un juego de toallas y algunas cosas que puedes necesitar. —Erika señaló el dormitorio con la cabeza—. Kellan, ven a probar el puré de patata que he hecho.

—Espera, dame un momento. ¿La cena la hace Erika? —pregunté sintiendo una punzada de miedo en la garganta. Kellan me dio un golpe en el costado, pero no pude contenerme—. ¡Kellan, la última vez que probé su comida, el pollo todavía cacareaba!

—Tío... Ve a ducharte.

Mientras me dirigía a mi habitación, oí a Erika decir que haría un gran esfuerzo por no matarme, lo que me hizo sonreír. En la mesa del dormitorio había una caja con toallas limpias, un cepillo de dientes, hilo dental, bastoncillos para los oídos, imperdibles, gel de ducha, desodorante, y todo lo que cualquiera podría necesitar.

Sabía que no había ido a la tienda, así que tenía todas esas cosas guardadas. A veces estar un poco loco viene bien.

El agua de la ducha caliente caía sobre mí de forma agradable. Me eché champú y acondicionador en el pelo mientras mi mente reproducía cada

momento de mi encuentro con Alyssa. Su olor, su tacto, sus sonrisas, su ceño fruncido.

Se me pasó por la cabeza la idea de quedarme en el pueblo solo por la posibilidad de cruzarme con ella. Pero en cinco años las cosas podían cambiar mucho, sobre todo después de las llamadas que no respondí.

Debí haberla llamado. Debí haber cogido el teléfono.

Tras unos minutos, dejé de lado mis pensamientos al oír que llamaban a la puerta principal. Cerré el grifo, me sequé con la toalla y me puse unos vaqueros y una camiseta blanca.

—¿Ha estado fumando alguien aquí? —preguntó Lauren, la madre de Erika, a todo volumen. Su voz inundó los pasillos.

—¿Qué? No, mamá. Entra.

—Huele a tabaco —insistió Lauren con la voz llena de decepción.

La oí murmurar en la otra habitación, impactada al saber que había vuelto al pueblo. Inhalé profundamente y me golpeé la muñeca con la goma elástica. *Me da igual lo que piensen de mí los demás. No soy la persona que era cuando me marché.* Su opinión no me definía.

Era el rollo que me soltaba la doctora Khan cuando estaba en la clínica de rehabilitación, pero en aquel momento, ese rollo me dio fuerzas para salir del baño y enfrentarme a más personas del pasado.

—¿Todavía se droga? —preguntó Lauren justo cuando doblaba la esquina.

—Hoy no —respondí con una amplia y falsa sonrisa. *Fíngelo hasta que lo logres, Lo. Una cena y después estarás en un tren de vuelta a Iowa—.* Lauren, me alegro de verte. —Extendí la mano, pero en lugar de estrechármela, agarró el bolso con más fuerza.

—Pensaba que solo cenábamos nosotros —dijo Lauren elevando la voz, visiblemente molesta—. Y pensaba que íbamos a comer en un restaurante. —Lauren fruncía el ceño con mucha más frecuencia de la que sonreía, y aunque tenía los mismos ojos que Alyssa, no tenía su espíritu amable.

—Hemos pensado que sería mejor hacer una cena pequeña sin todo el ruido del restaurante. Ven, ya hemos abierto el vino y lo hemos puesto en la mesa, y Erika ha cocinado un menú estupendo —comentó Kellan con una amplia sonrisa.

Me pregunté si su sonrisa sería tan falsa como la mía.

Antes de que nos sentáramos para comer, volvieron a llamar a la puerta. Cuando Erika la abrió, se me encogió el estómago al ver a Alyssa en la entrada, con dos botellas de vino.

Cada vez que entraba en una habitación, mi cerebro se derretía un poco.
Mantén alto el muro, Logan.

—¿Hay sitio para una más? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, claro, podemos hacer sitio —dijo Erika, apresurándose a colocar otro plato.

Lauren bufó.

—Es de muy mala educación presentarse en la casa de alguien y pedir que le hagan hueco en la mesa para cenar.

—Yo también me alegro de verte, mamá —dijo Alyssa con impertinencia.

No dejaba de mirarla, y sus ojos se encontraron con los míos. Me dirigió una pequeña sonrisa y tuve que apartar la mirada para evitar perderme en mi mente. Volver allí, estar cerca de ella, era mucho más difícil que cualquier otra cosa que hubiera tenido que hacer jamás.

Y había hecho cosas la hostia de difíciles.

Nos sentamos para comer. Mi silla estaba junto a la de Lauren, que se mostraba visiblemente nerviosa. Kellan sirvió vino para todos. Levanté la copa rápidamente y di un gran sorbo.

—¿No deberías evitar beber? —preguntó Lauren.

—Probablemente —dije después de terminarme la primera copa y antes de servirme otra.

Empezamos a comer la comida repugnante de Erika, que tuve que masticar cinco veces más de lo normal para poder tragármela, pero no me quejé.

—¿Cómo te están tratando en el bufete de abogados, Kellan? —preguntó Lauren. Era abogada, y una de sus cosas favoritas de Kellan era que había estudiado Derecho y había encontrado un trabajo exitoso donde ganaba bastante dinero, y que le hacía odiarse a sí mismo.

Kellan se aclaró la garganta y se limpió la boca con una servilleta.

—La verdad es que lo dejé hace un mes.

Levanté una ceja, sorprendido.

—¡No jodas! —exclamé.

—¿Qué? —preguntó Lauren sorprendida. Se volvió hacia Erika—. No me lo habías dicho. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me parecía correcto ser yo quien te lo dijera, mamá.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo has dejado? —preguntó.

—Supongo que no me llenaba —dijo Kellan apretando la mano de Erika. Se miraron sonriendo y por un momento lo vi: el amor que Kellan decía que

sentía. Esos dos se querían de verdad—. Dejar el bufete me permite dedicarme a mis otras pasiones.

—¿Como cuáles? —preguntó Lauren.

—Mi música. Tocar la guitarra.

—Eso es una afición, no un trabajo. —Lauren frunció el ceño. Era doña Negativa.

—Mamá, sabes que me gano la vida trabajando en un piano bar, ¿verdad? —comentó Alyssa.

—Cariño. —Lauren frunció el ceño—. Trabajas en una cafetería y en una tienda de muebles y tocas el piano en bares sucios por la noche. No creo que te interese proclamarlo a los cuatro vientos como si fuera un logro.

Veo que sigue siendo una zorra.

—Yo pienso que la música es muy importante —comentó Kellan—. Es divertida. Y en los conciertos he ganado bastante dinero. Es algo que me encanta hacer. Y la vida es demasiado corta para no hacer lo que te gusta.

—¡Eso, eso! —bromeé bebiendo más vino—. Por eso yo bebo tanto vino. —Sonreí y le guiñé el ojo a Lauren. Me encantaba lo incómoda que la hacía sentir.

—Ya verás el espectáculo de mañana. Mi amigo me ha pedido que toque en su restaurante.

—¿Qué? —dijo Lauren girándose hacia Erika—. Me habías dicho que mañana íbamos al teatro.

—No... Dije que íbamos a un espectáculo —respondió su hija. Las dos se parecían tanto que resultaba casi imposible ver cómo encajaba Alyssa.

—Pero no te preocupes. Será divertido. Además, después del concierto podemos pasarnos por la sala donde celebraremos la boda el mes que viene —explicó Kellan.

—¿Qué? —preguntó Lauren.

Erika empezó a toser, intentando aclararse la garganta.

—¿Alguien quiere más vino? —preguntó.

—¿Cómo que la boda es el mes que viene?

—¿No se lo dijiste? —preguntó Kellan a su prometida con el ceño fruncido.

—¿Decirme qué? —quiso saber Lauren.

—Se me olvidó —respondió Erika. Vaya. Me sentía como si estuviera presenciando una comedia mala en directo—. Adelantamos la boda al mes que viene. ¡Pero no te preocupes! Lo único que tienes que hacer es aparecer.

—No. La boda es el año que viene. Pensaba que íbamos a esperar a que terminases el máster, Erika. Además, soy yo quien paga la boda. ¿No creéis que tenía derecho a saberlo? ¡Ya hemos hecho el primer pago de la sala! ¿Y ahora me decís que habéis encontrado otro sitio?

—Te devolveremos el dinero. Ha sido un cambio de última hora.

—¿Cambio de última hora? Dadme una razón. Una buena razón por la que tenemos que hacer esto a toda prisa. Hay muchas cosas que decidir todavía. Las flores, la tarta, la comida. Vestidos, invitaciones, todo. No hay tiempo suficiente. —Lauren no paraba de protestar.

—No necesitamos todas esas cosas, mamá. Vamos a hacer algo sencillo.

De vez en cuando pillaba a Alyssa mirándome, y ella apartaba la mirada rápidamente. Y a veces ella me pillaba mirándola, y yo apartaba la mirada rápidamente. Apenas quería prestar atención a la conversación que tenía lugar en la mesa. Me interesaba mucho más observarnos a Alyssa y a mí intentando evitarnos.

—Llevas planeando la boda de tus sueños desde los cinco años, Erika Rose. ¿Y ahora resulta que te dan igual esos detalles? No. Teníamos un plan y vamos a ceñirnos a él. ¡Además, Kellan ni siquiera tiene trabajo ahora mismo!

—Tiene un concierto esta noche. —Irrumpí en la conversación con una sonrisa. Alyssa se echó a reír. Morí al oírla. ¿Por qué tenía que ser tan bonita? La verdad es que esperaba que cuando volviera al pueblo, tuviera el aspecto y el olor de una mofeta.

No había tenido suerte.

—Es que no entiendo las prisas. Deberíais esperar al año que viene como planeamos —sugirió su madre—. Deberíamos ceñirnos al plan.

—Los planes cambian, mamá. No pasa nada.

—Dime por qué. ¿Por qué ahora? Es un cambio muy radical. ¿No creéis que deberíamos centrarnos en el hecho de que Kellan está desempleado? ¿Cómo vais a llegar a fin de mes? ¿Eh? ¿Habéis pensado en todo esto? Los impuestos de propiedad de una casa de este tamaño en este vecindario tienen que ser altos. Os dije que no comprarais una casa tan grande, pero no me escuchasteis. ¿Qué plan tenéis? —Su madre hablaba sin parar. Me sentí mal por Erika. Tenía la cara roja y empezaba a ponerse de los nervios.

—¡Le quiero! Le quiero, mamá. ¿Qué importa si nos casamos hoy o dentro de unos años? Quiero estar con él.

—No tiene lógica. Estás hablando como tu hermana, Erika.

Alyssa suspiró levemente.

—Estoy aquí, mamá.

—Bueno, es la verdad. Tú siempre fuiste la llama salvaje que no podía apagar. Estabas dispersa, y sigues estándolo, Alyssa. Pero Erika, tú eres la dócil. Tú eres la que tiene buena cabeza. Y ahora actúas como si no tuvieras juicio.

Vi que a Alyssa se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se mordió la lengua. Quise gritarle a Lauren por hablarle así, pero me contuve cuando vi a Alyssa mirándome y negando con la cabeza para que no lo hiciera.

De todas formas, ¿qué me importaba? Luchar sus batallas no era cosa mía.

Erika abrió la boca para hablar, pero Kellan se adelantó, y sus palabras silenciaron la sala:

—Tengo cáncer.

Espera.

¿Qué?

No.

Se me cayó el alma a los pies, y sentí que se me llenaba la garganta de ácido al oírle hablar.

—Hace un tiempo que estamos lidiando con la noticia, y no sabíamos muy bien cómo decíroslo. Ya me he operado para quitarme un tumor, y empezaré el primer tratamiento de quimioterapia pronto, pero...

—Espera. Frena. Vuelve atrás. ¿Qué? —interrumpí. Me hervía la sangre, y sentí que estaba a punto de tener una crisis nerviosa. Me agarré a la silla y empecé a temblar. ¿De qué coño estaba hablando? Kellan no tenía cáncer. Kellan estaba sano. Siempre había estado sano. Era el único miembro de la familia que no era un desastre. No podía estar enfermo—. ¿Estás de coña?

No.

No.

Los ojos de Alyssa se entristecieron al oír la noticia, e intentó cogerme la mano, pero negué con la cabeza. Kellan empezó a hablar, pero me levanté. No quería oír sus explicaciones. No quería oír ni una puta palabra más, porque sus palabras eran tóxicas en ese momento, y estaban envenenando mi alma. Necesitaba aire. Mucho aire. Me dirigí a la puerta del patio y salí al exterior. El aire frío me golpeó la cara, que me ardía, y dejé escapar un suspiro de dolor. Me agarré a la baranda y observé el cielo oscuro, inhalando profundamente, haciendo lo posible por no desmoronarme.

Cerré los ojos y me golpeé la muñeca con la goma elástica.

No es real...

No podía abrir los ojos.

Estaba bien. Estaba sano.

Volví a golpearme la muñeca.

No es real. No es real...

Se abrió la puerta que conducía al balcón y oí unos pasos que se acercaban. Kellan se apoyó en la baranda junto a mí.

—Me has tendido una trampa —dije.

—No quería decírtelo así. No sabía cómo decírtelo.

—¿Qué tipo es?

—Colon.

Mierda.

—Yo... —Empecé a hablar, pero me quedé sin palabras. Sentía que tenía que decir algo, pero no sabía cuáles eran las palabras apropiadas. ¿Había palabras apropiadas en una situación así?

Agarré la baranda con más fuerza.

—Tenemos que ir a ver a JP. No me lo creeré hasta que me lo diga a la cara.

JP era el médico al que íbamos Kellan y yo desde niños. Era un buen amigo del padre de Kellan, así que, aunque no tenía dinero ni asistencia sanitaria para ir a una consulta, JP siempre me hacía un chequeo gratis. Era un tipo raro, pero buen hombre, y el único médico en el que confiaba para que me dijera la verdad sobre el diagnóstico de mi hermano.

—Logan. —La voz de Kellan se suavizó—. Ya he hablado con JP. Además, no es oncólogo.

—Confío en él —dije apretando los dientes—. Confío en él, Kellan. Solo en él.

Se frotó la nuca.

—Vale. Iremos a ver a JP mañana si eso te hace sentir mejor y te tranquiliza.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Hasta entonces, dime todo lo que sepas. ¿En qué fase estás? Se puede curar, ¿verdad? ¿Cómo nos libramos de él? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar? ¿Cómo arreglamos esto?

¿Cómo te arreglo?

—Está en la fase tres. —*No. Eso no es bueno*—. Pero por ahora vamos a esperar. Como he dicho, ya me he quitado el tumor y dos nódulos linfáticos. Empezamos la quimioterapia dentro de una semana, y tenemos que darle tiempo para ver si funciona. La quimio ayudará a detener cualquier célula que pueda haberse extendido por el sistema.

—¿Qué pasa si se extienden por otras partes?

Guardó silencio.

No.

No.

No.

Me mordí la lengua.

—Debiste contármelo.

—Lo sé.

Nos colocamos de cara a la casa. Erika le gritaba a su madre y ella le respondía también a gritos. Alyssa intentaba neutralizar la situación, pero no lo conseguía.

—No puedes casarte con una persona que tiene cáncer, Erika. ¡No tiene sentido! Estás pensando con el corazón en lugar de la cabeza.

Joder, cómo podía decirle algo tan horrible.

—Dios. Su madre está loca. Había olvidado lo loca que está. Hasta hace que Erika parezca... ¿normal?

—Es dura, eso seguro. —Kellan bajó la cabeza y se miró los zapatos—. Pero no se equivoca del todo.

—¿Qué?

—Erika ha entrado en pánico. Tiene prisa por casarse conmigo, por si pasa algo. Por si las cosas van mal. No me malinterpretes, quiero ser su marido, pero... —Guardó silencio y miró la casa, que parecía estar a punto de explotar.

Quería indagar más en sus pensamientos sobre la boda con Erika, pero su lenguaje corporal decía que no estaba de humor.

La conversación que estaba teniendo lugar en la casa debía de haber alcanzado el punto máximo de ebullición, porque Lauren salió echando humo. Erika empezó a recoger de inmediato la mesa del comedor y a romper platos en el fregadero y a reorganizar las sillas mientras Alyssa observaba.

—Eh... ¿deberíamos ir a ayudarla? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Es parte de su proceso. Déjala.

Volví a darme un golpe con la banda elástica. O dos. Tal vez quince.

—¿Sabes qué es lo más absurdo? Yo soy el que fuma y tú eres el que tiene cáncer.

—Lo tuyo es mío...

—Y lo mío es tuyo —respondí.

—Si te sirve de consuelo, no puedes pillar un cáncer de colon fumando. Pero deberías dejar de fumar.

Solté un bufido al oír su tono paternalista.

Aunque tenía razón.

—El abuelo tuvo cáncer de colon —dije con la voz rota. Fue lo que acabó con su vida.

—Sí. —Kellan asintió—. Lo sé.

La única persona en mi vida que me quería tanto como mi hermano había sido mi abuelo. Ver como su vida se desvanecía fue lo más duro que tuve que presenciar. Y lo peor fue lo rápido que ocurrió. Un día estaba aquí, y unos meses más tarde, ya no estaba. Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme, porque vivía muy lejos.

—Oye. Tal vez debería mudarme aquí un tiempo. La verdad es que no tenía nada en Iowa.

—¿Sí? —preguntó sorbiéndose la nariz y llevándose las manos a la nuca.

—Sí. No pasa nada. Incluso puede que vaya a visitar a Ma pronto y ver cómo le ha ido.

—No muy bien —dijo—. Tenía pensado ir a buscar su tarjeta de comida y hacerle la compra esta semana.

—Puedo ir a recogerla mañana.

Hizo una mueca.

—No sé si es buena idea, Logan. Ya sabes... ahora que estás limpio. Y encima después de lo que acabas de descubrir. No quiero que vuelvas a caer en ese mundo.

—No pasa nada —le aseguré—. Puedo manejarlo.

—¿Estás seguro?

Me reí y le di un empujón.

—Tío, eres tú el que tiene cáncer, y estás aquí sentado preocupándote por mí. Para. Llevas toda la vida cuidándonos a Ma y a mí. Ahora me toca a mí, ¿vale? —Cuando la palabra cáncer salió de mis labios, sentí que moría.

—Vale —suspiró, cruzándose de brazos—. Tengo que hacer varias cosas mañana después de que vayamos a ver a JP, pero Erika puede llevarte.

—¿Haría eso?

—Si se lo pido, sí. Pero no te sorprendas si tenéis que hacer unas cuantas paradas antes.

Encogí el hombro izquierdo.

Él encogió el derecho.

Observamos cómo Erika destrozaba la casa y volvía a recomponerla, y durante todo ese tiempo me pregunté si de verdad era lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a mi pasado otra vez. No sabía cómo me sentiría cuando tuviera delante a Ma.

No sabía lo fuerte que era.

Capítulo 21

Alyssa



—¿Logan? —susurré llamando a la puerta de su habitación. Llevaba media hora dentro, y me imaginaba hacia dónde viajaba su mente después de descubrir que Kellan tenía cáncer. Oí que se movía por el dormitorio antes de abrir la puerta. Se sorbió un poco los mocos y se pasó las manos por la cara antes de mirarme entrecerrando los ojos.

—¿Sí?

Tenía los ojos rojos y ligeramente hinchados. Quería acercarme y rodearlo con los brazos, atraerlo hacia mí, decirle que lo sentía por su dolor y su sufrimiento.

Has estado llorando.

—Solo quería ver cómo estabas —susurré.

—Estoy bien.

Di un paso hacia la entrada, acercándome a él. Sabía que estaba lejos de estar bien. Kellan lo era todo para Logan. Cuando se marchó a Iowa, solo mantuvo el contacto con su hermano. Mientras que ignoró todas mis llamadas, respondió a todas las de Kellan.

—No estás bien.

—Lo estoy —asintió con una mirada fría—. Estoy bien. No voy a derrumbarme ni nada de eso, Alyssa. La gente enferma de cáncer cada día. Y vencen el cáncer cada día. Está bien. Estoy bien. Todo va bien.

A cualquier persona normal le habría pasado desapercibido el leve temblor en su labio inferior, pero no a mí. Lo vi, al igual que veía su corazón inflamado de dolor.

—Lo, vamos. Soy yo. Puedes hablar conmigo.

—¿Y quién eres tú para mí exactamente? —siseó. En su tono se traslucía amargura—. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Hace cuánto tiempo que te enteraste de que estaba enfermo?

Abrí la boca para responder, pero él siguió hablando.

—¿Entonces lo sabías? Mil noventa mensajes, Alyssa. Me dejaste mil noventa mensajes. ¿Me llamaste mil noventa veces, pero no fuiste capaz de tomarte un momento para dejarme un mensaje diciéndome que mi hermano tiene cáncer, el mismo cáncer que mató a nuestro abuelo? —bufó levantando la mano y agarrando el pomo de la puerta. La cerró de un portazo, y no me sorprendía. Sus palabras eran duras, pero ciertas. Hacía un tiempo que sabía lo del cáncer de Kellan, pero no me correspondía a mí decir nada. Kellan me hizo jurar que no lo haría.

Apoyé los dedos en la puerta y cerré los ojos.

—Vivo en la última casa en la esquina de la calle Cherry con la avenida Wicker. Es una casa amarilla con un macetero con forma de piano en el porche. Puedes pasarte si lo necesitas, Logan. Si necesitas hablar con alguien. Puedes venir cuando quieras, si lo necesitas.

La puerta se abrió de golpe, y di un grito ahogado cuando dio un paso y se cernió sobre mí. Tenía una expresión dura, y donde hacía un instante había visto unos ojos enrojecidos, ahora había una mirada de enfado.

—¿Cómo coño tengo que decírtelo? —bufó. Dio un paso hacia mí y yo retrocedí. Continuamos haciendo lo mismo hasta que mi espalda tocó la pared del pasillo, y su cuerpo quedó a unos centímetros del mío. Nuestras bocas estaban tan cerca que si me hubiera inclinado, podría haber sentido los labios que solía querer sentir siempre sobre los míos. Las palabras que salieron de sus labios me atravesaron con cada sílaba—. No te necesito, Alyssa. No. Te. Necesito. Así que, si puedes hacerme el favor de dejar de actuar como si fuéramos amigos, sería estupendo. Porque no lo somos. Nunca volveremos a ser amigos. No te necesito. Y no necesito tu puto apoyo.

Volvió a meterse en la habitación y cerró la puerta. Inhalé profundamente varias veces, con los nervios rotos. El corazón no dejó de aporrearme el pecho de forma destructiva mientras me dirigí a la sala de estar para coger la chaqueta y ponerme los tenis.

¿Quién era ese?

No era el mismo chico que conocía hacía muchos años. No era mi mejor amigo.

Era un completo desconocido para mí.

—¿Estás bien? —preguntó Erika con el ceño fruncido. Me encogí de hombros.

—¿Puedes ser un poco indulgente con él, Erika?

—¿En serio? —bufó, enfadada—. Acaba de gritarte, literalmente, ¿y tú me pides que sea indulgente con él? Estoy a punto de decirle que se largue de mi casa.

—No —dije rápidamente, negando con la cabeza—. No, no lo hagas. Lo está pasando muy mal. No podría ni imaginarme... Si fueras tú... —Guardé silencio. No estaba segura de cómo llevaría que mi hermana tuviera cáncer, si se diera el caso—. Dale un respiro.

Relajó la postura.

—Vale. —Me abrazó y susurró—: No pasa nada por mantener las distancias con él, Aly. Lo sabes, ¿verdad? Sé que volver a verlo tiene que estar haciéndote daño.

—No pasa nada. —Me di la vuelta y me encogí de hombros—. Lo llevo bien.

—Sí, pero creo que es mejor mantener una distancia de seguridad. Para vuestros corazones.

Estaba de acuerdo. Además, no veía probable que quisiera volver a mí en esos momentos.

Capítulo 22

Logan



Me quedé con la espalda pegada a la puerta hasta que oí a Alyssa marcharse. Mantenerla alejada de mí me resultaría difícil estando en el pueblo, porque una gran parte de mí siempre quería acercarse a ella.

Me senté en la habitación y cogí el móvil para buscar información sobre el cáncer de colon. Mis ojos bailaban por las páginas repletas de datos, y me hicieron aumentar el pánico hasta niveles que no sabía si podría manejar. Durante un rato leí caso a caso la historia de supervivientes, pero entonces, de alguna forma, acabé en el lado oscuro de internet donde estaban las historias de aquellos que habían muerto rápidamente de cáncer de colon.

Encontré remedios naturales. Encontré mentiras extendidas. Mantuve los ojos abiertos hasta que salió el sol y la luz se coló por mi ventana.

Cuando los ojos me pesaron más que el corazón, apagué el móvil.

Lo único que aprendí aquella noche fue que WebMD era el demonio, y que Kellan probablemente no sobreviviría esa noche.

Saqué un cigarrillo y lo encendí con el mechero. Abrí la ventana, coloqué el cigarrillo en el alféizar, y me permití sentir el dolor por unos momentos.

Capítulo 23

Logan



En la consulta del doctor James Petterson hacía frío. Más del necesario. Vale que fuera había unos treinta grados —lo cual, para ser Wisconsin, se consideraba calor—, pero no era necesario convertir aquella sala en un cubo de hielo. James, o Jimmy Palillo (JP), como lo conocía todo el mundo en el pueblo por ser alto y delgado, era el único médico que había conocido y en quien había confiado. Pero no parecía un médico de verdad. La mitad de las veces me preguntaba si JP era realmente médico o si estando aburrido un sábado por la noche, se había comprado un estetoscopio, se había puesto una bata blanca y nunca más se la había quitado. Además, vivía en un apartamento encima de la consulta.

Incluso la consulta parecía la de un médico falso. En la repisa que se encontraba detrás de su escritorio había una cabeza de ciervo enorme que juraba que había matado hacía años disparando con los ojos cerrados. Junto a la cabeza de ciervo había lo que se suponía que era el pelo de un oso negro, pero en realidad no era más que una alfombra que seguramente había comprado en el Walmart de oferta. Contaba la historia de cómo había matado al oso con una lata de cerveza en la mano derecha y una escopeta en la izquierda.

A un lado del escritorio, JP tenía un tarro de gominolas, y a la derecha, regaliz negro.

Me fascinaba que un médico plantara chucherías delante de sus pacientes, pero siendo JP tenía sentido, porque su esposa Effie era una de las pocas dentistas del pueblo, y siempre estaba en busca de pacientes nuevos.

Pero JP y su mujer deberían haber utilizado más el sentido común, porque nadie en su sano juicio comía regaliz negro.

Me crucé de brazos y los presioné contra mi cuerpo para calentarme. *Mierda*. Me estaba congelando. Miré la silla que tenía a la derecha, donde estaba sentado Kellan.

Cuando levanté la vista hacia JP, observé como movía los labios rápidamente. Explicaba la situación una y otra vez. Al menos eso me parecía. Pero no podía estar seguro, porque había dejado de escuchar.

No sabía en qué momento exacto había dejado de oír las palabras que salían de su boca, pero me había pasado los últimos cinco o diez minutos observando sin más cómo movía la boca. De sus labios salían sonidos sin sentido.

Agarré la silla con fuerza.

La conmoción fue lo peor. No sabía si reír o llorar al oír el diagnóstico. No sabía si debía enfadarme y golpear una pared. No sabía cuánto tiempo me quedaba con mi hermano. La apabullante sensación de aislamiento me dejó sin aire. Los latidos histéricos que inundaban mi sistema eran aterradores, pero me resultaban familiares. El miedo y la ira hacían que cada momento que pasaba fuera insoportable.

—Logan —dijo JP introduciéndome de nuevo en la conversación—. Esto no es el final para tu hermano. Está en manos de los mejores médicos del estado. Está recibiendo el mejor tratamiento que hay.

Kellan se frotó el cuello con los dedos y asintió.

—Esto no es el final para mí, Logan. Solo es un bache. —La manera como asentía y la elección de sus palabras me confundían. Si no era el final, ¿no debería negar con la cabeza en vez de asentir?

Me froté la mejilla con la mano derecha y me aclaré la garganta.

—Necesitamos una segunda opinión. —Empecé a caminar por el pequeño porche y me pasé las manos por el pelo—. Y luego querremos una tercera opinión. Y una cuarta.

Eso era lo que hacía la gente, ¿verdad? ¿Buscar una respuesta más agradable? ¿Más prometedora?

Necesitábamos una respuesta mejor.

—Logan... —JP hizo una mueca—. Lo único que conseguiremos buscando segundas opiniones será perder el tiempo. Ya estamos atacando esto de frente, y esperamos que...

Volvió a pasar. Dejé de escuchar.

La conversación continuó, pero no dije una palabra más. No quedaba nada más por decir.

Kellan y yo volvimos en coche a casa en silencio, pero mi mente no paraba de repetir la palabra cáncer una y otra vez.

Mi hermano, mi héroe, mi mejor amigo tenía cáncer.

Y yo ya no podía respirar.



Cuando Kellan me dijo que Erika querría parar en algún sitio antes de dejarme en casa de Ma, no me había imaginado que acabaríamos en el pasillo cinco de una tienda durante más de veinte minutos. Había pasado un día desde que Logan me había dado la noticia sobre su salud, y lo único en lo que podía pensar era en drogarme para lidiar con ello a cada minuto, que era mejor que a cada segundo. Pero Erika tenía un tipo distinto de adicción que la ayudaba a lidiar con el estrés, y se llamaba Pottery Barn.^[4]

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —pregunté a Erika.

Estábamos frente a un expositor de platos carísimos. Llevábamos ahí de pie al menos veinte minutos mientras pensaba qué nuevo juego de platos comprar, ya que había roto prácticamente toda la vajilla de porcelana que tenía en casa.

—Calla —ordenó con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. Todavía estaba completamente enloquecida—. Esto lleva tiempo.

—En realidad no. —Señalé un juego—. Mira, platos. Ah, mira, más platos. Vaya, ¿qué tenemos aquí, Erika? Oh, creo que son platos.

—¿Por qué tienes que ser tan difícil siempre? Esperaba que en estos cinco años hubieras madurado un poquito.

—Siento decepcionarte. Pero, en serio, ¿podemos irnos?

Me miró molesta.

—¿Por qué tienes tanta prisa por ver a tu madre? Has estado fuera durante cinco años. Dejaste que Kellan se ocupase de todo. Tuvo que estar ahí cuando tenía una crisis, y tú ni siquiera preguntaste por ella. Nunca la llamaste ni nada. ¿Por qué ahora?

—Porque mi hermano tiene cáncer, mi madre es una adicta, y yo me siento como un hijo y un hermano de mierda por irme y no volver nunca. ¿Es eso lo que quieres oír, Erika? Ya lo sé, soy un fracaso. Pero si pudieras dejar de restregármelo durante dos segundos, sería realmente estupendo.

Soltó un bufido y se balanceó sobre sus tacones. Apartó la mirada de mis ojos y la fijó en los platos, y volvimos a sumirnos en un silencio.

Cinco minutos. Diez minutos. Quince putos minutos.

—Ese —asintió, señalando el que tenía delante—. Me llevaré ese. Coge dos juegos, Logan.

Se dio la vuelta y se dirigió a las cajas, dejándome estupefacto.

—¿Por qué tengo que coger dos juegos?! —grité.

Ella no se molestó en contestarme. Siguió avanzando a toda prisa.

Cargado con los dos juegos debajo de los brazos, fui tambaleándome a la parte delantera de la tienda y dejé las cajas delante de la cajera. Erika y yo nos quedamos en silencio hasta que la mujer nos dijo el precio final de los platos.

—Ciento ocho dólares y veintitrés centavos.

—Tienes que estar de coña —dije casi atragantándome—. ¿Vas a pagar más de cien dólares por unos platos?

—Lo que haga con mi dinero no es asunto tuyo.

—Sí, pero venga ya, Erika. Podrías comprar unos platos baratos en una tienda de todo a cien o algo así. De todos modos, seguramente los rompas mañana.

—Yo no cuestiono en qué gasta el dinero Kellan, o debería decir en *quién*. Así que preferiría que tú no cuestionaras mis elecciones a la hora de gastar.

—¿Sabías que Kellan me daba dinero?

—Claro que lo sabía, Logan. Si una cosa es cierta sobre Kellan, es que miente fatal. No me importa que te esté dando el dinero, pero... —suspiró y la expresión de sus ojos se suavizó al volverse hacia mí. Por primera vez desde mi regreso, parecía derrotada—. No le decepciones, Logan. Está cansado. No lo demostrará, pero lo está. Está agotado. Que estés aquí le hace feliz. Ahora mismo eres bueno para él. Sigue bien, ¿vale? Por favor, no le decepciones.

—Te juro que no consumo, Erika. No estaba vendiéndoo la moto. Estoy limpio de verdad.

Cogimos una caja cada uno y fuimos a su coche. Las pusimos en el maletero y entonces nos metimos en el coche y nos encaminamos al apartamento de Ma. Erika asintió.

—Te creo. Pero estamos a punto de ver a tu madre, y sé que ella era un detonante para ti.

—No soy el niño que era antes.

—Ya, te entiendo. Pero créeme, tu madre sigue siendo la misma persona. A veces creo que la gente no cambia realmente.

—Sí que cambia —dije—. Si le dan la oportunidad, la gente puede cambiar.

Tragó saliva con dificultad.

—Espero que tengas razón.

Cuando llegamos a casa de Ma, le pregunté a Erika si iba a venir, pero dijo que no y miró a su alrededor.

—Me quedaré aquí.

—Estarás más segura dentro.

—No, no pasa nada. No me sienta bien ver... ese tipo de vida.

No la culpaba.

—Vuelvo enseguida. —Eché un rápido vistazo a las calles oscurecidas, y vi unas cuantas personas en las esquinas, como cuando era niño. Tal vez Erika tenía algo de razón. Tal vez algunas personas, cosas y lugares nunca cambiaban.

Pero tenía que confiar en que algunas lo hacían.

De lo contrario, ¿qué estaba haciendo exactamente conmigo mismo?

—No tardes un siglo, ¿vale? El concierto de Kellan empieza dentro de tres cuartos de hora —dijo Erika.

—Quizá no deberíamos habernos pasado dos horas mirando unos platos, ¿eh?

Me hizo un corte de mangas. Supuse que era un gesto cariñoso.

—Seré rápido. ¿Estás bien aquí fuera?

—Estoy bien. Date prisa.

—Oye, Erika —dije al salir del coche.

—¿Sí? —Miré de nuevo a la gente que estaba en las esquinas, mirándonos.

—Cierra el seguro de las puertas.



No sabía dónde me estaba metiendo. Sabía que sería malo, pero supongo que no sabía lo mal que estaba Ma. Kellan siempre era escueto cuando me hablaba del tema. Me decía que tenía que preocuparme por mejorar en lugar de preocuparme de que Ma estuviera bien.

Ahora le tocaba a él seguir su propio consejo.

Pero eso significaba que alguien tenía que ponerse las pilas y asegurarse de que ella estaba bien, y ese tenía que ser yo. Y no podía dejar a Kellan de lado cuando más me necesitaba.

La puerta principal no estaba cerrada con llave, lo cual hizo que se me tensara el estómago. El apartamento estaba lleno de latas de cerveza, botellas de vodka, frascos de pastillas y ropa sucia por todas partes.

—Madre mía, Ma... —murmuré para mis adentros, algo conmovido.

El mismo sofá roto delante de la misma mesita asquerosa. Mentiría si dijera que no había visto la bolsita de coca en la mesa.

Me di un golpe en la muñeca con la goma elástica.

Respira.

—¡Suéltame! —Oí gritos en la cocina. Era la voz temerosa de Ma. Se me cayó el alma a los pies y de nuevo volví al infierno. Me apresuré a entrar en la cocina, preparado para apartar a mi padre de ella. Sabía que cuando gritaba, sus puños se estaban abriendo paso hacia su alma.

Pero cuando entré en la cocina, estaba sola, en medio de un ataque de pánico. Se rascaba la piel con fuerza, haciendo que se le pusiera roja.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —aullaba cada vez más fuerte.

Levanté las manos y me acerqué a ella.

—Ma, ¿qué estás haciendo?

—¡Las tengo encima! —gritó.

—¿El qué?

—¡Las cucarachas! ¡Están por todas partes! Tengo las cucarachas encima. ¡Ayúdame, Kellan! ¡Quítame esta mierda de encima!

—Soy yo, Ma. Logan.

Sus ojos opacos me miraron y, por un segundo, me recordó a la Ma sobria.

Entonces empezó a rascarse de nuevo.

—Bueno, bueno. Venga. Vamos a meterte en la ducha, ¿vale?

Con un poco de esfuerzo, logré que se sentara en la bañera y dejé que el agua de la ducha cayera sobre ella. Seguía frotándose la piel. Me senté sobre la tapa del retrete.

—Kellan me ha dicho que ibas a reducir el consumo, Ma.

—Sí. —Asintió rápidamente—. Claro. Claro. Kellan se ofreció a mandarme a rehabilitación, pero no sé. No puedo hacerlo sola. Además, eso cuesta mucho dinero. —Me miró a los ojos y sonrió, extendiendo las manos—. Has venido a casa. Sabía que vendrías. Tu padre decía que no lo harías, pero yo sabía que sí. Todavía me vende a veces. —Bajó la mirada y empezó a lavarse los pies. Los moratones que tenía en la espalda y las piernas casi me provocaron arcadas. Sabía que se los había hecho el parásito de mi padre. Y el

hecho de no haber estado allí para interponerme entre él y ella me hizo sentir como si fuera tan mala persona como él.

—¿Crees que soy guapa? —susurró. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, pero pensé que ni siquiera era consciente de estar llorando.

—Eres guapa, Ma.

—Tu padre me ha dicho que soy un adefesio.

Cerré las manos hasta formar un puño y tomé aire unas cuantas veces.

—Que le jodan. Estás mejor sin él.

—Sí. Claro. Claro. —Volvió a asentir rápidamente—. Solo me gustaría que me quisiera, eso es todo.

¿Por qué los humanos siempre deseamos que nos quieran las personas que son incapaces de sentir amor?

—¿Puedes ponerme champú en el pelo? —preguntó.

Accedí. Rocé los moratones pero no reaccionó. Por un momento nos quedamos sentados, escuchando el sonido del agua. No estaba seguro de cómo comunicarme con ella. Ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo, pero al cabo de un rato, el silencio se volvió insoportable.

—Iba a ir al supermercado a comprarte comida mañana, Ma. ¿Quieres darme tu tarjeta de comida?

Cerró los ojos y juntó las manos.

—¡Mecachis! Mierda. Debí de dejármela en el apartamento de mi amiga la otra noche. Vive al otro lado de la calle. Puedo ir a por ella —dijo mientras intentaba levantarse, pero la detuve.

—Todavía tienes jabón en el pelo. Lávatelo y sécate. Te espero en el comedor. Haremos lo de la comida otro día.

Me levanté y salí. Cuando llegué al comedor, miré la bolsita de cocaína que había en la mesa.

—Joder... —susurré, golpeándome con la banda elástica.

Céntrate. Esta no es tu vida. Esta no es tu historia.

El doctor Khan me dijo que después de la rehabilitación, habría momentos en que me encontraría a punto de volver al carrusel de mi pasado, pero entonces dijo que esa ya no era mi historia.

Tenía las manos sudorosas. Me senté en el sofá. No sabía cuándo había pasado, pero de alguna forma, la bolsita de cocaína había acabado en mis manos. Cerré los ojos y respiré profundamente. Me ardía el pecho y mi mente iba a mil por hora. Volver al pueblo era demasiado para mí, pero dejar a Kellan no era una opción.

¿Cómo iba a sobrevivir?

—Oye, vamos a llegar tarde... —Erika entró en el apartamento de golpe y se detuvo al verme con la cocaína en la mano. Miré la cocaína y a Erika rápidamente. Ella suspiró—. Lo imaginaba.

Se dio la vuelta y salió a toda prisa. *Mierda*. Me apresuré a seguirla llamándola por su nombre, pero me ignoró hasta que llegamos al coche. Una vez dentro, aceleró el motor y se alejó de la acera. Pasaron unos minutos sin que dijéramos nada.

—Oye, lo que has visto ahí arriba... —empecé a decir, pero ella negó con la cabeza.

—No hables.

—Erika, no es lo que piensas.

—No puedo hacer esto, Logan. No puedo. No puedo llevarte en coche para que te des un viaje. No puedo ver como decepcionas a tu hermano.

—No estoy consumiendo.

—Mientes.

Levanté las manos en gesto de rendición y dejé escapar un suspiro.

—Ni siquiera sé cómo puedo hablar contigo.

—Entonces no lo hagas.

—Vale, no lo haré.

Erika agarraba con fuerza el volante, y observé el ambientador balanceándose en el espejo retrovisor.

—Está enfermo, y procura no mostrar lo preocupado que está por ti o por tu madre, pero está aterrado. Creo que tenemos que enfrentarnos a la realidad, y la realidad es que acabo de verte con drogas en la mano. Lo último que necesita Kellan es que lo estreses más.

—¿Qué le pasa a esa cabeza tuya? Te inventas historias absurdas y juzgas a la gente por cosas que nunca han sucedido. Te pareces mucho a la loca de tu madre, ¿lo sabías?

Detuvo el coche delante del restaurante y apagó el motor. Se volvió hacia mí y con un tono severo me dijo:

—Y tú eres un calco de la tuya.

Capítulo 24

Logan



—¡No me parezco en nada a mi madre! —dije medio susurrando, medio bufando a Erika mientras la seguía hacia el interior del restaurante de Jacob.

—¡Te he visto! —susurró y bufó a su vez, dándome un golpe en el pecho —. ¡Te he visto, Logan!

—Crees haber visto algo pero no es así. No iba a hacerlo.

—¡No me mientas, capullo! ¡¿Cómo has podido?! ¡Lo prometiste! ¡Lo prometiste!

Antes de que pudiera responder, apareció Kellan.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó.

Erika tenía el ceño fruncido, pero se obligó a relajar la expresión cuando vio la mirada de preocupación de su prometido.

—Tuve que hacer una parada por el camino —dijo dándole un beso en la mejilla—. ¡Pero ya estamos aquí! ¡Y estoy deseando verte actuar!

Kellan me miró, y mantuvo su expresión preocupada. Me encogí un poco de hombros, incapaz de mentir a mi hermano.

Bajó las cejas. Me había entendido. Señaló la puerta principal con la cabeza.

—¿Quieres ir a tomar un poco el aire conmigo, Lo? No empiezo hasta dentro de quince minutos.

—Sí, claro —respondí.

Tenía las manos metidas en los bolsillos, aún crispadas por la manera como me había hablado Erika en el coche hacía unos minutos. Pero no podía enfadarme realmente con ella. La persona que era cuando me fui de aquel

pueblo hacía años era la única versión de mí mismo que conocía. Ante sus ojos, era el capullo drogadicto que había arruinado sus vidas y le había roto el corazón a su hermana por no llamarla. Ante sus ojos, era el imbécil que casi había matado a Kellan y a Alyssa la noche que perdí la cabeza y agarré el volante. Era el responsable de que Alyssa hubiera perdido al niño. Ante los ojos de Erika, era la carga que no se merecían ni Alyssa ni Kellan.

Ante sus ojos, era la persona que tanto me había esforzado por no volver a ser.

Kellan y yo salimos, y el frío de aquella noche de otoño nos azotó la cara de inmediato. Se apoyó en la pared de ladrillos del bar, puso el pie izquierdo contra las piedras y cerró los ojos. Tenía la cabeza levantada hacia el cielo. Fui a sacarme un cigarrillo del bolsillo, pero me detuve.

Mierda.

Nada de fumar.

Me apoyé en la pared junto a él.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté sacando el mechero y encendiéndolo y apagándolo una y otra vez.

—¿La verdad?

—Sí.

Abrió los ojos, y vi que luchaba por contener las lágrimas.

—Estaba ensayando con la guitarra, y empezó a temblarme la mano. El otro día también me pasó, y las manos no dejaban de temblar. Creo que está todo en mi cabeza, porque tengo miedo de la quimioterapia. He leído mucho en internet sobre los efectos que puede tener la quimio en el cerebro. Se pierden algunas funciones cognitivas. Así que quizá no pueda volver a tocar la guitarra. Ni escribir letras. Y es que... —Se mordió el labio inferior e inhaló profundamente. Mi hermano, que siempre era fuerte y duro, estaba desmoronándose poco a poco. Y no podía hacer nada—. Es que... la música... soy yo. Esa es mi vida. Aunque me he pasado mucho tiempo huyendo de ella, y si ahora no puedo tocar la guitarra...

—Yo tocaré por ti —respondí, y lo decía en serio.

Se echó a reír.

—Tu oído musical es completamente nulo, Logan.

—Puedo aprender. Y, joder, ¿recuerdas cuando aprendiste a cocinar después de que mi padre me rompiera la mano?

—¿Aquel único año que hice pavo por Acción de Gracias?

Me eché a reír.

—Y gritaste: «¿Cómo iba a saber que un maldito pavo tarda más de cuatro horas en descongelarse?!» mientras intentabas trincharlo.

—¿Pero, en serio! ¿Quién iba a saber eso?

—Eh... ¿cualquiera con un cerebro? Pero tengo que reconocerlo. Nunca había visto un pavo completamente quemado por fuera y crudo por dentro. Para hacer algo así necesitas talento. ¿Qué fue lo que dijo Ma? —pregunté recordando los pocos momentos buenos que habíamos compartido. Los dos respondimos a la vez.

—¿Qué mierda es esta?! Si querías matarme, podrías haber usado un cuchillo carnicero. Me habría dolido menos que este maldito pavo.

Kellan y yo nos reímos. No es que fuera muy divertido, pero nos desternillamos de risa tan fuerte que empezaron a dolernos las costillas. Me caían por las mejillas lágrimas de recuerdos.

Cuando dejamos de reírnos, un silencio frío llenó el espacio, pero al menos el silencio no era solitario, porque mi hermano estaba conmigo.

—¿Cómo estaba hoy? —preguntó Kellan refiriéndose a Ma.

—No te preocupes, Kel. En serio. He vuelto, así que seré yo quien se encargue de ella. Ya tienes bastante mierda de la que ocuparte. Me toca a mí ayudar.

Ladeó la cabeza en mi dirección.

—Sí pero, ¿y tú qué? ¿Cómo estás?

Suspiré.

No podía decirle lo cerca que estaba de consumir drogas.

No podía decirle lo mucho que me había roto el corazón ver a Ma en ese estado.

No podía derrumbarme cuando más me necesitaba.

Tenía que ser fuerte por él, porque se había pasado toda la vida salvándome. Yo no era un héroe, no era un salvador, pero era su hermano, y de verdad esperaba que eso fuera suficiente.

—Estoy bien, Kellan —dije. No me creyó—. De verdad, te lo prometo. —Él sabía que estaba mintiendo, pero no me lo discutió.

—Estoy muy preocupado por Ma. Y no estoy seguro de cómo ayudarla... Y si muero... —Hizo una pausa cuando sus demonios internos y sus miedos se deslizaron entre sus labios por accidente.

Me aparté del muro y me coloqué delante de él.

—No. No. No digas esas mierdas, ¿vale? Estás aquí. Vas a empezar la quimioterapia. Va a funcionar. ¿Vale?

En sus ojos veía claramente sus dudas.

Le di un empujoncito en el hombro.

—No te vas a morir, Kellan. ¿Vale?

Le tembló la barbilla y asintió un poco.

—Vale.

—No, dilo como si de verdad lo creyeras. ¡No te vas a morir! —dijo levantando la voz.

—No me voy a morir.

—¡Otra vez!

—¡No me voy a morir! —dijo al aire frío.

—¡Otra vez!

—¡No me voy a morir, joder! —gritó, levantando los brazos en gesto de victoria y con una sonrisa en los labios.

Le di un abrazo fuerte, oculté las lágrimas que habían empezado a caerme por la cara y asentí ligeramente, susurrando:

—No te vas a morir.

Volvimos al restaurante, y lo vi actuar. Las manos le temblaban más de lo que quise reconocer, pero su música sonaba mucho mejor de lo que había oído antes. Erika lo miraba como si estuviera contemplando la eternidad en el alma de un chico. Lo quería. Y eso era motivo suficiente para que yo la quisiera. Aunque ella me odiara, una gran parte de mí la quería por quererlo tanto.

—Tengo que terminar de repasar los trabajos —dijo Erika cuando Kellan acabó.

Estábamos en la barra, tomando algo, riéndonos con Jacob, y olvidando durante un rato la realidad de los días venideros.

—Voy contigo —dijo Kellan. Se sacó del bolsillo las llaves del coche y me las tiró—. Puedes volver a casa en mi coche, Logan. —Quizá aquellas palabras no habrían significado mucho para otra persona, pero para mí querían decir que confiaba en mí.

Siempre había confiado en mí, incluso cuando no era de fiar.

—Te veo fuera, Erika. Voy a coger la guitarra. —Ella asintió y se marchó. En cuanto salió por la puerta, Kellan se acercó a Jacob con una mirada de sinceridad absoluta—. Oye tío, solo quería decírtelo. Si me pasara algo —hizo una pausa, se giró y me sonrió—, lo cual no va a suceder, porque no me estoy muriendo, pero si pasara algo, me parecería bien que cuidases de Erika, ¿sabes? Lo vería bien.

Jacob se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la barra.

—Y ahora es cuando te mando a la mierda por pensar siquiera algo así.

Kellan se rio.

—No, en serio. ¿Cuidarás de ella?

—No vamos a hablar de esto —respondió Jacob.

—Sí, Kel. No seas dramático —coincidí.

—Tío, tengo cáncer.

—No me vengas con la mierda del cáncer —replicó Jacob tirándole un trapo—. Me importa un carajo —dijo en broma.

—Pero prométeme que cuidarás de ella —volvió a decir.

Jacob suspiró y se pellizcó la nariz.

—Aunque no va a pasarte NADA, si eso te hace dormir mejor por las noches, cuidaré de Erika. Te lo prometo.

Kellan pareció relajarse. Bajó los hombros y asintió antes de salir para reunirse con su prometida.

Me puse el abrigo para marcharme y llamé a Jacob. Me acerqué a él, lo agarré de la camiseta blanca y lo miré a los ojos.

—Si alguna vez te pillo mirando a Erika, te juro por Dios que te arrancaré las pelotas y te las haré comer.

Soltó una carcajada, hasta que vio mi mirada severa.

—Tío, Erika es como una hermana para mí. Es asqueroso. En cambio, esa tal Alyssa... —Sonrió y levantó las cejas.

—Eres una persona horrible —dije secamente.

Él se rio.

—¡Es broma! Vamos, ha tenido gracia. Créeme, las chicas Walter están fuera de mi alcance.

—Bien. Solo quería asegurarme de que nos entendíamos.

—Así es. Además, Kellan no va a morirse.

Asentí.

Porque Kellan no iba a morirse.

Capítulo 25

Logan



Me metí las manos en los bolsillos y me balanceé en el porche de Alyssa. No sabía cómo había acabado allí, y ni siquiera estaba seguro de si abriría la puerta cuando viera que era yo.

Pero no tenía a dónde ir. Nadie a quien recurrir.

Abrió la puerta y mis ojos bailaron por su cuerpo. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros azules estrechos. Cuando la miré a los ojos, casi me eché a llorar, porque el mero hecho de estar cerca de ella me recordaba lo que era no sentirse solo.

Se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Qué quieres, Logan? ¿Vienes a gritarme? ¿A hacerme sentir mal? Porque es casi la una de la mañana y no tengo ganas de oírlo. —Su actitud severa casi hizo que me echase a reír, pero cuando abrí la boca para soltar una risita, me quedé sin aire.

Vi como su mirada se suavizaba. Dio un paso al frente.

—¿Qué pasa? —preguntó, alerta. Percibía claramente la preocupación que siempre estaba presente en sus palabras. Sacudí la cabeza. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Se está... —Me aclaré la garganta. Me metí las manos todavía más en los bolsillos. Bajé la vista hacia los tablones gastados del porche—. Se está...

—Lo, háblame. —Colocó una mano tranquilizadora en mi pecho, sobre el corazón. Y sin pensarlo, mi corazón empezó a acelerar, respondiendo a su tacto—. ¿Qué ocurre?

Abrí la boca para hablar, pero la falta de aire me ahogó. Empecé a temblar mientras obligaba a las palabras a salir.

—Cuando tenía once años, mi padre me hizo sentarme bajo la lluvia porque le había mirado mal. Estuve allí fuera durante cuatro horas, sentado encima de un cartón de leche, y él me observaba desde la ventana para asegurarse de que no me moviera. Y... Kellan vino a dejar unas cosas. Solo tenía quince años, pero sabía que Ma estaba pasando por uno de sus momentos bajos, así que cada día se pasaba para ver cómo estaba yo. Para traerme comida, ropa que se le había quedado pequeña. Cuando llegó al bloque y me vio allí sentado, empapado, vi como se ponía rojo y cerraba la mano derecha en un puño. Le dije que no pasaba nada, pero me ignoró. Me subió al apartamento y empezó a gritarle a mi padre, llamándolo parásito y no sé qué. Lo cual es una locura, sabes, porque ya conoces a mi padre. La gente no le discute; ni siquiera lo miran a los ojos. Pero Kellan lo hizo. Sacó pecho, miró a ese hijo de puta a los ojos, y le dijo que si alguna vez me ponía la mano encima, o me obligaba a hacer alguna locura como ponerme debajo de la lluvia, lo mataría. No lo decía en serio, ya sabes. Kellan no haría daño a una mosca. Pero se enfrentó a mi mayor miedo. Luchó por mí cuando yo no podía. Y mi padre le pegó. —Suspiré al recordarlo—. Le pegó fuerte. Pero Kellan se levantó. Siguió levantándose una y otra vez. Por mí. Lo hizo por mí. Siempre ha cuidado de mí, ¿sabes? Es mi hermano mayor. Es mi...

Sacudí la cabeza. Tenía un nudo en el estómago y me dolía.

—Se está... —Me aclaré la garganta y hundí todavía más las manos en los bolsillos. Bajé la cabeza y miré mis cordones andrajosos—. Se está... Se está muriendo. —Asentí, dándome cuenta de que una vez esas palabras abandonaran mis labios, se harían reales. Mi hermano, mi héroe, mi mundo se estaba muriendo—. Kellan está enfermo. Se está muriendo, Subidón. Se está muriendo. —Empecé a temblar de manera incontrolable, tratando de contener las lágrimas que me ardían en los ojos. Quería callarme, quería dejar de hablar, pero no podía dejar de repetir las palabras que más miedo me daban en el mundo—. Se está muriendo. Se está muriendo. Kellan se está muriendo.

—Ay, Logan...

—¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Cuánto hace que sabes que está enfermo? ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no...? Se está muriendo... —Sollocé.

Dios, era un desastre. Estaba a punto de perder el control. Pero entonces ella me abrazó. Me sostuvo. Me rodeó con sus brazos y no dijo una palabra. Solo me abrazó fuerte mientras yo me derrumbaba en el porche de su casa aquella noche de verano.

Por un momento volvimos a ser nosotros. Por un momento ella era el fuego que mantenía mi corazón caliente por la noche. Por un momento fue mi salvadora. Mi refugio. Mi Subidón, radiante y hermosa.

Pero después de los subidones, siempre venían las bajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz profunda desde el interior de la casa. Levanté la vista cuando volvió a hablar—. ¿Quién es?

Llevaba una camisa con las mangas remangadas hasta los codos, pantalón de vestir, y unos zapatos que parecían bastante caros. Salió al porche y yo me aparté de Alyssa, confundido.

—Dan, este es Logan, mi... —Titubeó, porque no sabía qué éramos, y con razón. La verdad es que no éramos nada. Éramos los recuerdos fugaces de algo que fue. Ni más, ni menos—. Un viejo amigo.

¿Un viejo amigo?

Te quise.

¿Un viejo amigo?

Tú me cambiaste.

¿Un viejo amigo?

Joder, te echo tanto de menos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Se acercó a Alyssa entrecerrando los ojos. Puso la mano en su hombro de manera protectora, y por un instante se me pasó por la cabeza darle un puñetazo por tocarla. Por ponerle la mano encima a mi chica, pero entonces me acordé.

No era mía.

Hacía años que no lo era.

Ella sacudió el hombro para liberarse de su mano.

Aparté la vista.

—Me marchó. —Me reí, pero nada tenía gracia. Estiré la banda elástica de la muñeca, bajé los escalones, y oí como Alyssa me llamaba.

La ignoré.

También ignoré el fuego que me quemaba el alma.

El mundo nunca te hacía promesas, pero estaba seguro de que siempre iba a joderme.



Me senté en la valla publicitaria y miré las estrellas que brillaban en el cielo. Me pesaban los párpados, pero no podía volver a casa de Kellan. No podía

verlo. Necesitaba dormir, y por un momento consideré la idea de quedarme allí arriba y dormirme hasta que el sol me despertara. Pero cada vez que cerraba los ojos, recordaba la conversación que había tenido lugar hacía unas horas, cuando JP confirmó la peor noticia de mi vida.

Me dolía más el corazón de lo que debería doler un corazón.

Es mi hermano...

No podía imaginarme un mundo en el que no estuviera él. Y me odié a mí mismo en ese momento. Me odié porque una gran parte de mí quería huir y encontrar droga. Una gran parte de mí quería sacar el teléfono y marcar los números de la gente a la que no necesitaba volver a ver, para que me suministrase alguna mierda. Una gran parte de mí quería caer en la madriguera, porque al fondo de la madriguera no existían los sentimientos. Nada era real cuando una persona entraba en la madriguera, así que el dolor de la realidad nunca salía a la superficie.

Doblé las piernas y rodeé mis rodillas con los brazos.

No recé. No creía en Dios. Pero por un momento, me planteé ser el hipócrita que empezaría a hacerlo aquella noche.

Cerré los ojos y levanté la cabeza hacia el cielo.

Al principio los pasos eran tenues. Entonces la escalera de metal empezó a balancearse ligeramente a medida que subía.

Llevaba una bolsa de plástico, aquellos vaqueros ajustados y la camiseta, y aún conservaba la mirada de preocupación.

Se encogió un poco de hombros. No necesitaba decir nada; sabía que me estaba pidiendo permiso para sentarse conmigo. Respondí encogiéndome de hombros también, y ella supo que eso era un sí. Al aproximarse, sentí que me picaban los ojos y me martilleaba el corazón. Se sentó a mi izquierda, dobló las piernas, y rodeó sus rodillas con los brazos, igual que yo. Giramos la cabeza hacia el otro y nuestras miradas se encontraron.

Abrió la bolsa de plástico y sacó un paquete de Oreos, una cestita de plástico llena de frambuesas, un par de botellas de leche semidesnatada y dos vasos de plástico desechables.

Escuché el sonido del plástico al arrugarse cuando abrió las galletas, revelando así una pequeña parte de nuestro pasado.

Giré el tapón de la leche y llené los vasos.

Ella abrió una galleta, puso una frambuesa dentro y la cerró antes de ofrecérmela.

No lograba recordar la última vez que me había comido una Oreo con frambuesa.

Esbozó una media sonrisa y asintió. Respondí con el mismo gesto.

—Estás bien, Logan Francis Silverstone —dijo.

—Estoy bien, Alyssa Marie Walters —respondí.

Nos giramos, nos comimos dos filas enteras de galletas con frambuesas y miramos el cielo iluminado.

Cuando sintió frío, le di mi sudadera.

Cuando se me rompió el corazón, ella me sostuvo la mano.

Capítulo 26

Alyssa



—Oye, despierta. —Noté un leve toque en el costado y me froté los ojos. Al abrirlos lentamente, la luz brillante del sol me inundó la cara. Logan estaba de pie junto a mí—. Levántate.

—Vaya... ¿qué hora es? —pregunté bostezando. No tenía intención de quedarme dormida aquella noche. Quería volver a casa, meterme en mi cama caliente y fingir que Logan ya no existía en mi mundo, pero la noche anterior parecía muy roto.

—Es hora de que te vayas —siseó. Me incorporé un poco, confundida por su actitud. Metió todas las cosas que había traído en la bolsa de plástico y me la dio de malas maneras—. No vuelvas aquí, ¿vale?

—¿Por qué estás siendo tan desagradable?

—Porque no te quiero aquí. Y devuélveme mi sudadera.

—Muy bien —gruñí levantándome y lanzándole la sudadera. Se me aceleró el corazón al dirigirme a la escalera para marcharme. Pero en vez de bajar, me volví hacia Logan—. No he hecho nada malo. Fuiste tú quien vino a mí anoche. No al revés.

—No te pedí que subieras aquí. No te dije que trajeras galletas y esa mierda, como en los viejos tiempos. Para que lo sepas, ya no somos las mismas personas. Por Dios. ¿Sabía tu novio a dónde ibas anoche?

Solté una risita, sorprendida.

—¿Así que se trata de eso? ¿De que tengo novio? Logan, Dan no es...

Puso los ojos en blanco.

—Me importa una mierda que tengas novio. Pero creo que dice mucho de ti que te parezca bien la idea de pasar toda la puta noche con otro hombre. ¿Acaso sabe dónde estás ahora mismo? Por Dios, Alyssa. Te hace parecer una auténtica pu...

Lo interrumpí. Me puse delante de él y le puse la mano en la boca antes de que pudiera decirlo.

—Sé que estás dolido. Sé que estás asustado y que lo estás pagando conmigo porque soy un blanco fácil. Está bien. Seré tu blanco. Dirige todo tu odio hacia mí. Dime que no vuelva nunca aquí, al único lugar que me recuerda a ti. Mándame a la mierda. Pero *no* puedes hablarme así, Logan Francis Silverstone. No puedes denigrarme por intentar apoyarte. No puedes llamarme puta.

Se quedó cabizbajo por un instante, con algo de culpa reflejada en los ojos, pero entonces bufó enfadado.

—Voy a estar un tiempo en el pueblo, ¿vale? Así que, ¿podemos hacer lo posible por evitarnos? Cometí un error yendo a tu casa desde el principio, pero ya está hecho. No tiene sentido que hablemos, la verdad. Es obvio que ya no tenemos nada que decirnos.

—Lo siento si he hecho que esto te resulte más difícil. Me mantendré al margen. Pero si me necesitas, estaré aquí, ¿vale? Dímelo. Y, para que lo sepas, Dan no es mi novio. Nunca lo ha sido y nunca lo será. Solo es un amigo que me está ayudando a conseguir un local. Bebió un poco demasiado y se quedó dormido en mi sofá. No estoy saliendo con nadie. No he salido con nadie en mucho tiempo. Ninguna de mis últimas relaciones ha sido buena. Y ahora entiendo por qué no funcionaron. —Inhalé profundamente y cerré los ojos—. Porque he estado esperando todo este tiempo a un chico que pensaba que me había querido.

—Maldita sea, Alyssa, ¡me da igual! Me da igual lo que pase en tu vida. Y tienes que asimilar una cosa: tú y yo no vamos a volver a estar juntos nunca. No somos un final feliz. —Sus palabras me hirieron profundamente. Se giró dándome la espalda.

—¿Alguna vez piensas en nosotros? ¿Alguna vez piensas en mí? —susurré pasándome los dedos por el cuello—. ¿Alguna vez piensas en el bebé?

No se volvió para mirarme, pero dejó caer los hombros. No se movió. ¡Di algo! ¡Di cualquier cosa!

—Vete, Alyssa. Y no vuelvas.

Tragué saliva con dificultad. Tenía la garganta seca.

Di lo que sea menos eso.

Capítulo 27

Logan



Habían pasado varias semanas desde que llegué para estar con Kellan. Había realizado dos sesiones de quimioterapia y parecía él mismo, aunque quizá algo malhumorado. Tenía tendencia a enfadarse un poco cuando Erika lo ayudaba con sus medicinas y comprobaba que estuviera bien cada segundo del día. La tenía encima constantemente, y para ser sincero, yo me sentía agradecido. Sabía que le molestaba que lo atosigara, pero a mí me daba cierta paz saber que estaba bien cuidado.

La boda iba a celebrarse el fin de semana anterior, pero la retrasaron al mes siguiente. Me pregunté cuántas veces cambiarían la fecha. Sabía que era Kellan quien había decidido atrasarla, porque quería ser cauto en cuanto a la enfermedad.

El jueves me dio dinero para que le hiciera la compra a Ma. Cuando fui a su casa, llevé utensilios de limpieza. La casa estaba hecha un asco. Ma estaba frita en el sofá, y yo no me molesté en despertarla. Mientras dormía no consumía.

Cuando dormía tenía un aspecto angelical increíble. Era como si los demonios de su mente se fueran a descansar, y saliera su auténtico yo. Llené el frigorífico y los armarios de comida que aguantaría unos cuantos días antes de ponerse mala. No estaba seguro de si estaría comiendo mucho o poco, pero así podría ir cogiendo cosas sin temor a que se pusieran malas.

También le hice una lasaña. Uno de mis recuerdos favoritos de ella era cuando decidió que quería rehabilitarse, y me pidió que preparara una cena para celebrarlo antes de ingresar en una clínica. Reímos, comimos y vivimos

un instante de lo que podrían haber sido nuestras vidas, si los dos hubiéramos estado limpios.

Cuando salió de casa, se encontró con mi padre, y la rehabilitación se convirtió en un recuerdo lejano para ella.

Limpié el apartamento de arriba abajo. Incluso me arrodillé para frotar la alfombra. Llevé toda su ropa a la lavandería, y mientras se lavaba, volví al apartamento y seguí limpiando.

No se despertó hasta que volví con la ropa y me senté en el suelo para doblarla. Cuando se incorporó, bostezó y dijo:

—Pensaba que había soñado que estuviste aquí el otro día.

Le dirigí media sonrisa. Ella me la devolvió y se frotó sus brazos delgados.

—¿Has limpiado la casa?

—Sí. También te he traído comida y te he lavado la ropa.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y siguió sonriendo.

—Tienes buen aspecto, chico. —Asentía una y otra vez, con las mejillas cubiertas de lágrimas. No se las enjugó, sino que dejó que cayeran hasta su barbilla—. Tienes muy buen aspecto. —La culpa se apoderó de ella mientras se rascaba—. Sabía que lo lograrías, Logan. Sabía que podrías mantenerte limpio. A veces desearía... —Guardó silencio.

—No es demasiado tarde, Ma, lo sabes. Podemos apuntarte a un programa. Tú también puedes estar limpia.

No sabía si aún residía en mí aquel destello de esperanza que siempre había conservado por ella. Quería que se alejase de todo ese mundo. Aún había una parte de mi alma que deseaba que los dos nos mudáramos a otra casa, lejos del lugar que había creado tanto horror para ambos.

Durante un segundo, pareció que ella también lo consideraba, pero entonces parpadeó y empezó a rascarse otra vez.

—Estoy mayor, Logan. Estoy mayor. Ven aquí. —Me acerqué y me senté en el sofá junto a ella. Me cogió las manos y sonrió—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, Ma. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo. Me sorprendió un poco.

Metí la lasaña en el horno, y cuando estuvo lista, nos sentamos en la mesa del comedor y nos la comimos directamente de la bandeja. Me habría gustado poder encerrar aquel momento en mi corazón y no dejar que se marchase nunca.

Mientras comía, las lágrimas le rodaban por la cara.

—Estás llorando —dije.

—¿Sí? —Se secó la cara y volvió a sonreírme. Pero era una sonrisa rota—. ¿Cómo está Kellan? —preguntó.

—¿Sabías lo de...?

Asintió.

—Está bien. Me ha pedido que lo acompañe a una sesión de quimio la semana que viene. Lo superará, ¿sabes? Es fuerte.

—Sí —murmuró comiendo más de lo que la había visto comer en mucho tiempo—. Sí, es fuerte. Es fuerte. —Las lágrimas empezaron a caer más rápido por sus mejillas, y se las enjugué—. Pero es culpa mía, sabes. Yo le he hecho esto... He sido una mierda de madre. No he estado ahí para vosotros.

—Ma, venga ya. —No estaba seguro de qué decir, de cómo detener las lágrimas.

—Es verdad. Lo sabes. Metí la pata. Yo he hecho esto.

—Tú no le has dado el cáncer.

—Pero no os he puesto las cosas fáciles. Has estado en rehabilitación, Logan. En rehabilitación. Me senté contigo el día que cumpliste dieciséis años y nos metimos rayas de coca. Te alimenté con mi adicción... —Sacudió la cabeza—. Lo siento mucho. Lo siento mucho.

Estaba tan rota. Estaba tan perdida. Lo cierto era que había vagado perdida en su mente más tiempo del que alcanzaba a recordar. Había estado muy enfadado con ella durante mucho tiempo. Le guardaba mucho rencor por las elecciones que había tomado, pero no era culpa suya. Solo estaba dando vueltas y más vueltas en su propio tiovivo, incapaz de dejar de repetir los mismos errores.

—Todos estaremos bien, Ma. No te preocupes. —Le cogí la mano y la apreté con fuerza.

Justo en ese momento, se abrió de golpe la puerta principal y Ricky entró como un vendaval.

Era increíble como mi odio por él seguía presente en el momento en que lo vi.

—Julie, ¿qué coño...? —bufó.

Tenía un aspecto muy diferente al de la última vez que lo vi, hacía cinco años. Parecía... ¿roto? Viejo. Cansado. Los trajes elegantes que solía llevar habían cambiado por pantalones de chándal y camisetas. Sus zapatos elegantes eran ahora zapatillas deportivas. Sus brazos, antes musculosos, ya no eran tan fuertes ni estaban tan definidos.

Me pregunté si estaría consumiendo lo que vendía.

—Me debes cincuenta dólares —aulló, pero se detuvo al verme. Ladeó la cabeza hacia la izquierda, sorprendido—. ¿Acaba de cruzarse en mi camino un fantasma? —Se me encogió el pecho del mismo modo que lo hacía cuando me lo encontraba. Solo necesitó un momento antes de que su confusión se transformara en una sonrisa siniestra. Parecía complacerle mi regreso, casi como si supiera que iba a volver.

—¿Sabes? —Se acercó a mí sacando pecho—. Se rumoreaba que habías vuelto, pero supuse que era mentira. Ahora que estás aquí, puedes trabajar conmigo en el negocio familiar.

—No voy a hacer eso. Nunca volveré a caer en eso.

Entrecerró los ojos y vi que inhalaba y exhalaba con una expresión seria. Entonces se rio.

—Me encanta. Me encanta que creas de verdad que eres lo suficientemente fuerte para mantenerte limpio. —Se pegó a mí, pero en vez de retroceder, me erguí. Ya no le temía. No podía temerle. Apretó el pecho contra el mío, intentando hacerme retroceder—. Pero te conozco, Logan. Veo en tus ojos la misma puta débil que habita en tu madre. Nunca podrás alejarte.

Vi que a Ma se le llenaban los ojos de lágrimas al oírle decir eso. Debía de sentirse como si le hubiera clavado una daga en su alma, porque durante toda su vida no hizo más que quererle. Había desperdiciado muchos años queriendo a un hombre a quien le encantaba controlarla y menospreciarla.

—No hables de mi madre —dije defendiéndola, porque ella no tenía ni idea de cómo defenderse a sí misma. Él rio.

—Quiero a tu madre. Julie, ¿acaso no te quiero? Es la única mujer en mi vida. Eres mi nena.

Mamá sonrió un poco, como si le creyera.

Algo que nunca entendería.

Me ponía enfermo.

—No la quieres. Te encanta controlarla porque eso esconde el hecho de que no eres más que una puta rata.

Me encogí cuando sentí el contacto de su puño en mi ojo.

—Esta puta rata todavía puede darte una paliza, chico. Pero no voy a perder más tiempo contigo. Julie. Dame mi dinero.

La voz le temblaba de miedo.

—Ricky, no lo tengo ahora mismo. Pero lo conseguiré. Solo tengo que...
—Fue a pegarle, pero me interpose entre los dos y bloqueé el golpe.

—¿Qué pasa, te fuiste a un bonito centro de rehabilitación y volviste pensando que podías entrar aquí sin más, Logan? —preguntó, enfadado—.

Créeme, no te gustaría tenerte como enemigo.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué la cartera. Conté cincuenta dólares.

—Toma. Cógelo y vete.

Arqueó una ceja.

—¿He dicho que eran cincuenta? Quería decir setenta.

Capullo. Saqué otros veinte y se los di de malas maneras. Él aceptó los billetes de buena gana y se los metió en el bolsillo. Se inclinó sobre la lasaña.

—¿La has hecho tú, hijo? —preguntó. Sabía que llamarme hijo me cabrearía. La probó y luego la escupió en la bandeja, echando a perder toda la comida—. Sabe a mierda.

—Ricky —dijo Ma, intentando defenderme, pero él le lanzó una mirada que la silenció.

Había perdido su voz hacía tiempo, y ahora no tenía ni idea de cómo encontrarla.

—Te comportas como si no cuidara de ti, Julie. Eso es muy ofensivo. No te olvides de quién ha estado aquí contigo cuando este chico te dejó y se largó. Y te preguntas por qué me resulta tan difícil quererte. Me traicionas constantemente.

Ma se quedó cabizbaja.

—¿Y esto? ¿Que te traiga comida y te haga la compra? Esto no quiere decir que le importes, Julie. —Abrió los armarios y el frigorífico, cogió toda la comida que le había comprado a Ma, lo abrió todo y lo tiró al suelo. Quería detenerle, pero Ma me pidió que me quedara callado. Abrió una caja de cereales, me miró a los ojos, y los tiró lentamente encima de la montaña de comida del suelo. Entonces abrió un cartón de leche e hizo lo mismo. Luego caminó por encima con sus zapatillas deportivas y se dirigió a la puerta principal—. Voy a encargarme de unos asuntos —dijo con una sonrisa—. Ah, y Julie.

—¿Sí? —susurró. Estaba temblando.

—Limpia esa mierda antes de que vuelva.

Cuando se cerró la puerta, mis latidos se normalizaron.

—Ma, ¿estás bien?

Tenía el cuerpo tenso, y no me miraba.

—Esto es culpa tuya.

—¿Qué?

—Tiene razón. Me dejaste, y él ha estado ahí por mí. Tú eres el motivo por el que ha hecho este desastre. Tú no estabas aquí. Él me ha cuidado.

—Ma...

—¡Vete! —gritó con las mejillas cubiertas de lágrimas. Vino hacia mí y empezó a pegarme, tal y como solía hacer cuando era joven. Culpándome porque el demonio no la quería—. ¡Vete! ¡Vete! Todo es culpa tuya. Es culpa tuya que no me quiera. Este desastre es culpa tuya. Es culpa tuya que Kellan se esté muriendo. Te alejaste de nosotros. Nos dejaste. Nos dejaste. Ahora vete, Logan. Vete. Vete. ¡Vete! —gritó golpeándome el pecho.

Sus palabras me confundían, me hacían daño, ardían. Estaba histérica, y me recordaba demasiado a la Ma que conocía antes y a la que odiaba. Sus palabras resonaban como un eco en mi mente.

Es culpa tuya. Este desastre es culpa tuya. Es culpa tuya que Kellan se esté muriendo. Nos dejaste. Nos dejaste. Nos dejaste... Kellan se está muriendo...

Me abrasaba el pecho. Parpadeé una y otra vez, intentando no derrumbarme. ¿Cómo es que había vuelto allí? ¿Cómo es que volvía a estar exactamente en la misma situación en la que estaba hacía cinco años? ¿Cómo había vuelto al tiovivo del que había huido hacía tanto?

No dejaba de pegarme. No dejaba de culparme.

Así que recogí mis cosas y me marché.



Logan, once años



—Qué cómodo estás.

Papá entró a trompicones en la sala de estar mientras yo miraba dibujos animados en la televisión por cable sentado en el suelo. Le ignoré tanto como pude y seguí comiendo mi cuenco de cereales Captain Crunch. Estaba fumando un cigarrillo, y sonreía al verme fingir que no estaba allí.

Solo eran las cuatro de la tarde y ya se tambaleaba. Ya estaba borracho.

—¿Estás sordo, chico?

Se acercó a mí y me pasó el dorso de la mano por la cabeza antes de darme un golpe fuerte. Me estremecí al sentir el contacto. Pero seguí ignorándolo. Kellan sabía cómo podía ponerse mi padre, y decía que era

mejor si no respondía. Kellan tenía mucha suerte de tener otro padre. Ojalá yo también tuviera otro padre.

Estaba deseando que llegase Ma a casa. Se había ido unos días, pero cuando me llamó el fin de semana anterior, dijo que la vería pronto. Deseé que mi padre se fuera y no volviera nunca.

Cuando volví a notar su mano en mi omóplato, me encogí otra vez, y se me cayó el cuenco de cereales de las manos. Se rio con malicia, complacido por mi malestar. Levantó la mano y me pegó en la oreja.

—Recoge esa mierda. ¿Y qué coño te crees que haces comiendo cereales a las cuatro de la tarde?

Tenía hambre y era lo único que teníamos. Pero no podía decirle eso. No podía decirle nada.

Me levanté, temblando, y empecé a meter los cereales en el cuenco. Mi padre se puso a silbar una melodía de los dibujos, y el corazón me latió con fuerza.

—Joder, niño, date prisa. Recoge esa mierda. Vas ensuciando mi casa como si no tuvieras cabeza.

Se me humedecieron los ojos, y odiaba permitir que me hiciera eso. Un niño de once años debería ser más fuerte. Me sentía débil.

—¡Recógelo!

No podía soportar más su ira de borracho, su aparente descontento conmigo. Cogí el cuenco de cereales y se lo tiré. Pasó volando junto a su cabeza hasta colisionar con la pared y romperse en un millón de pedazos.

—¡Te odio! —grité. Las lágrimas me quemaban las mejillas—. ¡Quiero que vuelva mamá! ¡Te odio!

Abrió mucho los ojos, y entré en pánico. Me arrepentí de mi arrebato. Kellan se habría sentido muy decepcionado. No debería haberle respondido. Debería haberme encerrado en la habitación como hacía siempre.

Pero no había dibujos en la habitación.

Solo quería ser un niño, aunque fuera por un día.

Mi padre se acercó rápidamente y me agarró del brazo.

—¿Quieres hacer trastadas? ¿Eh? —Tiró de mí, haciéndome tropezar—. ¡¿Quieres romper mierda?!

Me arrastró hasta la cocina, donde abrió el armario que había debajo del fregadero.

—No. ¡Lo siento, papá! ¡Lo siento! —grité, intentando liberarme. Él se rio y me metió dentro del armario.

—Aquí tienes tus malditos cereales —dijo cogiendo la caja y tirándomelos por encima. Cuando cerró la puerta, intenté abrirla, pero no se movía. Había colocado algo delante para mantenerla cerrada.

—¡Por favor, papá! ¡Lo siento! —grité—. No me dejes.

Lo siento.

Pero no me escuchó, y al cabo de un rato dejé de oír sus pasos.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me había encerrado en el armario, pero me quedé dormido dos veces, y me hice pis encima. Cuando mi madre me encontró, parecía estar colocada. Sacudió la cabeza, decepcionada.

—Ay, Logan —suspiró pasándose las manos por el pelo. Encendió un cigarrillo—. ¿Qué has hecho esta vez?

Capítulo 28

Alyssa



—¿Tienes idea de lo mucho que me confundes, Logan? —pregunté cruzándome de brazos.

Él había aparecido en mi porche, vestido con una camiseta negra y vaqueros oscuros. Me estremecí bajo el aire frío, ya que solo llevaba una camiseta grande y unos calcetines que me llegaban al muslo. Estaba de espaldas, y se acercó al borde del porche y se agarró a la baranda. Contempló la oscuridad. Tenía los brazos musculosos, y vi como se definían al aferrarse a la baranda de madera. Cuando éramos más jóvenes, era guapo, pero no estaba musculoso. Ahora parecía un dios griego que me provocaba un cosquilleo en las piernas con solo mirarlo.

—Lo sé. Es que... no sé a dónde ir.

Se volvió hacia mí y solté un grito ahogado al ver su ojo morado. Me acerqué a él rápidamente y lo toqué con suavidad. Él se estremeció.

—¿Tu padre?

Asintió.

—Si me presento así en casa de Kellan, perderá los papeles.

Ay, *Lo...*

—¿Estás bien? ¿Está bien tu madre? —pregunté, y luego guardé silencio. Era como si hubiéramos viajado atrás en el tiempo y estuviéramos reviviendo las mismas rutinas que solíamos representar. Deseaba que aquel no fuera uno de los recuerdos más comunes.

—No está bien, pero está bien.

Déjà vu.

—Entra —dije cogiéndole la mano. Él negó con la cabeza y se soltó.

—Me preguntaste una cosa la última vez que hablamos, y no respondí.

—¿El qué?

—Me preguntaste si pienso en el bebé. —Se frotó la nuca—. Pienso que al final del verano, habría empezado la guardería. Pienso que quizá tendría tu risa, y tus ojos. Pienso en cómo, seguramente, se mordería el cuello de la ropa e hiparía cuando estuviera nervioso. Pienso en cómo le latiría el corazón. Lo mucho que te querría. Cómo caminaría, hablaría, sonreiría, frunciría el ceño. Pienso en eso. Más de lo que me gustaría. Y entonces... —Se aclaró la garganta—. Entonces pienso en ti. Pienso en tu sonrisa. En la manera como te muerdes el cuello de las camisetas cuando estás nerviosa, y que haces lo mismo cuando algo te da vergüenza. Pienso en cómo, cuando te enfadas, hipas tres veces, y que cada vez que tu madre te critica, aún te duele. Pienso qué pensarás por la noche cuando hay tormenta, y si alguna vez, aunque sea durante solo un segundo, piensas en mí.

—Lo —suspiré—. Entra.

—No me invites a entrar —murmuró.

—¿Qué?

—Digo que no me invites a entrar.

—¿No quieres hablar?

—No. —Me miró a los ojos—. No, no quiero *hablar*. Quiero olvidar. Quiero que mi mente deje de recordar toda la mierda. Quiero... Subidón... — Se quedó sin aire, y le fallaron las palabras. El temblor de su voz habría pasado inadvertido a alguien que no conociera a Logan, pero yo lo oí. Lo conocía, y sabía que su mente estaba viajando a esos rincones oscuros otra vez. Se acercó a mí, y me quedé inmóvil. Quería que se acercara. Echaba de menos estar tan cerca. Me puso la mano en la mejilla y cerré los ojos al sentir su tacto suave—. Quiero hablar contigo, pero no puedo. Porque entonces volveremos a donde estábamos hace años, y no puedo volver a eso, Alyssa. No puedo volver a enamorarme de ti. No puedo volver a hacerte daño.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Por eso te has portado tan mal conmigo? —Asintió lentamente—. Logan, podemos ser solo amigos. No tenemos que salir juntos. Entra y hablamos.

—No puedo ser amigo tuyo. No quiero hablar contigo, porque cuando hablamos, me hace daño. Y no quiero sufrir más. Pero... no puedo alejarme de ti. Lo estoy intentando, pero no puedo. Te deseo, Subidón. —Sus palabras me dieron escalofríos y me nublaron la mente—. Quiero pasar las manos por

tu pelo —susurró colocándome los rizos detrás de la oreja—. Quiero recorrer tu cuello con la lengua. Quiero sentirte. —Su mano volvió a mi mejilla—. Quiero saborearte. —Lamió lentamente la curva de mi cuello—. Quiero lamerte. —Agarró con los labios el lóbulo de mi oreja y lo succionó con suavidad—. Quiero... Joder... —Suspiró y me atrajo más hacia sí—. Te deseo, Alyssa. Te deseo mucho. Te deseo con tantas ganas que no puedo pensar en otra cosa. Así que, por favor, para evitar confusiones entre nosotros —siseó contra el lóbulo de mi oreja antes de succionarlo un poco—, no me invites a entrar.

Tenía el corazón a mil por hora, y di unos pasos atrás hasta acabar contra la pared de la casa. Él se acercó y me rodeó con los brazos. Cuando me miró a los ojos, vi que los suyos estaban dilatados, llenos de necesidad, deseo, ¿esperanza...? O tal vez era mi propia esperanza, que rezaba para que todavía existiera en su mirada. Me temblaban los muslos, y mi mente estaba hecha un lío. Parte de mí se preguntaba si era un sueño, pero a una parte mayor no le importaba. Quería ese sueño. Añoraba ese sueño. Había deseado ese sueño durante los últimos cinco años. Quería sentir su cuerpo contra el mío. Quería sentir cuánto me echaba de menos. Quería acercarme a él y besarle.

Quería sentirlo...

Saborearlo...

Lamerlo...

Lo...

—Logan —murmuré, incapaz de apartar la mirada de sus labios, que casi tocaban los míos. Logan acercó su precioso cuerpo a mí y me levantó la barbilla hasta que nos miramos a los ojos. Sus labios me recordaban a aquel verano en el que no hacíamos más que besarnos. Me recordaban al primer chico que había querido, y al primer y único chico que había logrado romperme el corazón—. Estás triste esta noche. —Ladeé la cabeza y observé cada fragmento de él. Su pelo, su boca, su mandíbula, su alma. Las sombras oscuras que siempre acompañaban la profundidad de sus ojos. Su respiración era pesada e irregular, al igual que la mía.

—Estoy triste esta noche —asintió—. Estoy triste cada noche, Alyssa. Nunca quise hacerte daño al no responder tus llamadas.

—No importa. Fue hace mucho tiempo. Éramos niños.

—Ya no soy el mismo chico, Alyssa. Te juro que no lo soy.

Asentí.

—Lo sé, y yo no soy la misma chica. —Pero parte de mi alma recordaba los días de antaño. Una parte de mi alma aún sentía el fuego que Logan y yo

empezamos hacía muchos años. Y a veces, en los momentos de silencio entre el día y la noche, juraba que aún podía sentir su calor—. Por eso quiero que entres esta noche. Porque yo también estoy triste. Sin compromiso. Sin promesas. Solo unos instantes para olvidar, juntos.

Empezó a levantarme la camiseta, y cerré los ojos del placer que un gesto tan sencillo me provocaba. Un débil gemido escapó de mis labios cuando rozó el pulgar por la tela de mis braguitas, y entonces apretó con más fuerza, frotando de arriba hacia abajo. Su lengua bailó por el lóbulo de mi oreja hasta que lo succionó con fuerza. Me agarró el trasero con la mano derecha y con la izquierda me bajó las braguitas para meter un dedo dentro de mí.

Un dedo.

Dos dedos.

Tres dedos...

Jadeaba con fuerza. La necesidad iba creciendo cada vez más. Arquee las caderas en su dirección, deseando su erección dentro de mí. Bailé sobre sus dedos, rogando sentir el tacto que tanto había echado de menos.

—Entra —dije gimiendo en voz baja, atrayéndolo hacia mí. Lo necesitaba cerca.

—No me invites a entrar.

Hundió más los dedos. Se me aceleró el corazón. Lo sentí todo en aquel momento. Todo el miedo, todo el deseo, toda la necesidad...

Sentir.

Saborear.

Lamer.

Dios mío, Logan...

—Entra —ordené rodeándole la cintura con una pierna.

—No, Subidón.

—Sí, Lo.

—Si entro, no seré amable —me aseguré—. Si entro, no hablaremos de nada. No mencionaremos el pasado, no hablaremos del presente, y no hablaremos del mañana. Si entro, voy a follarte. Voy a follarte con todas mis fuerzas. Voy a follarte salvajemente. Voy a follarte para silenciar mi cerebro, y tú me follarás para silenciar el tuyo. Y luego me iré.

—Logan.

—Alyssa.

—Lo...

—Subidón...

Parpadeé, y cuando abrí los ojos de nuevo, me prometí que no volvería a apartar la vista de él.

—Entra.



No pasamos del piano de la sala de estar. Cuando su boca encontró la mía, me besó como nunca antes me habían besado. Era fuerte, rudo, feo y triste. *Joder, muy triste*. El fuego ardía en mi pecho cuando le devolví el beso con más fuerza todavía, deseándolo más de lo que podría haberme deseado él nunca. Nos arrancamos la ropa el uno al otro, sabiendo que aquello era un receso. Era una oportunidad de silenciar nuestra mente y follarnos para eliminar el dolor del otro. Me rodeó con sus brazos y me levantó, empujándome contra el piano.

Me cogió la mano y la deslizó sobre su erección. Lo acaricié mientras él me masturbaba, y en ningún momento apartamos la vista del otro.

Sentir.

Saborear.

Lamer.

Sí...

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un preservativo y se lo puso antes de abrirme más aún las piernas. Al deslizarse dentro de mí, grité de gozo, de placer, de los dolores más profundos. Sus dedos se clavaron en mi piel y los míos se aferraron a su espalda. Lo abracé con fuerza mientras él me embestía, haciéndome temblar bajo el peso de su cuerpo. Nos balanceamos sobre las teclas del piano. Sonaba al unísono con nuestros deseos, nuestras necesidades, nuestra confusión, nuestros miedos. Entraba y salía de mí, y le suplicaba que no me soltara. Estábamos muy rotos. Estábamos muy desgastados de las vidas que vivíamos. Pero aquella noche hicimos el amor con los fragmentos rotos.

Fue intenso, fue sagrado, fue desgarrador.

Tuvo sus momentos bajos y sus momentos altos.

Oh, Dios. Me parecía tan mala idea, y al mismo tiempo también parecía correcto.

Lo echaba de menos.

Nos echaba de menos.

Nos echaba tanto de menos.

Cuando se fue, no dijo una sola palabra.

Cuando se fue, deseé que volviera al día siguiente.

Capítulo 29

Logan



Llevaba cocinando desde los cinco años. Ma solía dejarme en casa sin nada que comer salvo una lata de sopa, así que tuve que aprender yo solo a usar un abrelatas y el fogón para calentarla. A los nueve años, hacía *pizzas* individuales personalizadas con masa casera, y usaba kétchup y lonchas de queso Kraft como ingredientes. A los trece ya sabía rellenar y asar un pollo entero.

Así que el hecho de tener a Jacob enfrente de mí con el ceño fruncido era alarmante. Estábamos sentados en una mesa del Bro's Bar & Grill, y le había colocado delante mi plato de risotto de champiñones y salchichas. El restaurante todavía estaba cerrado, y era la segunda vez que me había hecho sentarme ante él con un entrante.

—Mmm... —murmuró metiéndose en la boca una cucharada grande de risotto.

Lo observé masticar muy despacio, sin reflejar ninguna emoción en el rostro mientras debatía su opinión, mientras evaluaba si mi comida era lo suficientemente buena para permitirme trabajar en su cocina.

—No —dijo secamente—. Así no.

—¿Estás de broma? —pregunté. Me sentía confundido e insultado—. Ese plato hizo que aprobara en la escuela de cocina. Fue mi último plato.

—Pues entonces tus profesores te fallaron. No sé cómo harán las cosas en Iowa, pero aquí en Wisconsin nos gusta la comida que sabe bien.

—Que te jodan, Jacob.

Sonrió.

—Tráeme otro plato la semana que viene. A ver cómo va.
—No voy a seguir trayéndote platos para que los echas por tierra. Esto es absurdo. Puedo hacer la comida de tu menú. Dame el trabajo.
—Logan. Te quiero, de verdad. Pero, no. ¡Necesito que cocines con el corazón!
—¡Cocino con las manos!
—Pero sin corazón. Vuelve cuando lo encuentres.
Le hice un corte de mangas y él volvió a reírse.
—¡Y no te olvides, todavía me debes esa receta para la mascarilla del pelo!



—¿Cómo van las cosas? ¿Cómo llevas estar de vuelta en el pueblo? —me preguntó Kellan cuando nos sentamos en la clínica donde iba a recibir su tercera sesión de quimioterapia.

Odiaba aquel lugar, porque hacía que su cáncer pareciera más real de lo que yo estaba preparado para asimilar, pero hice lo posible por ocultar mis miedos. Necesitaba a su hermano para que lo apoyara, no al tío débil en quien tenía ganas de convertirme.

Ver a las enfermeras ponerle toda clase de intravenosas en los brazos se me hizo difícil. Ver como a veces hacía una mueca de dolor estaba a punto de matarme. Pero a pesar de eso, intenté actuar con normalidad.

—Las cosas van bien, pero Jacob está siendo un imbécil. Me dijo que tenía que hacer tres platos a la perfección antes de contratarme en su cocina.

—Me parece justo —dijo Kellan.

Puse los ojos en blanco.

—¡Soy un gran cocinero! ¡Tú lo sabes!

—Sí, pero Jacob no. Practica unos cuantos platos diferentes en casa y ya está. No es para tanto.

Tenía razón. No era para tanto, pero me molestaba que Jacob me hubiera ofrecido el trabajo cuando llegué allí, y ahora estuviera estableciendo pautas.

—¿Cómo ha sido ver a Alyssa? —preguntó cerrando los ojos—. Tiene que ser raro.

—¿Te refieres a verla con o sin ropa?

Abrió los ojos como platos, asombrado.

—¡No! ¿Estás durmiendo con Alyssa? —gritó en susurros.

Apreté los dientes y me encogí de hombros.

—Define «dormir».

—¡Logan!

—¡¿Qué?!

—¿Por qué? ¿Por qué estás durmiendo con Alyssa? Es una idea terrible. Es una idea completa y absolutamente horrible, demencial. Pensaba que el plan era evitarla a toda costa para que no volvieras a caer en el pasado. Dios. ¿De verdad te has acostado con ella? ¿Cómo ha podido pasar?

—Pues cuando dos personas se quitan la ropa... —Sonreí.

—Cállate. Yo ya tenía sexo cuando tú aún llevabas ropa interior de superhéroes. ¿Pero cómo os ha pasado a vosotros?

No podía decirle que había recurrido a ella cuando me estaba desmoronando, porque se sentiría terriblemente mal porque yo no fuera fuerte. Pero no quería mentir, así que le dije la verdad.

—Siempre me hace sentir como en casa.

Esbozó una sonrisa cursi.

—Después de todo este tiempo, después de todo lo que habéis pasado, sigue ahí, ¿eh?

—Solo es sexo, Kellan. Y solo lo hemos hecho una vez. Sin compromiso. Sin ataduras. Solo como una forma de desatarnos.

—No. Lo vuestro nunca ha sido solo sexo. Para que lo sepas, siempre me ha gustado veros juntos. Erika lo odiaba, pero a mí me encantaba.

—Hablando de Erika, no se lo digamos. Entraría en pánico.

—¿Entraría en pánico por qué? —dijo Erika entrando en la habitación con un café en la mano izquierda y un libro de texto en la derecha. Había estado yendo a clase por la noche para sacarse el máster, y cuando no estaba cuidando de Kellan, tenía la cabeza metida en un libro. A veces, incluso cuando estaba cuidando de Kellan, tenía la cabeza metida en un libro.

—Rompí un platillo en tu casa accidentalmente —mentí. Levantó la vista de su libro.

—¡¿Qué?!

—Lo siento.

Empezó a preguntarme cada detalle del incidente con el plato que no había roto realmente, y Kellan me sonrió antes de cerrar los ojos para esperar a que terminase su sesión de quimioterapia.



Treinta y dos horas después de que Kellan hiciera la quimioterapia, estaba decidido a tocar en un bar. Erika y yo intentamos convencerle de lo contrario, pero se negó a escucharnos y nos dijo que no podía renunciar a su sueño. Cada día llevaba una gorra de béisbol negra; intentaba ocultar el hecho de que estaba perdiendo el pelo, pero yo lo sabía.

Sin embargo, nunca hablábamos del tema.

Kellan respiraba pesadamente cuando salimos de casa y nos dirigimos al coche, como si los pasos fueran casi letales para él. Eso me preocupó mucho.

—¿Lo veis? —Inhaló profundamente y exhaló en mayor profundidad aún. Erika lo ayudó a sentarse en el asiento del copiloto—. Estoy bien.

Erika hizo una mueca, y entonces esbozó una sonrisa falsa.

—Estás muy bien. Estoy deseando ver los resultados de la quimio dentro de unas semanas, porque sé que está funcionando. Tengo un presentimiento. Y me encanta que sigamos con nuestra vida normal. Que sigas tocando la guitarra. La rutina es importante; los médicos lo dicen. Esto es bueno. Todo esto es bueno. —Erika repetía las palabras, y yo extendí la mano hacia el asiento donde estaba Kellan.

Vi que me dirigía una sonrisa débil a través del espejo retrovisor.

Solo habíamos avanzado unos pocos bloques cuando tuvimos que parar el coche. Kellan saltó de su asiento y empezó a vomitar a un lado de la carretera. Erika y yo nos apresuramos a sujetarlo para que no se cayera.

Ese cáncer se estaba volviendo más real cada día que pasaba.

Lo odiaba.

Odiaba todos los aspectos de aquella enfermedad repugnante. Cómo atrapaba a la gente más fuerte del mundo y la obligaba a ser débil. Cómo no solo tocaba a tus seres queridos, sino que los absorbía.

Si hubiera una píldora mágica que pudiera tomar para quitarle todo el dolor y pasármelo a mí, la tomaría cada día de mi vida.

Mi hermano no se merecía pasar por eso.

Ningún humano lo merecía.

No le desearía el cáncer ni a mi peor enemigo.

Lo ayudamos a meterse en el coche y volvimos a casa. Sabíamos que no podía actuar en ese estado. Cuando llegamos a la casa, tanto Erika como yo tuvimos que ayudarle a entrar en su habitación.

—Estoy bien —dijo. Sonaba agotado—. Solo necesito dormir un poco. Debería haber planeado el espectáculo mejor para que no coincidiera con la quimio. Ha sido un error muy tonto.

—Estaré en el comedor estudiando si necesitas algo, ¿vale, cariño? —dijo Erika ayudándolo a tumbarse y tapándolo. Le dio un beso en la nariz y él cerró los ojos.

—Vale.

Salió de la habitación, y yo me quedé atrás, observando su pecho moverse. Estaba tan delgado que me ponía enfermo. ¿Cómo puedo arreglarte? ¿Qué puedo hacer para solucionar esto?

—Estoy bien, Logan —dijo como si leyera mi mente.

—Lo sé, es solo que... Me preocupo, eso es todo.

—No pierdas el tiempo, porque estoy bien.

Encogí el hombro izquierdo. *Te quiero, hermano.*

Él encogió el derecho, como si hubiera visto mi gesto incluso con los ojos cerrados.

—Voy a salir un poco. Dile a Erika que me llame si necesitas algo.

—¿Vas a por galletas? ¿A por un batido? ¿A hacer actividades adultas con una chica llamada Alyssa? —bromeó.

—Kellan, cállate —me reí.

Pero sí.

Era exactamente a donde iba.

Capítulo 30

Alyssa

La primera vez que se plantó en mi porche, se pasó las manos por el pelo y me dijo que no lo invitara a entrar. Luego vino al día siguiente, y el siguiente. Y el siguiente. Quería saber qué se le pasaba por la cabeza cada día. Cómo eran sus sueños y qué implicaban sus pesadillas. Pero como no hablábamos, tenía que usar su lenguaje corporal para averiguarlo. Cuando estaba enfadado con sus padres, era brusco. Cuando estaba dolido por Kellan, su cuerpo permanecía pegado al mío un poco más de tiempo.

Me hice a un lado y él cruzó la entrada.

Esta vez no pasamos del vestíbulo. Me arrancó la ropa y yo hice lo mismo con la suya. Me alzó contra la puerta del armario y me tiró del pelo mientras mis manos se enredaban en el suyo. Rodeé su cintura con mis piernas con fuerza, y él me penetró sin avisar. La impresión hizo que una descarga me recorriera el cuerpo, y me hizo gemir su nombre mientras él comenzaba a embestirme, cada embestida más fuerte que la anterior. Estaba a punto de perderme en él.

Una de sus manos me agarró la espalda y con la otra me apretó los pechos y me embistió con más fuerza.

Sentir.

Saborear.

Lamer.

Joder...

Poco a poco nos estábamos volviendo adictos al hecho de que apareciera y yo lo invitase a entrar. La pasión era nuestra droga, y éramos adictos al subidón. Grité su nombre mientras él gruñía el mío. Empujábamos y jadeábamos y agarrábamos y suspirábamos. Recobramos el aliento cuando me bajó al suelo. Pero esta vez, en vez de irse, se dirigió a mi sala de estar.

—¿Qué haces? —pregunté mientras avanzaba por el pasillo, en dirección a mi habitación.

- Ponte la ropa.
- ¿Qué? ¿Por qué?
- Para poder quitártela otra vez.

Capítulo 31

Logan



Mi puto mejor Subidón...

Capítulo 32

Alyssa



Mi Lo más doloroso...

Capítulo 33

Logan



—No está en casa —dijo una voz amable. Llevaba varios minutos allí, llamando a la puerta, esperando a que me dejase entrar, pero no había obtenido respuesta—. Esta noche trabaja en el piano bar de Red. Tocará allí toda la semana.

—Ah, vale. Gracias.

La voz pertenecía a una mujer que probablemente rondaba los setenta años, y el pelo gris plateado le caía por la espalda. Estaba sentada en el porche de al lado, en una mecedora, leyendo una novela mientras tarareaba una melodía inventada. Al bajar los escalones, la mujer volvió a hablar.

—¿Y qué intenciones tienes con Aly, eh?

—¿Perdón?

—Ven aquí —ordenó, haciendo un gesto con la mano para que me acercase mientras cerraba el libro. Me aproximé a su porche y me senté junto a ella—. Me llamo Lori, y hace muchos años que conozco a la chica de al lado. He servido más tortitas con ella que con nadie que haya trabajado. Los tíos se le tiran encima a diario, pero ella ni siquiera los mira. Y entonces llega este chico misterioso al pueblo, y pierde la cabeza. ¿Qué pasa contigo?

—Estuvimos muy unidos. Hace unos cinco años.

—Ah —murmuró asintiendo—. Eres Logan, el chico de la caja.

—¿Qué?

—Debajo de su cama hay una caja. Tú eres todo lo que contiene. Recuerdos, *souvenirs*. El único chico del que no puede desprenderse. —Se

llevó la mano al medallón que llevaba alrededor del cuello—. Sé lo que es eso.

—Estoy seguro de que ha superado lo que tuvimos hace años. Ella me lo dijo.

Lori arqueó una ceja y ladeó la cabeza.

—Los hombres sois idiotas.

Me reí.

—Hay un chico llamado Dan. Un chico guapo. Ha venido a la cafetería cada semana durante los últimos años para intentar convencer a Alyssa de que saliera con él una vez, y hoy la he visto rechazarlo oficialmente. Sabía que lo había hecho por lo que siente por ti.

No estaba seguro de cómo responder a eso, así que permanecí en silencio mientras Lori siguió hablando.

—Pero tenlo muy claro: ella no es una droga. No es *tu* droga, jovencito. —Levanté una ceja, y una leve sonrisa asomó a sus labios—. ¿Te crees que puedes desaparecer durante años, y que Alyssa no te mencione de vez en cuando? Me ha contado lo de tu pasado con las drogas, y que te rehabilitaste. Lo cual es bueno. Pero, cariño, no puedes volver aquí y utilizarla de esa manera. No es algo que puedas consumir para olvidarte de las cosas que te rodean. Es una chica, una chica dulce y cariñosa que sigue estando loca por un chico. Y lo que estás haciendo es egoísta. Lo que está haciendo ella también es egoísta. Mira, no vas a dejar de utilizarla, y ella no va a dejar de darte. Los dos estáis enganchados. Acabaréis ardiendo, como si no sintierais la quemadura. Si ella te importa lo más mínimo, tienes que dejar de hacer esto. Si te importa su corazón, tienes que evitar rompérselo otra vez. Tal vez lo que estáis haciendo sea solo diversión para ti, pero para ella es algo más. Es lo único en lo que ha estado pensando durante los últimos años. Si acabas rompiéndole el corazón a mi amiga, puedes creerme cuando te digo que te romperé todos los dedos, de las manos y de los pies, uno a uno.

Volví a reír, pero esta vez la mirada severa de Lori me silenció. Tragué saliva.

—Vale.

—Pero por el momento, deberías irte a casa pronto —dijo volviendo a abrir el libro—. Se aproxima una gran tormenta que llegará en unas horas.

Miré al cielo. Las nubes negras tapaban la luna. Me levanté y me metí las manos en los bolsillos, y le di las gracias a Lori por la charla.



Al día siguiente, Kellan me pidió que los acompañara a él y a Erika a ver a su terapeuta, y no pude negarme. Habría hecho cualquier cosa que me pidiera. El único terapeuta con el que había hablado en mi vida fue durante mi estancia en la Clínica de Salud y Rehabilitación de St. Michaels. Teníamos sesiones individuales y en grupo en las que nos hacían colorear y esas mierdas. Al principio lo odiaba, pero con el tiempo, me ayudó. Más tarde, a veces, volvía a odiarlo.

Me senté junto a mi hermano y su prometida en el despacho del doctor Yang, y noté cómo crecía la tensión. Antes de salir de casa, Kellan y Erika habían estado discutiendo por minucias: la pasta de dientes que estaba en la encimera del baño, el café que no se había terminado, los libros de Erika que ocupaban toda la mesa del comedor. Nunca los había visto discutir, así que era un poco extraño.

—Gracias por unirme a nosotros hoy, Logan. Sé que significa mucho para tu hermano que estés aquí.

—Sí, claro. —Di unos golpecitos a Kellan en la pierna. Me dirigió una sonrisa forzada—. Lo que sea por este tío.

El doctor Yang asintió, complacido.

—Creo que es importante ir comprobando de vez en cuando cómo van las cosas. Erika mencionó que estás viviendo con ellos, lo cual creo que puede ser beneficioso para Kellan. Tener a la familia cerca siempre ayuda. Así que, ¿qué os parece si hablamos de cómo estamos todos? Kellan, empieza tú.

—Estoy bien.

—Ha perdido un poco el apetito. Y últimamente parece algo malhumorado —comentó Erika.

—No estoy malhumorado —replicó Kellan.

Erika frunció el ceño.

—Ayer me gritaste, Kellan.

—Estabas tomándome la temperatura a las tres de la mañana mientras dormía.

—Parecías tener frío —susurró.

—¿Y tú cómo estás, Erika? Ya hablamos de cómo manejas el estrés rompiendo cosas algunas veces...

—Sí, pero ahora estoy mucho mejor.

Kellan se rio.

—¿Perdona? —Erika alzó una ceja y miró a mi hermano—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Tenemos siete lámparas nuevas en el armario porque una se ha roto. Estás perdiendo la cabeza.

Vaya. Eso ha sido duro.

Vi que Erika se sonrojaba de la vergüenza y se miraba los zapatos.

El doctor Yang escribió algo en su libreta antes de volverse hacia mí.

—¿Y tú, Logan? ¿Crees que Erika está lidiando con la enfermedad de Kellan de la mejor manera posible?

Erika bufó.

—Claro, porque un drogadicto puede juzgarme.

Eso también ha sido duro.

Me erguí en el asiento y miré a Kellan y Erika antes de responder. Parecían agotados. Igual que lo parecía Ma. Kellan hundía los dedos en los brazos de su silla, mientras que Erika intentaba resistir la tentación de llorar. Me aclaré la garganta.

—¿Si pienso que es raro que Erika tenga pequeñas crisis nerviosas en las que rompe cosas y compra otras? Sí. ¿Si pienso que juzga a los demás por no ser ni pensar exactamente como ella? Desde luego. —Sentía los puñales que me estaba lanzando Erika con la mirada, pero seguí hablando—. Pero lo quiere. Limpia lo que ensucio. Y protesta, pero lo limpia. Porque está haciendo lo posible por hacer que se sienta cómodo. Tal vez no esté lidiando bien según tu definición o la de Kellan, o la mía. Tal vez ni siquiera sea la mejor manera, pero lo hace lo mejor que puede. Se levanta cada mañana y lo hace lo mejor que puede. No sé si yo he hecho eso alguna vez... —Miré la banda elástica que llevaba en la muñeca—. Pero lo estoy intentando. Por estos dos, estoy intentando hacerlo lo mejor posible. Y eso es lo único que podemos hacer todos. Cuando estaba en la clínica de rehabilitación en Iowa, tenían frases de Ram Dass en cada habitación. En el vestíbulo había una en la pared que decía: «Todos nos acompañamos unos a otros a casa». Nunca entendí lo que significaba hasta ahora. Porque al final del día, todos estamos perdidos. Todos estamos chiflados. Todos estamos marcados. Todos estamos rotos. Solo estamos intentando comprender esta cosa llamada vida, ¿sabes? A veces nos sentimos muy solos, pero entonces nos acordamos de nuestra piña. La gente que a veces te odia, pero que nunca deja de quererte. La gente que siempre está ahí, sin importar cuántas veces metas la pata y los alejes. Esa es tu piña. Esta gente, estos problemas, esto es mi piña. Y sí, nos derrumbamos, pero lo haremos juntos. Y nos levantaremos... juntos. Y después de toda la mierda, de todas las lágrimas, de todo el dolor, avanzaremos poco a poco. Y entonces, cogeremos aire, y nos acompañaremos a casa.



Después de la terapia de Kellan, él y Erika se fueron a casa a descansar y yo me fui a caminar por el pueblo todo el día hasta que se hizo de noche y me encontré enfrente del piano bar de Red. Fuera había una pizarra donde estaba escrito el nombre de Alyssa como intérprete de esa noche, y una oleada de orgullo me inundó. *Lo está haciendo. Está haciendo lo que ama.*

Me quedé en el fondo del bar, escondido para que no me viera Alyssa. Estaba sentada al piano, y sus dedos se movían por las teclas, llenando el bar con una melodía hermosa que muy poca gente en el mundo disfrutaría en directo. Escuché atentamente, canción tras canción, recordando lo increíblemente prodigiosa que era.

Cuando llegó a la última canción, se acercó al micrófono que había junto a ella y dijo en voz baja:

—Acabo cada espectáculo con esta canción, porque significa mucho para mí. En las letras hay mucho de mi alma, y siempre me recuerda a una época en que quise a un chico... Y durante unos pocos alientos, durante unos pocos susurros, y durante unos pocos instantes, pensé que él también me quería. Es «Life Support» de Sam Smith.

Se me encogió el pecho y me incorporé.

Sus dedos bailaron por las teclas y observé que movía el cuerpo como si estuviera convirtiéndose en parte del piano. Era como si no fuese más que un recipiente de arte. No era capaz de imaginar cómo podría ser más extraordinaria, ni cómo podría haberme asombrado más.

Pero entonces abrió la boca.

La letra fluía de sus labios con mucha facilidad. Cerraba los ojos mientras cantaba; se perdía en las palabras, en los sonidos, en sí misma, en nuestros recuerdos.

Era un honor presenciar aquel momento. Le caían lágrimas de los ojos cerrados y sus hombros se movían de atrás hacia delante con el ritmo y los sonidos que creaba. Había algo distinto en los artistas del mundo. Parecía como si sintieran las cosas de forma diferente, tal vez de un modo más *profundo*. Veían el mundo en color, mientras que muchos solo veían los blancos y negros.

Mi vida era blanca y negra antes de que Alyssa apareciera.

Mis pies me llevaron hasta el escenario, y permanecí allí delante de ella, escuchando las palabras que solía susurrarle al oído cuando éramos jóvenes. Era tan bonita, tan libre cuando tocaba su música. Cuando se dejaba llevar,

lograba hacer que todo el que la rodeaba se sintiera como si fuera libre también. Por un momento, cuando cantaba, estaba convencido de que las cadenas de la vida desaparecían. Era libre junto a ella.

Sabía que Lori estaba siendo una buena amiga al proteger a Alyssa de esa manera, pero lo que no sabía era que, para mí, Alyssa era ella. Era la chica de mi corazón. Aunque una gran parte de mí intentaba negar los sentimientos que tenía hacia ella, otra parte de mí estaba desesperada con el deseo, la necesidad, el amor que solo ella era capaz de crear en mi alma.

Alyssa terminó la canción y dio las gracias a los oyentes, y entonces se giró hacia el público. Yo no me había movido. Sus hermosos ojos se encontraron con los míos. Tomó aire y tembló un poco cuando lo soltó. Se acercó a mí dubitativa. Cuando estuvimos el uno frente al otro, sonreímos un poco, pero al mismo tiempo fruncimos ligeramente el ceño.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí.

Sonreímos.

—¿Puedo acompañarte a casa? —pregunté.

—Vale —respondió.

Cuando salimos, todavía estaba lloviendo. Alyssa compartió su paraguas de lunares conmigo hasta que llegamos a su casa.

—Has estado increíble ahí arriba, Alyssa. Mejor de lo que te he oído tocar. Mejor de lo que he oído a nadie tocar, la verdad.

No respondió, pero sonrió.

Una vez llegamos al porche, abrió la boca para invitarme a entrar, pero negué con la cabeza.

—No puedo seguir.

Una punzada de decepción asomó a sus ojos azules. Entonces la vergüenza hizo que se sonrojara.

—Ah, vale. No pasa nada. —Veía que le había hecho daño con mis sencillas palabras.

Estaba tan cansado.

Había sido un día tan largo.

Una vida larga.

Una vida larga y agotadora.

—He vuelto a caer, Alyssa. —Me froté la frente con los dedos. Su expresión pasó de la vergüenza a la preocupación.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo? ¿Con qué?

Bajé la voz y me encogí de hombros.

—Contigo.

—¿Qué?

—Volví, y mi mundo se tambaleó de nuevo. Volví a mi pasado, pero esta vez era peor porque mi hermano estaba enfermo, y fui directamente a mi mejor subidón para que me ayudase a olvidar al menos un rato. Acudí a ti. Tú siempre has sido mi refugio, Subidón. Has sido mi ruta de escape de toda la porquería que me rodeaba. Pero no es justo para ti, ni para mí. Quiero estar limpio. Quiero ser capaz de aguantar firme y no tener la necesidad de olvidar, lo cual significa que no puedo volver a caer, y no podemos seguir haciendo esto. No podemos seguir acostándonos. Pero te necesito.

—Lo...

—Espera. Déjame decir esto, porque ha estado rondándome la cabeza durante mucho tiempo. Sé que no soy el mismo chico que era entonces, pero dentro de mí sigue habiendo parte de él. Y sé que dijimos que el sexo no significa nada, pero creo que los dos sabemos que significa todo, y por eso no podemos seguir haciéndolo. Pero te necesito. Necesito que seas mi amiga. Todo ha sido duro en mi vida. Todo lo que he vivido me ha endurecido. Salvo tú y Kellan. Y sé que es egoísta pedirte esto ahora. Sé que es egoísta, porque necesito que alguien me sostenga mientras yo intento sostener a mi hermano, pero te necesito. Necesito que vuelvas a ser mi amiga, pero solo eso, porque no puedo volver a hacerte daño. No puedo estar contigo, pero te necesito. *Te necesito*. No hablaremos del pasado. No nos preocuparemos por el futuro. Pero seremos nosotros, seremos amigos. Aquí y ahora. Si te parece bien. Porque echo de menos reírme, y siempre me reía contigo. Echo de menos hablar, y siempre podía hablar contigo. Te echo de menos. Así que, me estaba preguntando, ¿podemos volver a ser amigos?

Se apoyó contra el marco de la puerta. Pareció sumida en sus pensamientos hasta que una sonrisa asomó a sus labios.

—Nunca hemos dejado de ser amigos, Logan. Solo estábamos en un receso raro.

Capítulo 34

Alyssa



Cuando la tensión que había entre Logan y yo por fin se calmó y encontramos la manera de desarrollar una nueva amistad, la relación de Kellan y Erika se volvió turbulenta. Una noche, después de una visita al médico que no había ido muy bien, llegaron a casa discutiendo. Yo estaba sentada en su sofá, preparando la medicina de Kellan que Erika me había pedido que fuera a buscar a la farmacia. Iba a quedarme en su casa unos días, solo para ayudar. Además, estaba más preocupada por Kellan de lo que quería reconocer.

—¡No me estás escuchando! —gritó Kellan con voz ahogada.

—Sí te estoy escuchando. Lo que estás diciendo es que no quieres casarte conmigo.

—Claro que quiero casarme contigo, Erika. Pero ahora mismo no tiene sentido. Si muriese, te quedarías sola con toda la carga. Todas las facturas, todas las...

—¡Me da igual!

—¡Pues a mí no!

—¿Por qué te comportas así? —Erika se volvió hacia mí—. Alyssa, ¿puedes decirle a Kellan que está siendo muy poco razonable?

Abrí la boca, pero antes de que pudiera decir nada, Kellan habló:

—¡No metas a tu hermana en esto! —Cerré la boca. Me habría ido a casa, pero estaban en el vestíbulo, bloqueando el paso, así que me hundí en el sofá tratando de hacerme invisible. Erika suspiró pesadamente.

—No hablemos de esto ahora. Vamos a calmarnos. Mañana es tu sesión de quimio, así que deberíamos descansar antes de ir.

—Tú no vienes —dijo.

—¿Qué?

—Digo que tú no vienes. Suspendiste el último examen. Últimamente no has estudiado tanto como lo hacías antes, y no puedes seguir renqueando. Me acompañará Logan.

—¿Por qué me excluyes? —Erika volvió a girarse hacia mí—. ¿¿Por qué me excluye?!

Abrí la boca y, una vez más, Kellan habló antes de que pudiera decir nada.

—¡Deja de meterla en esto! ¡No vas a venir a mi sesión de quimioterapia, ¿vale?!

—¿Por qué no?!

—¡Porque me estás ahogando! —gritó, más alto de lo que le había oído gritar nunca—. ¡Me agobias con preguntas y blísteres y pastillas y tus malditos planes para la boda y tus puñeteras lámparas! ¡No puedo respirar, Erika! —Agitó los brazos, irritado, y tiró una lámpara de la mesita. Al caer al suelo y romperse, se hizo el silencio. Los ojos de Kellan se llenaron de culpa cuando las lágrimas empezaron a rodar por la cara de Erika. Kellan bajó la voz y se acercó a mi hermana.

—Lo siento, es solo que...

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé.

De pronto, Logan salió a toda prisa del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura, empapado. Del pelo le caía un mejunje extraño que era viscoso y verde, y tenía los ojos muy abiertos por el pánico.

—¿¿Qué pasa?! —gritó confundido. Estuvo a punto de resbalar en el reguero de agua que había provocado él mismo. Se veía tan serio y a la vez tan ridículo que ninguno de los tres pudimos evitar reírnos de forma histérica.

—¿Qué demonios llevas en el pelo? —exclamé.

Él entrecerró los ojos, confundido por nuestras risas.

—Es el tercer lunes del mes. Es una mascarilla de huevo y aguacate para acondicionar en profundidad. —Nos reímos aún más, y la ira y la confusión que llenaba antes la sala se convirtió en familiaridad y risas.

—¿Sabes qué necesitamos? —dijo Kellan dándole un beso a Erika en la mejilla.

—¿Qué?

—Tiempo muerto para un baile musical.

—¿Qué es eso? —preguntamos Logan y yo al unísono, pero nos ignoraron.

—No, Kellan. Ha sido un día muy largo —dijo Erika—. Y ya lo has dicho tú, tengo que estudiar...

—No. Vamos a hacerlo. Tiempo muerto para un baile musical.

—Pero... —protestó.

—Tengo cáncer —dijo él.

Erika abrió mucho la boca y le dio un golpe en el brazo.

—¿Acabas de usar el cáncer como excusa?

Su sonrisa se ensanchó.

—Sí.

Esperaba que Erika le gritase y le dijese que sus palabras le hacían daño, pero en lugar de eso, sonrió. Intercambiaron miradas que solo ellos entendían, y ella asintió.

—Vale. Una canción. Una, Kellan.

Nunca lo había visto sonreír tanto.

—¡Una canción!

—Nuestra canción —ordenó Erika.

Kellan salió a toda prisa de la sala, dejándonos allí a mí, que estaba completamente confundida, y a Logan, que estaba totalmente pringoso. Entonces apareció con un par de congas y dos palos de lluvia. Me dio uno de los palos a mí y el otro a Logan.

—¿Qué pasa? —preguntó Logan—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

Erika miró a Logan como si fuera un auténtico borrico. Le quitó el palo y lo agitó, haciendo que sonara la lluvia. Entonces se lo devolvió.

—Obvio, Lo —me burlé.

Me hizo un corte de mangas.

Se me formaron mariposas en el estómago.

No era nada nuevo.

Kellan se sentó delante de las congas y empezó a tocarlas. Tardé un poco en reconocer el ritmo de la canción, pero cuando di con ella, se me derritió el corazón ante el tipo de amor que tenían mi hermana y Kellan. Estaba tocando *The Way I Am* de Ingrid Michaelson.

Su canción.

Kellan cantó el primer verso a Erika y ella sonrió y empezó a balancearse. Logan y yo introdujimos los palos de lluvia, y empezamos a bailar con Erika mientras Kellan aporreaba las congas.

Erika cantó el segundo verso, y el amor que compartían llenó la casa de luz cuando las palabras salieron de su boca. Palabras que hablaban de quererse el uno al otro a pesar del dolor, palabras de estar ahí por el otro incluso cuando atraviesan las llamas de la vida.

Era precioso.

Cuando llegamos al largo momento instrumental, Logan nos cogió a Erika y a mí de las manos y nos hizo dar vueltas. Todavía llevaba la toalla puesta, y el pringue aún le caía del pelo. Entonces se hizo el silencio cuando Erika empezó a cantar el verso final, el verso que hizo que a todos se nos llenaran los ojos de lágrimas. Cantó sobre lo mucho que lo quería cuando perdió todo el pelo mientras se pasaba los dedos por los mechones, e inclinó la frente sobre los labios de Kellan. Él la besó con suavidad, y acabaron cantando la letra juntos, al unísono.

Lo último que se oyó fue el sonido del palo de lluvia de Logan desvaneciéndose.

—Vaya —dijo llevándose la mano a la boca y mirando a su hermano y a Erika—. Joder, sois perfectos los dos.

Erika se rio un poco y miró a Kellan.

—No quiero casarme contigo.

Él suspiró.

—Sí que quieres.

—No. Bueno, sí, quiero. Pero no hasta que estés mejor. No hasta que estés sano. Esperaremos. Le patearemos el culo al cáncer. Y entonces te casarás con mi culo.

La atrajo hacia sí y la besó intensamente.

—Voy a hacerte mi puñetera esposa.

—Y tanto que sí.

—Por Dios. Iros a un hotel —protestó Logan poniendo los ojos en blanco—. Voy a quitarme esta porquería del pelo.

—Hablando de eso... —Kellan se aclaró la garganta y entrecerró los ojos—. ¿Podéis hacer algo por mí?



Logan sacudió la cabeza, asqueado.

—Es una idea espantosa.

—Por primera vez en nuestra vida, Logan y yo estamos de acuerdo en algo —dijo Erika alzando las manos.

—Yo digo que sí. —Estábamos los cuatro apretujados en el baño y yo tenía una maquinilla en la mano.

—¡Gracias, Alyssa! Por fin alguien se pone de mi lado. Además, cariño, —Kellan se volvió hacia Erika con una gran sonrisa—, mucha gente se afeita la cabeza hoy en día.

—En eso lleva razón —dijo Logan—. Es lo que hace la gente en Hollywood. Parece que está de moda ir con la cabeza rapada.

—Pues afeítatela tú —dijo Erika quitándome la maquinilla y tendiéndosela a Logan. Él abrió mucho los ojos, horrorizado, y le hizo un corte de mangas.

—Cuidado con lo que dices.

—Pero Logan tiene razón. Mucha gente famosa se ha afeitado la cabeza para un papel —intentó explicar Kellan a su prometida, que estaba entrando en pánico.

—Dime alguno.

—¡Bryan Cranston! —dije—. Para *Breaking Bad*.

—¡Joseph Gordon-Levitt lo hizo en *50/50*! —añadió Logan.

—Perdona, ¿podemos dejar de nombrar actores que se afeitaron la cabeza para hacer papeles de enfermos terminales? —pidió Erika. Era justo.

—¡La Roca!

—¡Hugh Jackman!

—¡Matt Damon!

—Jake Gyllenhaal... dos veces —exclamó Logan.

—¿En serio? —preguntó Kellan—. ¿Dos?

—*Jarhead*, *el infierno espera* y *Sin tregua*.

—Puto amo. —Kellan asintió y levantó el puño. Logan lo chocó con el suyo.

—Totalmente.

Qué pardillos.

—Chicos. —Me puse derecha y encendí la maquinilla—. Es la hora. Erika contuvo la respiración y se tapó los ojos.

—Vale. ¡Hazlo!

—¡Hazlo! —exclamó Kellan.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! —canturreó Logan.

Y lo hice.

Capítulo 35

Logan



—¿Qué haces aquí? —preguntó Alyssa al abrir la puerta principal y encontrarme allí de pie, con una puerta nueva y una caja de herramientas.

—Las pocas veces que he venido a tu casa, no he podido evitar observar que necesitaba unos arreglos.

—¿Qué dices? —Sonrió—. Esta casa es la definición gráfica de la perfección.

Arqueeé una ceja y me aproximé a la baranda del porche para tirar de ella. Me quedé con la pieza en la mano, ya que nada estaba asegurado a los escalones del porche. Ella se rio.

—Vale, no es perfecta, pero tampoco es tu trabajo arreglarla. —Se mordió el labio inferior—. ¿Eso que llevas es un cinturón portaherramientas?

—Eso es, y por tanto, mi trabajo es arreglar. Así que, si me haces el favor de hacerte a un lado y dejar que te ponga una puerta en el baño, te lo agradeceré.

Me pasé las siguientes seis horas arreglando cosas en su casa, y ella me ayudó a dar unos martillazos para colocar bien algunas cosas. Lo último que hice fue subirme al tejado e intentar tapar algunos agujeros.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —me gritó Alyssa. Se negaba a subir al tejado, porque, al contrario que en la valla publicitaria, no había baranda de protección.

—Claro que sé lo que estoy haciendo —exclamé.

—¿Pero cómo puede ser?

Me volví hacia ella y le dirigí una sonrisa ladina.

—Una vez vi un documental sobre construcción de techos.
Abrió mucho los ojos y empezó a agitar las manos.

—No. No. Baja, Logan Francis Silverstone. ¡Ahora mismo! Ver un documental no te convierte en un profesional.

—¡No, pero el cinturón portaherramientas sí!

—Logan.

—Alyssa.

—Lo.

—Subidón.

—Baja ahora mismo. Ven a beber agua. Contrataré a alguien para que le eche un vistazo al tejado, ¿vale? Así no sentirás que tienes que arreglarlo.

Me reí y empecé a bajar por la escalera.

—Vale, porque no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Una vez aterricé en el suelo, me dio un empujón fuerte y me miró entrecerrando los ojos.

—No vuelvas a hacer algo así de estúpido, ¿vale?

—Vale.

—¿Prometido? —preguntó.

Entrelacé mi dedo meñique con el suyo y la atraje hacia mí. El corazón empezó a latirme con fuerza al sentir su tacto, y observé cómo le temblaban los labios mientras miraba mi boca.

—Prometido.

Permanecimos juntos, uno al lado del otro, acercándonos cada vez más a medida que pasaban los segundos. Noté que sus labios rozaban los míos, pero no nos estábamos besando. Solo nos estábamos fundiendo en una misma persona, asimilando la respiración del otro.

—¿Lo? —susurró. Su aliento me hizo cosquillas en la piel.

—¿Sí?

—Deberíamos separarnos ya.

—Vale.

Asintió y dio un paso atrás.

—Vale. —Se pasó los dedos por el pelo y me dirigió una sonrisa tirante—. Deberías ir a por agua o algo. Has estado trabajando como loco. Yo voy a mi habitación a darme un respiro, o cinco.

Asentí y fui a la cocina a por un vaso de agua. Me pregunté si ella sentía lo mismo que yo cuando estábamos cerca. Me pregunté si, al igual que yo, tenía que luchar contra esa sensación de anhelo.

Al abrir el frigorífico, vi toda la comida fresca que tenía.

—¿Acabas de ir a comprar? —exclamé hacia su habitación.

—Sí, fui ayer.

Mi mente empezó a ir a mil por hora al ver las verduras y las salchichas crudas. Abrí los armarios y empecé a rebuscar.

—¿Te importa si preparo algo rápido?

—No. Adelante. Coge lo que quieras.

Genial.

Empecé a trastear, a buscar cazos y sartenes. Al cabo de unos pocos minutos, tenía un caldo de pollo calentándose en el fuego, y empecé a picar champiñones y ajo fresco.

—La verdad, cuando dijiste que querías hacer algo rápido, pensé que te referías a un panini o algo así. —Alyssa sonrió.

—Lo siento —dije. Estaba delante de sus fogones, dorando la salchicha en una sartén—. Jacob me ha ofrecido trabajar en su restaurante, pero me ha obligado a perfeccionar tres platos antes de darme el trabajo. Y está siendo un auténtico capullo; rechaza todo lo que le llevo. Así que voy a hacerte probar algunas cosas, si no te importa.

Abrió mucho los ojos, con expresión de placer.

—Ay Dios, no he comido un plato de Logan en siglos. Estaré encantada de ser tu conejillo de indias. ¿Qué vamos a hacer?

—Risotto —respondí.

—¿Eso no tarda un rato?

—Sí.

No sabía que la estaba mirando por el rabillo del ojo, pero sonrió. Y yo sonreí al saber que estaba sonriendo.

Hablamos de cosas aleatorias mientras mezclaba el arroz con el caldo.

—¿Así que estás pensando en abrir un piano bar?

—Sí, bueno, pensándolo en serio. ¿Recuerdas cuando éramos niños y hablábamos de eso?

—¿Lo Aly?

—*AlyLo* —corrigió con una sonrisa—. Sí. Bueno, no lo llamaría así, porque eso era algo entre nosotros, pero no sé. Solo es un sueño. Eso es todo.

—Un buen sueño que deberías hacer realidad.

Se encogió de hombros, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza encima de ellos.

—Quizá. Ya veremos. Mi amigo Dan me ha enseñado varias propiedades que pueden funcionar. Sé que es demasiado pronto para empezar a mirar

locales y eso, pero es divertido. Ver esos sitios hace que el sueño parezca un poco más cercano.

Una vez hecho el risotto, lo puse en el plato y lo situé delante de Alyssa. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y empezó a aplaudir como loca.

—¡Dios mío, está pasando de verdad! Sé que te echaba de menos, Logan, pero creo que echaba aún más de menos tu comida.

—Me parece justo. Y ahora, toma. —Le ofrecí una cuchara—. Come.

La hundió en el risotto rápidamente, y cuando se la llevó a la boca y empezó a masticar, frunció el ceño.

—¿Qué? ¿¿Qué pasa?? —pregunté levantando la voz.

—Nada, es que no es... ¿increíble?

—¿Qué? Este plato no tiene nada de malo.

Abrió la boca y asintió.

—Sí que lo tiene.

—No. Mira. La salchicha está cocinada a la perfección. Los champiñones están perfectamente tostados. La mezcla de aderezo es perfecta, asombrosa. Este plato es totalmente perfecto.

Frunció el ceño y se encogió de hombros.

—A ver, está bien. Para ser lo que es.

Solté un bufido. *¿Para ser lo que es?* Alyssa tenía mucha cara.

—Este plato no tiene nada de malo.

—Que sí.

—Que no.

—Es... —Se mordió el labio inferior, hizo un gesto con las manos de atrás hacia delante, y volvió a encogerse de hombros—. Es insulso.

—¡¿Insulso?!

—Insulso.

—Acabas... —Inhalé profundamente y exhalé con fuerza—. ¿Acabas de decir que mi comida es insulsa?

—Sí. Porque lo es.

Coloqué las manos en el borde de la mesa y me incliné hacia ella. Estaba muy molesto.

—Llevo cocinando desde que era niño. He cocinado este plato durante tres años en la escuela de hostelería. Podría prepararlo dormido y estaría tan bueno que podría dárselo al presidente. Mi comida no es insulsa. Mi comida es sabrosa y deliciosa. ¡Y tú estás loca! —aullé.

—¿Por qué gritas? —susurró.

—¡No lo sé!

Se rio, y me dieron ganas de besarla.

—Logan... Prueba la comida.

Le cogí la cuchara de la mano, la hundí en el plato y me metí el risotto caliente en la boca. En cuanto me tocó los labios, lo escupí en el plato.

—Dios, esto sabe a rayos.

Ella asintió, lamentándolo.

—Cuando dije que era insulso, estaba siendo educada.

Dejé caer los hombros y me deslicé hasta el suelo.

—¿Cómo se me empezó a dar mal la cocina? Era lo único que se me daba bien.

—No se te da mal la cocina. Seguramente solo has perdido la pasión. No te preocupes, podemos encontrarla. Si vuelves mañana, te ayudaré a cocinar otra cosa. Seguiremos intentándolo hasta que perfecciones tres platos que Jacob no podrá rechazar.

—¿Harás eso por mí?

—Claro.

Nos pasamos esa noche despiertos, comiendo un risotto asqueroso y recordando cómo nos sentíamos cuando éramos felices juntos. Durante las siguientes dos semanas, iba a su casa y cocinábamos y cocinábamos hasta que dimos con tres platos que sabían a gloria. Me sentía bien cerca de ella, me sentía libre. Hablábamos, nos reíamos, y hacíamos estropicios. Me sentía como años atrás, cuando todo lo que hacíamos era reírnos juntos. Alyssa me guio hasta que perfeccioné todos mis platos, y se lo agradecí mucho. Coloqué la tarta de chocolate definitiva delante de ella, y gimió incluso antes de llevársela a los labios.

—¿Estás gimiendo por mi tarta antes de probarla siquiera? —pregunté.

—Desde luego que estoy gimiendo por tu tarta antes de probarla. —Abrió la boca y cogí un tenedor. Separé un trocito de tarta y se lo metí en la boca. Al masticar, gimió aún más alto—. *Dios mío, Logan.*

Sonreí orgulloso.

—Si me dieran un dólar por cada vez que he oído eso.

—No tendrías ni un dólar ni un centavo —se burló—. No, en serio, tienes que probarla —dijo, pero en lugar de coger un tenedor para mí, metió la mano en la tarta y me la tiró a la cara—. ¿A que está buena? —Se rio como una niña de cinco años mientras me limpiaba el chocolate de los ojos, la nariz y la boca.

—Oh, sí. Está muy buena. Seguro que quieres más —dije. Y cuando hizo amago de salir corriendo, le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mí.

Entonces, con la mano que tenía libre, cogí un trozo de tarta y se lo metí en la boca. Ella dio un chillido.

—¡Logan! No puedo creerlo. —Se rio y frotó su barbilla contra la mía, llenando de tarta mi barba incipiente—. ¡Lo tengo en el pelo!

—¡Y yo en la nariz! —respondí sacudiendo el chocolate de mi cara lo mejor que pude, y riéndome al oír su risa.

Seguimos riendo un rato hasta que pasó el momento. Todavía tenía la mano alrededor de su cuerpo, y cuando guardamos silencio, nuestros latidos se aceleraron.

Me estoy enamorando de ti.

Tenía la mente tan inundada por la sensación de haber echado de menos a Alyssa durante todos esos años, que casi había olvidado por qué tenía que echarla de menos. *Porque quererme es peligroso. Cambia de tema.* Di un paso atrás y la solté.

—Alyssa.

—¿Sí?

—Tienes una guitarra en la habitación. ¿Tocas?

Balanceó las manos hacia detrás y hacia delante.

—Un poco. Me ayuda a mantener la creatividad. Soy decente, pero ni por asomo tan buena como con el piano.

—Kellan no puede tocar. Le tiemblan las manos, y a veces olvida sus propias letras. Sé que eso le destroza.

Alyssa frunció el ceño.

—No puedo ni imaginar lo que es eso. No poder hacer lo que te apasiona.

—Sí. Me estaba preguntando... ¿Puedes enseñarme lo que puedas, para que así, quizá, pueda tocar para él?

—Ahí está otra vez. —Suspiró.

—¿El qué?

—El pequeño destello del chico que solía querer.

Capítulo 36

Logan



La semana siguiente, llevé a Alyssa conmigo al restaurante de Jacob para mi prueba final. Ella había sido mi inspiración a la hora de elaborar aquel plato, así que me pareció justo que estuviera sentada a mi lado cuando Jacob me mandase a la mierda y me dijese que me buscara otro empleo. Pato al horno tierno y crujiente con una salsa de romero y frambuesa, patatas asadas con un aderezo de aceite de oliva, y coles de Bruselas con ajo.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras observaba las expresiones mundanas de Jacob al masticar. Alyssa daba golpecitos con el pie a mi lado. Estaba nerviosa, y se mordía el cuello de la camiseta. Eso me hizo sonreír. No sabía quién estaba más preocupado por si el pato no cumplía las expectativas de Jacob, Alyssa o yo.

—¡Tienes que mojar el pato en la salsa! —dijo Alyssa antes de volver a morderse la camiseta—. ¡Ah! Y las coles de Bruselas. ¡Moja también las coles de Bruselas en la salsa de frambuesa!

Hizo lo que le dijo, y me estremecí al mirarlo. Soltó el tenedor, se reclinó en el asiento, y una débil sonrisa asomó a sus labios.

—Que me aspen, está bueno.

Me invadió una leve sensación de confianza.

—¿Sí?

—No. Quiero decir, está bueno. Bueno en el sentido de alucinante, de que es lo mejor que he comido nunca. —Cogió un poco más—. Joder. No sé qué le has hecho a este plato, pero quiero que se lo hagas a mi menú cada día que vengas a trabajar.

—Entonces... ¿he conseguido el trabajo?

—Sigue cocinando así, y podrás tener el restaurante entero —se rio. Luego se puso serio y me señaló con el dedo—. Era broma. El restaurante no está a la venta.

Me reí.

—Bueno, por ahora el empleo es suficiente.

Estaba tan lleno de orgullo que casi estallo. Alyssa estaba radiante. Levantó los brazos y colocó las manos a mi alrededor.

—¡Lo sabía! —me susurró al oído—. Sabía que podías hacerlo.

Inhalé el aroma de su champú de melocotón.

—Bueno, niños, ya está bien. Iros a celebrarlo esta noche. Logan, empezas el lunes.

Nos levantamos y Jacob fue a estrecharme la mano, pero yo le di un abrazo de oso, lo levanté y di vueltas con él entre mis brazos antes de darle un beso en la frente.

—Gracias, Jacob.

—Un placer, amigo.

Alyssa y yo estábamos a punto de marcharnos, pero entonces me detuve.

—Ah, Jacob, espera. —Me metí la mano en el bolsillo trasero y saqué un trozo de papel con la receta para mi mascarilla del pelo. Él se echó a reír.

—¿Acaso pensabas no darme la receta hasta que te diera el trabajo?

—Quizá había una pequeña posibilidad de que no te hubiera dado la receta hasta que me dieras el trabajo.

Él asintió, orgulloso.

—Yo habría hecho lo mismo.



Alyssa y yo salimos por ahí durante todo lo que quedaba de noche para celebrar que había conseguido mi primer trabajo oficial como chef. Acabamos en una cafetería barata comiendo hamburguesas y patatas fritas, compitiendo por ver quién podía comer más sin encontrarse mal.

Por primera vez, me sentía como si volviera a ser feliz.

Pero debería haber sabido que no duraría mucho porque, después de los subidones, siempre, *siempre*, venían los descensos.

—¿Tú también comes aquí, hijo? —oí detrás de mí, y se me tensó la mandíbula. Me giré para ver a mi padre sonriéndome como el capullo que era. A su lado había una chica, a la que rodeaba con el brazo, y cuando la miré a

los ojos, vi su mirada de miedo. Mi mente recordó de inmediato la noche en que había visto por primera vez esos ojos.

—*¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos? —pregunté, cambiando de tema. Empecé a besarle el cuello y escuché sus gemidos.*

—*Solo son unos ojos verdes.*

—*Se equivocaba. Eran de un tono singular de verdeceladón, con un poco de gris y un toque de verde.*

—*Hace unos años vi un documental sobre cerámica china y coreana. Tus ojos son del color del esmaltado que utilizaban para hacer las piezas.*

—Hola. —Tragué saliva con dificultad, apartando la vista de Sadie—. ¿Qué tal?

—¿Qué tal? —repitió mi padre—. Me preguntas qué tal como si la última vez que me viste no hubieras intentado pelearme conmigo.

Alyssa apretaba el bolso con fuerza, y veía el pánico en sus ojos. Estaba aterrorizada, igual que Sadie. Era la mirada que tenían la mayoría de las mujeres cuando estaban cerca de mi padre.

—Mira, no quiero problemas —dije en voz baja.

—Ah, ¿ahora soy un problema? —Se rio. Hablaba a voces porque quería que todo el mundo presenciara nuestro encuentro. Ese era el tipo de persona que era, un fanfarrón. Se acercó a mí cuando me senté, y se cernió unos centímetros sobre mí—. No te olvides de quién os acogió a ti y a tu madre hace años, Logan —gruñó. Sonaba amenazador.

Me miró con los ojos llenos de odio durante unos segundos, y entonces sonrió ampliamente y me dio unas palmadas en la espalda.

—Me estoy quedando contigo, colega. ¿Podemos sentarnos? ¿Podemos unirnos a vosotros? —Y se deslizó en el asiento junto a Alyssa sin esperar respuesta.

Alyssa se tensó, y pareció como si estuviera a punto de llorar. Le cogí la mano, le apreté un poco los dedos, y la atraje hacia mí.

Quería irme de allí y llevar a Alyssa a casa. Odiaba el modo en que mi padre aterrorizaba a las mujeres.

—Esta es mi chica, Sadie —dijo rodeándole la cintura con la mano y atrayéndola hacia sí. Me estremecí y sentí que mi ira iba en aumento, pero intenté que no se apoderara de mí. Extendí la mano para estrechar la de Sadie.

—Encantado de conocerte —dijo. Ella no se movió, y desvió la mirada. Ricky habló por ella.

—Ah no, no, no. Nada de tocar. —Su voz estaba empapada del mismo tono amenazador que utilizaba cuando hablaba con Ma. Él creía que así

demostraba ser un capullo grande y poderoso, así que humillaba a las mujeres para sentirse fuerte.

Para mí eso le hacía parecer débil.

—A Sadie no le gusta que la toquen otros hombres, ¿verdad, Sadie? —dijo mi padre.

Ella no respondió, porque no le habría dejado. Si no hubiera hablado con ella aquella noche, habría dado por sentado que era muda, ya que no había abierto la boca desde que la había visto entrar en la cafetería.

—¿Necesitas algo, Ricky? —pregunté. Cada vez estaba más molesto. Él alzó las manos en un gesto defensivo.

—Vaya, tranquilo, forastero. Solo quería saludar. —Empezó a sonarle el teléfono y miró a Sadie—. Tengo que cogerlo. No te muevas. —Se levantó y salió para atender la llamada.

Miré inmediatamente a Sadie.

—¿Qué demonios haces con él? ¿Es ese el novio del que me hablabas?

—No... no sabía... —Le temblaba la voz—. Te vi en la estación de tren después de que intentase dejarlo, y quería decírtelo. Pero sabía que solo complicaría las cosas. Quiero dejarlo, pero cada vez que lo intento, envía gente a buscarme. No puedo...

—¿Te hace daño? —pregunté. Miró al suelo.

Me metí la mano en el bolsillo trasero y saqué la cartera para coger dinero.

—Toma, cógelo. Súbete en el primer autobús que veas y aléjate de él.

Alyssa me observó, pero no preguntó qué estaba pasando. Mantuvo la mano sobre mi pierna para apoyarme durante todo el tiempo.

—No puedo irme. No puedo —dijo Sadie con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué no?

—Estoy embarazada —susurró—. Estoy embarazada y no tengo a dónde ir ni nadie a quien recurrir. Me ha apartado de mi familia. Ha destruido todas mis relaciones. Y ahora él es lo único que tengo.

—Sadie, escúchame. Por el bien de tu hijo, lo mejor que puedes hacer es subirte a un autobús y no mirar atrás. No quieres tener un hijo con ese hombre. Yo he sido ese hijo. Créeme, no sale bien.

Se quedó cabizbaja. Temblaba un poco.

—Vale —susurró.

Alyssa parecía confusa, pero garabateó su número en una servilleta:

—Si necesitas algo, puedes llamarnos a mí o a Logan. He apuntado los dos números.

Sadie se enjugó las lágrimas.

—¿Por qué estáis siendo tan amables? Apenas me conocéis.

—¿Qué? Claro que te conozco. Me enseñaste español —bromeé, intentando eliminar la tensión. Me sonrió un poco y cogió el dinero—. Sal por la puerta trasera de la cocina. Puedo llevarte si quieres.

Me levanté, le cogí la mano y la conduje a la parte trasera. Estábamos a punto de conseguirlo cuando noté que alguien tiraba de ella.

—¿Qué coño significa «no te muevas» para ti, mujer? —siseó mi padre. La agarró por la cintura y la apretó tan fuerte que ella hizo una mueca de dolor—. Hora de irnos.

Sadie me miró con ojos suplicantes y di un paso adelante.

—Me parece que no quiere irse.

—¿Perdona? —preguntó. Pasó los dedos por el pelo de Sadie y la atrajo más hacia sí—. ¿No quieres venir conmigo? —No respondió. Mi padre siguió hablando—. ¿Después de todo lo que hago por ti, Sadie, así es como me lo pagas? Te quiero. ¿No lo sabes? —Se inclinó para besarla del mismo modo en que besaba a mi madre cuando la alimentaba con mentiras para controlarla. Ella le devolvió el beso, como solía hacer mi madre. Entonces supe que Sadie no se iría. Estaba demasiado enredada en su tela de araña.

—Luego nos vemos, Logan —me dijo él. Sonó más a amenaza que a reencuentro feliz. Pero no me sorprendía. Mi padre no sabía lo que era la felicidad. Sin embargo, era un profesional para los desastres.

Cuando se marcharon, me sentí asqueado. Guardé silencio y me golpeé la muñeca con la goma elástica. Alyssa se acercó.

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza.

—Podemos salir a tomar el aire si quieres.

—Sí, vale.

Pero necesitaba algo más que aire. Necesitaba que mi padre desapareciera, y que así todo aquel que se hubiera cruzado con él se liberase por fin de sus cadenas.

Capítulo 37

Alyssa



Logan y yo salimos. Tenía los puños apretados, y la cara roja por el enfado que le había provocado su padre. No conocía la historia que compartían Logan y Sadie, pero sabía que él temía por su bienestar, como debía ser. Estar cerca del padre de Logan era aterrador. No podía imaginarme estar en el lugar de Sadie, incapaz de escapar de sus cadenas.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Solo necesito un minuto.

Se llevó las manos a la nuca y empezó a caminar de un lado a otro por el aparcamiento. Había coches estacionados en el enorme solar, y la gente estaba en la calle, disfrutando del buen tiempo, socializando y riendo, mientras que Logan hacía lo opuesto. Estaba luchando con los demonios que disfrutaban acechándolo. *Se merecía un respiro.*

Me apoyé contra el edificio y esperé a que se calmara. Pateaba las altas briznas de hierba, yendo de un lado a otro.

—¿Estás pensando en consumir? —pregunté.

—Sí —murmuró cerrando los ojos y caminando en círculos.

Pobrecillo.

—¿Sabes qué mejoraría este momento? —pregunté colocándome las manos en las caderas y apoyando un pie en la pared.

—¿Qué?

—¿Sabes qué deberíamos hacer para que te sientas mejor?

—Eh... no. Pero supongo que tienes una idea.

—¡Oh, eso siempre! —Lo miré a los ojos—. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—No, quiero decir, ¿me estás escuchando de verdad?

Se rio. *Bien*. Me hacía feliz que riera. Yo también reí, porque era muy hermoso. Reí porque volvía a ser mi amigo. Reí porque mi corazón sabía que eso nunca había sido suficiente para mí.

—Sí, te estoy escuchando.

Me erguí, saqué pecho y dije:

—Karaoke.

—Oh, Dios, no.

—¿Qué? ¡Vamos! ¡¿No te acuerdas de cuando fuimos al karaoke cuando éramos más jóvenes?! ¿Y cantaste *Billy Jean* de Michael Jackson con el movimiento de pelvis y todo? —Recreé sus movimientos de cadera del pasado. Él se echó a reír.

—Sí. También recuerdo que había tomado cocaína antes de hacer el movimiento de pelvis.

Me quedé de una pieza.

—¿Qué? ¿Estabas colocado cuando hiciste eso?

—Sí. De lo contrario, nunca habría ido al karaoke, créeme.

—Ah. Yo pensaba que te habías emocionado al ver su colección de Michael Jackson y Justin Bieber. Hoy vamos al karaoke del bar de O'Reilly.

—De ningún modo.

Asentí y le cogí la mano.

—Por supuesto que sí.

—Alyssa, sé que estás intentando hacerme sentir mejor y eso, y lo aprecio mucho, pero, en serio, no tienes que hacerlo. Ahora estoy mejor. Tú me has hecho sentirme mejor. Además, no vuelvo a cantar en un karaoke ni loco.

Capítulo 38

Logan



Volví a cantar en un karaoke.

De algún modo, Alyssa se las arregló para arrastrarme al escenario del bar de O'Reilly y me colocó un micrófono en la mano. Me prometió que haríamos un dúo, para que no cantáramos solos, pero aun así, sentía los nervios en la boca del estómago. Escogió la canción *Love The Way You Lie*, de Rihanna y Eminem.

—¿Te sabes la letra? —me preguntó—. Siempre la canto en el coche, así que me la sé de memoria.

—Puedo seguirla en la pantalla.

Sonrió ampliamente. Yo sonreí incluso más.

Mi mejor Subidón.

Cuando empezó a sonar la música y aparecieron las primeras letras en la pantalla, ni Alyssa ni yo emitimos ningún sonido. La gente del bar empezó a gritarnos que cantásemos, pero ninguno de los dos lo hizo.

El DJ paró la canción y nos hizo un gesto.

—Eh... sabéis que tenéis que abrir la boca para cantar, ¿verdad?

Miré a Alyssa, confundido.

—¿Por qué no has cantado? Ahí ponía que era la parte de Rihanna.

—Ah, no canto su parte. Me gusta la parte en que rapea Eminem.

—¿Qué? —siseé, acercándome a ella—. No voy a cantar la parte de Rihanna.

—¿Por qué no?

—Porque no soy una chica.

—Pero tienes una voz aguda muy bonita, Lo. Creo que serás una Rihanna preciosa —se burló.

—Voy a ponerla otra vez, chicos. Es ahora o nunca —dijo el DJ.

—No voy a hacer esto, Subidón —dije. Estábamos cara a cara, con el pecho sacado.

—Ah, sí que lo vas a hacer.

—No.

—Sí.

Negué con la cabeza.

—No.

Ella asintió.

—Sí.

—Alyssa.

—Logan.

—Subidón.

—Lo.

Empezó a sonar la música y yo seguí sacudiendo la cabeza para indicarle que no iba a hacerlo de ningún modo, pero cuando llegó la parte de Rihanna, me llevé el micrófono a los labios y empecé a cantar la parte femenina de la canción, en tono agudo. Sonaba la hostia de mal.

Alyssa se tapó la boca para sofocar su risa incontrolable. Le lancé una mirada asesina antes de girarme al público y conectar con mi lado femenino. Pensaba que lo había hecho bastante bien. Pensaba que era yo quien iba a hacer que nuestra actuación fuese mágica.

Pero entonces ocurrió algo.

Llegaron los versos de Eminem, y Alyssa se transformó en algo que no había visto nunca. Le robó la gorra de béisbol al DJ, se la puso en la cabeza al revés, y empezó a moverse por el escenario, involucrando a todo el público, haciendo que movieran las manos de un lado a otro mientras rapeaba.

Alyssa Marie Walters estaba rapeando una canción de Eminem, y era una puta pasada. Lo dio todo: los gestos con la mano, las expresiones faciales; le puso todo el empeño del mundo. Era tan salvaje y tan hermosa en ese momento. Libre.

Cuando llegó el estribillo, me miró, y empecé a cantar otra vez, en tono agudo y horrible.

Entonces volvió a rapear, y lo clavó.

Cuando llegó el último verso, el verso más difícil que tenía que rapear, inhaló profundamente. Me miró, y antes de empezar, se llevó el cuello de la

camiseta a la boca. Asintió una vez. Asentí una vez. Soltó la camiseta, y empezó a rapear el último verso directamente a mí.

Y, joder, fue de lo más sexy.

Balanceaba el cuerpo de un lado a otro; absorbió las palabras y las palabras la empaparon, y una vez terminó, dejó el micrófono. El público se volvió loco, y yo le canté el último verso de Rihanna a ella.

Cuando terminamos, no podíamos parar de reír. Nos abrazamos mientras la gente del bar nos animaba a cantar otra.

Hicimos cinco actuaciones más, y entonces nos retiramos al fondo del bar a tomarnos unas copas para celebrarlo.

Nos quedamos allí la mayor parte de la noche, hablando de nada y de todo. Nos reímos más de lo que lo habíamos hecho en mucho tiempo. Por un momento, pareció que todo era como antes.

Sus risas se convirtieron en mis respiraciones. Sus sonrisas eran mis latidos.

Observaba cómo movía la boca mientras contaba una historia larga sobre una cosa u otra. La verdad es que dejé de escuchar. Hacía tiempo que había dejado de escuchar, porque mi mente estaba en otra parte.

Quería decirle lo que sentía por ella, una y otra vez. Quería decirle que me estaba enamorando de ella otra vez. Quería decirle que todavía me encantaba su pelo despeinado, y todavía adoraba esa boca que siempre hablaba de algo.

Quería...

—Logan —susurró. Se había quedado inmóvil. De alguna forma, mis manos habían aterrizado en la parte inferior de su espalda, y la atraje más hacia mí. Mis labios estaban a pocos centímetros de su boca. Sus exhalaciones pesadas se mezclaban con mis profundas inhalaciones, y nuestros cuerpos temblaron en las manos del otro—. ¿Qué haces?

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaban tan cerca nuestros labios? ¿Por qué presionábamos nuestros cuerpos el uno contra el otro? ¿Por qué no podía apartar la mirada? ¿Por qué me estaba enamorando de mi mejor amiga otra vez?

—¿Verdad o mentira? —pregunté.

—Mentira.

—No soy adicto a tu sonrisa. Tus ojos no hacen que se me acelere el corazón. Tu risa no me da escalofríos. Tu champú de melocotón no me vuelve loco, y cuando te muerdes el cuello de la camiseta, no me enamoro cada vez más de ti. Porque no es así. No estoy enamorado de ti.

Sus inhalaciones se hicieron más profundas, y sus exhalaciones más pesadas.

—¿Y la verdad?

—La verdad es que te deseo. Quiero que vuelvas a mi vida, de todas las maneras posibles y más. No puedo dejar de pensar en ti, Subidón. No para escapar de la realidad, sino para abrazarla. Eres mi corazón. Eres mi alma. Te deseo. Toda. Y sobre todas las cosas, quiero besarte.

—Lo... —Le temblaba la voz—. Eres la primera persona en la que pienso cuando me despierto. Eres la persona que añoro cuando no estás a mi lado. Sigues siendo lo único que es como debe ser. Y si te soy sincera, diría que quiero que me beses. He querido que me beses toda mi vida.

Entrelacé los dedos con los suyos.

—¿Nerviosa? —pregunté.

—Nerviosa —respondió.

Me encogí de hombros.

Ella se encogió de hombros.

Me reí.

Ella se rio.

Separé los labios.

Ella separó los suyos.

Me incliné.

Ella se inclinó.

Y recordé los días de antaño que hicieron que mi mundo ardiera en llamas. Nos besamos largo rato, compensando los errores del pasado y perdonándonos por los errores del futuro.

Era hermoso. Era correcto. Era nuestro.

Pero, por supuesto, tras los subidones llegan los descensos.

A Alyssa le sonó el teléfono, y nos separamos. Cuando respondió, supe que algo iba mal.

—¿Qué pasa, Erika?

Pausa.

—¿Está bien?

Se me hizo un nudo en el estómago y me puse derecho.

—Vamos enseguida. Vale. Adiós.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando colgó.

—Es Kellan. Está en el hospital. Tenemos que irnos. *Ya*.

Capítulo 39

Logan



—¿Qué ha pasado? —pregunté entrando a toda prisa en la habitación de hospital de Kellan. Estaba tumbado en la cama, con unas vías intravenosas conectadas a los brazos—. Kel, ¿estás bien?

—Estoy bien. No sé por qué os ha llamado, chicos. No pasa nada.

—Se ha desmayado en el pasillo cuando iba al cuarto de baño —dijo Erika, que estaba sentada en una silla, balanceándose ligeramente, con las manos metidas debajo de los muslos.

—Pero recuperé la consciencia enseguida —replicó—. Estoy bien.

—Kellan, no podías hablar, y habías olvidado mi nombre.

Kellan fue a decir algo, pero solo dejó escapar un suspiro. Cerró los ojos. Estaba cansado. Se derrumbaba más cada día, y no podía evitar preguntarme cuándo empezaría a curarlo la quimioterapia. Parecía como si no hiciera más que derrumbarlo.

Erika se levantó y nos llevó a Alyssa y a mí a un lado de la habitación para hablar mientras Kellan se quedaba dormido. Se rodeó su propio cuerpo con los brazos, y se apoyó en la pared más cercana.

—Los médicos están haciendo más pruebas. Está muy cansado y débil. La enfermera ha dicho que pueden mandarnos a casa con una silla de ruedas, y que eso puede ayudarlo a moverse, pero él dice que no quiere. Está siendo muy orgulloso. Pero necesita... —Se frotó los ojos y se llevó las manos a la cabeza—. Tenemos que ayudarlo. No es el tipo de persona que reconoce que necesita ayuda. Siempre ha sido él quien ayudaba a los demás. Pero necesita nuestra ayuda. Aunque intente apartarnos.

—Para cualquier cosa que necesites, estoy aquí —dije—. Cualquier cosa que necesite. —Erika me dirigió una sonrisa tirante. Tenía los ojos pesados por la falta de sueño. Estaba casi seguro de que cada vez que Kellan cerraba los ojos por la noche, los suyos se mantenían bien abiertos—. Tú también necesitas ayuda, Erika. No tienes que hacerlo todo. Para eso estoy aquí.

—Es que... —Le tembló la voz al mirar a Kellan—. Es hora de que asumamos que las cosas van a ir muy mal antes de que vayan a mejor. Eso me asusta. Estoy aterrada. Logan, si ocurre algo... Si le ocurre algo... —Empezó a llorar, y la saqué de la habitación y la conduje al pasillo, donde la abracé fuerte—. No puedo perderlo. No puedo.

Nunca había visto a Erika derrumbarse. Siempre era la que conservaba la calma. Verla destrozada decía mucho de lo seria que se estaba poniendo la situación.

Cuando se recuperó, dio un paso atrás y se enjugó las lágrimas.

—No pasa nada. Estoy bien. Estoy bien —dijo, tranquilizándose a sí misma tanto como a nosotros—. Lo dejarán ingresado esta noche. Me quedaré con él.

—Yo puedo quedarme —me ofrecí—. Sé que tienes los exámenes finales.

—No, no pasa nada. Estoy bien. Estoy bien.

—Hermanita —susurró Alyssa, secando las lágrimas de su hermana.

—Estoy bien. De verdad. Vosotros iros a casa. Os escribiré si hay algún cambio.

Miré la habitación.

—¿Puedo sentarme con él un momento? —pregunté.

Ella asintió.

—Sí, claro. Alyssa, ¿quieres venir conmigo a buscar un café?

Las dos se alejaron, y yo entré en la habitación y puse una silla junto a la cama de Kellan. Las máquinas que lo rodeaban pitaban y zumbaban sin parar. Observé como subía y bajaba su pecho. Incluso respirar parecía costarle trabajo últimamente.

—¿Estás dormido? —susurré.

—No —respondió—. Solo tengo sueño.

Me apreté los ojos con los pulgares para contener la emoción.

—¿Qué demonios haces aquí, Kel? Era yo quien acababa en sitios así, ¿te acuerdas? No tú.

Me lanzó una débil sonrisa.

—Ya lo sé, ya.

—¿Estás bien?

Inhaló profundamente y exhaló tosiendo.

—Sí, estoy bien. —Inclinó la cabeza en mi dirección, y sus ojos eternamente dulces me sonrieron—. La estoy matando —susurró, refiriéndose a Erika.

—¿Qué? No.

Se giró, tratando de ocultar las lágrimas que le caían por las mejillas.

—Sí. Verme morir la está matando.

—No te estás muriendo, Kellan.

No respondió.

—¡Eh! ¿Me has oído? He dicho que *no te estás muriendo*. Dilo.

Miró al techo y cerró los ojos. Todavía le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—No me estoy muriendo.

—Otra vez.

—No me estoy muriendo.

—Una vez más, hermano mayor.

—¡No me estoy muriendo!

—Bien. Y que no se te olvide, joder. Todo el mundo está bien. Todos vamos a superar esto juntos. —Le cogí la mano y se la apreté levemente, intentando consolarlo un poco.

—Todo va bien. Tienes razón. Lo siento, solo estoy...

—¿Cansado?

—Cansado.

Me quedé con él más tiempo del que pensaba. Erika volvió a la habitación, pero le pregunté si podía quedarme yo con Kellan esa noche. Ella estuvo de acuerdo, y Alyssa decidió quedarse con ella para asegurarse de que no estuviera sola.

Esa noche no dormí. Me quedé despierto, observando las máquinas y la respiración de mi hermano.

Cuando se hizo de día y abrió los ojos, esbozó media sonrisa.

—Vete a casa —dijo.

—No.

—Vete. Ve a vivir tu vida, Logan. ¿No tienes alguien de quien enamorarte? —preguntó.

—¿Qué crees que estoy haciendo ahora mismo? —respondí apoyando la cabeza en la cama. Él me sonrió y encogió el hombro derecho. Yo le sonreí y encogí el izquierdo.



Me habría gustado poder decir que las cosas con Kellan iban mejorando, pero parecía que solo iban a peor. Si no estaba en el hospital, se pasaba la mayor parte del tiempo en cama. El hermano que antes siempre sonreía se estaba convirtiendo poco a poco en alguien que apenas mostraba emoción. El amable Kellan le gritaba a Erika cada vez más por cualquier cosa que hiciera, lo cual la ponía todavía más nerviosa.

Era descorazonador, porque realmente ella lo hacía todo lo mejor que podía.

Nunca me gritaba a mí, y me habría gustado que lo hiciera. Erika parecía a punto de tener un colapso nervioso. Empezaba el curso de otoño, y parecía agobiada por las clases, además del hecho de que había suspendido las clases de verano de su máster. Sus niveles de estrés eran muy elevados.

—Llévatela por ahí —dijo Kellan con un suspiro cuando lo senté en el sofá de la sala de estar. Empezaba a estar harto de mirar las paredes de la habitación; le daba un poco de claustrofobia.

—¿A quién?

Me lanzó una mirada de «ya sabes de quién hablo».

—Alyssa. En la mesita hay dos entradas para la ópera de esta noche en Chicago. También hay una reserva para un hotel. Creo que le gustaría. Erika y yo íbamos a ir por nuestra luna de miel, pero... —Su voz se apagó y cerró los ojos—. Lévala.

—No voy a conducir hasta Chicago y pasar la noche allí estando tú mal.

—Sí que lo harás.

—No. Ayer tuviste quimioterapia. Siempre te pones peor los días después.

—Estoy bien. Además, Erika me ayudará.

—Kellan.

—Logan. —Kellan se incorporó en el sofá—. Mereces ser feliz.

—Soy feliz.

—No. Solo estás viviendo la vida por inercia. Lo cual tiene sentido. Después de todo lo que has pasado, después de todo lo que has visto, tuvo que convertirse en una especie de rutina enfermiza de la que no podías escapar. Pero la única vez que te he visto feliz, y me refiero a feliz de verdad, ha sido cuando estabas con Alyssa.

—Kellan, para.

—¿Recuerdas cuando viniste pidiéndome dinero para comprarte un traje solo para llevarla a un recital de piano en Chicago? Resplandecías de esperanza. Nunca había visto esperanza en ti.

—Y con razón. La esperanza es una pérdida de tiempo. ¿Recuerdas que nunca llegamos a ir a Chicago porque Ricky me cabreó y acabé hundiéndome en el hoyo?

Puso los ojos en blanco.

—Tú ya no eres esa persona. Llévala.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡No!

—Tengo cáncer.

Puse los ojos en blanco.

—Tío, eso es un golpe bajo. ¿Cuándo vas a dejar de usar el cáncer como excusa?

Me sonrió, extendió la mano y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Llévala, ¿vale?

Asentí.

—Vale.

Capítulo 40

Alyssa



—Hola —susurré cuando vi a Logan en mi porche vestido con traje y pajarita. Tenía el pelo engominado y estaba espectacular.

—Estás preciosa —dijo admirando mi vestido negro largo—. Preciosa. Me sonrojé.

—Tú también. Quiero decir, guapo. Estás guapo.

Extendió la mano y la cogí. Me guio hasta el coche, abrió la puerta del copiloto y me ayudó a montarme. El corazón me golpeaba con fuerza la caja torácica, y las mariposas que sentía en el estómago se transformaron de alguna forma en dragones que me incendiaban por dentro. Estaba muy nerviosa.

Cuando me preguntó si iría a Chicago con él a ver una ópera, tuve que asegurarme de que no estaba soñando. Nunca habíamos tenido una cita así. Nunca habíamos sido capaces de enamorarnos de la manera que merecíamos. Así que el hecho de que ese día Logan llevara un traje que no le quedara demasiado grande, y que yo llevase un vestido que era demasiado elegante para mí, era asombroso.

Sigo enamorada de ti...

—¿Estás emocionada? —me preguntó cuando nos dirigimos a la autopista.

—Sí.

Sigo enamorada de ti...

—Nunca he hecho algo así, ¿sabes? Ver una ópera. Bueno, he ido a tus recitales de piano, que eran alucinantes, pero nunca he visto algo como esto.

—Te encantará —dije—. Cuando estaba en la universidad, teníamos que ir a ver espectáculos para una de mis clases de música. La ópera es una experiencia única.

Sonrió.

—Gracias por venir conmigo, Subidón.

Cada vez que me llamaba así, me sentía como si volviera a tener dieciocho años.

Sigo enamorada de ti...

El espectáculo fue increíble, y cuando estábamos sentados en una esquina viéndolo, noté que a Logan se le llenaban los ojos de lágrimas. Sus ojos nunca se apartaban de los personajes del escenario, y los míos apenas se apartaban de él. Era una locura. Que un chico aún pudiera, después de todos esos años, controlar cada latido de mi corazón.

Después de la ópera, salimos al frío otoñal de Chicago. Permanecimos tan juntos que de vez en cuando nuestros brazos se rozaban. El hotel en el que nos alojamos estaba al final de la misma calle del teatro, lo cual era estupendo.

—Erika y Kellan están estresados —dijo Logan sacándome de mis pensamientos.

—Sí. Muy estresados. Erika me llamó la otra noche. Estaba llorando en su coche. Se siente como si estuviera al final de una cuerda y Kellan la estuviera empujando.

—¿Tú crees que la está empujando?

—No lo sé. Creo que solo está asustada.

—Sí. Yo también. He estado pensando... Deberíamos hacer algo por ellos. No sé qué, pero quiero hacer algo que les haga sentir mejor.

—Es una idea genial —dije abriendo la puerta principal del hotel—. Y creo...

—Sigo enamorado de ti.

¿Qué? ¿Acabo de decir las palabras que llevan bailando en mi mente toda la noche? ¿Las palabras que he sentido durante los últimos cinco años?

No. No habían salido de mis labios.

Me giré lentamente y miré a Logan, que estaba en la acera con las manos metidas en los bolsillos. Se balanceaba de atrás hacia delante.

—¿Qué? —dije con el corazón a mil por hora.

—Sigo enamorado de ti —repitió acercándose más a mí—. He intentado evitarlo. He intentado ignorarlo. He rezado para que desaparezca, pero no se va. Cuando estás cerca de mí, te quiero aún más cerca. Cuando te ríes, quiero

que el sonido no se desvanezca nunca. Cuando estás triste, quiero enjugarte las lágrimas con besos. Conozco todas las razones por las que no debería estar contigo. Sé que nunca me perdonarás por lo que ocurrió hace años, pero también sé que todavía te quiero. Sigues siendo el fuego que me calienta cuando mi vida se vuelve fría. Sigues siendo la voz que mantiene la oscuridad alejada de mí. Sigues siendo la razón por la que late mi corazón. Sigues siendo el aire en mis pulmones. Sigues siendo mi mejor subidón. Y, de verdad, sigo loca y dolorosamente enamorado de ti. Y creo que nunca sabré cómo evitarlo.

—Logan... —Siguió acercándose a mí. Mi corazón latía tan rápido que empecé a marearme.

—Alyssa...

—Lo. —Lentamente, entrelacé los dedos con los suyos.

—Subidón.

Él.

Yo.

Nosotros.

Nos acercamos el uno al otro. Nuestros cuerpos se unieron y empecé a temblar cuando apoyé los dedos en su pecho.

—¿Nervioso? —pregunté.

—Nervioso —respondió.

Mis labios se acercaron a unos milímetros de los suyos. Su aliento se convirtió en el mío, y el mío era solo suyo. Era mi apoyo en esta vida, y hacía que mi corazón se elevara y descendiera, una y otra vez.

Me encogí de hombros.

Él se encogió de hombros.

Me reí.

Él se rio.

Separé los labios.

Él separó los suyos.

Me incliné.

Él se inclinó.

Y los dos seguíamos muy enamorados.



Por un breve instante, Logan me abrió su corazón, y yo le abrí el mío. Su piel se encontró con la mía, sus labios con mis labios. Esa noche nos aferramos el

uno al otro. Impedimos que nuestra mente se dispersara. No hablamos de antaño, y nos negamos a hablar del mañana.

Pero sí que recordábamos, y sí que soñábamos.

Recordamos todo lo que éramos y soñamos con todo en lo que podríamos convertirnos algún día. Cada vez que se adentraba en mí, yo susurraba su nombre. Cada vez que se apartaba, él susurraba el mío.

—Te quiero —le susurré al oído.

—Te quiero —dijo en voz baja, besándome el cuello.

Aquella noche nos quisimos. Nos quisimos sin limitaciones, sin restricciones, sin miedo. Nos quisimos con cada beso, cada caricia, cada clímax.

Amamos el dolor, amamos las cicatrices, amamos nuestro fuego salvaje que nunca podría apagarse.

Amamos esa noche.

Sí...

Amamos muy lentamente.



Cuando me desperté, me sentía como si siguiera soñando, porque estaba entre sus brazos. Él tenía los ojos abiertos y me dio un suave beso en la frente.

—Hola. —Bostecé frotándome los ojos.

—Hola —respondió.

—¿Es hora de levantarse?

—No. —Negó con la cabeza—. Solo son las tres de la mañana.

Me incorporé un poco. Empecé a preocuparme.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Logan, dímelo.

—Solo estoy preocupado, nada más. Kellan tuvo la sesión de quimioterapia hace un día, y desde que volví, he estado siempre ahí. A veces se siente mal en mitad de la noche, y estoy preocupado, eso es todo.

Salí de la cama y empecé a recoger sus cosas. Luego me vestí.

—¿Qué haces? —preguntó.

Le lancé unos pantalones a la cara.

—Vístete. Nos vamos a casa.

De camino a casa nos mantuvimos en silencio, pero él me sostuvo la mano todo el tiempo. Sabía que parecía absurdo, pero en aquel viaje me

enamoré aún más de él. Aparcó delante de mi casa para dejarme, y se acercó para besarme.

Ah, me gustaban tanto sus besos...

—Lláname si necesitas algo —dije. El cielo aún estaba negro. El sol dormía. Me dijo que me mantendría informada—. Ah, y tengo algo para ti. —Metí la mano en mi enorme bolso y saqué un montón de DVD—. Los he coleccionado durante los últimos años. Pensé que te interesarían estos documentales. He visto unos cuantos, y me han encantado. El del fénix es mi favorito, y me recordó a ti.

Abrió la boca para hablar y la voz le salió rota.

—¿Por qué nunca perdiste la fe en mí?

Me encogí de hombros.

—Porque para algunas cosas, las mejores, siempre vale la pena luchar. —Le di un beso en los labios y empecé a salir del coche.

—Ah, Subidón. —Abrió la guantera del coche y sacó un DVD—. Esto es para ti.

—¿Qué es?

—Hice un documental cuando estaba en Iowa.

—¿Qué? —pregunté—. ¿De qué trata?

—De nosotros —respondió con timidez—. Se llama «Subidones y descensos». En él tienes una respuesta para cada mensaje que me dejaste. Mil noventa respuestas. Y algunos momentos intermedios.

—Lo...

—No es bueno del todo, pero es real. Es franco. Pensé que debías conocer mi respuesta. A cada mensaje. Y quiero que sepas que fuiste tú quien me ayudó a superar cada segundo cuando me rehabilité. Tu voz me salvó.

En cuanto entré en casa, metí el DVD en mi portátil y contuve la respiración durante una hora entera. Algunas de las respuestas iban dirigidas a mí, y otras simplemente las decía a la cámara, como si fuera un diario de algún tipo. En cada respuesta decía lo que deseaba haber oído durante todos esos años. Cada respuesta concordaba con el modo en que sangró mi corazón durante cinco años.

Respuesta 1

Lo siento. Lo siento. Lo siento. Joder, Subidón, lo siento tanto...

Respuesta 2

Hace cincuenta y seis días que empecé la rehabilitación y me siento solo. Todavía no sé qué significa todo esto. Estar vivo, estar muerto. Inhalar, exhalar. La mera idea de existir siempre me resultó confusa. Pero entonces entraste en mi vida, y todo empezó a cobrar un poco más de sentido.

Tal vez el sentido de la vida sea enseñarnos que no siempre seremos nuestros errores del pasado. Tal vez el sentido de la vida sea abrirnos a las cosas que más tememos, como el amor.

Tal vez el único sentido de mi vida era, sencillamente, encontrarte a ti, aunque no fuese a durar para siempre.

Y solo esa idea es suficiente para ayudarme a superar cada noche solitaria.

Respuesta 232

El bebé habría nacido este mes. Me dejaste un mensaje diciéndomelo, pero yo ya lo sabía. No puedo dormir. No puedo comer. No puedo dejar de pensar en tumbarme a tu lado y abrazarte. Pero no he mejorado aún. Sigo perdido. No soy lo suficientemente fuerte para quererte como mereces que te quieran. Así que, aquí estoy, esperando. Hasta que sea algo de lo que puedas sentirte orgullosa.

Respuesta 435

Y este es mi apartamento. No sé si te lo he enseñado alguna vez, pero aquí está. Tenemos todo lo básico. Kellan me ha ayudado. Aquí está Jordy el ratón. Viene a jugar de vez en cuando. Y eso es todo, prácticamente. Es pequeño, pero es mío, supongo.

Sé que estás enfadada conmigo.

Pero te echo tanto de menos que algunas noches me duele respirar.

Me preguntaste qué hago cuando llueve.

Me tumbo en la cama y pienso en ti.

Respuesta 1090

Dijiste que no ibas a volver a llamarme. Me alegra oír eso, pero a la vez me siento roto. Quiero que seas feliz. Quiero que encuentres a alguien que se merezca quererte. Quiero que te enamores de un corazón que lata como late el mío por ti. Quiero que te rías fuerte, y quiero que alguien se enamore del sonido de tu risa, del mismo modo en que yo adoro esos sonidos.

Quiero que tengas tu final feliz.

Quiero que pases página.

Me digo a mí mismo cada día que ya no estoy enamorado de ti, que lo he superado.

Pero, de alguna forma, eso no es verdad. Ocurre cada día, justo antes de cerrar los ojos para dormir. Veo tu cara, tu sonrisa, tu alma, y en los susurros silenciosos de la noche, vuelvo a enamorarme de ti.

Espero que eso nunca cambie.

Y, de una forma egoísta, espero que una pequeña parte de ti también me quiera siempre.

Capítulo 41

Logan



Al entrar en casa de Kellan, me detuve un momento cuando oí alguien vomitando. Corrí al cuarto de baño, de donde procedía el sonido, y me encontré a Kellan en el suelo, con la cabeza metida en el retrete, devolviendo todo lo que tenía dentro.

—Joder, Kel —murmuré.

Cogí una toalla para humedecerla y me arrodillé a su lado mientras a él le daban arcadas, incapaz de vomitar nada más porque no le quedaba mucho dentro.

—Estoy bien —murmuró antes de tener otra arcada. Le puse la mano en la espalda. No podía hacer gran cosa aparte de acompañarlo en su dolor.

—¿Qué pasa?! —dijo Erika asomando la cabeza, alarmada. Abrió mucho los ojos y se planteó en qué dirección ir: quedarse en el baño con Kellan o ir a la sala de estar.

—¿Por qué no me has despertado? —me preguntó.

—Acabo de llegar.

Se pasó las manos por el pelo.

—Vale. Necesita las pastillas para las náuseas. —Se alejó a toda prisa, pisando con fuerza el suelo de madera. Volvió con un vaso de agua y una pastilla pequeña rosa—. Aquí tienes, Kellan.

—No —susurró—. No quiero eso.

—Te aliviará las náuseas.

—No la quiero.

A Erika le tembló la barbilla y le tendió el vaso y la pastilla.

—Vamos, Kel. Te...

—¡Déjame en paz! —aulló apartando el vaso de un manotazo, y haciéndolo volar hasta estrellarse en el suelo.

Erika retrocedió, estremeciéndose. Los labios le temblaban mientras inhalaba y exhalaba varias veces. Colocó la pastilla encima del lavabo.

—La dejo aquí por si la necesitas.

Después de ayudar a Kellan a volver a su habitación, le di la pastilla. Me acerqué cautelosamente a la cocina, donde estaba Erika rebuscando en los armarios. Delante de ella había una caja de vasos nuevos. La estaba vaciando.

—Erika, solo está cansado.

Ella asintió repetidas veces y se pasó las manos por el pelo.

—Sí, lo sé. Lo sé. No pasa nada. Solo quería sacar estos vasos antes de mañana. Me alegro mucho de haberlos comprado. Sabía que irían bien, y son mejores que los anteriores. Más resistentes. No sé por qué no los cambié antes.

Cerró la caja una vez substituyó los vasos viejos por los nuevos y se dirigió a la sala de estar, donde se quedó inmóvil con las manos en las caderas, mirando al vacío.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Creo que si muevo el sofá a la pared que da al este, más gente podrá ver la tele. Sí, creo que es buena idea.

—Erika.

—O tal vez debería comprar un televisor nuevo. Vi unas rebajas en el periódico y...

—Erika, venga. Vete a la cama.

—No. No. No pasa nada. Tengo que recoger los cristales rotos del baño. Es una gran suerte que tuviera los de repuesto.

—Erika.

Empezó a sollozar y se tapó la cara. *Joder.*

—¿Por qué no es así contigo, eh?! ¿Por qué no grita...? ¿Por qué no...?

—Me fui una vez y no tenía intención de volver. Seguramente cree que volveré a marcharme. O peor, que empezaré a consumir.

—Estoy rota. Estoy tan rota. No estoy preparada para las clases. Suspendí las clases nocturnas de verano. Suspendí. No había suspendido en toda mi vida. Y ahora Kellan me habla mal. Me habla mal. Kellan nunca había hecho eso. No sé cuánto más podré resistir. —Siguió sollozando y la rodeé con los brazos.

No estaba seguro de qué decir, o cómo aliviarla. No se equivocaba. Parecía que cada día que pasaba, Kellan se volvía más sombrío con ella, y la apartaba.

—¿Quieres fumar un poco de hierba?

Se apartó de mí y sacudió la cabeza.

—No, Logan. No quiero fumar un poco de hierba.

—Vale.

Silencio.

—¿Quieres emborracharte? —pregunté. Me miró con los ojos entrecerrados, se mordió el labio inferior, y se tambaleó un poco, pensándose.



Llevábamos sentados en el patio tres cuartos de hora, y por primera vez en mi vida, vi a Erika borracha. Su risa hacía eco en el patio, y de vez en cuando soltaba un ronquido antes de darle un trago a la botella de *whisky*. Me había fumado un porro que me había dejado relajado.

—Eres el mejor —dijo dándome una palmada en la pierna.

—No me soportas.

—Es verdad, no te soporto. —Intentó coger el porro que tenía en la boca, pero yo apreté los labios para no soltarlo.

—Creo que deberías ceñirte al *whisky*.

—*Creo que deberías ceñirte al whisky* —me imitó, y volvió a echarse a reír—. ¿Sabes qué es lo que más odio de ti?

—¿Qué?

—Todo el mundo te quiere, hagas lo que hagas.

—Mentira.

—Sí. —Asintió—. En serio. Sobre todo Kellan y mi hermana. Creen que eres una especie de dios. ¡Logan Silverstone no se equivoca! Te quieren más de lo que podrían quererme nunca a mí.

Fruncí el ceño.

—Eso no es verdad.

—Lo es. A ver, aceptemos los hechos. Estrellaste el coche de Kellan. Estuviste a punto de prenderle fuego a mi primer apartamento. Le rompiste a mi hermana el corazón cuando estampaste el coche contra un edificio. Huiste y la ignoraste durante años, y a pesar de todo, se casaría contigo mañana mismo si se lo pidieras. Kellan no ha dejado de nombrarte un solo día. Tu

madre lloraba cada día después de que te fueras. Incluso se las arregló para no consumir durante un tiempo porque quería que te sintieras orgulloso de ella, antes de que el loco de tu padre la arrastrara otra vez de vuelta a esa mierda y acabase en el hospital. Olvida la mierda que hizo que acabaras en rehabilitación. La verdad es que la mayor droga dentro de este pequeño círculo de personas eres tú. Son adictos a ti, y no van a dejar de consumirte.

Se me secó la garganta y me costó tragar saliva.

—¿Qué has dicho?

—Eh... he dicho muchas cosas. ¿Quieres que lo repita todo?

—No —negué con la cabeza—. Lo de mi madre. ¿Mi padre hizo que acabase en el hospital?

Erika levantó la vista rápidamente y me miró a los ojos.

—Ay Dios. —Abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza—. No les digas que te lo he dicho. Por favor. No querían que lo supieras, porque no querían que te sintieras culpable por no haber estado allí. Por favor, no digas nada.

Apagué el porro, me levanté y entré en casa.

—Vete a la cama, Erika.

Capítulo 42

Alyssa



Al día siguiente, Logan me pidió que lo acompañara a visitar a su madre. Primero pasamos por el Bro's Bistro a comprarle algo de comida, y cuando entró en el restaurante, lo esperé en el coche. Mis ojos recorrieron la calle cuando oí unos gritos procedentes del callejón que había a pocos pasos del coche.

Abrí la puerta y seguí la dirección del sonido. El corazón me dio un vuelco cuando vi al padre de Logan encima de Sadie, gritándole. Ella temblaba acorralada contra la pared de ladrillos de una tienda.

—¡Lo siento! —gritó cuando él levantó la mano y le dio una bofetada en la cara. Oí como gemía y dobló el cuerpo hasta quedarse hecha un ovillo en el suelo.

—¡Eh! —exclamé corriendo por el callejón oscuro hacia ellos—. Apártate —le grité.

Atrapó a Sadie con sus brazos y me miró. Tenía los ojos inyectados en sangre, fríos, despiadados.

—Lárgate —ordenó.

Sadie me miró. Sus ojos estaban llenos de miedo. Las magulladuras que se le estaban formando en la cara me revolviéron el estómago. No sabía qué hacer. Vi como él se agachaba y le susurraba algo al oído que le hizo estremecerse de miedo.

—¡Déjala en paz, capullo! —grité.

Agarró a Sadie por las muñecas y empezó a tirar de ella en dirección opuesta a mí.

—Maldita zorra estúpida —le murmuró arrastrándola. Sin pensarlo, corrí por el callejón y lo empujé por detrás.

—¡Déjala marchar! —grité dándole un puñetazo en la espalda.

Soltó la mano a Sadie, y sin dudarle un instante, se giró y me golpeó en el ojo de tal forma que choqué contra la pared y me caí al suelo tras haber perdido el equilibrio de repente.

Antes de poder levantarme, vi a Logan corriendo por el callejón y dando un puñetazo a su padre en la mandíbula, tirándolo al suelo. Sadie corrió hacia mí para ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz llena de pánico, pero estaba bien, solo un poco alterada por la situación.

—Estoy bien, estoy bien —dije. Miré a Logan, que estaba sobre Ricky, dándole puñetazos en la cara una y otra vez. Tenía los ojos entrecerrados y la mirada fría, y siguió golpeándolo.

—¡Logan, no! —grité.

Tiré de su brazo. Tenía los ojos enloquecidos; el fuego que habitaba en él lo consumía hasta las cenizas.

Logan.

Lo.

Mi punto bajo más doloroso.

—Logan, ya es suficiente. Se ha desmayado. Ya está bien. —Le hablaba con un tono suave, intentando no demostrar lo asustada que estaba. Volvió a levantar el puño para golpear a su padre, pero le agarré el brazo—. Mírame, Lo. Por favor —supliqué—. Logan, no eres él —le aseguré. Eso le hizo detenerse—. No eres él. No eres tu padre.

Se quedó inmóvil.

—Estás bien, Logan Francis Silverstone —le prometí. Las lágrimas me caían por las mejillas—. Estás bien. Dame la mano —ordené.

Me cogió la mano.

Lo ayudé a levantarse.

Vi como su respiración se tranquilizaba cuando se apartó de Ricky, y se miró los nudillos ensangrentados. Fui a cogerle las manos, pero él las apartó bruscamente. Miró la cara de Sadie, que tenía casi tan mal aspecto como la de su padre.

—*Mierda* —espetó—. Vamos —dijo alejándose. Sadie y yo lo seguimos y nos condujo a la consulta de JP.

Después de que aporreáramos la puerta, JP bajó en pijama y la abrió.

—Joder, Logan. Es domingo. El domingo es día de *descanso*.

Logan no dijo nada. Se colocó junto a él para que nos viera a Sadie y a mí.
—Mierda —murmuró JP—. Entrad.

Nos quedamos allí hasta que nos curó, y JP comprobó que el bebé de Sadie estaba bien, afortunadamente. Cuando nos fuimos, le dije a Sadie que podía quedarse conmigo, pero antes de que pudiera decir nada, recibió un mensaje de texto de Ricky.

Ricky: Dile a tu héroe que va a pagar por esto. Empezando por su madre.

—Oh no —murmuré. Logan abrió mucho los ojos de miedo—. Llama a la policía.

Capítulo 43

Logan



Corrí al apartamento de Ma y abrí la puerta de par en par, sintiendo la tensión en mi pecho.

—¡Ma! ¿Dónde está? —grité.

Casi se me paró el corazón cuando la vi en el suelo y al mismísimo diablo dándole patadas en el estómago. Salté sobre él y lo arrojé al otro lado de la habitación con todas mis fuerzas. Corrí junto a mi madre e intenté despertarla.

Oí una risa detrás de mí cuando mi padre se levantó.

—Vaya, si es una reunión familiar a lo grande. No te preocupes por tu madre. Solo está echándose una siesta.

Me levanté y cargué contra él. Quería tirarlo al suelo, pero me detuve al oír en mi mente la voz de Alyssa. *No eres tu padre.*

—Déjanos en paz, Ricky. —Tenía un aspecto horrible, como si hubiera estado consumiendo un montón de sus propias drogas.

—No hasta que recupere a Sadie. Ya te has divertido. Ahora devuélvemela —aulló acercándose a mí.

—Ricky, tío... Necesitas ayuda.

—Que te jodan, capullo. Dame a Sadie.

—No es de tu propiedad. No va a irse contigo.

Se pasó las manos por el pelo y tiró de él, enfadado.

—¡Estuve ahí para ti, chico! Cuando no tenías a nadie, te acogí bajo mi ala.

—¿Enganchándome a las drogas? Sí, muy considerado por tu parte.

Se abalanzó sobre mí, me agarró del cuello con la mano y presionó su frente contra la mía.

—No me hables como te dé la gana, hijo. —Aunque ya no era el niño que solía ser, Ricky seguía siendo mucho más grande que yo. Y daba aún más miedo cuando estaba colocado. No había forma de predecir qué iba a hacer, pero lo único de lo que estaba seguro era que prefería que me lo hiciera a mí en lugar de las dos chicas que estaban fuera en el coche.

—Vete a casa, Ricky. Se acabó.

—¿Se acabó?

Me empujó y me dio un puñetazo en el ojo. El dolor fue muy intenso. Retrocedí tambaleándome y me agarré al sofá hundido para no caerme.

—No voy a pelear contigo, Ricky —murmuré llevándome la mano al ojo.

—Sí que lo harás —replicó acercándose y dándome un puñetazo en el estómago.

Sentí como el vómito me subía del estómago, e hice lo posible por contenerlo.

—No, no lo haré.

—¿Por qué no? —preguntó tirándome al suelo y pisándome el abdomen—. ¿Por qué no? ¿Porque eres débil? ¿Porque no puedes ser un hombre de verdad? —gritó golpeándome repetidamente.

—No —murmuré escupiendo la sangre que tenía en la boca—. Porque si lo hiciera, sería como tú.

—Estoy tan cansado de ti —respondió frotándose la boca antes de llevarse la mano al bolsillo trasero y sacar una pistola—. Estoy cansado de que interfieras en mi vida. Estoy cansado de que te metas en medio siempre. Estoy cansado de tu cara. Así que vamos a acabar con esto ahora.

Me apuntó con la pistola y cerré los ojos, pero cuando oí el sonido del disparo, no sentí nada.

Abrí los ojos y vi a la policía detrás de mí, y a Ricky en el suelo. Le habían disparado en el hombro.

Los polis y los paramédicos se acercaron a toda prisa. Vi de forma borrosa que corrían a ver cómo estaba Ma, y luego se acercaban a Ricky. Alyssa y Sadie hablaron con los agentes para explicarles lo que había pasado. Intenté abrir la boca, pero tenía la mandíbula tan hinchada que me dolía al hablar. Un paramédico vino a mirarme la cara, pero lo aparté con un gesto.

—Estoy bien —dije ahogándome. Me ardía la garganta. Me ignoró y empezó a limpiarme los cortes y a hablar de darme puntos en la nariz y en la barbilla.

—Os haremos más preguntas en el hospital —dijo el agente a Alyssa—. Os seguiremos en coche.

Ella asintió y se acercó a mí. Hizo una mueca cuando me tocó suavemente la cara.

—Ay, Lo... —susurró.

Solté una risita ahogada.

—Si... si... si... —Hice una pausa; el dolor de la mandíbula me hacía estremecer—. Si crees que tengo mal aspecto, deberías ver al otro tipo.

No se rio.

Supongo que porque no tenía gracia.

—Venga —dijo—. Vamos a curarte.

Quería decir algo sarcástico. Quería hacerla sentir mejor, porque veía lo turbada que estaba. Pero no podía articular palabra. Mi mente daba vueltas pensando en Ma, en si estaría bien. No podía dejar de preguntarme cuánto tiempo la había estado pegando antes de que yo llegara. No podía dejar de pensar que debería haber estado allí para protegerla. No podía dejar de pensar en todas las veces que había jurado que la odiaba, pero la verdad era que la quería.

La quería mucho. Y le había fallado. Le había fallado al irme.



Logan, trece años



El abuelo me envió un documental de hamburguesas por mi cumpleaños. Ya lo había visto tres veces, pero volví a ponerlo en el reproductor de DVD. Era muy interesante, y yo estaba bastante aburrido antes de recibir el documental porque ya había visto la mayoría de los que había en la biblioteca.

—¿Qué haces? —preguntó Ma asomándose a mi habitación.

—Nada —respondí.

—¿Puedo no hacer nada contigo?

Levanté la vista y me quedé sin aliento. Ma estaba preciosa. Se había recogido el pelo en una cola de caballo con un lazo rojo. Se había

maquillado, algo que nunca hacía, y se había puesto un bonito vestido negro sin mangas que normalmente estaba colgado al fondo del armario.

—Estás espectacular —dije.

Le temblaban los músculos, pero eso era normal en Ma. Siempre se movía nerviosamente y se retorció y le daban temblores, pero al cabo del tiempo, dejó de importarme. Era parte de ella.

—¿Sí? No sé. Voy a una reunión más tarde. —Sonrió y se inclinó—. Es una reunión sobre cómo ayudar a la gente a rehabilitarse, ¿sabes? Quiero dejar de consumir, Logan. Quiero ser una mamá mejor para ti.

Abrí mucho los ojos. Me sentía como si estuviera flotando, y mi estómago se agitó.

—¿En serio?

Ma nunca hablaba de conseguir ayuda. Siempre decía que nadie podía ayudarla.

—Sí. —Se sentó en mi cama—. Pero tendrías que quedarte con Kellan y su padre un tiempo. Quiero ir a una clínica de rehabilitación. De verdad que quiero mejorar las cosas para nosotros.

—¿Vas a dejarme? —dije. Tenía las manos sudadas.

—Solo un tiempo. Entonces volveré mejor que nunca.

—¿Volverás por mí?

—Volveré por ti.

Suspiré aliviado.

—¿Puedes hacer una pausa y venir a preparar una lasaña? Podemos celebrarlo antes de que me vaya —propuso.

Se me iluminaron los ojos y asentí.

—¡Sí!

Cocinamos juntos. Yo hice la salsa, y Ma colocó la pasta y el queso. Una vez hecha, me pidió que moviera el pequeño televisor de mi habitación a la sala de estar. Nos sentamos en el sofá y vimos el documental sobre hamburguesas mientras nos comíamos la lasaña caliente directamente de la bandeja.

—¿Ma?

—¿Sí, Logan?

—¿Por qué estás llorando? —pregunté.

Me miró con una sonrisa tirante y se encogió de hombros.

—Solo estoy contenta, eso es todo, cariño. Estoy contenta.

Yo también sonreí, y seguí comiendo. La lasaña me quemaba el paladar, pero no me importaba, porque Ma iba a ir a rehabilitación. Entonces

volvería conmigo y empezaríamos nuestra vida real juntos. Estábamos mejor. Pronto nuestra vida normal sería cenar juntos y ver documentales. Vendría a las tutorías del colegio y a mis graduaciones. Bailaría el baile lento conmigo en mi boda. Le leería a mis futuros hijos cuentos antes de dormir.

Tendríamos un futuro juntos, y sería perfecto.

Seguí sonriendo, y sonriendo, y sonriendo.

Porque nunca había sido tan feliz.

Capítulo 44

Alyssa



Logan acabó con la nariz fracturada, los ojos morados y una muñeca rota. Había tenido suerte, ya que los daños de su cara parecían cincuenta veces peores de lo que acabó siendo. Nos sentamos en el vestíbulo para esperar a que nos dijeran en qué estado se encontraba su madre. Cerré los ojos y recé para que estuviera bien. Sabía que Julie siempre había traído mucho dolor a la vida de Logan, pero no cabía duda de que ella lo era todo para él.

Los polis se acercaron para hablar con nosotros.

—Perdón por interrumpir, chicos, pero queríamos daros las últimas noticias. Después de nuestra conversación, hemos solicitado una orden judicial para entrar en casa de tu padre. La pistola que llevaba estaba en su posesión ilegalmente, y hemos encontrado drogas en la escena. Tiene un largo historial de encuentros con la policía, así que creo que esta vez podremos pillarle de verdad. Por ahora, lo mantendremos bajo custodia por el ataque a tu madre. Eso debería darnos tiempo para conseguir la orden judicial. Vamos a atrapar a ese tipo.

Logan asintió. Di las gracias a los agentes y ellos nos desearon lo mejor y dijeron que nos mantendrían informados.

—Qué alivio —suspiré.

Logan apoyó la cabeza en las manos y asintió varias veces.

—Sí.

Le froté la espalda cuando el médico vino a hablar con nosotros.

—Hola, noticias de última hora.

—Muchas noticias de última hora estamos teniendo hoy —murmuró Logan.

El médico esbozó una sonrisa tirante.

—Sí. El estado de tu madre está mejorando, pero el nivel de narcóticos en sangre nos preocupa bastante. La tendremos ingresada aquí durante unos días para ayudarla a expulsarlos. Tiene dos costillas rotas a causa de los golpes, pero no podemos darle mucha medicación para el dolor por culpa de los narcóticos. Ahora mismo estamos actuando un poco sobre la marcha. Si tenéis alguna pregunta, no dudéis en decírmelo.

Le di las gracias. Logan siguió con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Lo ves, Logan? Todo va bien. Todo irá bien. ¿Quieres que llame a Kellan para decírselo?

Su hermano no sabía nada. Logan no quería preocuparlo hasta que supiera todos los detalles. Soltó un gruñido y me miró.

—No. Debería decírselo en persona. Por si reacciona mal. No quiero decírselo por teléfono.

—Tienes razón. Es buena idea.

—Subidón.

—¿Sí?

—Solo quiero que sepas que tienes todo el derecho a no entrar en esto.

—¿De qué estás hablando?

—Mi vida —dijo. En su tono era evidente que le costaba hablar, seguramente por el dolor de la mandíbula. Se estremeció y se la frotó—. Mi vida es un desastre. Siempre lo ha sido, y te estoy dando la oportunidad de salir de este infierno. Estoy enamorado de ti, y por eso te doy esta oportunidad. Te mereces algo más que este desastre de vida.

—Oye —susurré acercándome a él. Coloqué los labios junto a su oreja y le peiné el pelo hacia atrás. Me rompió el corazón ver la sangre que tenía en la cara y en el pelo. Era todo tan descorazonador, la vida que había vivido—. No me voy a ninguna parte.

Asentía sin parar. Juntó las manos. Tenía los ojos vidriosos.

—Soy un desastre, Subidón. Un desastre. Siempre he sido un desastre. Siempre seré un desastre.

—Logan, para. No eres la persona que eras entonces. ¿Vale? No eres el producto de tus días de antaño.

—Pero lo mereces todo. Puedes tener algo mejor. Te mereces más.

—Podría tener una vida decente con otra persona —dije—. Podría tener la vida normal de clase media. El trabajo normal, los hijos normales, el marido

normal. Podría tener una vida cómoda con alguien con quien estaría a gusto, pero que no querría de verdad. Y eso no es lo que quiero, Logan. Te quiero a ti. Quiero las cicatrices. Quiero las quemaduras. Quiero tu desastre. Tus cicatrices, tus quemaduras, tu desastre: eso es mi corazón. Eres todo lo que he querido y todo lo que necesitaré. Tu dolor es mi dolor. Tu fuerza es mi fuerza. Tus latidos fluyen a través de los míos. Así que, no, no voy a apartarme. No quiero huir porque las cosas se pongan difíciles a veces. Te quiero a ti. Todo tú: lo bueno, lo malo, el dolor, la rabia. Si atravesas el infierno, sostendré tu mano todo el tiempo. Si el fuego de nuestras vidas sigue creciendo, arderemos como si fuéramos uno. Te he elegido a ti, Logan. El ayer, el hoy, el mañana. Soy tuya. Eres mi llama eterna.

Se volvió hacia mí y me besó. Yo le devolví el beso con un poco de fuerza, y gimió ante el contacto.

—Perdona. —Me reí y le besé la frente—. Venga, vamos a mi casa, te limpiamos, y luego te dejo en casa de Kellan para que podáis hablar.



Cuando llegamos a mi casa, puse en marcha la ducha, desvestí a Logan y le ayudé a meterse. El agua cálida caía sobre su cuerpo, y él mantenía los ojos cerrados, respirando profundamente.

—Estaré aquí fuera. Tengo algo de ropa tuya de hace años. Puedo ir a por ella —dijo.

—No. Apaga la luz y ven aquí —dijo sin abrir los ojos. Hice lo que me pedía. Me quité la ropa y me metí en la ducha con él. Me atrajo hacia sí y me rodeó con sus brazos. Su piel entró en contacto con la mía y apoyó la frente contra la mía. Lo único que oíamos era el sonido del agua cayendo sobre nosotros y nuestra respiración.

Nos quedamos allí largo tiempo, hasta que se acabó el agua caliente, y entonces permanecimos allí un rato más.

—¿Para siempre, Subidón?

—Para siempre, Lo.

Capítulo 45

Logan



Cuando Alyssa me dejó en casa de Kellan, tenía cierta sensación de paz. Mi padre estaba detenido. Ma no podía irse del hospital, lo cual implicaba que no estaría en contacto con drogas durante un tiempo. Tal vez las cosas estaban cambiando. *Tal vez.*

Entré en la casa, que estaba a oscuras. Kellan estaba sentado en el sofá.

—¿Qué pasa? —dije y encendí la luz.

Hizo una mueca ante la lluvia repentina de luz, pero no dijo nada. Tenía la cara cubierta de lágrimas y estaba intentando abrir el bote de sus pastillas para el dolor, pero le temblaban las manos. Como no lo consiguió, tiró el bote al otro lado de la sala.

—¡Aj! —gritó golpeándose la cabeza con las manos.

—¿Qué pasa, Kel? ¿Dónde está Erika?

—Se ha ido a casa de su madre. —Se levantó despacio, con las piernas temblorosas, y fue tambaleándose hasta el bote de pastillas. Lo recogió e intentó abrirlo de nuevo, pero no tuvo éxito. Respiraba pesadamente. Se apoyó en la pared y siguió intentándolo.

—Déjame a mí —me ofrecí. Fui a coger las pastillas, pero él me dio un empujón.

—Déjame en paz.

—No.

—Sí.

Forcejeé con él para que me diera el bote, y conseguí quitárselo de las manos. Lo abrí y le puse una pastilla en la palma de la mano. Él se deslizó por

la pared hasta el suelo, donde se quedó sentado.

—No necesito que Erika y tú me cuidéis como un bebé y me abráis los malditos botes de pastillas.

—Sí que lo necesitas.

—No.

—¡Que sí, Kel!

—¡No! —aulló. La voz le salió rota y se echó a llorar. Se abrazó a sí mismo y me dio la espalda, tratando de ocultar las lágrimas.

—Me estoy muriendo, Logan. Me estoy muriendo.

Me deslicé hasta el suelo y me senté a su lado con la espalda apoyada en la pared.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—*Aquí y ahora* —dije, citando a Ram Dass. En la clínica de rehabilitación tenían esa cita en todas las habitaciones—. Nos dijeron que dejáramos de culparnos a nosotros mismos por el pasado, y que dejásemos de preocuparnos de lo que pasaría cuando saliéramos de la clínica. Teníamos que limitarnos a estar allí, viviendo el momento. Vive el presente, Kellan. Ahora mismo estás aquí. Estás tan vivo como Erika, Alyssa y yo.

—Sí, pero estaré muerto mucho antes que todos vosotros.

—Eso es discutible. Yo soy un auténtico desastre.

Kellan se rio y me dio un empujoncito. *Bien. Reírse es bueno.* Nos recostamos contra la pared.

—*Aquí y ahora* —murmuró para sus adentros.

—¿Y cuándo vuelve Erika? —pregunté.

—No va a volver. Le dije que se fuera durante un tiempo.

—¿Qué?

—No podía seguir haciéndole esto, Logan. Cada vez que tosía, ella pensaba que me estaba muriendo. Se merecía una vida normal.

—¿Es eso lo que le dijiste?

Hizo una mueca.

—No exactamente.

—¿Qué dijiste?

—Le dije que nunca me casaría con ella. Le dije que habíamos terminado, y que estaba harto de que me incordiará. Le dije que se fuese y no volviera.

—La apartaste siendo mezquino.

Asintió sollozando.

—Era la única forma de hacer que se marchara. No podía seguir rompiéndole el corazón.

—Créeme, hermano mayor, ya tiene el corazón roto. —Frunció el ceño, porque sabía que tenía razón—. Imagina que invirtiéramos los roles. Imagina que Erika tiene cáncer, y que tú eres quien cuida de ella. ¿Cómo te sentirías si te dijera esas cosas?

Se frotaba la cara sin parar.

—Lo sé. Lo sé. Ya la echo de menos. Pero no sé cómo arreglarlo. No sé cómo ponerle las cosas más fáciles.

—No eligió que todo fuera siempre fácil, Kellan. Te eligió a ti. Te eligió a ti pasase lo que pasase. Pero no te preocupes. Lo arreglaremos.

—¿Cuándo te volviste tan sabio?

Sonreí.

—Cuando Alyssa me dijo exactamente lo mismo sobre cómo me eligió a mí, incluyendo todo lo que traía auestas.

Se echó a reír.

—Debería haber sabido que tú no eras tan sabio.

—Ya, bueno, estoy trabajando en ello.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos minutos más.

—Eh... ¿Logan?

—¿Sí?

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

Solté una risita y empecé a contarle lo que había pasado con nuestra madre y mi padre. Reaccionó mucho mejor de lo que esperaba, pero pensaba lo mismo que yo.

—Bueno, al menos no podrá acercarse a las drogas mientras está en el hospital.

Ah, mi hermano. Mi mejor amigo.



Alyssa: Estás bien, Logan Francis Silverstone.

Yo: Estoy bien, Alyssa Marie Walters.

Me enviaba esas palabras cada pocas horas. Cuando Kellan estuvo preparado, fuimos juntos al hospital a ver a Ma. Estaba sufriendo, porque los médicos no podían darle mucha medicación por culpa de sus adicciones. Era duro verla así, pero la había visto peor otras veces.

Kellan se sentó en una silla de ruedas, y yo lo empujé hacia su cama. Le

cogió la mano a Ma y le sonrió un poco. Yo me mantuve al margen para observarlos.

—Lo siento mucho, cariño —lloró ella. Kellan llevó sus manos hasta la cara de Ma, y sacudió la cabeza—. Siento mucho haber metido tanto la pata. Lo he arruinado todo.

—Aquí y ahora, Ma —respondió—. No pasa nada.

Ma se mordió el labio inferior y miró su bata de hospital y todos los cables y vendas que envolvían su cuerpo.

—Quiero ir a rehabilitación —susurró.

Kellan y yo asentimos.

—Yo también —dijo otra voz. Me giré y vi a Sadie. Tenía los ojos vidriosos, y temblaba un poco, pero me sonrió.

—Vale —dije.

Ella asintió.

—Vale. No sé cómo voy a hacerlo. Tener el bebé yo sola. No tengo a nadie.

Le di un golpecito con el codo.

—No pasa nada. Ese niño va a ser mi hermano. Y de donde yo vengo, se hace cualquier cosa por un hermano. Te ayudaré. Ahora tienes una familia, Sadie. Ya no tienes que ocuparte de todo tú sola. Te lo prometo.

Capítulo 46

Alyssa



Habían pasado dos semanas desde el incidente con los padres de Logan. Su madre, Julie, había entrado en la clínica de rehabilitación, y llevaba días allí, pasándolo mal, pero luchando por su vida. Sadie también se estaba rehabilitando, buscando un equilibrio.

Todo volvía a la normalidad, salvo por el hecho de que Erika seguía en casa de nuestra madre, lo cual estaba lejos de ser normal. De hecho, era un poco aterrador. Un sábado por la tarde, fui a casa de mi madre con una caja en las manos, y llamé a la puerta principal. Cuando se abrió, Erika arqueó una ceja.

—Hola, Aly. ¿Qué pasa?

—Eh... lo que pasa es que estás viviendo con mamá. Sabes qué, da igual. Recoge tus cosas. Es hora de irse.

—¿De qué hablas?

—¿Te acuerdas de tu vida? ¿De tu prometido? Sí. Es hora de que vayas a casa. Kellan...

—No me quiere. No me quiere allí, Alyssa.

—Te necesita.

Mamá apareció en la entrada con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás diciendo? Erika ha entrado por fin en razón. Está recuperando su vida en vez de cometer un error enorme. Estoy tan orgullosa de ella por haberse dado cuenta.

—Mamá, ¿puedes hacer algo por mí? —pregunté.

—¿El qué?

—Métete en tus puñeteros asuntos. Por una vez en tu vida, métete en tus asuntos.

Soltó un bufido, pero antes de que tuviera oportunidad de responder, tiré de Erika para sacarla de la casa y cerré la puerta tras ella. Erika frunció el ceño.

—Oye, Alyssa. Lo intenté con Kellan. Lo intenté de verdad. Pero me dejó muy claro que no me quiere allí, así que no voy a ir.

—Ven a casa, Erika. Ahora mismo.

—No.

—Vale. —Abrí mi caja y arqueé una ceja—. Pero he intentado prevenirte. Abrió mucho los ojos cuando vio su colección de platos dentro de la caja.

—¿Qué haces, Alyssa? —Le di la vuelta a la caja, y ella se sobresaltó cuando todos los platos se estrellaron en el suelo—. ¡Dios mío!

—¡Logan! Ven aquí —lo llamé, y él salió del coche con una caja en las manos—. Dile a Erika que venga a casa.

Erika estaba temblando y se mordía el labio inferior. Logan se acercó a ella, la miró a los ojos y sonrió.

—Eres mi hermana.

—Para. No lo soy.

—Me gritas. No me soportas. Me tratas fatal. Me llamas estúpido. Eres mi hermana, Erika. Y que le den a Kellan ahora mismo. Ahora necesito que vengas a casa. No puedo ayudarlo sin ti.

—No puedo —dijo ella—. No puedo hacer esto.

Logan asintió y abrió la caja que contenía la cristalería favorita de Erika.

—Ven a casa.

—Estoy en casa.

—Vale. —Empezó a girar la caja, y ella se estremeció.

—¡No, Logan! Acabo de comprar... —¡Crac! ¡CRAC! El suelo se llenó de trozos de cristal—. ¡Dios mío! ¡¿Pero qué os pasa a los dos?!

—Queremos que vengas a casa, eso es todo —expliqué.

—No puedo seguir haciendo esto. No puedo seguir con esa vida disfuncional.

Señalé las ventanas de la casa, desde donde mi madre nos observaba, dando golpes en el cristal, gritándole a Erika que entrara.

—¿Y crees que *eso* es normal?

—Iros. Por favor. Kellan no me necesita.

—Sí que te necesito. —Nos giramos y vimos a Kellan caminando hacia nosotros con otra caja. Se detuvo delante del acceso y miró a Erika a los ojos

—. Te echo de menos. Te quiero. Te necesito, Erika. —Tiró todos los objetos que contenía la caja al suelo, y dejó a un lado la caja vacía—. Ven a casa.

Erika se echó a reír, y todos nos reímos con ella. Mi madre abrió la puerta principal, salió a toda prisa y le ordenó a Erika que entrase, pero ella se negó a escucharla.

Nos dirigimos todos al coche, dejando nuestro dolor en los fragmentos de porcelana y cristales rotos del suelo, y empezamos de nuevo, juntos. Kellan fue a casa con Erika en el coche de ella, y Logan condujo el mío.

—Oye, estaba pensando... ¿Quieres hacer alguna escapada sexual loca y salvaje antes del evento de esta noche en el restaurante de Jacob?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Supongo. O podemos ver el nuevo documental sobre Michael Jackson que compré ayer y comer sobras de *pizza* y Oreos con frambuesas.

Abrió mucho los ojos.

—Dios. Me encanta cuando me dices guarradas.

Me besó, y supe que nuestra eternidad empezaba en aquel instante.



—Vale, este es el plan. Yo voy al restaurante de Jacob y ayudo a ultimar los últimos detalles. Tú ve a casa de Kellan y Erika, recógelos, y convéncelos para que vengan a tomar algo. Kellan dirá que sí, Erika se negará a salir, y de alguna forma acabarán viniendo porque Erika quiere a Kellan y haría cualquier cosa por hacerle feliz —explicó Logan levantándose para irse después de que viéramos el documental.

—Vale.

—Dios. Estoy nervioso y la fiesta ni siquiera es para mí. —Sonrió. Le di un beso y él salió de casa a toda prisa.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve al restaurante de Jacob?

—No, no hace falta. Hace buen tiempo. ¡Te veo luego!

Cuando se marchó, me fui directa a casa de mi hermana, y ella hizo exactamente lo que Logan había predicho: se negó a venir.

—Creo que no es buena idea ir a tomar algo, Alyssa. Estamos bastante cansados los dos. —Erika frunció el ceño—. Quizá la semana que viene.

—¡Ah, venga! ¡Será divertido! Además, Logan trabaja esta noche en el restaurante de Jacob, así que podemos cabrearle pidiendo comida y devolviéndola una y otra vez. ¡Será épico!

Kellan sonrió.

—Eso suena divertido. Y echo de menos divertirme.

Erika entrecerró los ojos.

—¿Quieres ir?

Él asintió rápidamente.

—¿En serio? ¿No estás cansado?

Negó con la cabeza rápidamente.

Reflexionó un instante mientras Kellan y yo le poníamos la cara de cachorrito más tierna que hubiera visto jamás. Cuando por fin accedió, los dos vitoreamos emocionados.

—¡Un aperitivo y una bebida! Y agua para este tipo. —Sonrió y asintió mirando a Kellan.

—Para que lo sepas, voy a beberme el agua muy, muy despacio.

Cuando llegamos al restaurante, Erika frunció el ceño.

—¿Por qué hay un cartel en la puerta que pone cerrado? Son las seis.

—No sé, es raro. —Agarré el pomo de la puerta y lo giré, abriéndola—. Está abierta. Venga, vamos a ver si Jacob está aquí.

En cuanto entramos, Erika se quedó sin aliento cuando vio la decoración nupcial. En el restaurante estaban todos sus amigos, que gritaron «¡sorpresa!».

—¿Qué es esto? —preguntó Erika mirando a un lado y a otro.

Jacob apareció entonces y rodeó a Kellan con el brazo.

—Yo me encargo de este tío, y Alyssa, tú ayuda a tu hermana. El servicio de señoras está libre para vosotras dos.

—¿Para qué? —preguntó Erika, aún aturdida, pero la agarré del brazo y tiré de ella. Cuando llegamos al servicio, se tapó la boca con las manos—. ¿Por qué está aquí mi vestido de novia, Aly?

Sonreí; casi podía sentir su energía abrumada.

—Pensaba que lo sabías. Hoy te casas.

—¿Qué?

—Digo que hoy te casas. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, y yo sacudí la cabeza—. Ah, no. Nada de llorar. La maquilladora estará aquí en unos minutos. Y tenemos que prepararte.

—Quieres decir que... La boda de ahí fuera... Esa decoración, esa gente. ¿Eso es mi boda?

Asentí.

—Fue idea de Logan. —Se mordió el labio inferior y empezó a temblar—. Ay, cariño. No llores.

—No estoy llorando —sollozó cubriéndose la cara con las manos—. Ha hecho algo muy, muy bonito.

Nos apresuramos para prepararnos. Se puso su bonito vestido blanco, se recogió el pelo en un moño delicado, y reímos y reímos mientras bebíamos champán.

—¿Estás preparada, hermanita? —pregunté detrás de ella. Llevaba mi vestido de dama de honor.

—Sí. Solo me gustaría que mamá...

Fruncí el ceño.

—Lo sé.

—Pero no importa. Esta noche es para Kellan y para mí. Esta noche es nuestra.

Cuando salimos al restaurante, Jacob estaba en el escenario con un micrófono en la mano, preparado para officiar la ceremonia. A su izquierda estaba Kellan con traje y corbata, y a su lado, Logan. Recorrí su rostro con la mirada, absorbiendo su belleza. Tenía una gran sonrisa en la cara que se extendía hasta los ojos. Pero le faltaban sus bonitos mechones de pelo. Se había rapado todo el pelo para ir igual que su hermano. No solo Erika lloró; yo también derramé lágrimas.

Lo quería.

Para siempre. Para siempre. Para siempre.

—Quédate aquí —dije a mi hermana—. No te muevas hasta que me oigas tocar, y entonces ve a encontrarte con tu futuro marido.

Erika todavía estaba conmovida de una manera hermosa, pero asintió. Me acerqué al piano y empecé a tocar mientras observaba a mi hermana avanzar hacia el amor de su vida. Las lágrimas le caían por las mejillas, y las mías también estaban empapadas.

Se merecían ese momento. Se lo merecían más que nadie en el mundo. Jacob leyó su guion, y los dos amantes intercambiaron sus votos, prometiéndose el uno al otro los días difíciles y los días tranquilos. El dolor de un corazón roto, y la belleza de los latidos. La eternidad, para siempre. Cuando se besaron, todos los presentes sintieron el amor que compartían.

Entonces salieron de la sala a toda prisa, riéndose y llorando, y queriéndose. Logan le cogió el micrófono a Jacob, y esperó unos minutos más hasta que le hice la señal que indicaba que Erika y Kellan estaban preparados para su gran entrada. Abrió la boca y sonrió mientras hablaba.

—Damas y caballeros, es un placer presentaros por primera vez en la historia, ¡al señor y la señora Kellan Evans! —Señaló a Erika, que estaba en la parte izquierda de la sala, y luego señaló a Kellan, que estaba en la derecha. Caminaron el uno al otro hasta que se encontraron en medio de la pista de

baile—. Antes de sumergirnos en una noche de diversión, he pensado que es el momento de dar mi discurso de padrino. Así que, allá donde estéis, coged una bebida y escuchad.

Esbozó una sonrisa tirante, y vi las lágrimas que se le formaron en los ojos, y de las que intentó librarse pestañeando.

—Mi hermano Kellan es un superhéroe. Puede que no salve ciudades, puede que no lleve una capa, pero cambia vidas. Siempre ha vivido cada día como si estuviera lleno de magia. Sonríe incluso cuando duele. Cree en el amor, en la vida, y en los finales felices. Cree en la familia. Hasta creyó en mí cuando seguramente no me lo merecía. Él y yo tuvimos infancias diferentes. Cuando él creía en la felicidad, yo estaba atrapado en la tragedia, pero aun así me quería. Me quiso cuando atravesé dificultades, cuando atravesé mis fuegos internos, cuando atravesé mi dolor. Me quiso incondicionalmente. Sin poner límites a ese amor. Y gracias a ese amor, supe que nunca estaría solo. Él y Erika quieren de la misma manera. Erika quiere a mi hermano con toda su alma. Iría hasta el infierno solo para lograr que siga sonriendo, incluso cuando duele. Es solícita, es inteligente, es amable. Me recibió en su casa, a pesar de que dejaba un desastre en todas las habitaciones, porque lo quiere. Lo quiere por todo lo que ha sido, y por toda la carga que lleva consigo, incluyéndome a mí. Lo quiso antes del cáncer, y durante el cáncer, y juro por Dios que lo querrá después del cáncer. Porque su amor es incondicional. Estos dos individuos son superhéroes del amor. Demuestran que, cuando las cosas se ponen difíciles, siempre se puede encontrar una sonrisa. Se sacrifican por el otro, porque saben que su amor es real. Incluso cuando está oscuro, su amor brilla de alguna forma. Estos dos individuos me enseñaron a aceptar el amor. A creer en los finales felices. A darlo todo de mí, incondicionalmente. Y por eso, hago este brindis. —Levantó una copa en el aire y miró a su hermano y a Erika—. Por los días buenos, por los días malos, por el amor incondicional en el que estos dos me han enseñado a creer. Que todos busquemos ese tipo de amor, que todos descubramos ese tipo de amor. —Sus ojos me encontraron, y le cayó una lágrima por la cara, al igual que a mí—. Y que cuando lo encontremos, nos aferremos a él para siempre, y siempre, y siempre. —Le lancé un beso y él lo atrapó en su corazón antes de volverse hacia la pareja—. Por Kellan y Erika, y su amor eterno.

Todos los invitados estallaron en vítores, todos bebieron, y todos quisieron. Logan se enjugó las lágrimas y se rio.

—Ahora, por favor, que todo el mundo despeje la pista de baile para que esta hermosa pareja de recién casados comparta su primer baile.

Me subí al escenario con Logan y le quité el micrófono de la mano.

—Logan, tu pelo ha desaparecido —susurré pasando las manos por su cabeza calva.

Él se encogió de hombros.

—Solo es un corte de pelo.

—No. —Le besé la frente—. Es mucho más que eso.

—Te quiero —susurró.

—Te quiero —respondí.

Se acercó a la guitarra para cogerla, y se sentó en un taburete mientras yo iba hasta el piano, colocaba el micrófono cerca y esperaba que él empezase a rasguear. Cuando oí los sonidos que acababa de aprender a tocar, sonreí, y me uní a él tocando las teclas. Empecé a tocar la introducción de la canción de Ingrid Michaelson, *The Way I Am*.

Su canción.

Kellan y Erika se mecieron en la pista de baile, enamorándose cada vez más, minuto a minuto. Durante el solo de guitarra, Logan habló al micrófono al ver que se abría la puerta del restaurante.

—Por favor, demos la bienvenida a las madres de los novios.

Todo el mundo abrió mucho los ojos y lanzaron vítores cuando Julie y mi madre entraron juntas. Empezó a latirme el corazón con fuerza y me volví hacia Logan, sorprendida.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Hice unas pocas paradas antes de venir aquí.

Eres mi mundo. Mi mundo entero.

La boda estaba yendo increíblemente bien, con más risas y lágrimas de felicidad de las que había visto en mucho tiempo. Cuando la gente se quedó sin energía, fuimos al aparcamiento, Kellan y Logan con sus trajes, y Erika y yo aún con los vestidos.

—Gracias otra vez, Logan y Alyssa. Por todo. Esta noche ha sido todo lo que he soñado siempre —dijo Erika.

La manera como miraba a Kellan, y la manera como él la miraba a ella, me enseñaban lo que era el amor verdadero.

—De nada. Kellan, sé que mañana tienes cita con el médico, y estaré allí, pero creo que esta noche me quedaré en casa de Alyssa, para que los recién casados tengan la noche para ellos solos —dijo Logan.

Él sonrió y asintió, pero Erika exclamó:

—¡No!

—¿Qué? —pregunté.

—Tenemos que hacer una parada antes de que nos separemos —explicó.

—Vale. ¿Dónde? —preguntó Logan a mi hermana.

Una sonrisa malvada asomó en los labios de Erika, y esa sonrisa me decía exactamente a dónde íbamos a ir.



Estábamos los cuatro en el pasillo cinco de Pottery Barn, mirando los juegos de platos. Erika estaba concentrada, con los ojos entrecerrados, mientras los demás nos movíamos de un lado a otro.

—¿Era necesario romper todas mis cosas? —preguntó ladeando la cabeza para mirar algo que costaba más que mi vestido de dama de honor.

—Fue idea de Logan —dijo Kellan utilizando a su hermano de cabeza de turco.

—Alyssa estuvo de acuerdo —respondió Logan.

—Kellan me dijo que no te importaría —añadí.

—Da igual. Os culpo a todos por igual.

—¡No puedes culparme a mí! —dijo Kellan defendiéndose—. Tengo...

—¡Cáncer, ya lo sabemos! —exclamamos Logan, Erika y yo al unísono. Él se echó a reír.

—Vale. A la de tres, señaláis qué juego debería comprar antes de pasar a los vasos. ¡Una, dos y tres!

—¡Ese! —gritamos todos, señalando un juego diferente, y entonces empezamos a discutir en voz alta, interrumpiéndonos unos a otros, riendo y sonriendo.

Una vez elegidos los platos, una sensación de paz inundó el antes caótico pasillo cinco. Miré a las personas que lo sabían todo el uno del otro, lo bueno, lo malo, y lo destrozado. Lo vi. Estaba allí todavía. A pesar de todo el dolor, las lágrimas y la destrucción, de alguna forma, el amor que sentíamos unos por otros había sobrevivido. De alguna forma, todos seguíamos conectados.

Mi gente.

Mi familia.

Mi piña.

De algún modo, éramos irrompibles.

Capítulo 47

Logan



En la oficina de JP hacía frío. Más frío del necesario. Pero ya estaba acostumbrado. No me había perdido una sola cita de Kellan desde mi regreso a True Falls.

En la esquina izquierda de su escritorio había un bote de gominolas, y a la derecha, regaliz rojo. *Al menos se ha librado del regaliz negro.*

Me crucé de brazos y los apreté contra el cuerpo para calentarme. *Joder.* Me estaba congelando. Miré la silla que tenía a la derecha, donde estaba sentado Kellan.

Cuando levanté la vista para mirar a JP, vi que movía los labios con rapidez. Explicaba la situación una y otra vez. Pero tampoco podía estar seguro, porque había dejado de escuchar.

No sabía en qué momento exacto había dejado de oír las palabras que salían de su boca, pero durante los últimos cinco o diez minutos, me había limitado a observar cómo la movía.

Me agarré a los brazos de la silla con fuerza.

Erika estaba al otro lado de Kellan, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¿Está funcionando? —dijo, sacándome de mi trance.

—Está funcionando. —La voz de JP estaba llena de esperanza. Incluso tenía una sonrisa en la cara—. La quimioterapia está funcionando. No estamos fuera del túnel todavía, pero vamos por buen camino.

La sensación abrumadora de esperanza se apoderó de mi respiración. Los latidos acelerados que me recorrían el cuerpo eran aterradores.

—Esto... —Empecé a decir algo, pero me detuve. Sentía que debía decir algo, porque Kellan no había abierto la boca. Pero no sabía cuáles eran las palabras apropiadas. ¿Había palabras apropiadas en una situación como esa?

Mis dedos se aferraron a la silla con más fuerza aún. Me rocé la mejilla con la mano derecha y me aclaré la garganta.

—¿Está funcionando? —pregunté. Él me respondió, pero volví a dejar de escuchar. Cogí la mano izquierda de Kellan y la apreté con fuerza, mientras Erika le apretaba la derecha.

Mi hermano, mi héroe, mi mejor amigo estaba venciendo al cáncer.

Estaba *venciendo* al cáncer.

Y yo por fin podía respirar.



Esa noche, Alyssa y yo subimos a la valla publicitaria y miramos las estrellas que cubrían el firmamento. Compartimos Oreos con frambuesas y nos besamos hasta que nos quedamos sin aire, recordando todo lo que habíamos vivido, y soñando con todo lo que se avecinaba.

—Me gustó el DVD que me diste sobre el mito griego del fénix —dije. Nuestras piernas colgaban por encima del borde de la valla—. Me gustó mucho la idea de que el pájaro muriese, pero de alguna forma resurgiera de sus cenizas, renacido, para así recibir una nueva oportunidad en la vida.

Ella sonrió.

—Sí, tú eres el fénix, Logan. Has llegado muy lejos, has visto muchas cosas, y has vuelto a nacer.

Sacudí la cabeza.

—He leído más sobre distintos mitos y creencias diferentes sobre el fénix y lo que representa. Aunque aprecié la historia de los griegos, fueron las creencias chinas las que me llegaron más hondo.

—¿Qué creían?

—El fénix solía representarse como una mezcla de dos figuras: una masculina y otra femenina. Los dos fénix juntos representaban el ying y el yang. Eran dos partes de un todo. El fénix femenino era la figura pasiva, amable e intuitiva, mientras que el masculino era el asertivo, el que pasaba a la acción. Juntos formaban una unión inolvidable. En algunas partes del mundo, se entrega el símbolo de los dos fénix como regalo de bodas: un símbolo de la eternidad y los finales felices.

—Es bonito —dijo.

—Eso pensé yo.

Nos dimos un instante para volver a mirar el cielo.

—¿Subidón?

—¿Sí? —Me sudaron las manos cuando me metí la mano en el bolsillo y saqué una cajita. Ella contuvo la respiración al verla, y entonces me miró a los ojos—. ¿Qué haces, Lo?

—¿Verdad o mentira?

—Mentira.

—No estoy haciendo nada en absoluto.

Le tembló el labio inferior.

—¿Y la verdad?

—Estoy comenzando a resurgir de las cenizas. Solo estoy en la fase inicial del renacimiento, pero sé que cuando ascienda, quiero que estés conmigo para siempre. —Abrí la cajita y saqué el anillo de pedida, que representaba dos fénix uniéndose, entrelazados con un diamante entre las alas—. Eres mi sanadora. Eres mi fuerza. Eres mi para siempre, y si te parece bien, si lo ves bien, me gustaría que fueras mi esposa.

—¿De verdad? —susurró.

—De verdad —respondí.

Le tembló la voz y se acercó más a mí hasta que sus labios tocaron los míos.

—¿Para siempre, Lo?

Le cogí la mano y deslicé el anillo en el dedo anular antes de besarlo suavemente.

—Para siempre, Subidón.

Epílogo

Logan



*Siete años, una boda, una recuperación completa,
dos bebés y un amor más fuerte después*

Era feliz.

No tenía muchas posesiones, y no tenía muchas historias de éxitos que pudiera contar a mis hijos. No era un genio millonario. No tenía tres carreras. Seguramente me pasaría la mayor parte de mi vida trabajando para sobrevivir, pero siempre sobreviviría porque tenía amor. Tenía tres personas que dependían de mí cuando las cosas se ponían difíciles. Tenía tres personas que creían en mí y en mis sueños remotos.

Alyssa y yo logramos comenzar uno de nuestros sueños juntos: el Restaurante y Piano Bar AlyLo. Hacía dos años que lo habíamos abierto, y después de mis hijos, era uno de mis mayores logros. Aun así, quería más.

Un día se lo daría todo a mis hijos y a mi preciosa esposa. Mis hijos nunca sabrían qué se siente al no ser querido. Habían sido amados desde antes de llegar al mundo.

Alyssa, mi amor, me había salvado la vida. Me había dado una razón para vivir, y era un honor que me quisiera. Le prometí a su corazón que nunca olvidaría el modo en que me lo dio todo cuando yo no tenía nada que darle a cambio. Ella me prometió que yo no era el producto de mi pasado, y sabía que estaba destinado a vivir un futuro asombroso.

Era el fuego de mi alma que me mantenía caliente por la noche.

—Es demasiado alto —gritó mi hijo de cinco años, Kellan, cuando subimos la escalera de la valla publicitaria. Le pusimos el nombre de su tío, que seguía persiguiendo su sueño de convertirse en un músico exitoso, y cada día estaba más cerca.

Su hermana pequeña, Julie, estaba sentada en mis hombros, mirando hacia arriba.

—¡Sí, papi! ¡Demasiado alto! —añadió. Le pusimos el nombre de su abuela, la mujer que había conocido más días oscuros que claros, pero que ahora era capaz de salir al sol, y que durante los últimos siete años había mantenido a los demonios a raya. No todos los días eran fáciles, pero cada uno de ellos era una bendición.

Sonreí a Alyssa, que me había advertido que a los niños les daría miedo, pero quería que vieran las estrellas esa noche en el mismo lugar en el que me había enamorado por primera vez.

—Tenemos mantas —dijo Alyssa—. Siempre podemos ponerlas aquí en el suelo y mirar hacia arriba.

—¿Podemos hacer eso, papá? ¿Podemos mirar hacia arriba en vez de subir? —preguntó Kellan.

—Claro. Eso es incluso mejor.

Aquella noche estuvimos callados. Observamos el cielo estrellado que se sumía en la oscuridad. Rodeaba a Alyssa por la cintura, y ella se apoyaba en mí, permitiéndome que la sostuviera. Cada noche mirábamos la puesta de sol allá donde estuviéramos, y nos despertábamos temprano para verlo salir otra vez. Así era la vida: incluso cuando los días se desvanecían en la oscuridad, siempre había otra oportunidad, un segundo momento para volver a intentar resurgir de las cenizas.

Los niños corrían alrededor, jugando, mientras Alyssa y yo contemplábamos las vidas que habíamos creado. Ellos eran nuestro final feliz, los regalos que nos habían dado tanta felicidad.

Dios, era feliz.

Era tan, tan feliz, y me sentía seguro y querido.

Cuando el cielo se oscureció y el viento frío empezó a acariciarnos, atraje a Alyssa hacia mí y le susurré al oído:

—¿Para siempre, Subidón?

—Para siempre, Lo.

Me encogí de hombros.

Ella se encogió de hombros.

Me reí.

Ella se rio.

Separé los labios.

Ella separó los suyos.

Me incliné.

Ella se inclinó.

Nuestros labios se unieron, y aunque tenía los pies colocados firmemente en el suelo, nunca me había sentido más en el cielo.

Agradecimientos

Hay tanta gente que me ha ayudado a crear esta novela, y no sé por dónde empezar a agradecerse. Así que empezaré por mi mejor amiga. A mi madre: me ayudaste cuando estaba escribiendo este libro. No sé dónde estaría de no ser por ti. Haces que la vida sea mejor para tantas almas, y me hace muy feliz considerarte mi mejor amiga.

A Alison, Allison, Christy y Beverly: gracias por tomaros el tiempo para leer un primer borrador de la historia de Alyssa y Logan. Me habéis ayudado a resolver muchas cosas de la trama, y me habéis hecho las mejores críticas posibles. Os llevo muy cerca del corazón y nunca podré agradecerlos lo suficiente.

Gracias a mi estupenda editora Caitlin de Edits by C. Marie: no hay palabras para describir tu talento.

A mi otra editora, Kiezha: gracias no solo por ayudarme con la edición, sino por hablar de la trama conmigo día tras día. Has hecho que esta historia sea más concisa, y te quiero por eso.

A Danielle Allen: eres todo mi mundo. En serio. Hemos hablado cada día durante los últimos dos meses, y me has apoyado cuando me he derrumbado. Me ofreciste tus palabras siempre inspiradoras cuando más las necesitaba. Me hiciste reír cuando tenía ganas de llorar. Te quiero, amiga. SS/KS.

A Staci Brillhart: por las horas que has pasado al teléfono hablando conmigo sobre la trama. Por las horas que has pasado en el Messenger conmigo (¡MESES!), asegurándote de que estuviera bien. El mundo necesita más almas hermosas como la tuya. Gracias por existir, y gracias por permitirme llamarte amiga.

A mi gente: todos sabéis quiénes sois. Mi corazón late con el vuestro. Siempre.

A Ryan: ahora mismo estás dormido a pocos centímetros de mí, mientras escribo estas palabras a primera hora de la mañana. Tengo el corazón tan lleno. Gracias por abrazarme en mitad de la noche cuando me despertaba en un estado de pánico, temerosa de lo desconocido. Gracias por hacerme sonreír cada día. Gracias por quererme. Eres el fuego que me mantiene caliente.

A mi correctora: Judy, me has salvado en el último momento, y tu destreza es alucinante. ¡Estoy loca por ti!

A los que han hecho que mi novela se vea bonita: al fotógrafo de la portada. A Franggy por la adorable imagen de la portada, y a mi diseñadora de portada, Staci, de Quirky Bird.

A mis agentes, que creen en mí cuando yo ni siquiera puedo creer en mí misma. Habéis hecho realidad todos mis sueños. Gracias.

A los lectores: gracias por darnos una oportunidad a mí y a mis novelas. Habéis cambiado mi vida más de lo que jamás llegaréis a saber.

Y por último, un enorme agradecimiento a mi familia. Por los días buenos, y por los malos, siempre os escogería a vosotros.

¡Besos y abrazos!



BRITTAINY C. CHERRY (Milwaukee, Wisconsin, Estados Unidos). Ha estado enamorada de las palabras desde el día en que nació. Se licenció en la universidad de Carroll en Arte dramático y en escritura creativa.

Le gusta participar en guiones, actuaciones y bailes —de forma lamentable, por supuesto—. El café, el te chai y el vino, son las tres cosas que ella piensa que todo el mundo debería tomar.

Brittainy vive en Milwaukee, Wisconsin con su familia. Cuando no está haciendo mil tareas y creando historias, probablemente estará jugando con sus adorables mascotas.

Notas

[1] En Estados Unidos y Canadá existe el concepto de «freshman fifteen», que se refiere a la cantidad de peso (alrededor de siete kilos de media) que suelen ganar los estudiantes durante el primer año universitario. (*N. de la T.*) <<

[2] Juego de palabras entre Lo y *low* (bajo). (*N. de la T.*) <<

[3] La autora juega con el doble sentido de «cheesy», que significa tanto «cursi» como «de queso». (*N. de la T.*) <<

[4] Cadena de tiendas de muebles y decoración muy conocida en Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

BRITTAINY C. CHERRY

EL FUEGO
QUE
NOS UNE

SERIE DE LOS ELEMENTOS 2

Lectulandia